
Los Deseos secretos de una Institutriz
SERIE ESCÁNDALO, SECRETOS Y NOCHES DE PASIÓN. 2
MADISON DAVIS

Los Deseos secretos de una Institutriz

SERIE ESCÁNDALO, SECRETOS Y NOCHES DE PASIÓN, 1

MADISON DAVIS

Gold Publications

©MADISON DAVIS

Título original – Los deseos secretos de una institutriz

Primera edición, 2025

Todos los derechos reservados.



Ella solo deseaba huir, y acabó en los brazos de un rudo escocés que encendió su pasión y conquistó su corazón.

Tras cometer un asesinato, Mabel necesitaba escapar de Londres lo antes posible. Para conseguirlo, se hizo pasar por la señorita Harriet Chambert, una remilgada institutriz que partía de inmediato a Escocia. No contaba con que su empleador, Nial Donovan, fuera imperiosamente atractivo, aunque con una actitud que ponía a prueba el temperamento orgulloso de Mabel.

Sin embargo, a pesar de sus constantes luchas de voluntades, Mabel no tardó en caer rendida al amor que Nial procesaba a su pequeña hija. Una niña que quedó muda tras la trágica muerte de su madre.

Pero los secretos pronto saldrán a la luz y Mabel se verá obligada a contraer matrimonio con Nial. Aunque ninguno de los dos querrá admitir el deseo y el amor que guardan en sus corazones.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo *11*
Capítulo *12*
Capítulo *13*
Capítulo 14
Capítulo *15*
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo *18.*
Capítulo *20.*
Capítulo *21*
Capítulo *22.*
Notas

Capítulo 1

Inglaterra, abril de 1840

Una espesa niebla se elevaba de las aguas negras del Támesis y serpenteaba lentamente por el estrecho laberinto de adoquines y ladrillos, envolviendo todo Londres en su pesado abrazo. Las luces de gas se alzaban como centinelas solitarios a lo largo de las calles desiertas. Las tenues llamas parpadeaban en el aire, semejaban una legión de espíritus perdidos iluminando un camino directo al infierno. La ciudad entera, ahora sin vida como un cadáver, guardaba silencio, sepultada bajo la niebla cada vez más densa.

Unas pisadas apresuradas rompieron el mutismo cuando Mabel Whitman corrió por la acera, impulsada por la urgencia. «Hogar», resonó la palabra en su mente, justo cuando un dolor punzante le atravesó el costado. Un desnivel en el camino enganchó la punta de su pie; un grito de sorpresa se escapó de sus labios al tiempo que sus dedos, a tientas, se aferraban a la pared de piedra húmeda, logrando detener la caída.

Agradecida de que la niebla la ocultara, Mabel se apoyó contra la fría y áspera superficie, respirando hondo para calmar sus ardientes pulmones, mientras sus temblorosos dedos masajeaban el costado adolorido. Sabía que debía seguir, pero sus pies se negaban a moverse. Las piernas le fallaban y el temblor ascendió lentamente por todo su cuerpo. Un violento escalofrío la sacudió, como si un fantasma hubiera rozado su alma.

¿El fantasma de Steven Rodway?

El aterrador pensamiento reafirmó su necesidad de apresurarse, y Mabel se envolvió con más fuerza en su capa de terciopelo negro, obligando a sus piernas a moverse. Tenía que regresar a casa de la señora Nerfolk y recuperar sus pertenencias, pues era imperativo huir de Londres antes de que alguien descubriera lo que había hecho.

Un estruendo distorsionado se filtró de repente a través de la bruma turbia, surgió y luego se desvaneció, como el flujo y reflujo de la marea. Mabel se detuvo y escuchó. Volvió a alzarse, solo para ser devorado por la niebla. Miró en aquella dirección, pero el sonido no tenía forma. Insegura de su origen, se adentró en las sombras.

Una vez más reverberó, retumbando como un trueno lejano, y se fue haciendo más fuerte, más próximo; lo acompañaba un crujido macabro. El miedo se apoderó de ella, tan denso como la niebla, mientras imaginaba una entidad sobrenatural acechando las calles desiertas, buscándola.

¡El fantasma de Steven Rodway!, pensó de nuevo. Y otra vez se estremeció.

Unos ruidos sordos de cascos rompieron el precipicio de su miedo; el hierro rozó la piedra, y Mabel comprendió al instante que se trataba de un carruaje. De un rápido salto, buscó refugio en un estrecho portal y se acurrucó en un rincón. Luego, cuando el sonido de los cascos se aproximó, se echó hacia atrás, conteniendo el aliento.

Cuando el carruaje se aproximó, sus agudos ojos escudriñaron la niebla, preguntándose si se trataba de un coche de postas. O quizás era un vagón de la prisión, pensó frenéticamente, enviado desde Bow Street rumbo a casa de la señora Nerfolk, con un contingente de agentes preparados para escoltarla hasta Newgate, donde aguardaría el juicio por el asesinato de Steven Rodway.

Se estremeció al imaginarse a sí misma entre los muros de la cárcel, abandonada a su suerte. Sin duda, todo Londres condenaría su atroz crimen, un crimen que, sin embargo, tenía poderosas

razones para cometer. Sabía que su alegato de defensa propia serviría de poco para convencer a la multitud de su inocencia. Nadie creería la palabra de una actriz cuando afirmara que el vizconde había intentado forzarla.

Es cierto que llevaba en el cuerpo las marcas de aquella salvaje agresión. Sin embargo, estaba convencida de que su padre, el conde de Halfield, negaría sus acusaciones y testificaría en contra de ella. Diría que había engañado al pobre Steven, que lo había golpeado en la cabeza tras haber sido rechazada.

Las náuseas se apoderaron de ella al recordar las manos del borracho colándose bajo el escote de su vestido, mordiendo con violencia su carne tierna. La bilis le subió amarga a la garganta al revivir la sensación de aquellos labios gruesos y húmedos, que babeaban sobre los suyos. Aún podía saborear los restos de su aliento, cargado de whisky y rancio por el humo del cigarro. Mabel estaba segura de que vomitaría.

Con los nervios al límite, un grito surgió desde lo más hondo de su ser. Voluntariamente, lo ahogó y borró de su mente la repugnante visión de su agresor.

Un silencio sepulcral llegó a sus oídos y, cuando Mabel se asomó con cautela desde el borde de la puerta, notó que el carruaje se había detenido varios metros más allá de su escondite. Temiendo haber soltado un alarido espeluznante, se apretó contra el rincón, con los oídos atentos a cada sonido.

—Señor Spencer —llamó una profunda voz de barítono a través de la ventanilla abierta del coche—, ¿dónde diablos estamos?

—No lo sé, señor —respondió el conductor—. No veo nada con esta niebla.

—Siga hasta la señal.

—No sé de qué sirve. Ya sabe que no sé leer.

—Hágalo ya, Sr. Spencer —fue la escueta respuesta.

El carruaje se tambaleó hacia adelante; una maldición vívida escapó de su interior. Varias yardas más adelante, se detuvo con la misma rapidez, y otro improperio coloreó el aire. Al encontrar el valor, Mabel se atrevió a echar otro vistazo desde su nicho. La puerta del carruaje se abrió de golpe y un hombre de alta estatura bajó del vehículo, sacudiéndose la ropa de noche mientras descendía.

—De ahora en adelante, Sr. Spencer —dijo con un deje de irritación en la voz—, será mejor que mantenga esos caballos bajo control, o lo degradaré a mozo de cuadra y contrataré a un conductor más capacitado.

—Lo siento, gobernador. Las riendas se me escaparon de las manos.

—Lo más probable es que haya sido usted quien resbaló. Y ni se le ocurra abrir esa botella que lleva en el bolsillo. —Lo miró de reojo, cargado de sarcasmo—. ¡Solo espero llegar a nuestro destino antes de que termine el reinado de Victoria!

Mabel lo observó mientras se dirigía a grandes zancadas hacia el letrero, donde sus ojos escudriñaban las letras. Luego, sin previo aviso, se giró en su dirección. En ese mismo instante, la niebla se disipó a su alrededor y el resplandor de la luz de gas iluminó sus rasgos con un relieve brillante. Un ceño fruncido oscuro cruzó su hermoso rostro anguloso mientras su mirada se clavaba en la puerta donde ella se escondía. Temiendo que de alguna manera hubiera llamado su atención, no se atrevió a moverse.

De repente, un gato negro saltó desde la puerta contigua y cruzó corriendo junto a su escondite. Al verlo, el hombre alto se relajó. Su profunda risa retumbó en el vacío y, con un torbellino de capa, regresó a paso ligero hacia el carruaje, sus botas golpeando los adoquines con un elegante chasquido.

—No debería estar muy lejos, señor Spencer —comentó con soltura, mientras se balanceaba al subir al carruaje—. Siga por la calle en la que estamos ahora.

La puerta se cerró de un golpe.

—¡Hie-yup! —gritó el cochero, y las grandes ruedas repiqueteaban a un ritmo constante.

Los faroles del carruaje se desvanecieron poco a poco hasta convertirse en diminutas motas de luz entre las brumas ondulantes. Entonces, Mabel abandonó su escondite y voló con pies ligeros hacia la seguridad de la casa de la señora Nerfolk. Entró por la puerta trasera, procurando no ser vista en caso de que aún quedara alguien en el salón delantero, giró la llave tras de sí y soltó un suspiro de alivio.

Se quitó la capucha y apartó de la mejilla un mechón suelto de su cabello caoba; luego desató los lazos de la capa mientras bordeaba la mesa de roble a toda prisa, en dirección a las escaleras traseras. Estaba a punto de internarse en sus sombras cuando la puerta que conectaba con el vestíbulo se abrió de par en par. Mabel se detuvo en seco.

—Mabel, querida, ¡me has dado un susto de muerte! —La mano llena de manchas de la señora Nerfolk cubrió el salto de su corazón. Luego sonrió—. No te oí entrar.

Se dirigió hacia el armario de la colada para colocar un fardo de ropa sucia en la cesta de mimbre.

—Tengo una triste noticia que compartir —se lamentó desde el interior del armario—. La pobre señorita Chambers falleció esta tarde. El enterrador acaba de irse. Necesito ponerme en contacto con su nuevo empleador, pero supongo que puede esperar hasta que llegue. Es triste, pero la pobre mujer estaba tan débil. —Recogió ropa de cama limpia y se retiró de la pequeña habitación—. Es una pena que no tuviera parientes que la acompañaran, pero, alabado sea el Señor, se fue en paz cuando llegó su hora.

La Sra. Nerfolk cerró la puerta y se volvió para encontrar a Mabel agarrada al respaldo de una silla. Toda la sangre se había drenado del rostro de la niña. Entonces notó que Mabel todavía llevaba su maquillaje de escenario. Sus enormes ojos parecían dos fragmentos de vidrio azul, mirando desde una máscara blanca;

franjas de colorete, más rojas que el propio traje del diablo, recorrían sus pómulos altos. Sus labios temblorosos no tenían ningún color y, para Joanna Nerfolk, parecían más pálidos que los de la difunta señorita Chambers.

—Mabel, ¿qué te pasa?

Joanna dejó caer las sábanas y corrió a su lado. Temiendo que la chica se desmayara, rápidamente la ayudó a sentarse en la silla y le dio unas palmaditas en el interior de las muñecas.

—¿Qué pasa, querida?

Mabel contemplaba el rostro suavemente arrugado de su casera, pero no lo veía. Permanecía muda, atrapada en sus pensamientos. La muerte, pensó, parecía seguirla a todas partes: en el teatro, en casa de la señora Nerfolk, en la de su propia madre, hacía apenas seis meses. ¿La acechaba ahora en forma de soga de verdugo?

El contacto de un paño frío contra la frente la sacó del trance. Parpadeó e intentó sonreír, pero apenas logró curvar los labios en un gesto apagado.

—Gracias —susurró mientras le quitaba el paño a Joanna—. Solo me sentía un poco mareada. Ahora estoy bien.

—Ten, bebe un sorbo de brandy, querida —le ofreció Joanna después de recuperar la botella de la alacena de roble, vertiendo dos dedos en un vaso—. Te devolverá un poco de vida.

Mabel obedeció y puso una mueca de dolor cuando el líquido ardiente se abrió camino hasta su estómago. Casi de inmediato, un calor relajante se extendió por sus venas, descongelando el frío helado de sus huesos. Volvió a beber el líquido ámbar.

Joanna estudió detenidamente a la joven y supo de inmediato que algo terrible debía haberle ocurrido. Estaba segura, además, de que no guardaba relación con la muerte de Harriet Chambers, pues Mabel apenas conocía a la mujer.

Mientras la observaba, reparó en que, además del maquillaje aún visible en su rostro, seguía vestida con su traje griego. El corpiño de gasa, que asomaba por los bordes de la capa, estaba rasgado; un tinte púrpura se extendía por la parte superior de su pecho joven. Al inclinarse para mirarlo más de cerca, Joanna comprendió que se trataba de un moretón.

Decidida a descubrir la verdad, se sentó frente a Mabel.

—Dime qué ha pasado —pidió suavemente, señalando el vestido roto—. Sé que tienes algún tipo de problema y no dejaré que cargues con esta carga sola. Tu madre nunca me habría perdonado si no hiciera todo lo que esté en mi mano para ayudarte. —Sus cálidas manos cubrieron los dedos fríos y apretados de Mabel, que descansaban sobre la mesa. Entonces, los ojos color avellana de Joanna suplicaron mientras la convencía—: Por favor, dime, hija.

Mabel luchó contra las lágrimas que empañaban sus ojos azules y miró a la Sra. Nerfolk. Mabel apreciaba mucho a Joanna, alta y escultural, con el cabello oscuro veteado de plata. La mujer era todo lo que tenía, la única persona en la que podía confiar.

—Mabel —suplicó Joanna de nuevo—. Cuéntamelo.

—Le rompí el cráneo a Steven Rodway —afirmó Mabel, preparándose para el grito de reproche de Joanna. Pero este nunca llegó.

—Ese demonio no merecía menos —replicó Joanna sin emoción, apretándole la mano—. Deberías haberlo hecho antes.

La voz de Mabel era ronca, pero tranquila, mientras miraba directamente a los ojos de la mujer mayor.

—Está muerto.

Joanna no pestañeó; simplemente asintió. Pero, aunque por fuera se mostraba serena, su mente trabajaba a toda velocidad, buscando una forma de proteger a Mabel. Conocía bien la reputación del conde de Halfield: era un hombre vengativo, incluso cuando no se le había infligido daño alguno. Un auténtico tirano. Mabel no

tendría la menor oportunidad contra él. La pobre niña había soportado ya demasiada angustia desde la muerte de su madre.

De pronto, una idea cruzó la mente de Joanna y se incorporó de golpe.

—Vamos. Debemos sacarte de Londres antes de que el conde descubra la muerte de su hijo. Creo que sé cómo hacerlo.

Con una expresión intrigada, Mabel siguió a su casera escaleras abajo. Atravesaron el pasillo hasta llegar a la parte delantera de la casa, donde se detuvieron frente a las habitaciones de la señora Nerfolk.

—Entra, querida —indicó Joanna—. Quítate ese disfraz y límpiate bien el rostro. Puedes usar las cremas de mi tocador. —Le dio unas suaves palmaditas en el brazo—. Cierra con llave cuando salgas. Volveré en seguida.

Al entrar en la habitación rosa y crema, Mabel cerró la puerta tras de sí. Como siempre, se sintió sobrecogida. El cuarto de su casera tenía algo de santuario: una pared decorada con grabados en madera pintada, carteles realizados con plantillas, programas de mano y otros recuerdos de su vida pasada sobre los escenarios. Mabel deseaba tener tiempo para contemplar de nuevo aquella colección, pero sabía que lo único de lo que no disponía era precisamente eso: tiempo.

Dejó caer la capa de terciopelo negro sobre el respaldo de una silla, se quitó el traje y lo arrojó sobre la alfombra de lana. Tiritando con la sola ropa interior, se envolvió en la pesada bata de terciopelo de Joanna y se sentó frente al tocador. Al mirarse en el espejo, se le cortó la respiración. ¡Estaba espantosa!

Su abundante y espesa cabellera caía enmarañada. El maquillaje, que en otro momento había lucido impecable, se había corrido, dejando estrías grotescas sobre sus mejillas y alrededor de los ojos. Bajo la pintura, su piel se veía pálida, apagada. Horrorizada, Mabel se encontró semejante a una vieja prostituta, una que bien podría haberle doblado la edad.

Destapó un tarro, se untó el rostro con la crema y comenzó a limpiar aquella fea máscara. Luego se acercó a la palangana y, con una toallita limpia y jabón perfumado con lavanda, se frotó la piel hasta que recobró algo de brillo. Por último, se quitó los últimos alfileres de la melena y, de nuevo frente al tocador, se peinó con los dedos para deshacer los nudos. Mientras lo hacía, no pudo evitar preguntarse qué habría sido de ella sin la ayuda de su querida casera.

Joanna, antaño una aclamada actriz, había sido amiga íntima de la madre de Mabel, que también se había dedicado a las tablas. Mientras Verety Whitman permaneció sobre los escenarios incluso después del nacimiento de su hija, Joanna abandonó la profesión al contraer matrimonio. La unión no dio fruto, y cuando George Nerfolk falleció repentinamente el año anterior, dejando tras de sí algunas deudas, Joanna se vio obligada a abrir su casa a huéspedes.

Recibía principalmente a profesionales del teatro, ya que su vivienda de ladrillo y piedra se hallaba en una ubicación ideal, no muy lejos de Covent Garden y del teatro Drury Lane.

Mabel sospechaba, además, que su casera disfrutaba de la compañía de sus antiguos colegas. Tal vez fuera por nostalgia de los días de juventud, o por la chispa inconfundible que parecía emanar de quienes aún formaban parte del mundo del espectáculo. En cualquier caso, todos en aquella casa hablaban el mismo idioma que Joanna.

Fuera cual fuera el motivo que la llevó a abrir sus puertas, Mabel lo consideraba una bendición. Tras la muerte de su madre, víctima de una enfermedad pulmonar hacía apenas seis meses, descubrió que la modesta casa que habían alquilado era demasiado costosa para su escaso salario. Fue entonces cuando se trasladó a casa de la señora Nerfolk. Desde ese día, la anciana se convirtió en su madre adoptiva, en la hija que Joanna nunca había tenido.

Se oyó un leve golpe en la puerta, y Mabel recogió el sobrante de la bata antes de cruzar la habitación a toda prisa para dejar entrar a la señora Nerfolk.

—Ciérrala y echa la llave —ordenó Joanna al entrar, cargada de ropa y varias maletas.

Mabel reconoció el estuche negro como suyo, pero los otros dos, bastante más grandes, le resultaban completamente ajenos.

—Estos no son míos —observó, frunciendo el ceño con visible desconcierto mientras miraba a Joanna—. ¿Por qué los has traído?

—Pertenecen a la señorita Chambers —explicó Joanna, y acto seguido acalló con firmeza la protesta que comenzaba a formarse en los labios de Mabel—. Ella ya no los necesita, pero tú sí.

—¿Qué estás diciendo?

—Es parte de mi plan para sacarte a salvo de Londres. —Joanna se quitó el vestido gris de viaje del hombro, donde lo había llevado—. Ponte esto. Deprisa, llegará en cualquier momento.

Los ojos de Mabel se abrieron como platos.

—¿Quién?

—El nuevo empleador de la señorita Chambers... un tal señor Donovan, creo.

—¿Empleador?

—Sí, el patrón. La contrataron como institutriz de la hija de ese hombre. Toma. —Joanna sacó un paquete de cartas atadas con cinta del bolsillo de su falda.

—Creo que esta era su correspondencia con la señorita Chambers. Léelas mientras te preparo.

—¿Prepararme? —Mabel seguía sin comprender lo que quería decir Joanna—. ¿De qué estás hablando?

—Tú, querida, estás a punto de interpretar el papel más desafiante de tu carrera, y de ti depende que sea un éxito o un completo desastre. Las líneas serán de tu propia invención, pero más te vale que se parezcan mucho a las de la difunta Harriet Chambers. Con un poco de suerte, ese tal señor Donovan nunca la conoció en

persona. Si superamos el primer acto, estarás de camino a Escocia antes de que lo notes.

—¡¿Escocia?!

—Sí, Escocia. Bien lejos del conde de Halfield. Ahora date prisa y ponte el vestido. No tenemos mucho tiempo. Tu nuevo empleador avisó hace un rato que llegaría alrededor de las nueve y media. Y ya vamos con retraso.

Capítulo 2

Aún aturdida, Mabel se sintió incómoda al vestirse con la ropa de una mujer muerta. Una vez abrochado el vestido, advirtió que el corpiño le apretaba en exceso; oprimía sus pechos con fuerza, haciendo aún más sensibles los hematomas de su piel. Las mangas resultaban demasiado largas, le cubrían hasta la mitad de las manos, y la falda, en cambio, le quedaba algo corta. Pero no tenía alternativa: sus propios vestidos eran demasiado elegantes para que los llevara una institutriz.

Por puro instinto, Mabel sabía que la mujer, bastante austera, había definido de alguna manera su verdadero yo ante su nueva empleadora, si no en persona, entonces a través de su correspondencia con el hombre. Los adornos definitivamente no eran parte del carácter de Harriet Chambers.

—El corpiño no servirá —dijo Joanna, y luego dirigió a Mabel al tocador—. Levanta el brazo. Tal como pensaba. Hay un par de pinzas que puedo sacar. Se verán los pliegues, pero si tienes cuidado, nadie lo notará. —Tomó la navaja de su difunto marido y la pasó por los hilos, con cuidado de no cortar el material—. Ya está.

Con la tarea terminada, Mabel respiró aliviada. El corpiño todavía estaba un poco enredado, pero nada comparado con antes. Luego, mientras Joanna peinaba los mechones de pelo de Mabel, ella examinó las cartas.

Las palabras que alcanzaron su vista estaban escritas con una caligrafía firme y segura. De inmediato, Mabel notó la abundancia de elogios que un tal Nial Donovan había dedicado a Harriet. Por el tono

de aquellas cartas, resultaba evidente que había sido él quien la buscó, y no al contrario. Sus antiguos empleadores —que, a juzgar por las misivas, eran numerosos— la habían recomendado encarecidamente. No obstante, el señor Donovan, al parecer, había verificado cada una de sus referencias, una buena veintena, lo que hablaba de un hombre meticuloso. O quizá solo indicaba que no confiaba en las personas.

A medida que Mabel recorría aquellas comunicaciones unilaterales, descubría que Harriet Chambers había sido mucho más que una simple institutriz. La mujer se especializaba en la enseñanza de niños con discapacidades físicas o emocionales. Sin embargo, una vez que su joven protegido mejoraba, la señorita Chambers se marchaba en busca de un nuevo caso, un nuevo niño que necesitara su experiencia. Aquello explicaba sus frecuentes cambios de empleo.

Mabel bajó la carta, cerró los ojos y murmuró una breve oración por ella. Jamás habría sospechado que aquella figura frágil y modesta, con la que apenas había cruzado unas palabras, poseyera una voluntad tan firme. Lo había entregado todo por sus niños. Harriet Chambers era, en el sentido más pleno, una santa.

De nuevo, Mabel empezó a absorber las palabras para descubrir que Harriet aceptaba el puesto de institutriz de Fanny Donovan, de seis años. Finalmente, se dio cuenta de que ya no podía continuar.

—No creo que pueda hacerlo —susurró Mabel, dejando caer la carta sobre su regazo. Alzó la vista hacia el espejo y miró el reflejo de Joanna—. La hija del señor Donovan no ha pronunciado una sola palabra en los últimos dos años, desde la muerte de su madre. Joanna… él espera una hacedora de milagros. No puedo engañarlo a sabiendas.

—Pobre niña —murmuró Joanna con ternura—. Pero, querida, ¿por qué piensas que no puedes desempeñar el papel de institutriz? Si Harriet pudo, tú también puedes, estoy segura.

—No lo creo —replicó Mabel, explicando rápidamente el contenido de las cartas—. La señorita Chambers era una mujer extraordinaria, con un don muy particular. Yo no soy como ella. No puedo mentirle a ese hombre. No estaría bien.

El cepillo se detuvo en mitad de una pasada sobre el brillante cabello de Mabel.

—Si no te vas con él a Escocia, lo más probable es que termines degustando tu próxima comida en Newgate —las palabras de Joanna fueron cortantes y sin rodeos—. No harás daño a la niña, y la señorita Chambers ya no puede ayudarla. Lo más seguro es que nadie pueda… ya no. —Su mirada severa se cruzó con la de Mabel a través del espejo—. ¡Debes partir, con engaños o sin ellos!

Después, dejó caer una toalla alrededor de los hombros de Mabel y esparció dos puñados de talco sobre su cabello, que caía hasta la cintura.

Mabel tosió y luego estornudó.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, entre sorprendida y desconcertada.

—Estoy atenuando el brillo de tu cabello.

Joanna extendió el polvo hasta las raíces y retiró los restos con el cepillo. Sin trazar la habitual raya en medio, recogió los largos mechones hacia atrás y los anudó en un moño ceñido a la nuca, que cubrió con una red de chenilla.

A continuación, sacó un pequeño estuche de cuero del tocador y le indicó a Mabel que se pusiera frente a ella. Luego, extendió una crema ligera sobre la suave piel de la muchacha antes de aplicar una mezcla especial de polvos humectantes, acariciando hacia arriba hasta las raíces del cabello de Mabel y hacia abajo a lo largo de su cuello color marfil. Con una pata de conejo y una esponja, difuminó el maquillaje, oscureciendo los huecos de las mejillas de Mabel y la delicada piel debajo de sus ojos con un tono más oscuro de polvo, hasta que quedó satisfecha con los resultados.

—Ahora, cierra los ojos. —Pasó con delicadeza los finos pelos de la pata de conejo sobre los párpados veteados de azul, dando ligeros toques en las puntas de las largas pestañas oscuras de Mabel. Después, enderezó una horquilla, la sostuvo sobre la llama de la lámpara y dejó que se enfriara. Con la punta ennegrecida, dibujó finas líneas cerca de los ojos de Mabel, simulando patas de gallo. Secándose con más polvo alrededor, añadió—: Listo. Mírate y dime qué ves.

Mabel se volvió y observó su reflejo en el espejo.

—Parezco casi una docena de años mayor.

—Bien. La señorita Chambers tenía unos treinta. ¿Qué más distingues?

—Una mujer muy frágil, que ha estado enferma recientemente.

—Perfecto. En la última carta del señor Donovan, expresaba la esperanza de que ella estuviera en condiciones de viajar. Supongo que la señorita Chambers le informó de su resfriado. Mandé varias cartas a Escocia en las últimas semanas, pero nada desde su terrible recaída. La pobre vivió aquí apenas un mes. Qué frágil es la vida… —Se aclaró la garganta—. Bueno, creo que ya estás lista. Lleva este estuche contigo —dijo mientras guardaba los polvos, la pata de conejo y la esponja—. Úsalos cada día, pero cuídate de la luz del sol, aunque dudo que en el norte haya mucho. Aquí tienes para bastante tiempo. Te enviaré más cuando los necesites.

Joanna garabateó la dirección del Sr. Donovan en un trozo de papel y luego se dirigió rápidamente al equipaje de Harriet Chambers. Abrió una bolsa, buscó un espacio vacío en su interior y guardó el estuche de maquillaje.

Luego, usando la falda como cobertura, sacó en secreto una nota sellada de su bolsillo. Metió la mano en la maleta y, rápidamente, Joanna metió la nota bajo los pliegues de un camisón gastado. Se enderezó y centró su mirada en la joven actriz.

Mabel estaba demasiado ocupada mirándose a sí misma como para darse cuenta de los movimientos de su amiga.

—Eres una experta en maquillaje, Joanna. ¡No puedo creer que esta sea yo!

—Oh, vamos —replicó Joanna, acercándose a Mabel—. Deberías saber que una actriz nunca olvida cómo maquillarse. He aprendido algunos trucos nuevos jugando con él a lo largo de los años. —Esbozó una sonrisa y guiñó un ojo; luego volvió a adoptar un aire serio—. Ahora, aquí tienes una pequeña lata con polvo para retoques rápidos. Llévala en tu bolso.

Sacó del cajón de su tocador una copia de *Road to the Stage*, considerado el manual por excelencia del maquillaje teatral.

—Toma también esto —añadió—. He anotado mis mejoras sobre los métodos de Rede en los márgenes. Y aquí hay unas cremas especiales que preparé para evitar que te salgan granos en la piel.

Depositó todo en el maletín de Harriet y lo cerró con cuidado.

—Veamos —musitó mientras repasaba una lista con el dedo índice, rozando su labio superior—. He metido la mitad de tu ropa interior, un par de camisones y varios vestidos. Las joyas de tu madre también. El resto lo dejaré en tu habitación por si el agente pide revisarlo. Así, con tu ropa aquí, pensará que sigues en Londres y que volverás por tus cosas. Quizá eso lo retrase. Al menos, limitará su búsqueda a la zona inmediata. Para cuando descubra la verdad, estarás a salvo en Escocia. Le diré que me debes dinero por el alojamiento e insistiré en quedarme con tus pertenencias como pago. Estarán aquí… si… cuando regreses. —Joanna captó la palabra *si* antes de pronunciarla—. Rápido, ponte estos zapatos. Los que llevas no encajan con su personalidad.

Mabel se miró los pies y se fijó en sus suaves zapatillas de ante. De nuevo, se sintió incómoda, porque, en realidad, estaría caminando con los zapatos de una mujer muerta. ¿Un presagio? se

preguntó, poniéndose las botas altas en buen estado y abrochándoselas.

—¿Así está mejor? —inquirió mientras se enderezaba y se ponía de pie. Entonces advirtió que Joanna doblaba su capa de terciopelo y el traje roto.

Antes de que pudiera protestar, la señora Nerfolk los introdujo en la maleta, junto con sus zapatillas.

—¿No puedes tirarlo? —avanzó con intención de quitarle el traje, pero sus pies resbalaron dentro de los zapatos y casi cayó de bruces.

Por suerte, Joanna la sujetó.

—Tranquila, querida. No querrás rodar por las escaleras y acabar en los brazos del señor Donovan cuando llegue, ¿verdad?

—Por supuesto que no —respondió Mabel con tono recatado, intentando restar importancia a su situación por el momento—. La señorita Chambers nunca haría algo tan poco propio de una dama.

—Entonces será mejor que andes contoneándote de un lado a otro antes de que él llegue. Cuando te hayas instalado en Escocia, ve si hay un zapatero cerca y pídele que te haga un par nuevo de una talla más pequeña.

—Lo haré. —Mientras Mabel daba varios pasos de práctica, sentía como si sus pies nadaran en un mar de cuero grueso. Sin embargo, tras unos cuantos pasos, estaba segura de haber dominado el andar, pero al siguiente tropezó de nuevo y soltó una risa—. Creo que gatear sería mucho más seguro.

—Superarás este pequeño problema. No tienes elección.

—El disfraz, yo...

—Tendrás que llevártelo. Si lo encuentran, sabrán que estuviste aquí —razonó Joanna, mientras cerraba las maletas, con un dejo de disculpa—. Lo quemaría, pero temo arriesgarme. Llevaría demasiado

tiempo, y eso es algo que no tenemos. —Luego, con curiosidad, añadió—: ¿crees que ya lo habrán encontrado?

Mabel, que casi lo había olvidado, se dejó caer sobre la colcha de satén.

—No lo sé. Yo... yo...

Joanna se acercó a Mabel y se sentó a su lado, colocando un brazo reconfortante alrededor de sus delgados hombros.

—¿Quieres hablar de ello?

Las lágrimas se agolparon en los párpados inferiores de Mabel mientras miraba a Joanna.

—Fue espantoso. Él... se escondía en mi camerino. Intenté luchar contra él, pero él... era demasiado fuerte —Ella se estremeció violentamente al recordar cómo sus manos se habían aferrado a ella, tocándola donde ningún hombre lo había hecho jamás—. Yo... logré escapar de él por un momento, pero él bloqueó la puerta. Corrí detrás del biombo y él vino tras de mí. La plancha aún estaba en su soporte de cuando la usé antes. La agarré y la balanceé con todas mis fuerzas. Se hundió como una roca. Tenía un horrible corte en la sien, y la sangre chorreaba por todas partes. Estaba tan asustada que solo agarré mi capa y corrí.

—¿Alguien te vio?

—Sí, Madame Vestris. Estaba revisando a los actores, haciéndoles entrar y salir del escenario como de costumbre. Debí de parecer asustada, porque me preguntó si me encontraba mal. Le respondí que sí. Me sorprendió mucho cuando me ordenó que me marchara de inmediato. Incluso mencionó que contrataría un coche para llevarme a casa. Luego desapareció en busca de otra actriz para mi papel. No esperé más. Corrí hasta aquí.

Joanna se alegró de saber que Rodway se encontraba tras la pantalla en el camerino privado de Mabel, el primero que aquella pobre niña había tenido, y que también le había sido concedido por su primer papel principal en una de las comedias de Shakespeare, El

sueño de una noche de verano. Si alguien entraba, no se daba cuenta de inmediato. También se sorprendió al enterarse del cambio repentino en el carácter de Madame Vestris, pues aquella mujer rara vez toleraba excusas; un actor enfermo no le servía de mucho.

—Supongo que no quería que te desmayaras en el escenario —comentó Joanna.

—Madame siempre ha sido una jefa exigente, más aún desde que ella y el joven Steven Mathews se han hecho cargo de la dirección en Covent Garden. Pero basta de hablar de ella. —Hizo un gesto para que no siguieran hablando de Lucia Elizabeth Vestris Mathews, Madame Vestris, como todavía deseaba que la llamaran, y de su marido, Steven—. ¿Te vio alguien por la calle?

Mabel pensó en el hombre del carruaje y luego negó con la cabeza.

—No, nadie me vio.

—Bien.

Ambas se sobresaltaron al oír un fuerte golpe en la entrada principal.

Joanna miró el pequeño reloj que había en la mesita de noche junto a su cama. Eran las diez y cuarto.

—Quédate aquí hasta que te llame —le ordenó—. No importa quién esté en la puerta, recuerda, eres Harriet Chambers.

—Lo recordaré. Pero, ¿y los demás? Sabrán que no soy Harriet.

—Por suerte para nosotros, los otros inquilinos están fuera por la noche. No saben de la defunción de la señorita Chambers.

—Tengo mucho miedo. No solo por mí, sino también por ti. ¿Y si descubren que me has ayudado?

—Querida, tú eras demasiado joven para ver a la gran Joanna Wembly en el escenario, pero si lo hubieras hecho, no habría dudas sobre mi seguridad. Esta vieja yegua todavía puede superar a

cualquiera de los jóvenes sementales que hoy se pavonean en los escenarios.

Mabel dio un suspiro de alivio, al darse cuenta de que las palabras de Joanna sonaban verdaderas, y luego la abrazó.

—Gracias por todo. Me parte el corazón dejarte. Te escribiré cuando llegue a Escocia.

—Más te vale. No te lo perdonaría si no lo hicieras. Mantente en contacto tan a menudo como sea posible. —Volvió a oírse el golpe, más fuerte. Joanna soltó a la joven de sus brazos, se levantó y fue a la puerta—. ¿Mencionó el Sr. Donovan si había conocido o no a nuestra Srta. Chambers?

—No.

—Bueno, pronto lo sabremos.

Joanna ya había salido por la puerta cuando Mabel, incapaz de esperar más, se apresuró a ponerse un par de guantes gastados de Harriet y el sombrero de ala ancha de la mujer, atándose las cintas deshilachadas bajo la barbilla. Después, echó sobre los hombros la tosca capa de lana de Harriet.

Pobre señorita Chambers, pensó Mabel; desde luego, carecía de gusto para la moda. Pero en aquel momento, eso era lo último que le preocupaba. Echó un último vistazo al espejo, reparó en las cartas, las tomó y las guardó todas en el desvencijado monedero de Harriet antes de abandonar la habitación. Con pasos tan ligeros como le permitían aquellos zapatos nuevos, se apresuró a subir la escalera.

De pronto se detuvo, incapaz de creer lo que veía.

—Ah, señorita Chambers —saludó una voz profunda y barítona —. Me alegra verla bien. —Luego se volvió hacia su chófer—. Sr. Spencer, venga a ayudar con las maletas de la señorita Chambers.

Mabel contempló al imponente hombre mientras descendía con gracia hasta el final de las escaleras. Vestía un traje de noche negro y una capa del mismo color, forrada de satén rojo. Su figura era

impecable, pues la ropa se ceñía a sus anchos hombros y estrecha cintura. Su hermoso rostro irradiaba salud, y Mabel supuso que pasaría mucho tiempo al aire libre, a diferencia de los pálidos caballeros del teatro que conocía.

Él se quitó el sombrero de copa e inclinó la cabeza, mostrando su abundante cabello oscuro, en un saludo formal.

—Señorita Chambers —su voz grave resonó por la escalera—. Nial Donovan, a su servicio.

Un extraño cosquilleo, semejante al roce suave del ala de una mariposa, recorrió a Mabel. Era la misma sensación que había experimentado momentos antes de subir al escenario. El hombre es un demonio, pensó al observar su expresión segura. Dejando a un lado cualquier relación con Lucifer, se recompuso y comenzó a bajar las escaleras, preguntándose cómo el hombre del carruaje y el Sr. Donovan del relato de Harriet podían ser la misma persona. Pero, sobre todo, se preguntaba si él había conocido a la difunta señorita Chambers. Desde su posición al pie de las escaleras, podría haberla confundido con Harriet; sin embargo, acercándose, notaría que era una impostora.

Mabel se preparó para su encuentro cara a cara. Pero al llegar al penúltimo escalón, resbaló con los zapatos de Harriet y perdió el equilibrio. Sus agudos reflejos permitieron a Nial cogerle el brazo antes de que se cayera por completo, y la ayudó hasta que recuperó el equilibrio.

—Gracias. —Las palabras susurradas de Mabel flotaron hacia aquel hombre que la superaba en altura. De repente, se percató de que el telón ya se había alzado (Acto I, Escena 1) y solo podía rezar para que no cayera antes de que la farsa o melodrama se hubiese representado. Liberándose de su firme agarre, explicó—: Supongo que aún no estoy tan firme como pensaba.

—Es comprensible. Su enfermedad la ha debilitado, naturalmente.

Nial notó su rápida retirada de su mano protectora. Tal vez estaba avergonzada, pensó, pues casi se había desplomado a sus pies. Para no incomodarla más, retrocedió unos pasos.

—Pido disculpas por mi tardanza —continuó con un tono profundo y suave que hizo vibrar a Mabel—, pero mi cochero se perdió en la niebla. Dimos varias vueltas equivocadas antes de encontrar finalmente la calle correcta. Por desgracia, ya no conozco Londres tan bien como antes.

—Disculpa aceptada, señor Donovan, pero no puede culparse por esta noche lúgubre —respondió Harriet con el tono adecuado, esforzándose por resistir su irresistible encanto. Sabía bien que él poseía un poder extraordinario para atraer al sexo opuesto. ¡Cuidado! le advirtió su voz interior. ¡Es un demonio!—. Londres es famosa por sus repentinas nieblas cegadoras —prosiguió con aire mojigato—, es algo habitual.

Sin duda es una pequeña mojigata, pensó Nial mientras la observaba con cierta ironía. Y tan simple como un envoltorio de papel marrón. Entonces se preguntó si su preciosa Fanny congeniaría con aquella mujer. Parecía demasiado seria y rígida para entablar relación fácil con cualquier niño, y mucho menos con el suyo.

Quizás, concluyó, se sentía incómoda en presencia de un hombre; él en particular. Tras haberla salvado de un desastre seguro, había notado su resistencia bajo su tacto. Pero no podía permitir que se desplomara de bruces. Fuese lo que fuese lo que causaba su comportamiento mojigato, no era asunto suyo. Sus excepcionales talentos habían sido muy recomendados, y él estaba impaciente por regresar a Escocia para que ella pusiera en práctica su experiencia. Por encima de todo, Fanny necesitaba su ayuda.

—La niebla es algo que no he olvidado —ofreció con una sonrisa renovada. Al mirarla con más atención a la tenue luz, advirtió las ojeras bajo sus ojos y el hundimiento en sus mejillas. Aunque deseaba continuar su camino, recapacitó—. Señorita Chambers —se

atrevió—, dado lo avanzada de la hora y su delicado estado, quizá deberíamos aguardar hasta mañana antes de...

—¡No!

Mabel y Joanna habían gritado la palabra al unísono, y luego ambas guardaron silencio. Obviamente, el solícito señor Donovan se había quedado desconcertado por su angustiado arrebato. Con la esperanza de rectificar la situación, Mabel recurrió a toda su formación en el escenario. Enderezando los hombros, miró directamente a los ojos de Nial Donovan, unos ojos verdes de pestañas largas que podían derretir el corazón de una mujer. O congelarlo con la misma rapidez.

—Lo que la señora Nerfolk y yo queríamos decir es que ella ya ha dejado mi habitación. El nuevo inquilino se ha mudado, así que ya no tengo dónde quedarme. Además, cuanto antes partamos a Escocia, antes podré empezar a trabajar con... eh, Fanny —añadió con rapidez, como si temiera olvidar el nombre de la niña—, mi tiempo es oro. —Su voz sonó pomposa, más de lo que ella misma esperaba, pero siguió sin detenerse—. No soporto los retrasos. Otros niños necesitan mi ayuda. Así que no nos detendremos, señor.

Nial arqueó una ceja mientras la observaba, altiva y resuelta. Esperaba que no estuviera intentando desafiarlo, porque las mujeres exigentes solían ponerle los nervios de punta, y la paciencia con aquella parecía agotarse rápidamente.

De mal humor, acelerado en parte por la niebla y, sobre todo, por la frustración de haber perdido la oportunidad de conocer a una joven muy intrigante más temprano esa noche, Nial tenía ganas de marcharse sin mirar atrás. Pero al imaginar a su hija, decidió mantenerse cortés, sin importar cuánto detestara la idea. Por Fanny, estaba dispuesto a todo.

Entonces algo llamó su atención. Aunque la mujer parecía estar a las puertas de la muerte, sus ojos eran de un azul cobalto claro y brillante. De hecho, tenían demasiada vida para alguien que había estado tan enfermo recientemente. Despertada su curiosidad, se

acercó, con la esperanza de examinar más a fondo a la insolente mujer.

Con la mirada fija en ella, la reacción inmediata de Mabel fue retroceder, pero se mantuvo firme, ofreciendo mil elogios de que la iluminación era algo inferior. Eso, además del ala saliente del sombrero de copa, mantenía su rostro en sombra. Sin embargo, sintió que su compostura flaqueaba. El hombre la ponía nerviosa. Era demasiado enérgico, demasiado imponente para su gusto, y algo en su actitud le decía que veía al sexo opuesto con desdén. Pero tal vez no tuviera nada que ver con las mujeres. ¡Quizás había descubierto su intento de engaño!

Con la mirada fija en la suya, hizo un último intento.

—Bueno, señor Donovan, ¿nos vamos? ¿O debería consultar mi lista para buscar otro nombre, uno que aprecie más mi tiempo y experiencia?

Nial entrecerró los ojos. Los ultimátums tampoco le sentaban bien, y a pesar de su decisión anterior de soportar sus molestos modales, descubrió que ya no podía seguir fingiendo.

—Por supuesto, señorita Chambers —respondió con voz cortante—. Nos pondremos en camino. —Se volvió hacia el hombre de ojos muy abiertos en el umbral—. Señor Spencer, traiga el equipaje de la señorita Chambers. —Sin más, cruzó la entrada a grandes zancadas, el taconeo de sus botas negras resonando con furia mientras desaparecía en la noche para calmar su creciente enfado.

Mabel buscó la mirada de Joanna, que le respondió con un gesto tranquilizador antes de dirigirse al hombre bajo y fibroso que seguía en el umbral, sonriendo con amabilidad.

—Señor Spencer, por favor, sígame.

—Sí, señora —asintió, sombrero en mano. Pero al acercarse a Mabel, se detuvo, bajó la cabeza y añadió con voz baja—: No le haga caso, señorita. Esta noche está de mal humor; me perdí y todo

eso. —Giró nervioso el sombrero entre sus manos callosas—. Si me permite, el señor Donovan es algo susceptible con las mujeres. Lo ha sido desde... —Se aclaró la garganta, visiblemente incómodo al compartir aquella confidencia—. Su hija, Fanny, es ahora toda su vida. Ella necesita su ayuda, así que si pudiera encontrar en su corazón la manera de pasar por alto sus arranques de ira, estoy seguro de que... bueno...

—Lo entiendo, Sr. Spencer —le tranquilizó Mabel mientras le tocaba ligeramente el antebrazo—. Créame, su hija es mi principal preocupación.

Y, en efecto, así era, pues Mabel dudaba de la cordura de prolongar aquella farsa. Fanny Donovan merecía mucho más de lo que ella, fingiendo ser Harriet Chambers, podía ofrecerle. Al final, la niña sufriría un golpe devastador en su salud emocional si se descubría la impostura, algo que parecía inevitable.

Joanna observó cómo los pensamientos de Mabel galopaban en su rostro, ideas que bien podrían conducirla a la horca.

—Señor Spencer, las maletas de la señorita Chambers están en mi habitación —ordenó—. Si no le importa ir a buscarlas usted mismo, no tengo inconveniente.

Su rostro áspero se transformó en una sonrisa torcida que mostraba sus largos dientes.

—Está bien, señora. Con gusto iré a por ellas —respondió.

—Arriba, primera puerta a la izquierda. Allí encontrará tres maletas y un pequeño baúl en el pasillo —explicó Joanna.

Cuando el Sr. Spencer estuvo fuera de su alcance, susurró:

—La función terminará a las once y alguien hallará el cuerpo del vizconde, si es que no lo han encontrado ya. No hay mucho tiempo. Como mucho media hora. No tienes más remedio que partir. —Mabel comenzó a protestar, pero Joanna la interrumpió—. Al menos usa el carruaje del señor Donovan para salir de Londres a salvo. Una vez en Escocia, si decides no seguir interpretando a la

señorita Chambers, que así sea. Podrás huir del hombre mucho antes de conocer a la niña. Por favor, Mabel —rogó—. Usa la cabeza. Debes marcharte. Ahora mismo.

Mabel suspiró.

—Joanna, yo... oh, está bien. Haré lo que me pides. Pero no me gusta.

—No tiene por qué gustarte —advirtió—, pero cuando encuentres la oportunidad de escapar de la compañía del señor Donovan, hazlo con rapidez y prudencia. Hagas lo que hagas —prosiguió—, no dejes rastro alguno. Percibo que ese hombre tiene poca paciencia para la deshonestidad, especialmente en una mujer. Y mucho cuidado con provocarlo. Sospecho que solo tolera la impresión que has dado como Harriet por el bien de su hija, y nada más. Solo Dios sabe qué hará si descubre que no eres la mujer que cree haber contratado.

—Tendré cuidado —respondió Mabel, aunque temía que su precaución fuera insuficiente—. Me temo que he exagerado mi papel, pero ese hombre me pone excepcionalmente nerviosa.

—Harriet ciertamente era remilgada y correcta, pero carecía del espíritu que tú has mostrado. Mi consejo es que mantengas el temperamento de Mabel bajo control; así dominarás el papel de la señorita Chambers.

—Lo intentaré —replicó ella, consciente de que podría ser un esfuerzo vano. Se preguntó por qué el hombre no podía ser alguien aburrido y modesto, acorde a la difunta señorita Chambers. En tal caso, no tendría problema en representar su papel. Pero, tal como estaban las cosas, tendría que vigilar cada uno de sus pasos. En más de un sentido —pensó, observando sus zapatos de gran tamaño—, debía mantenerse alerta.

Con un gruñido, el Sr. Spencer reapareció en lo alto de las escaleras, y ambas mujeres le echaron un vistazo. Sabiendo que solo le quedaban unos segundos, Joanna apretó cariñosamente las manos de Mabel. Un abrazo podría haber levantado sospechas.

—Que Dios te proteja, querida, y escríbeme en cuanto puedas. —Luego se dio la vuelta—. Ah, Sr. Spencer —lo llamó alegremente—. Veo que los encontró sin ningún problema.

—Sí, señora —respondió mientras hacía malabares con las maletas: dos sujetas con una mano derecha pequeña pero musculosa; la tercera metida bajo el brazo; mientras que el baúl, sujeto con la mano izquierda, bajaba por los escalones a su lado—. Eh, señora —dijo cuando llegó abajo, con una expresión algo asombrada en el rostro—. Si no le importa que le pregunte... eh, ¿fue usted actriz?

Mabel se quedó quieta y rápidamente miró a Joanna.

—Vi carteles y cosas así. Era usted muy guapa... quiero decir, todavía lo es, señora, pero... eh...

—No se preocupe, Sr. Spencer. —Joanna sonrió aliviada—. Gracias por el cumplido, pero como habrá adivinado, eso fue hace años.

—Sí, señora, pero sigue siendo una mujer muy atractiva.

—¡Sr. Spencer! —Nial Donovan se dirigió bruscamente a su hombre desde las sombras más allá de la puerta abierta; Mabel dio un salto.

—Si han acabado con la charla —pronunció cada palabra cargada de sarcasmo al entrar en el vestíbulo—, nos vamos.

—Sí, señor, ya me iba —respondió el hombre, levantando de nuevo el pesado baúl y dirigiéndose a la puerta—. ¡Vaya resaca espantosa que tiene! —refunfuñó lo bastante alto para que su amo lo escuchara.

Nial frunció el ceño mientras observaba la rápida retirada del señor Spencer.

—Si no le debiera la vida a ese maldito irrespetuoso —lo había rescatado de las aguas cercanas a los muelles de Glasgow tras un ataque de matones, doce años atrás—, lo arrojaría directo a las

llamas. Luego, dirigió una mirada fulminante a Mabel—. Señorita Chambers, ¿le importaría aceptar mi brazo, por favor?

Ella contempló el brazo que le ofrecía, preguntándose cuánto tiempo habría estado en el umbral de la puerta. Temió que hubiera oído las palabras de Joanna, pero se tranquilizó pronto: si así fuera, ya le habría ordenado al señor Spencer arrojar sus maletas, y ambos se habrían marchado, no sin antes recibir una cáustica y merecida reprimenda.

Con la cabeza erguida, Mabel se acercó a él.

—Gracias, señor Donovan —su voz sonó fuerte y firme, aunque, por extraño que pareciera, apretaba con fuerza el bolso, un escudo inútil, sin duda—. Le agradezco su consideración, pero puedo arreglármelas sola. —Su brazo cayó lentamente, y volvió la mirada hacia Joanna—. Y gracias, señora Nerfolk, por todo lo que ha hecho. Mi estancia aquí ha sido muy agradable. —Aunque sus palabras eran formales, el profundo afecto que sentía por su amiga brillaba en sus ojos. De repente, el escozor de las lágrimas la invadió y, antes de que cayeran, bajó rápidamente los escalones, dejando atrás a Nial Donovan.

Nial observó cómo el señor Spencer ayudaba a aquella mujercita a subir al carruaje. Calculó que rondaría los treinta y dos años y la consideró una mujer sencilla e impertinente, poco atractiva para su género. Sin embargo, algo en su porte elegante contradecía esa impresión. Y sus ojos… incapaz de definir qué, estaba seguro de que tras esos claros iris azules se escondía un oscuro secreto. A sabiendas de que su ánimo desconfiaba de todas las mujeres, reprimió sus sospechas.

—Señora Nerfolk —asintió al despedirse, y también descendió hacia el carruaje.

Joanna lo observó mientras se acomodaba en el interior. El carruaje rodó silencioso por la noche brumosa hasta doblar la esquina. Entonces ella cerró la puerta y se recostó contra ella.

—Que Dios te ayude —susurró—, si alguna vez descubre la verdad.

Mientras el pesado carruaje rodaba y se balanceaba por las calles oscuras, Mabel se sentó en la esquina del vehículo tenuemente iluminado, mirando por la ventana. A su vez, Nial Donovan se sentó frente a ella, examinando a la nueva institutriz de su hija. Sintió su mirada fija, pero él no dijo una palabra. El silencio prevaleció hasta que finalmente sus tensos nervios ya no pudieron soportar el vacío que se alargaba.

—¿Hasta dónde cree que viajaremos esta noche? —preguntó ella, apartando la mirada de la calle.

—Todo el tiempo que el Sr. Spencer pueda mantenerse en el asiento. He hecho arreglos con varias posadas para que nos proporcionen caballos frescos en el camino. Si es posible, viajaremos de noche. Supongo que eso cumple con sus criterios de velocidad y eficiencia. Ciertamente no quisiera causarle retrasos innecesarios, Srta. Chambers. —Luego se quedó en silencio, sin apartar los ojos de ella.

Mabel sostuvo su mirada un instante antes de volver a dirigirla hacia la ventana. Se negó a responder a su comentario sarcástico, ¡convencida de que solo pretendía provocarla! Haz caso al consejo de Joanna, se recordó. Controla tu temperamento y todo irá bien. Pero por mucho que intentara convencerse, aquella mirada persistente y penetrante comenzó a erosionar su paciencia. Estuvo a punto de confesarlo todo, pero el súbito cabeceo del carruaje la obligó a tragarse las palabras.

Con una violenta sacudida, el carruaje se detuvo y Mabel salió despedida hacia adelante, su rostro estrellándose contra el ancho pecho de Nial Donovan.

Él reaccionó con rapidez y la sujetó antes de que cayera al suelo entre los asientos. Con suavidad, la acomodó de nuevo en su sitio. Sus largos dedos le rodearon la parte superior de los brazos, presionando cerca de sus pechos, mientras sus ojos seguían fijos en

su rostro. Un olor peculiar se coló por sus fosas nasales: lavanda… y ¿brandy? No, concluyó Nial al instante. Seguramente sería algún tipo de medicina recetada para su dolencia.

—¿Está bien? —preguntó, visiblemente preocupado.

—Bastante —replicó ella con firmeza, apartándose de su agarre.

Tenía el rostro demasiado cerca, a escasos centímetros del suyo, y un escalofrío extraño le recorrió la espalda. Al notar que su sombrero se había torcido, se lo colocó rápidamente para despejarse la cara. Luego alisó nerviosa la falda, tratando de distraer su mirada inquisitiva.

En ese instante, un alboroto de voces airadas llamó la atención de Nial. Sin pensarlo, pasó por encima de sus pies y salió por la portezuela, dejándola entreabierta. Mabel exhaló un suspiro audible de alivio.

Con el oído atento, alcanzó a distinguir la airada diatriba del señor Spencer, que gritaba desde lo alto de su atalaya:

—¡Maldito idiota! ¿No ves que tenía el derecho de paso?

Y, con el olfato de un auténtico marinero, remató con una expresión tan florida que hizo sonrojar a Mabel.

—¡Señor Spencer! —Nial intervino con severidad—. ¡Cálmese! Estoy seguro de que estos buenos hombres tienen asuntos urgentes.

Al preguntarse qué podía estar causando el alboroto, Mabel asomó la cabeza fuera. Al instante la retiró. Con el corazón acelerado, empezó a temblar. Rápidamente se preguntó si debía huir o quedarse en el carruaje. Una vez tomada la decisión, se acurrucó más en su rincón y se cubrió con la capa con más seguridad. Esperó y rezó lo que le pareció una eternidad.

—Retroceda, Sr. Spencer. —La llamada de Nial llegó por fin a sus oídos y, con un golpe seco, la rueda del carruaje se desprendió de la acera. Unos segundos más tarde, él volvió a acomodarse en su asiento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mabel con cautela.

—El Sr. Spencer y un carro de la prisión decidieron ocupar el mismo ancho de calle en el mismo momento preciso. Afortunadamente, pudo evitar un desastre.

Segura de que la furgoneta se dirigía a casa de Joanna, agradeció que se hubieran ido en el momento oportuno.

—¿Mencionaron algo de su misión?

—Tenían prisa. No tuvieron tiempo de mantener una conversación educada.

—Oh —comentó Mabel, aliviada al oírlo.

—¿Le intrigan los asesinatos, señorita Chambers?

Su mirada se dirigió a su rostro. Pero nada en su atento escrutinio indicaba que sospechara algo.

—¿Asesinatos?

Sus ojos verdes permanecieron fijos en su rostro.

—Sí, asesinatos.

—¿Mencionaron algo así?

—No, pero supongo, por la prisa que llevaban, que no perseguían a un simple carterista —comentó Nial, sin apartar la vista de la mujer de labios apretados que tenía enfrente—. Bien, ¿Le interesan?

—¿El qué?

—¿Los asesinatos...? ¿Le interesan?

—Qué pregunta tan absurda —replicó ella con aire remilgado, mientras observaba cómo una sonrisa extrañamente cautivadora se dibujaba en sus labios cincelados.

A pesar de sí misma, no pudo evitar mirarlos. Como actriz, estaba familiarizada con los besos, aunque no los regalaba con ligereza. Sin embargo, mientras contemplaba la forma de aquella

boca, su intuición le advirtió que, si ese hombre usaba esos labios en una mujer, podían ser persuasivos y tiernos, o bien duros y exigentes, según su voluntad. Sacudió el pensamiento con brusquedad.

—Tiene usted una mente oscura. ¡Asesinatos!

—Mis disculpas, señorita Chambers —replicó con calma, recostándose en el asiento—. Discrepo de su opinión sobre mi mente, aunque, claro está, es solo eso: una opinión. Pregunté simplemente porque me intrigó su repentino interés por la… eh, *misión*, como usted la llamó, del agente.

—Solo era curiosidad, nada más.

Incapaz ya de sostener aquella mirada burlona, Mabel bajó los ojos… y entonces lo notó. Una mancha clara en la capa negra: ¡era polvo de maquillaje! Comprendió de inmediato lo que había sucedido. Al chocar de lleno contra su pecho, su mejilla debía de haber rozado la tela y parte del maquillaje se había transferido.

Con disimulo, alzó la mano para cubrir la zona expuesta de su rostro. Luego, con movimientos suaves, intentó difuminar el hueco. Sin embargo, al echar un vistazo al guante, comprobó que no hacía más que empeorar el daño, esparciendo aún más el producto.

Nial observó aquellos gestos delicados y recordó el momento exacto en que ella se había estrellado contra él.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó, inclinándose hacia ella mientras le tomaba la mano—. Vamos, déjeme echar un vistazo.

—¡No! —Su estridente voz resonó en el carruaje antes de que se instalara un silencio sepulcral. De repente, se dio cuenta de lo bruscamente que había hablado.

Con la mano aún en el aire, Nial no se había movido; sus ojos eran como piedras duras cubiertas de musgo. Desde el momento en que ella prácticamente había caído en sus brazos, mientras bajaban la escalera de la casa de la señora Nerfolk, él había notado una clara muestra de desconfianza hacia él, casi hasta el punto de la

hostilidad. No podía entender por qué, ¡pero iba a llegar al fondo de la cuestión, ahora!

—¿Le doy miedo, señorita Chambers? —Su ceño se arqueó hacia arriba sobre un ojo entrecerrado mientras su mano finalmente caía sobre su musculoso y duro muslo con una palmada notable—. Porque si es así, déjeme asegurarle que ha conjurado todo tipo de fantasías femeninas salvajes en esa extraña y pequeña mente suya que no tienen nada que ver con la realidad. Mi único interés en usted es mantenerla sana y salva hasta que haya ayudado a mi hija. Cuando lo haya hecho, estaré encantado de meterla a usted y a sus pertenencias en el primer carruaje que se dirija al siguiente nombre de su lista. ¿Queda claro?

Con los ojos muy abiertos, Mabel estudió su rostro. Parecía retarla a que dijera que no.

—S-sí, claro.

—Bien. Ahora intentemos que este viaje sea lo más agradable posible. Tenemos un largo camino por recorrer. Con suerte, podemos llegar a algún tipo de tregua para que el viaje sea más placentero. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió ella en voz baja, lo suficientemente intimidada. Luego trató rápidamente de justificar sus malos modales —. Pido disculpas por mi arrebato, Sr. Donovan. Sin embargo, me temo que estoy muy cansada, lo que, por desgracia, me ha puesto bastante nerviosa. Si me permite apagar la lámpara, tal vez pueda descansar un poco. Estoy segura de que mi estado de ánimo mejorará con el sueño. —Sus palabras terminaron, el carruaje chocó contra un bache; su antebrazo chocó con su tierno pecho. El dolor pulsó a través del tejido magullado, y su mano cayó automáticamente de su rostro para calmar y proteger la zona.

Sin perderse su gesto de dolor, Nial notó cómo su mano se cubría el pecho. Inmediatamente, deseó haber mostrado un poco más de decoro, en lugar de arremeter contra ella con mal genio.

—¿Su corazón? —preguntó solícito.

Sin entender lo que quería decir, Mabel parpadeó y luego frunció el ceño.

—¿Qué?

—Su corazón. —Señaló con la cabeza su mano—. ¿Le duele?

Su mano se subió a la mejilla.

—¿Por qué lo pregunta?

Exasperado, Nial se preguntó si aquella mujer se había vuelto loca. Al imaginar que probablemente seguía albergando la absurda idea de que él pudiera abalanzarse sobre ella y forzarla, estuvo a punto de soltar una carcajada. Lo único que Harriet Chambers lograba despertar en él era ira. Consciente de no volver a mirar en dirección a su escote, carraspeó.

—Solo me preocupa su estado, señorita Chambers. Recuerde que, en su carta, mencionó que una enfermedad infantil le dejó el corazón débil. Si se siente indispuesta, pediré al señor Spencer que llame de inmediato a un médico.

—No. Por favor, no se moleste. El dolor viene y va. Yo… intento no pensar en ello.

De pronto, su lengua se volvió amarga. No era fácil mentir, y sin embargo las falsedades se acumulaban una tras otra, como un castillo de naipes a punto de desplomarse. Pero lo cierto era que sí sentía dolor, y si él lo malinterpretaba, no era culpa suya. *Mentirosa*, se reprochó en silencio, aunque en voz alta añadió:

—Le agradezco su preocupación, señor Donovan. Pero no le dé mayor importancia a todo esto. Como le he dicho, solo estoy muy cansada.

Y lo estaba.

—Entonces debe descansar —sugirió él, inclinándose hacia delante para sacar una manta de gran tamaño de la caja de almacenamiento personalizada bajo el asiento—. Tome, esto la mantendrá abrigada.

Antes de que pudiera objetar, Nial extendió la manta sobre sus piernas con movimientos comedidos y eficientes.

—Gracias. —La voz de Mabel tembló cuando finalmente habló, su mirada se movía inestable sobre su rostro. Era demasiado guapo, pensó ella, y demasiado dominante. En todos los aspectos de su vida, sabía, Nial Donovan era un hombre seguro de sí mismo, incluso con las mujeres. Pero sospechaba que sus relaciones, si es que tenía alguna, eran simplemente por placer, coqueteos juguetones que no dejaban emociones duraderas. Sin embargo, a pesar de lo que ella sabía, él la dejaba sin aliento.

De repente, se preguntó por su difunta esposa. En sus cartas a Harriet no mencionaba la causa de su muerte, solo que su hija,

Fanny, había quedado muda desde que sucedió. Pero Mabel estaba segura de que había habido alguna terrible tragedia en torno a la muerte de la pobre mujer, sobre todo para que hubiera afectado tanto a la niña.

Quería preguntar, pero estaba demasiado cansada, los inquietantes efectos de su propia experiencia traumática finalmente habían pasado factura.

—La luz, por favor, Sr. Donovan —susurró, estirando la manta sobre sus hombros—. Simplemente debo descansar.

—Por supuesto. —Él extendió la mano y bajó la mecha; la llama se apagó lentamente en la oscuridad.

—Gracias —susurró Mabel al vacío, mientras se replegaba un poco más en su rincón. Instantes después, su mano, que aún cubría parte de su rostro, descendió con lentitud, y pronto el vaivén constante del carruaje a la fue adormeciendo hasta sumirla en un sueño intranquilo.

Durante el trayecto de Londres a High Holborn, pasando por Cow Lane, St. John's y finalmente Islington Road, Nial permaneció en silencio, observando la silueta de Mabel. Qué extraño, pensó. Primero fueron sus ojos... y ahora, su voz. No lo había notado antes,

pero en la penumbra, aquel timbre melodioso había captado su atención. Juraría haberla oído cantar en alguna parte.

Imposible, se dijo, conteniendo un bostezo, mientras trataba de encontrar una postura más cómoda. No obstante, tras varios minutos de moverse con impaciencia en el asiento, descubrió que la irritante Harriet Chambers no desaparecía de su mente. Y así, por mucho que intentó resistirse, acabó por rendirse y dejar que sus pensamientos vagaran libremente.

—Extraña y diminuta avecilla —murmuró para sí, volviendo a observar su silueta oscura recortada en las sombras. Con su aspecto apagado y su carácter nervioso, le recordaba a un pájaro sastre: discreto, escurridizo, siempre alerta. Incluso su voz evocaba la de esa pequeña criatura: podía sonar dulce y melodiosa en ocasiones, y otras, tan áspera como un trino irritado.

Del mismo modo, ella probablemente lo vería a él como un ave rapaz, un halcón hambriento dispuesto a lanzarse en picado sobre su presa, con las garras listas para desgarrar. Porque estaba claro que lo había despreciado y desconfiado de él desde el primer momento. Intrigado, se preguntó si solo a él le inspiraba semejante recelo. ¿O acaso era una desconfianza general hacia todos los hombres? Reflexionando, concluyó que aquella actitud debía de deberse a alguna experiencia infeliz.

¿Un don, la señorita Chambers? ¡Imposible! La mujer era demasiado anodina como para despertar deseo alguno. No le suscitaba la más mínima calidez.

Y, sin embargo… aunque la insípida señorita Chambers no le interesaba en lo personal, no era descabellado pensar que algún otro hombre se hubiera sentido atraído por ella. Pero ¿por qué pensaba en ella? Es cierto que, en apariencia, era absolutamente trivial, pero había algo invisible, una suerte de misterio que lo incitaba a rasgar ese envoltorio sencillo y comprobar si, en lo más hondo, existía un fulgor oculto, algo más que desafiara su indiferencia.

Con la repentina comprensión de lo ridículos que eran sus pensamientos, resopló en voz alta. Mabel se movió y gimió suavemente; la manta cayó de sus hombros. Nial extendió la mano y se la volvió a poner. Ella se movió de nuevo, y él rápidamente retiró la mano y contuvo la respiración, temiendo extrañamente su ira si lo descubría inquieto a su alrededor. Con otro suave sonido, ella volvió a caer en un sueño reparador, y él se relajó cuando sus respiraciones regulares llegaron a sus oídos.

Frunció el ceño en la oscuridad y decidió que debía de estar loco. Seguro que sus pensamientos anormales y su peculiar necesidad de estar atento eran el resultado directo de no haber disfrutado de los dulces placeres de una mujer durante... ¿cuánto tiempo? Bueno, no tanto como para no recordarlo. Pero de todos modos, fue suficiente. Seguro de que esa era la razón de su ridícula ensoñación, se reclinó y, con una mirada algo amarga a la mujer dormida frente a él, apoyó la cabeza contra la pared del carruaje.

Entonces, necesitando entretenerse con pensamientos más agradables, sus cavilaciones se dirigieron a otra mujer, una cuyo atractivo realmente despertaba su apetito masculino. Al recordar la excitación que había experimentado cuando la vio por primera vez esa misma tarde, se preguntó por qué había desaparecido para no volver nunca. Buscó en su memoria su nombre, pero no lo encontró, y se dio una palmadita en el bolsillo del pecho, buscando el papel doblado que había guardado allí. Había desaparecido. Y también su identidad, perdida para siempre. Sin embargo, su recuerdo visual de ella seguía siendo fuerte. Suave y encantadora, su gracia y belleza llenaban su cabeza mientras la imaginaba bañada por la luz de los focos, paseando por un claro del bosque en un reino mágico de hadas. Con una sonrisa perezosa en su rostro, Nial se unió a su dulce visión, su Hermia, y se dejó llevar a un sueño placentero, pero preocupado.

Capítulo 3

Los rayos moteados de luz dorada se colaban por la pequeña ventana; las lúgubres nieblas de la noche se habían disipado, dando paso a una mañana gloriosa. Acurrucada en su rincón, Mabel absorbía los rayos rejuvenecedores del sol y, como una flor, volvía el rostro hacia su cálida energía. Suspiró, satisfecha, y se acomodó aún más bajo la bata de lana, escuchando el compás constante de sonidos: la cadencia rítmica de los cascos herrados, el crujido de los muelles del carruaje, el retumbar de las ruedas. Por un instante, se dejó arrullar por aquella falsa sensación de seguridad.

Entonces, de pronto, se sobresaltó. Parpadeó varias veces, empujó la manta hacia delante y, con una rápida mirada, confirmó lo que había sentido al despertar: Nial Donovan la observaba fijamente.

—Buenos días, señorita Chambers —entonó con un aire alegre y casi musical. Sus dientes rectos brillaban a la luz del sol, su blancura contrastaba con el tono bronceado de su piel—. Confío en que haya dormido bien.

Sus ojos, aún somnolientos, buscaron los suyos, y al encontrar su sonrisa engreída, Mabel se puso en tensión.

—Extremadamente —repuso Nial, con los ojos puestos en cada uno de sus movimientos. Nada había cambiado, se dijo; seguía tan inquieta como la noche anterior—. Yo me encargo.

Alargó la mano hacia la manta, y sus dedos rozaron los de ella. Mabel se apartó de inmediato, como si le hubiese picado una avispa; la prenda cayó al suelo, justo entre ambos. Nial la recogió con rapidez y la guardó en la caja de almacenamiento bajo el asiento.

—¿Se sentiría más cómoda, señorita Chambers, si trazara una línea en medio del carruaje? —ironizó, sin darle tiempo a responder —. O tal vez podríamos levantar una especie de muralla. ¡Ajá! La manta. Podríamos fijarla a las paredes, así usted tendría su lado... y yo el mío. ¿Qué le parece? ¿Improvisamos?

Mabel comprendió enseguida que volvía a provocarla.

—No se moleste por mí —respondió con un ligero movimiento de su mano enguantada—. Hay mucho espacio para los dos. Sin embargo, si quiere privacidad, haga lo que quiera.

Su sonrisa se había desvanecido hacía mucho tiempo y, durante un largo instante, Nial la contempló en silencio. Luego, con voz firme, declaró:

—Mi deseo, señorita Chambers, es que permanezca en su piel y deje de saltar de ella cada vez que la toco por accidente. Pensé que había dejado claro que no albergo ningún anhelo, en el sentido más estricto, de abalanzarme sobre usted, pero continúa reaccionando como si así fuera.

—Simplemente no soporto que me toquen. Nadie.

En los ojos de Nial brilló un destello de... ¿repulsión? Cubierto, además, por una sombra de odio. Estaba seguro de que algo terrible le había ocurrido en el pasado. Sin pensarlo, preguntó:

—¿Fue un hombre quien provocó ese miedo irracional?

—Eso no es asunto suyo, señor Donovan —respondió Mabel con firmeza.

Apartó la mirada y volvió a contemplar por la ventana. Había intentado alejar el recuerdo atroz del ataque de Steven Rodway y casi lo había logrado, hasta que Nial Donovan lo resucitó. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y batalló para que no brotaran.

Eso pensó Nial, observándola con atención. Tenía razón. ¡Dios mío!, exclamó su mente. Seguro que no la habían... ¡violado! Por su bien, y por el de cualquier mujer, esperaba fervientemente que no

fuera así. Pero aquella explicación encajaba con su comportamiento, con la repulsión que sentía ante su proximidad, ante el contacto.

De inmediato se arrepintió de su pregunta insensible, consciente de que los recuerdos que había desenterrado eran más de lo que ella podía soportar, y suspiró hondo.

—Señorita Chambers, tiene razón. No es asunto mío. No obstante, si me permite la osadía, le ruego que no juzgue a toda la humanidad por lo que ha hecho uno de mi género.

Mabel lo enfrentó con la mirada y notó que sus ojos destilaban simpatía. ¿Piedad, acaso? Parecía haber adivinado la verdad, aunque ella temía que sus conjeturas fueran más violentas y degradantes que lo realmente ocurrido entre Rodway y ella.

¿Debería ella condenar a todos los hombres por la crueldad de uno solo? Al mirarlo, se dio cuenta de que en aquellos últimos momentos —y también la noche anterior— no había interpretado a Harriet Chambers, sino que había sido ella misma. Sus reacciones al más leve roce de Nial Donovan habían sido genuinas. Curiosamente, las sensaciones que él despertaba nada tenían que ver con el rechazo visceral y nauseabundo que le provocaba Steven Rodway. Eran, en verdad, tan diferentes como el día y la noche.

Sin embargo, a pesar de todo, Mabel le tenía miedo a Nial Donovan. Él se movió levemente; sus miradas se cruzaron, y ella se preguntó si esperaba alguna respuesta.

Tras observar la contradictoria oleada de emociones que cruzó su pálido rostro, dijo:

—Disculpe, señorita Chambers, pero yo...

—Consideraré su ofrecimiento, señor Donovan —respondió ella en voz baja—. Por ahora, preferiría cambiar de tema.

—Como usted guste —aceptó él, con tono considerado. Mientras ella permanecía bajo su atenta mirada, comenzó a reevaluar en silencio la conveniencia de contratarla.

¡Maldita sea! Si no fuera por Fanny, habría ordenado al señor Spencer que diera la vuelta al carruaje y la devolviera a Londres sin más demora. Pero, siendo realista, no podía soportar la idea de andar con pies de plomo en su propia casa, temeroso de decir o hacer algo que inquietara a Harriet Chambers. Ciertamente sentía simpatía por su visible aflicción, cualquiera que fuera su causa. Su propio pasado estaba plagado de demonios. De repente, la imagen ardiente de Celeste irrumpió en su mente, atravesando su pensamiento y su alma. Con esfuerzo, expulsó aquel recuerdo no deseado, atrincherando sus pensamientos para impedir una nueva invasión.

Cuando finalmente se recuperó, con el fantasma de Celeste encerrado a buen recaudo, decidió que, antes de que hubieran recorrido otro furlong[1], volvería a interrogar a la nueva institutriz de Fanny.

—Señorita Chambers —comenzó—, sobre nuestro acuerdo en relación con su empleo...

—Sí, señor Donovan —interrumpió Mabel, hablando apresuradamente—, estaba ansiosa por hablar de su hija.

—Sí, pero...

—Por favor, háblеme de ella. —Mabel había cortado deliberadamente sus palabras, porque necesitaba hablar de algo, de cualquier cosa, con tal de distraerse de sus pensamientos caprichosos.

—En primer lugar, señorita Chambers, debo preguntarle, ¿cree que es capaz, eh... —hizo una pausa para elegir la palabra adecuada — en cuanto a salud, de asumir este puesto?

Mabel respondió como Harriet.

—Es cierto que mi salud no es tan buena como la de la mayoría, pero ¿quién es más importante? ¿Fanny o yo?

Nial se reclinó y la miró con ojo crítico, pues sabía que ella estaba tratando de darle la vuelta a la tortilla.

—No tengo por qué responder. Ya sabe que ella es toda mi vida. Y precisamente por eso necesito estar seguro de que usted es capaz de desempeñar este puesto.

¿Lo era? se preguntó Mabel. No, pero ¿qué otra opción tenía?

—¿Qué le ha contado sobre... eh, sobre mí? tartamudeó, casi resbalando.

—Hice lo que me pidió. Pero me gustaría que me explicara su razonamiento. —Mabel entró en pánico. ¿Qué le había dicho Harriet exactamente en sus cartas?

Buscó rápidamente una pista en el rostro cerrado de Nial, pero no encontró ninguna y decidió que era hora de confesar.

—Señor Donovan —comenzó con cautela, tratando de mantener su mirada—, Siento que debo decirle... Yo, eh...

—Señorita Chambers, le aseguro que no soy un fanático de las formalidades —afirmó Nial, suponiendo que ella tenía dificultades para elegir las palabras para responder a su pregunta—. Si no quiere que la llamen institutriz, enfermera, niñera o cualquiera de los anteriores, por mí no hay problema. Solo me preguntaba por qué. Como usted pidió, ya le he dicho a Fanny que usted es una amiga que viene a quedarse por una temporada. También entiende que al final se irá de nuestra compañía.

—Excelente —dijo Mabel con un suspiro. Sin saberlo, Nial la había ayudado a descubrir el enfoque único que Harriet había utilizado a lo largo de los años para tratar con sus numerosos protegidos. Entonces, sabiamente o no, guardó su confesión. En su lugar, decidió responder a su pregunta anterior y eligió sus palabras con cuidado —El término «institutriz» implica autoridad, señor Donovan, lo que, a su vez, hace que un niño levante una barrera protectora. Cualquier apertura natural que dos iguales podrían compartir normalmente sería destruida. Es cierto que soy mayor que ella, pero una vez que me haya ganado su confianza, me considerará su amiga, no su guardiana. ¿Podría contarme más sobre ella... y sobre la muerte de su esposa?

La mirada de Nial se mantuvo fija en su rostro.

—Quizás sería mejor que usted haga las preguntas, y yo intentaré responderlas.

Mabel notó que sus ojos verde claro se cerraron de repente; su actitud se tornaba cautelosa. Quizá sus recuerdos seguían siendo demasiado dolorosos para hablar abiertamente sobre la muerte de su esposa, especialmente ante una desconocida. Sin embargo, sin piedad, ella había logrado resucitarlos de las oscuras tumbas de su mente, donde los había enterrado. Tardíamente, Mabel comprendió que nada de aquello era realmente asunto suyo.

—Siento haber invadido un terreno que no me correspondía —murmuró con pesar, su tono suave—. Le ruego que me perdone.

—Si va a ayudar a mi hija, debe conocer su pasado, ¿no es así? —Su mirada firme la interrogaba, y Mabel asintió—. Entonces, señorita Chambers, le contaré los detalles.

—¿Ha permanecido callada desde la muerte de su esposa? —preguntó Mabel, recordando lo que había escrito en su carta a Harriet, y vio cómo Nial giraba brevemente la cabeza para mirar por la ventana. Cuando volvió a cruzar su mirada con la de ella, sus ojos se habían endurecido notablemente.

—Sí —respondió con voz baja y cortante—. Fanny sufrió un grave trauma emocional cuando tenía cuatro años. Hubo un incendio; Celeste, su madre, murió en él. Por suerte, Fanny y yo logramos escapar, pero ella no ha podido —o no ha querido— hablar desde entonces. Han pasado dos años. La he llevado a médicos uno tras otro, y todos coinciden en que no existe anomalía física. Por eso acudí a usted.

Con la reciente pérdida de su propia madre, Mabel entendía con facilidad el dolor de la niña: esa pena profunda, esa sensación de abandono. De pronto, se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en Verety Whitman, pero apartó el recuerdo con rapidez, segura de que, si no lo hacía, inundaría el carruaje con su llanto. Sin

darse cuenta, extendió la mano a través del pequeño espacio y rozó la de Nial, que reposaba sobre su fornido muslo.

—La muerte de su esposa fue una tragedia terrible. Estoy segura de que la pérdida ha sido profunda —dijo con empatía—, para Fanny y para usted.

Nial sostuvo la mirada prolongadamente en su mano; Mabel la retiró al instante.

—Para Fanny, sí —reconoció—, y precisamente por eso debo saber si usted es capaz de cumplir con este puesto. Si no, haré que el señor Spencer dé la vuelta y regresemos a Londres.

Nial Donovan pronunció esas palabras con un tono frío y desapasionado, dejando a Mabel desconcertada. Para Fanny, sí. Pero ¿y él? ¿Qué le había ocurrido para mostrarse tan insensible ante la pérdida de su esposa? Resultaba extraño que un hombre no manifestara ni un atisbo de remordimiento por la muerte de alguien tan cercano, especialmente de su pareja. Sin poder evitarlo, expresó en voz alta su confusión:

—¿Por qué?

—Porque —respondió él, interpretando mal su pregunta— Fanny no es una niña que confíe fácilmente, sobre todo en las mujeres. Si, y subrayo el "si", señorita Chambers, por casualidad, logra establecer un vínculo con ella, quiero estar seguro de que podrá cumplir todo lo que le ha prometido. Si no, mejor regresamos ahora. No permitiré que se sigan dañando sus emociones.

Como una pesada piedra arrojada a la calma superficie del agua, la autocondena se extendió en la mente de Mabel, inundando su conciencia con círculos concéntricos de remordimiento. Sabía que no podría colmar sus expectativas, más aún cuando parecía haber depositado en ella su último rayo de esperanza. La vergüenza la oprimía ladrillo a ladrillo, hasta que sintió que se ahogaba. Reconociendo su insuficiencia, comprendió que la salud mental de Fanny Donovan importaba mucho más que sus propios deseos. Y, pese a las posibles consecuencias, intentó sincerarse.

—Señor Donovan, debo explicarle algo. Espero que sea comprensivo cuando termine —dijo, tratando de mantener la mirada, pero fue imposible; sus ojos se posaron en sus manos, apretadas con fuerza—. Yo... yo...

—Sí, señorita Chambers —interrumpió Nial—, ¿Qué pasa? —La mujer parecía haber palidecido aún más que antes. ¡No sabía cómo decirlo!

—Yo... yo... —Volvió a vacilar y luego lo miró. De repente, temió su ira, porque sospechaba que podría ser más destructiva que una tormenta furiosa.

Frustrado por su incapacidad para verbalizar sus pensamientos, Nial se adelantó en su asiento, tentado de arrancarle las palabras de la garganta.

—Señorita Chambers, ¡por favor! ¡Dígalo de una vez!

—Yo, eh... yo —tartamudeó de nuevo, porque Nial empezaba a mirarla con furia. Entonces, como un conejo asustado bajo la atenta mirada de un astuto zorro, todo su valor se esfumó—. ¡Tengo que usar el retrete! —espetó sin sentido.

Nial echó la cabeza hacia atrás y su profunda risa resonó en el interior del carruaje.

—Sus deseos son órdenes —replicó, cuando su risa se tornó en una risita contenida. Inclinándose hacia la puerta, se incorporó con suavidad y la abrió, para luego llamar al cochero—. Pare en la próxima posada, señor Spencer.

—Sí. La Bell in Stilton está a unos cinco minutos.

—Bien. —Miró a Mabel y notó la expresión tensa de su rostro —. Dese prisa, por favor. La señorita Chambers está en una situación desesperada.

—Sí, señor —llamó el Sr. Spencer, haciendo sonar el látigo; el paso constante de los caballos aumentó hasta alcanzar el galope.

Con el repentino impulso, Nial perdió el equilibrio. Mientras maldecía la ascendencia del Sr. Spencer, su brazo se adelantó y su mano golpeó el asiento cerca de la cabeza de Mabel, deteniendo su descenso a su regazo. Luego, se empujó de nuevo a su propio asiento.

—Mis disculpas —declaró—. Obviamente, el Sr. Spencer es muy comprensivo con su difícil situación.

Bajo el maquillaje, Mabel se sonrojó hasta la raíz del cabello, avergonzada por su ridículo arrebato. La risa de Nial aún resonaba en su mente, junto con su vívido improperio, y seguía sufriendo las consecuencias de su casi colisión.

La fuerza combinada de su rostro atractivo, tan cercano al suyo; de su aroma limpio y masculino, con un leve toque de colonia picante que aún la embriagaba; y de sus labios perfectamente esculpidos, que había vislumbrado fugazmente y la hacían preguntarse otra vez por aquel magistral abrazo, la mareaban. Confundida por sus emociones, se preguntó de inmediato en qué se había metido.

Nial observó su extraño rubor con preocupación. Según su criterio, era el tono más insólito de rosa amarillento que había visto en una persona, comparable únicamente al salmón en descomposición que a veces llegaba a las orillas del río Ettrick, cerca de su casa, no lejos de Selkirk. Temiendo que estuviera enfermándose, trató de tranquilizarla.

—Llegaremos a la posada en un momento. Reservaré una habitación privada para que pueda atender sus necesidades. Después de que descanse y coma, reanudaremos el viaje, ya sea hacia mi casa o de regreso a Londres, como usted prefiera.

—Mabel quiso responder, pero él la interrumpió con un gesto de la mano—. Podrá darme su respuesta después de descansar. Sin embargo, señorita Chambers, si decide continuar, asegúrese de poder cumplir la promesa que hizo.

El carruaje redujo la marcha, y Nial miró por la ventana—. Ah, hemos llegado.

La mirada de Mabel siguió la suya, observando el ajetreo y el bullicio a lo largo de la concurrida sección de Great North Road. Dos posadas, el Ángel y la Campana, se sentaban una frente a la otra, mirándose fijamente a través de los veinte metros que las separaban, ya que su competencia era feroz. Los carruajes entraban y salían de ambas posadas a un ritmo difícil de creer. El propio carruaje de Nial Donovan estaba en la fila, esperando para entrar por las puertas al patio de la Campana. En medio de todo el bullicio, bandadas de gansos grises se tambaleaban por el centro de la vía pública, escabulléndose de debajo de las pezuñas de los caballos y las ruedas de los carruajes mientras eran conducidos hacia el sur, al mercado de Londres. Los bueyes también viajaban en la misma dirección con pezuñas recién herradas, las herraduras de hierro evitaban lesiones o desgaste en el camino.

Mabel no esperaba toda esta actividad frenética. Al instante temió que uno de los numerosos viajeros que comían en la posada la reconociera.

Luego decidió que era poco probable. Sin embargo, se sentiría mucho más segura si hubiera menos gente dando vueltas.

Mientras el carruaje atravesaba lentamente el arco de piedra hacia el patio, Mabel miró a Nial.

—¿Cuánto hemos recorrido?

—Ciento veinte kilómetros.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿En un solo tiro de caballos?

Nial se rió entre dientes.

—Difícilmente, señorita Chambers. Nos detuvimos varias veces durante la noche para cambiar de caballo. Usted durmió profundamente durante todo el trayecto.

—Oh —comentó Mabel y miró por la ventana.

Se había movido varias veces mientras tenía una pesadilla. ¿Qué había murmurado? Corre, corre, te persigue. ¡No! Carreteras... Nial se había perdido el resto, su balbuceo no era más que pequeños bocetos incoherentes. Pero más tarde, gimió, luego gritó: ¡Su sangre! o ¡La sangre de Dios! Sea lo que sea, no podía recordar. No tenía ni idea de cómo se las había arreglado para no despertarse, porque prácticamente había saltado de su asiento cuando ella había gritado las palabras. Luego se preguntó si las preguntas indiscretas de la noche anterior habían despertado a los espectros de su pasado, provocando sus pesadillas. Frunció el ceño y, de nuevo, dudó de la sensatez de continuar su viaje hacia el norte.

El carruaje finalmente se detuvo a la entrada, y Nial descendió con paso firme. Preocupada por sus propios pensamientos, Mabel se deslizó hasta el borde del asiento. Con un poco de suerte, podría escapar allí mismo, en Stilton, y subirse a un carruaje que la llevara hacia el norte o el oeste. A cualquier lugar, siempre que la alejara de Nial Donovan y de sus perseguidores.

Si era cuidadosa, podría encontrar el camino desde el Bell hasta el Ángel, tomar el próximo carruaje público y continuar su viaje a salvo. Pero antes, necesitaba sacar sus ahorros, ocultos en su maleta. Por desgracia, en el bolso de Harriet no había ni un centavo.

Nial le tendió la mano.

—Señorita Chambers.

Mabel puso su pequeña mano en la suya, notando su suave fuerza. Luego, con un susurro de falda, se apeó con gracia.

—Veo que estamos progresando.

Confundida, miró su hermoso rostro.

—¿Progresando?

—Sí. —Él asintió hacia sus manos unidas.

Al darse cuenta de lo que quería decir, Mabel se soltó lentamente de su agarre.

—Supongo que sí, Sr. Donovan.

—Bien. —Dio un paso atrás, decidiendo no presionarla demasiado rápido—. Los miedos se pueden superar, si uno se lo propone.

—Estoy segura de que sí —dijo ella mientras echaba un vistazo al bullicioso patio bañado por el sol. Mientras empujaba su sombrero hacia adelante, buscaba una posible vía de escape.

Nial notó que siempre se preocupaba por su sombrero, aparentemente tratando de ocultar su rostro, y sospechaba que su sencillez la hacía sentir cohibida. Sin embargo, recordó que, al verla esta mañana, había notado que tenía una buena estructura ósea, además de una nariz clásica y recta, y unos labios bien formados, los inferiores ligeramente más carnosos que los superiores. Si no fuera por su color mortalmente enfermo, podría ser bastante agradable de ver. O al menos pasable, admitió.

—¿Quiere que el Sr. Spencer traiga una bolsa del maletero? preguntó, ignorando sus divagaciones.

—Sí, por favor. La pequeña negra.

—Por supuesto. —Se alejó varios metros de ella y luego miró a su cansado cochero—. Sr. Spencer, traiga el pequeño maletín negro de la Srta. Chambers cuando venga.

—Sí. Lo haré en cuanto atienda a los caballos.

—Será mejor que se atienda a sí mismo, Sr. Spencer. Le esperará una comida caliente cuando haya terminado.

—De acuerdo, señor —respondió con un leve toque en el sombrero, antes de guiar el carruaje hacia la zona de librea.

—Después de usted, señorita Chambers.

Nial extendió el brazo y Mabel se dirigió hacia la puerta. Pero, antes de que pudiera entrar, un hombre pequeño y regordete

apareció corriendo tras ellos. Sin molestarse en pronunciar siquiera un «perdón», la empujó a un lado y se coló por la abertura, dejándola con los ojos desorbitados y la boca entreabierta. Aquella grosería le pareció completamente innecesaria, pensó mientras lo observaba alejarse. Al parecer, Nial opinaba lo mismo.

—¡Un momento, señor! —lo sujetó por el cuello del abrigo y lo arrastró de vuelta a la entrada—. Esta dama estaba antes. Espere su turno.

El hombre se volvió, preparado para protestar. Pero al encontrarse con la estatura y la firmeza de su oponente, se lo pensó mejor.

—Le ruego me disculpe, señora —balbuceó tras tragar saliva—, pero tengo un asunto urgente con el juez de paz. Está aquí, desayunando con sus clientes habituales —añadió, refiriéndose a los agentes locales—. Ha habido ciertos incidentes en Londres, y se ha ordenado controlar todos los carruajes que se dirijan al norte.

En circunstancias normales, jamás habría compartido tal información, pero la mirada del alto desconocido le arrancó la verdad sin esfuerzo.

—Disculpen, debo marcharme.

Asintió brevemente y trató de avanzar de nuevo hacia la puerta, pero la voz de Nial lo detuvo.

—Acabamos de llegar de Londres. ¿Hay alguna emergencia grave?

De repente, Mabel sintió náuseas, se sintió débil. Con la cabeza gacha, escuchó cada palabra del hombre.

—Nada grave. Solo un vizconde al que una actriz de Covent Garden le ha partido la cabeza en dos. La están buscando. No puedo decir que me gustaría estar en su pellejo cuando la encuentren.

Nial dirigió una mirada curiosa al hombre.

—¿Ha dicho Covent Garden?

—Claro. ¿Ha estado allí?

—Varias veces.

Se guardó para sí el dato de que la última vez había sido ayer. Luego se preguntó si la joven actriz «su Hermia» y la mujer que aquel hombre acosado había mencionado eran, en realidad, la misma persona. Había soñado con ella la noche anterior: la sostuvo en brazos, sintió cómo despertaban sus deseos, y justo cuando sus labios estaban a punto de rozar aquella boca dócil, su rostro se desdibujó, sus facciones se volvieron vagas… y entonces cambiaron. ¡El rostro de Harriet Chambers apareció en su lugar! No hacía falta decir que el sobresalto lo había hecho despertar bruscamente. Aun ahora, al recordarlo, Nial volvió a estremecerse, preguntándose cómo una fantasía tan deliciosa había derivado en una aparición tan indeseable.

Sacudiendo la cabeza para borrar ese episodio incómodo, Nial comentó con tono cortés:

—Por favor, adelante —y acompañó sus palabras con un gesto que invitaba al hombre a pasar—. Su misión parece, sin duda, de suma urgencia.

Para alivio de Mabel, el hombre bajito se incorporó y desapareció tambaleándose por la puerta. Su paso era extraño, como si oscilara, y pronto se desvaneció de su vista. Por fortuna, una vez más había escapado a ser reconocida. Pero ¿hasta cuándo? ¡Y más aún con el juez y sus habituales clientes reunidos en el interior! Entonces sintió la mano de Nial posarse en su brazo, instándola a avanzar. Pero sus pies no respondían. Permanecía inmóvil sobre el escalón de piedra, como si el suelo la hubiera atrapado. Finalmente, alzó la mirada hacia él.

—Me temo que realmente debo encontrar un lugar para descansar. —¡Cualquier lugar! pensó desesperada. Siempre y cuando estuviera lejos de los muchos ojos curiosos de la posada.

Al verla, Nial se sorprendió de los espantosos colores que podía adoptar la peculiar mujer. Antes era rosa amarillento, ahora era gris

pastel, una combinación exacta con la pared de piedra detrás de ella. Sin dudarlo, la empujó a través de la puerta, prácticamente llevándola hasta el mostrador, apartando a varios clientes que se encontraban en su camino.

—Necesito una habitación, inmediatamente —le dijo al empleado sin preámbulos.

—Esperará su turno —respondió el joven, haciéndose eco de las palabras de Nial pronunciadas fuera de la puerta.

—Necesito una habitación, buen hombre —repitió con fuerza controlada, su voz baja, amenazante—. ¡Ahora!

Con la indignación escrita en su rostro, el empleado alzó su mirada entrecerrada, dispuesto a negarse. Sin embargo, echó un vistazo a los duros ojos verdes de Nial y miró a Mabel. —¡Dios mío! No se está muriendo, ¿verdad?

—No, si le busca un lugar donde pueda descansar, sin ser molestada, inmediatamente.

—Sí, señor. —El empleado llamó a una joven sirvienta al mostrador y le entregó una llave—. Lleva a esta señora arriba... y dete prisa.

—Gracias —susurró Mabel. Cuando se dio la vuelta para seguir a la joven, oyó que el empleado le decía a Nial:

—No es contagiosa, ¿verdad?

—No, joven. Tiene el corazón débil.

—¿Debería traerle un calmante?

—Si necesita un médico, se lo haré saber.

Fingiendo estar extremadamente débil, Mabel subió lentamente al segundo piso. Una vez dentro de la habitación, la joven hizo una reverencia y se apresuró a huir.

—¡Espera! —gritó Mabel. La chica se volvió lentamente hacia ella; Mabel notó que mantenía la mano en el pestillo—. ¿Podrías decirme si hay una parada para una dirigencia pública en el Ángel?

—No puedo decirle. No trabajo en el Ángel, señora. Este es el Bell…

—¡Ya lo sé! —espetó Mabel, con prisas. La chica se acercó a la puerta, con la espalda pegada al pestillo. Obviamente, estaba asustada, y Mabel se dio cuenta de por qué—. Por favor, no tengas miedo. Te aseguro que no tengo ninguna enfermedad ni soy contagiosa. —La chica seguía pareciendo cautelosa, pero al menos había dejado de moverse con ansiedad—. ¿Cuántas diligencias públicas pasan por aquí? —preguntó Mabel, con la esperanza de obtener alguna información de ella.

—Oh, muchas, señorita. Pero no sé las horas, sobre todo en el Ángel.

—¿Hay alguna que vaya hacia el oeste desde aquí?

—Que yo sepa, ninguna, señorita —indicó ella, encogiéndose de hombros—. Londres sería el mejor lugar para coger una, diría yo. Por supuesto, podría ir al norte, a Leeds. Tengo un tío allí, y una vez cogí uno para visitarlo. Supongo que podría coger una yendo hacia el oeste desde allí.

Mabel frunció el ceño y pensó en sus opciones. Londres estaba definitivamente descartado. Sin embargo, había esperado poder viajar por un camino diferente al de Nial, pero el Gran Norte parecía ser el camino de ambos.

Las dos mujeres se sobresaltaron cuando un golpe repentino resonó en la puerta. El pestillo giró y, sin esperar la llamada de Mabel, Nial entró con paso decidido, llevando su maleta negra. La criada salió rápidamente. Él frunció el ceño ante su abrupta partida, luego cerró la puerta.

—Es difícil conseguir buena ayuda en estos días —comentó mientras caminaba hacia la cama donde dejó la bolsa—. He pedido una bandeja para usted. Me tomé la libertad de enviar a un muchacho al Angel a buscar un poco del famoso queso Stilton de la señorita Worthington. Espero que lo disfrute.

—Estoy segura de que sí.

—¿Necesita algo más?

Mabel negó con la cabeza.

—Descansar, eso es todo. Le agradezco su preocupación.

Nial vaciló, momentáneamente, y luego volvió sobre sus pasos hacia la puerta.

—Haré que venga alguien a quedarse con usted.

—¡No! Quiero decir que preferiría que no lo hiciera. Todo el mundo aquí parece un poco nervioso. Creo que tienen miedo de que pueda ser portadora de la peste. Además, conozco mis propias necesidades mejor que nadie. De verdad, Sr. Donovan, no hay motivo de alarma.

—¿Está segura? —preguntó, pero ella no respondió. Solo se quedó mirando—. Srta. Chambers, por favor, comprenda que si siente la necesidad de un médico, dígamelo. No molestará a nadie por hacerlo.

Nial dio un paso hacia ella y Mabel retrocedió inmediatamente. De repente, se dio cuenta de que se había encerrado en la habitación con ella. No había habido ninguna intención por su parte, pero ella posiblemente pensara lo contrario.

—Si decide que ha cambiado de opinión, por favor, hágamelo saber. —Dicho esto, salió de la habitación.

Tan pronto como la puerta se cerró, Mabel cruzó corriendo la habitación, deslizando los pies dentro de los zapatos de Harriet. Giró la llave y echó el cerrojo. Luego voló hacia la ventana. Afortunadamente, le habían dado una habitación frente a la entrada del Ángel. Apartó de un tirón la cortina de encaje y observó el tráfico a lo largo del Gran Norte durante varios estadios en cada dirección. Por una vez, la suerte estaba de su lado. En cuestión de segundos, una gran diligencia, tirada por cuatro fuertes caballos, atravesó el tramo en dirección norte y se detuvo en el Ángel. Las letras en el

costado, las palabras se elevaban una sobre la otra, decían: Edimburgo-Londres.

Mabel corrió hacia la cama y abrió su maleta. Sabía que tenía poco tiempo. Las diligencias públicas nunca se demoraban. En cuestión de minutos, se iría, y con ella, sus esperanzas de escapar.

Camisones con adornos de encaje, enaguas, pantaletas, un corsé o dos, además de sus vestidos volaron por el aire, aterrizando por toda la cama cubierta de edredones mientras buscaba la media blanca que contenía sus ahorros. Finalmente, al llegar al fondo de la caja, la puso boca abajo y la sacudió violentamente. ¡Nada! De nuevo, buscó entre los trozos esparcidos, dando la vuelta a cada prenda, palpando cada media de los pies a la cabeza. No sabía por qué, porque la media en particular que quería sería bastante visible a simple vista, su pequeño bulto redondeado sobresaliendo de la punta.

Angustiada, Mabel se frotó los dedos en la frente, con la esperanza de estimular sus pensamientos. ¿Dónde podría estar? se preguntó, mientras su mano golpeaba el borde del sombrero. En un arranque de ira, tiró de las cintas y arrojó la odiosa cosa al otro lado de la habitación. Entonces su ojo captó los restos de su maquillaje que quedaban en su guante, y se dio cuenta de que había conseguido limpiarse más.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Quería gritar en voz alta, pero de alguna manera se las arregló para reprimirlo. Cómo deseaba poder lavarse de la cabeza a los pies, deshacerse de la horrible ropa y los zapatos demasiado grandes y ser ella misma de nuevo. Pero el disfraz era todo lo que tenía para salir a salvo de Inglaterra.

¡La dirigencia! Corrió de nuevo hacia la ventana, rezando para que todavía estuviera allí. De hecho, lo estaba, pero Mabel se detuvo al ver la actividad a su alrededor. El hombre pequeño y regordete que la había hecho a un lado, antes, estaba junto a otro caballero de aspecto más digno, que Mabel creía que era el juez de paz; otros dos hombres ayudaban a las mujeres pasajeras, una a la vez, a bajar del interior del carruaje. El juez se quitó el sombrero y luego

preguntó a cada mujer a medida que bajaban. Cuando la última mujer apareció en la puerta, el hombre bajito y gordo señaló con un dedo acusador, agitándolo con vigor, mientras un grito brotaba de su boca regordeta.

Con una fuerza que Mabel consideró innecesaria, los dos policías prácticamente arrastraron a la pobre mujer fuera del coche. Entonces, de repente, otro hombre saltó literalmente a la escena, desde el asiento del pasajero hasta lo alto del escenario. La rabia llenó sus rasgos mientras empujaba a los agentes a un lado, y luego colocó un brazo protector alrededor de los hombros de la mujer temblorosa. Los dos hombres retrocedieron instantáneamente.

—¡No pongas tus sucias manos encima de mi mujer! —gritó el hombre, y su voz airada se filtró a través del cristal de la ventana hasta los oídos de Mabel—. ¡Os cortaré la cabeza si volvéis a tocarla!

El hombre parecía tan enfurecido que Mabel esperaba verle abofetear a cada uno de los hombres implicados, retándolos a un duelo que comenzaría de inmediato. Si lo hacía, no le cabía la menor duda de que, tanto si luchaba contra cada uno de ellos individualmente como contra los cuatro juntos, saldría victorioso.

Entonces, Mabel se dio cuenta de que el tráfico en el Gran Norte se había detenido; los espectadores rodeaban la diligencia, más que ligeramente interesados en el resultado de la incursión. Avergonzada, la mujer aparentemente quería hacer las paces, pues puso su mano enguantada sobre el pecho de su marido y le susurró algo. El hombre asintió y luego retiró su brazo de los hombros de ella, golpeando su sombrero. Mabel jadeó al ver cómo caía de la cabeza de la mujer, una cabeza llena de una abundante cabellera color caoba.

De repente, se dio cuenta de por qué habían elegido a esta mujer en particular.

¡La habían confundido con Mabel Whitman, actriz y asesina!

Derrotada, Mabel se dirigió a la cama y se dejó caer sobre el colchón de plumas. Aunque hubiera encontrado su dinero, nunca

habría escapado de Stilton, ni cuando registraran los carruajes, ni siquiera disfrazada. Aun así, existía la posibilidad de que pudiera ofrecer un soborno (las joyas de su madre) a un granjero o a un cochero privado. Pero parecía poco probable. Ya se había corrido la voz y Mabel sospechaba que todos serían muy cautelosos hasta que capturaran a la asesina.

Con un suspiro de resignación, sabiendo que tendría que continuar hacia el norte con Nial Donovan, comenzó a recuperar su ropa. Quizá Joanna había metido la media en el equipaje de Harriet. Entonces recordó las palabras de Joanna:

—He metido la mitad de tu ropa interior... —La mitad ciertamente no era todo, y Mabel se dio cuenta de que su dinero todavía estaba en Londres, escondido en el fondo del cajón de su escritorio junto con unas medias gastadas que Joanna probablemente ignoró en su prisa por sacar a Mabel sana y salva de Londres. Por desgracia, Mabel se había olvidado de preguntar.

Resignada a su destino, se dio cuenta de que no solo tendría que seguir con Nial, sino que también tendría que depender de él para obtener apoyo. Y tendría que convertirse en Harriet Chambers para conseguirlo.

Se oyeron pasos fuera de su puerta, luego escuchó la voz quejumbrosa de la criada; la voz profunda de Nial Donovan respondió:

—Ella no es una amenaza para ti, así que manten la boca cerrada. —Entonces alguien llamó a la puerta.

Mabel no respondió. Tenía el maquillaje corrido, el sombrero en una esquina, la ropa todavía esparcida por la cama, ¡y a solo unos metros estaba su verdugo! Si la descubriera así, ¡sabría que había estado fingiendo todo el tiempo!

Llamaron a la puerta de nuevo, más fuerte, más enérgico, y en medio de una vorágine de actividad, Mabel guardó su ropa en el estuche y lo cerró de golpe. Mientras corría hacia el espejo, el golpe sonó de nuevo, pero ella siguió ignorándolo. Sacó la caja de

maquillaje de su bolso, se arregló rápidamente, lo que le llevó solo unos segundos, y luego cruzó la habitación a toda prisa y cogió el sombrero del suelo. Se lo apretó en la cabeza mientras Nial golpeaba con fuerza la puerta maciza.

Hizo sonar el pestillo.

—¡Señorita Chambers, abra!

Respirando hondo, Mabel se giró hacia el panel. Se apresuró a dirigirse hacia la puerta, se deslizó dentro de sus zapatos y perdió el equilibrio. Sus brazos se agitaron al tratar de corregirse. Pero compensó en exceso y cayó hacia atrás, aterrizando en su asiento con un ruido poco propio de una dama.

Afuera, Nial escuchó el golpe; miró a la chica que sostenía la bandeja llena de comida.

—¿Tienes una llave?

—No, señor —respondió la chica con los ojos muy abiertos—, están todos abajo.

Nial pasó la mano por la madera maciza y luego apoyó el hombro contra ella. Sólida, de arriba abajo, concluyó. Miró a la joven y volvió a fijarse en la puerta.

—¡Oh, demonios! —gruñó, justo antes de que su tacón golpeara el pestillo. El panel astillado salió disparado y chocó contra la pared, mientras Nial cruzaba el umbral... para detenerse en seco.

—¡Vaya, señor Donovan, me ha dado un susto de muerte! —exclamó Mabel desde el borde de la cama, donde estaba sentada con recato, un librito en una mano y la otra sobre el pecho, intentando calmar el corazón desbocado—. ¡Cualquiera pensaría que bastaba con tocar!

Nial la observó con suspicacia.

—Eso creería uno, señorita Chambers —replicó con tono seco, tan cortante que logró crisparle los nervios—. Después de casi partir

la puerta en dos, me gustaría saber qué demonios estaba haciendo aquí dentro.

—¿Haciendo? —repitió ella, con fingida inocencia.

—¡Sí, haciendo! —insistió él, en un tono que no admitía evasivas.

—Pues estaba leyendo.

—¡Leyendo! —exclamó él, mientras se pasaba la mano por su espeso y oscuro cabello.

A Mabel le pareció que estaba a punto de arrancárselo de raíz.

—Sí —susurró ella mientras agitaba en el aire la copia de los Sonetos de Shakespeare, agradeciendo en silencio a la querida difunta Harriet por tenerla en su bolso—. Me relaja.

—Mi querida señorita Chambers, relajarse no es la palabra adecuada. ¡Tendría que estar muerta para no haberme oído!

Si él supiera pensó ella, pero dijo en voz alta.

—Le pido disculpas, señor Donovan, pero cuando me absorbe Shakespeare, podría dispararse un cañón a mi lado y no me enteraría.

Nial entrecerró los ojos. ¿Qué demonios tramaba? Desde el otro lado de la puerta, había parecido que corría de un lado a otro como si la persiguieran. Sin embargo, ahora estaba allí, sentada con toda la compostura del mundo, tan pulcra y ordenada como la había dejado, con ese ridículo sombrero todavía coronando su cabeza. ¿Se lo había quitado alguna vez? Entonces reparó en el regreso de ese espantoso tono salmón en su rostro. Al mirarla, no supo decidir si le sentaba peor el gris empolvado o el rosa amarillento.

—Eh, señor —intervino la muchacha que se encontraba detrás de él—. ¿Le importa si dejo la bandeja?

—Déjela, yo me encargo —respondió Nial, quitándole el peso de las manos—. Por favor, informe al posadero de los daños y pídale que los incluya en mi cuenta. Partiremos en breve.

—Sí, señor. —Ella hizo una reverencia, aunque no pudo evitar lanzar una mirada de interés al hombre alto y apuesto. Luego miró en dirección a Mabel—. Acerca de la diligencia, señorita...

—Oh, sí, gracias —la interrumpió Mabel con rapidez, saltando de la cama—, pero no necesitaré la información.

La criada se encogió de hombros y, tras echar una última mirada a Nial, salió de la habitación.

—¿Dirigencia? —preguntó él, con el ceño fruncido.

—Sí, eh, pregunté por una dirigencia de vuelta a, eh, Londres —respondió ella, dándole la espalda, sabiendo que estaba añadiendo otra mentira a su lista. Pero también sabía que habría otra y otra.

Él la miró con escepticismo.

—¿Por qué?

—Sentí que, si íbamos a separarnos, aquí y ahora, no había necesidad de que usted viajara de regreso a Londres. Yo simplemente habría tomado una dirigencia pública.

—¿Entonces ha tomado una decisión?

Mabel se volvió hacia él.

—Sí.

—¿Y?

—He decidido ir a Escocia.

—Como usted quiera. —Dejó la bandeja en la mesita auxiliar—. Coma bien, hay un largo camino hasta Selkirk. Nos iremos dentro de media hora. —Se dirigió a la puerta, donde se volvió y la miró directamente a los ojos—. Espero, por su bien, que haya tomado la decisión correcta. —Luego, con un gesto seco, se fue.

No solo había oído la advertencia, sino que Mabel la había leído en sus ojos verdes. Mientras miraba fijamente la puerta torcida, que estaba ligeramente entreabierta, susurró:

—También confío en haber tomado la decisión correcta, Sr. Donovan. Créame que así lo deseo.

Capítulo 4

Escocia

Mientras el carruaje avanzaba por el largo sendero, Mabel contemplaba con asombro la imponente casa que se alzaba en tres pisos hacia el cielo encapotado. Nubes bajas rozaban los picos del tejado de pizarra; densas brumas se aferraban a la fachada de piedra gris, confiriéndole un aspecto sobrecogedor.

Un escalofrío repentino le recorrió la espalda. Por un momento, se preguntó si no habrían tomado el camino equivocado. Frunció el ceño, albergando una vana esperanza de que así fuera. Pero entonces distinguió dos alas que sobresalían del cuerpo central del edificio. Las piedras carbonizadas que enmarcaban las ventanas del ala oriental se asemejaban a las cuencas ennegrecidas de un cadáver asolado por la peste. No pudo seguir negándolo: aquellos agujeros espantosos eran las secuelas de un incendio. En efecto, aquella era la casa del señor Donovan.

Con un fuerte resoplido, el señor Spencer se removió en su asiento. Chasqueó los labios, recostando la cabeza contra la pared interior de la diligencia, donde quedó adormecido por un instante. Abrió un ojo entrecerrado y, al ver a la señorita Chambers frente a él, tomó plena conciencia de su entorno y se incorporó de golpe. Su mano se deslizó por su calva, intentando alisar los pocos cabellos que aún la poblaban.

—Lo siento, señorita —murmuró en un susurro ronco—. Debo de haber cabeceado un minuto.

Mabel se mordió el labio inferior, esforzándose por no soltar una carcajada. Sus ronquidos habían retumbado sin cesar durante al menos dos horas.

—No se preocupe, señor Spencer. Se merece un buen descanso. Estoy segura de que, en unos minutos, su cama le ofrecerá el mayor de los consuelos.

Giró la cabeza y echó un vistazo por la ventanilla del carruaje.

—Estamos en Northcott —musitó él, con una nota de asombro en la voz—. Supongo que he dormido más de lo que creía.

—¿Northcott, ha dicho? —repitió Mabel, aún observando la enorme mansión—. Señor Spencer —añadió, volviéndose hacia él con el ceño ligeramente fruncido—, ¿cómo es posible que el señor Donovan pueda permitirse un lugar tan colosal?

El cochero se removió en su asiento, visiblemente incómodo. Se rascó la nuca con los dedos y desvió la mirada, evitando sus ojos.

—No sabría decirle, señorita. Su lo... —Carraspeó con torpeza antes de proseguir—. El señor Donovan no suele compartir sus asuntos financieros conmigo.

Mientras él se afanaba en alisar su ropa arrugada, la misma artimaña que ella solía emplear cuando quería desviar la atención de Nial, Mabel lo observaba con creciente recelo. ¡Qué despropósito! Los últimos días habían sido, como poco, angustiosos, lo que solo servía para agudizar su desconfianza hacia todo y todos.

—Es una casa imponente —comentó al fin, con tono neutro, procurando no incomodar aún más al hombre.

El carruaje se mecía ligeramente mientras los caballos aceleraban el trote, ganando impulso para ascender el último tramo de la cuesta que conducía a la mansión. Mabel se preguntaba cómo habría sobrellevado el señor de Northcott su prolongada estancia expuesto a los elementos.

Cuando partieron de Stilton, hacía ya más de un día, Mabel se sorprendió al ver a Nial, aún con ropa de noche, subirse al pescante

junto al señor Spencer. En aquel instante le pareció un gesto considerado, ya que el pobre cochero, con los ojos velados por hilos rojos, apenas habría podido recorrer otro furlong sin caer rendido. Ahora, en retrospectiva, sospechaba que tal vez lo había hecho solo para mantenerse alejado de ella. Poco importaba, concluyó. La verdad era que también ella se había sentido aliviada por su ausencia. Tal vez incluso más que él.

Durante el trayecto, los dos hombres se relevaban cada cuatro horas. El señor Spencer dormía con profundidad en sus turnos de descanso, y cuando Nial entraba al carruaje, Mabel se hacía la dormida. Se habían detenido para tomar algún plato caliente, cambiar de caballos y, en una ocasión, para descansar varias horas. Fue entonces cuando Nial se puso finalmente una ropa más adecuada antes de reanudar la marcha en plena noche.

Los nervios de Mabel temblaron de repente. Con el viaje a punto de terminar, pensó en Fanny Donovan. Más allá de aquellos lúgubres muros de piedra residía su protegida, y su culpa se disparó de nuevo. Está mal, le amonestó su conciencia con dureza. Sabiendo que era demasiado tarde, cerró los ojos y ofreció una silenciosa oración de penitencia.

El carruaje se detuvo ante la enorme entrada de piedra; las puertas talladas se abrieron de par en par. Una mujer de aspecto bastante austero salió de la casa con la cabeza bien alta. Su cabello castaño asomaba por debajo de un gorro blanco; su espalda estaba erguida. Vestida de un gris sombrío a juego con el clima lúgubre, esperaba en el umbral de la puerta, con el rostro totalmente inexpresivo.

—Es Marcia MacBean —declaró el Sr. Spencer con un gesto, respondiendo a la pregunta tácita de Mabel—. Es la ama de llaves de Northcott.

—Vaya, Sr. Spencer, parece que no le tiene mucho cariño.

El cochero descontento miró a Mabel.

—Es un poco extraña.

Curiosa por su afirmación, Mabel abrió la boca para preguntar, pero la puerta del carruaje se abrió y Nial le tendió la mano.

—Señorita Chambers.

Con los huesos rígidos y doloridos, Mabel hizo una mueca al intentar deslizarse hasta el borde del asiento. Al percibir su expresión de malestar, Nial se acercó más dentro del carruaje, le tomó el brazo y la ayudó a incorporarse con suavidad. Luego, sus manos firmes rodearon su estrecha cintura y, con escaso esfuerzo, la alzó del interior, la depositó sobre el suelo firme y la sostuvo para darle apoyo.

Cuando la sangre volvió a fluir por sus entumecidas piernas, una oleada de calor le recorrió los pies, haciéndole cosquillear los dedos y punzar la piel como con diminutas agujas. Sus extremidades, inestables, temblaban como las de un potro recién nacido. Incómoda por la familiaridad del contacto de Nial, se descubría, sin embargo, agradecida por el sostén de aquellas manos.

Asombrado, Nial descubrió que ella era lisa y suave bajo el material desgastado de su vestido, no la piel y los huesos que había imaginado, y sus dedos errantes se movieron hacia arriba en una suave exploración. Sobresaltada, Mabel levantó la cabeza de golpe; el borde rígido de su sombrero le golpeó en la mandíbula. Inmediatamente, él echó la cabeza hacia atrás, temiendo que ella volviera a golpear.

—Ya puedo mantenerme en pie por mí misma, gracias —anunció secamente. Sin embargo, su tono frío desmentía las cálidas sensaciones que recorrían su cuerpo. Confundida, apartó sus manos. De repente, sus piernas cedieron y Nial le agarró el brazo antes de que ella cayera al suelo hecha un ovillo.

—Obviamente, no puede —fue su respuesta seca. Enfadado por haber permitido que su curiosidad masculina jugara al escondite con esta pretenciosa mujer, la miró con el ceño fruncido y le agarró con fuerza el codo. Con largos pasos, la acompañó hasta los escalones de piedra.

Con los pies resbalando dentro de los zapatos de Harriet, Mabel se vio en apuros para seguir el ritmo, sobre todo porque las piernas le temblaban. Sin embargo, se contuvo, porque tenía los ojos puestos en los de la mujer delgada como una caña que estaba junto a la puerta. La ama de llaves le lanzó una mirada de desaprobación, lo que hizo que Mabel se encogiera por dentro. Alarmada, pensó que la mujer podría ser clarividente y había adivinado que era una impostora. Pero rápidamente descartó la idea y enderezó los hombros.

Nial subió los escalones con facilidad, con Mabel a cuestas.

—Señorita Chambers, le presento a mi ama de llaves, Marcia MacBean.

Mabel extendió la mano.

—Encantada —saludó con tono amistoso, intentando romper la gélida reserva de la mujer, pero solo obtuvo un gesto seco por respuesta, y la mano de Mabel se deslizó lentamente hacia su costado.

—Fanny estaba impaciente por su vuelta —informó Marcia, ignorando a la recién llegada, con sus ojos castaños oscuros fijos en su empleador—. He mandado a Mary a buscarla. Ha estado en su habitación desde que usted se fue. Apenas ha comido nada.

Olvidando el decoro, Nial soltó el brazo de Mabel y cruzó la puerta a grandes zancadas, ansioso por ver a su hija.

Mabel siguió a Marcia a través de las enormes puertas talladas hasta la gran entrada y se detuvo en seco. Con los ojos muy abiertos de asombro, contempló la escena con incredulidad. La lúgubre fachada exterior no la había preparado para la opulencia del interior. El mármol blanco, con incrustaciones periódicas de negro, formaba un patrón de diamantes bajo sus pies. El suelo, delimitado por un borde oscuro, se unía a las paredes de mármol blanco que se alzaban hasta el segundo piso.

El cuello de Mabel se estiró hacia atrás mientras admiraba el alto techo de fondo azul, donde querubines de alas doradas danzaban entre nubes y rayos de sol, acariciados por la mano experta de un artista. Una lámpara de araña de cristal colgaba del centro, con cientos de velas blancas y ahusadas en sus soportes, aunque solo unas pocas estaban encendidas para disipar la penumbra del día.

—Magnífico —susurró, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Entonces su mirada se dirigió a la gran escalera, justo enfrente de la puerta. Una alfombra rojo sangre ascendía por el mármol blanco hasta un rellano, donde se bifurcaba a izquierda y derecha antes de continuar su ascenso. Pero los ojos de Mabel no estaban en la arquitectura, sino en la niña vestida de verde esmeralda que, tímidamente, se detenía en el penúltimo escalón. Parecía una adulta en miniatura. Su cabello oscuro y ondulado, sujeto por una cinta del mismo tono que el vestido, le caía sobre la espalda.

Asombrada, Mabel notó de inmediato cuánto se parecía a su padre.

—Fanny, dulce princesa… —Las palabras guturales se deslizaron entre sus labios mientras Nial rodeaba una mesa tallada, casi derribando el jarrón centenario pintado a mano que la coronaba —. ¿Me extrañaste, cariño? —murmuró al alzarla en brazos y estrecharla contra su pecho—. Prometí que no me iría por mucho tiempo, y cumplí esa promesa, ¿verdad?

No brotó ni un sonido de los labios de la niña, que se aferraba a su cuello con fuerza, con un brillo húmedo en los ojos verdes. La imagen del padre y la hija desgarró el corazón de Mabel. Era evidente que Fanny había temido no volver a ver a su único progenitor.

Entonces sintió el escozor de las lágrimas detrás de sus propios ojos al pensar en Verety, el único padre que había conocido. Instintivamente, su mano subió hasta el hueco entre sus pechos. Sin

saberlo, buscaba aquel preciado recuerdo, su último vínculo con su madre. Pero no estaba allí.

Cuando Nial depositó a Fanny en el suelo, sus pequeños pies enfundados en zapatillas descansaron sobre el mármol, y Mabel se recompuso de inmediato, dejando caer la mano de su pecho.

—Fanny —pronunció con ternura, empujando con suavidad a su hija hacia Mabel—, quiero que conozcas a alguien.

La niña se mantuvo ligeramente detrás de su padre, con sus enormes ojos, enmarcados por espesas pestañas, clavados en la desconocida.

—Esta es la amiga especial de la que te hablé. Se quedará con nosotros un tiempo. —Se volvió hacia Mabel—. Señorita Harriet Chambers, esta es mi hija, Fanny.

Siguiendo las indicaciones de su padre, Fanny hizo una leve reverencia, aunque sin apartarse de él, observando con fijeza el rostro de Mabel. Ella le dedicó una sonrisa tranquilizadora y habló con dulzura:

—Fanny, me llamo M... Harriet, y puede que tu padre te haya hablado de mí. Yo, en cambio, sí he oído mucho sobre ti... aunque olvidó mencionar lo guapa que eres.

Mabel percibió claramente el desdén en el gesto de Marcia, pero lo ignoró y prosiguió con serenidad:

—Solo hablaba de su profundo afecto por ti y de lo ansioso que estaba por regresar a casa, a Escocia, contigo.

Miró a Nial y notó que fruncía el ceño.

—Espero que no estés enfadada conmigo —añadió, dirigiéndose a la niña— por el hecho de que tu padre tuviera la amabilidad de venir a buscarme a Londres. Y, por supuesto, durante mi estancia, espero que nos hagamos amigas muy pronto.

Sus palabras no provocaron ninguna reacción en la niña, solo una mirada en blanco. Entonces Fanny tiró de los pantalones de su

padre. Nial centró su atención en ella, observando cómo se frotaba el estómago.

—La niña tiene hambre —intervino Marcia con voz rencorosa—. Ha comido poco desde que se fue usted. La llevaré a ver al cocinero —. Marcia intentó coger la manita de Fanny, pero la niña agarró la de su padre y tiró—. Obviamente, tiene miedo de perderle de vista.

Nial miró a los grandes y suplicantes ojos de su hija.

—¿Tienes hambre? —Fanny asintió—. Entonces, veamos qué nos tiene el cocinero, ¿de acuerdo? —Fanny se relajó, asintiendo de nuevo, y Nial volvió su atención a Mabel—. ¿Nos acompaña, señorita Chambers?

—Si no le importa, prefiero ir a mi habitación para poder bañarme y descansar un poco.

—Por supuesto. La Sra. MacBean la acompañará a su habitación. Haré que el cocinero le suba una bandeja.

Aliviada, Mabel miró a Fanny. La niña parecía igualmente feliz de no tener que compartir la atención de su padre con una extraña. Fanny quizá quisiera estar cerca de su padre, pero Mabel ciertamente no.

—Hablaremos más tarde —dijo Nial, y luego alzó a Fanny en sus brazos y la llevó hacia la parte trasera de la enorme casa y las cocinas.

Mabel observó a la pareja que se alejaba, y la envidia le atravesó el corazón, pues nunca había conocido el amor de un padre. Fanny era muy afortunada, pensó.

—Sígame. —Marcia MacBean se dio la vuelta, se levantó la falda almidonada y siguió subiendo con paso firme la gran escalera.

Mabel la seguía a su ritmo, embobada ante la grandeza que la rodeaba, pero aparentemente no era lo suficientemente rápida. La ama de llaves se detuvo, con la espalda recta como una flecha y las manos fuertemente entrelazadas, y esperó con impaciencia a que Mabel la alcanzara. Mabel no se atrevió a quedarse atrás de nuevo.

Cuando llegaron al rellano del segundo piso, la ama de llaves caminó por el pasillo alfombrado de rojo, pasando por varias habitaciones grandes, una de las cuales era el comedor formal, al que Mabel echó un vistazo. Impresionante, pensó, y giró a la izquierda a través de un conjunto de puertas talladas, que conducían al ala oeste.

Casi al final del pasillo, Marcia se detuvo y sacó un juego de llaves del soporte de su cinturón. Abrió la puerta y giró el sólido tirador de latón

—Esta es su habitación. Le diré a Mary que le suba agua caliente para el baño. —Dicho esto, la ama de llaves desanduvo sus pasos, desapareciendo en un hueco, y bajó las escaleras ocultas.

Mabel la miró fijamente, perturbada por su comportamiento, y se preguntó si era ella la que había hecho que la mujer actuara con tanta frialdad. Entonces recordó la declaración del Sr. Spencer:

—Es un poco extraña, sí que lo es. —Y Mabel decidió que la reserva hostil de la ama de llaves era simplemente parte de su personalidad.

Demasiado cansada para preocuparse realmente de una forma u otra, descartó cualquier pensamiento sobre Marcia MacBean y abrió de par en par la puerta. Un grito de placer se escapó de sus labios al ver su habitación.

Grandes inserciones de seda verde menta, bordeadas por todos lados por madera de color crema finamente tallada, con un diseño en relieve dorado, subían hasta un techo blanco. Contra una pared había una gran cama, cubierta con un dosel de seda con estampado floral en verde, dorado y azul. Un pequeño sofá azul cielo cubierto de seda y dos sillas, a rayas azules y doradas, también de seda, estaban colocados justo enfrente de la cama, frente a la chimenea de mármol blanco veteado de oro. Una gran alfombra blanca, con un hilo dorado en el centro, cubría la mayor parte del suelo de madera pulida. Mabel descubrió que el diseño era una rosa.

En una esquina había un gran armario, en otra, un biombo pintado a mano, y entre las altas ventanas, cubiertas de brocado dorado, se encontraba una mesa de escritorio lacada. Completaban el mobiliario varias mesas, escritorios y un tocador con espejo.

Asombrada por toda esta opulencia, Mabel contempló la habitación de nuevo, con el ceño fruncido. Nunca había esperado ver un dormitorio tan hermoso, y mucho menos dormir en uno. Y, de nuevo, se preguntó por la riqueza de Nial Donovan.

Sin embargo, en medio de toda esta grandeza, Mabel sintió una gran tristeza. El sentimiento parecía llorar desde las mismas paredes de esta gran casa. Y, extrañamente, Mabel sintió que una tristeza se apoderaba de ella.

¿Podría su estado de ánimo deberse a su propia situación desesperada, y no a algunos ecos del pasado que aún podrían estar reverberando a través de los interminables pasillos de Northcott? No, decidió, porque de alguna manera había sentido su melancolía en el momento en que cruzó las puertas. Y se preguntó qué había pasado aquí para causar una sensación tan triste y de hundimiento.

—¿Señorita? ¿Puedo pasar?

Mabel se volvió al oír la familiar voz del Sr. Spencer y sonrió.

La sonrisa era para sí misma, así como para el cochero, mientras trataba de liberarse de la melancolía que la envolvía.

—Por supuesto.

Él cargó con sus maletas, cruzó el umbral y colocó el voluminoso equipaje a los pies de la cama.

—Gracias, Sr. Spencer. Es usted muy amable.

—De nada, señorita. —Nervioso, recorrió la alfombra con los pies—. Quiero agradecerle que haya venido hasta aquí para ayudar a la pequeña Fanny. Con usted no se encuentra bien y todo eso —se encogió de hombros—, bueno, es muy amable por su parte.

Mabel descubrió que ya no podía sostener la mirada del hombre.

—Agradezco sus amables palabras, Sr. Spencer —susurró—. Haré todo lo posible.

Un ruido en la puerta llamó su atención. Una joven criada, que Mabel supuso que era Mary, entró con dificultad en la habitación, con un gran cubo de agua humeante en cada mano. El Sr. Spencer cogió rápidamente uno, luego siguió a la joven y desapareció detrás de la mampara en la esquina más alejada.

Mabel siguió a los dos y descubrió un pequeño nicho en la pared. La luz entraba por una ventana de vidrios esmerilados y se reflejaba en una bañera ornamentada de latón y cobre con patas de garra. La euforia se apoderó de ella al ver el líquido limpio y transparente caer en la enorme bañera, posiblemente lo suficientemente grande para dos. Celestial, pensó. Estaba impaciente por quitarse la ropa y darse un largo baño. Varias idas y venidas más de Mary y el Sr. Spencer y la bañera estaba llena.

—¿Puedo ayudaros a deshacer las maletas? —preguntó Mary.

Ansiosa por deshacerse de los dos, Mabel dijo, en algún punto entre el tono correcto de Harriet y el suyo más cordial:

—Gracias, pero no... ¿Mary, verdad? —La criada asintió—. Agradezco su oferta, Mary, pero ahora mismo me gustaría bañarme y luego descansar. Además, hay muy pocas cosas que deshacer. Como puede ver, viajo ligera de equipaje.

—Como usted quiera, señorita. Le subiré una bandeja…

—Póngala fuera de la puerta, ¿quiere?

—Claro, señorita. —Mary miró a la recién llegada a Northcott. Por lo que pudo ver detrás del feo sombrero, la mujer tenía un aspecto horrible y demacrado. Necesita un poco del té especial de la cocinera, decidió la criada. Eso debería poner un poco de rosa en sus mejillas—. Si quiere bañarse tranquila, llamaré a la puerta antes de entrar para avisarle que he vuelto.

A pesar de sí misma, Mabel se sintió tensa de repente. Quería quitarse la ropa de Harriet y meterse en la bañera.

—Eso estará bien —replicó con más brusquedad de la que pretendía.

—Vamos, Mary —ordenó el señor Spencer desde donde aguardaba junto a la puerta—. La señorita Chambers necesita descansar.

Con un leve gesto de cabeza, el cochero, seguido por Mary, se retiró. Mabel cerró la puerta con rapidez tras ellos y rezó por sentirse a salvo allí dentro. El pesado panel parecía lo bastante sólido, la cerradura resistente. Pero no pudo evitar recordar la puerta maciza que protegía su habitación en la posada… y cómo había quedado reducida a astillas cuando partió.

Volvió a mirar el panel. No existía ningún conflicto entre Nial y ella en ese momento, así que decidió no angustiarse por ello. Por ahora, como una niña pequeña, solo quería disfrutar de su baño.

Con el odiado sombrero arrancado de su cabeza y la red de chenilla deshecha, Mabel se soltó las horquillas del cabello y masajeó el cuero cabelludo, dejando caer sus largas trenzas en desorden. La ropa y los zapatos de Harriet formaban un rastro detrás de la mampara mientras ella se deslizaba en la bañera, sumergiéndose hasta el cuello. «El paraíso», pensó, disfrutando del calor. Cuando el agua comenzó a enfriarse, se frotó de la cabeza a los pies, cuidando la piel magullada.

La marca de la ira era ahora un intenso morado, atravesado por vetas verdes y amarillas. La ignoró, pues le traía recuerdos demasiado perturbadores. Empezó a lavarse el cabello y luego lo enjuagó con una gran jarra de agua que reposaba junto a la bañera.

Se puso de pie, dejando que ríos de agua descendieran por sus muslos tersos, y se secó con energía. Envolvió su cuerpo sonrojado en una toalla seca, sacó sus cepillos del estuche y se sentó cerca de la chimenea, donde el fuego crepitante que el señor Spencer había encendido ahuyentaba el frío de la habitación.

—¿Qué hacer ahora? —se preguntó mientras acariciaba su melena con el cepillo—. Quizás confesar, pero no me atrevo a arriesgarme.

Tenía que haber alguna manera de librarse de aquella artimaña sin provocar la ira de Nial. ¡Imposible! A menos que desapareciera en el aire, pocas opciones le quedaban para escapar de él.

Un golpe en la puerta la sobresaltó. Pensando que era Mary, Mabel gritó:

—Deje la bandeja fuera de la puerta, por favor. La recogeré más tarde.

—Si tuviera una bandeja, señorita Chambers —replicó Nial desde el pasillo con una risita—, estaría encantado de seguir sus órdenes.

Mabel se puso de pie de un salto; la toalla cayó al suelo. Al comprender que estaba en todo su esplendor, la atrapó con rapidez para cubrirse. Sin saber qué hacer ni dónde esconderse, casi se desmayó sobre la alfombra mientras la escena en la posada se repetía una y otra vez en su mente.

—¿Qué quiere? —exclamó, acomodando con nerviosismo la sábana de baño y sujetándola con firmeza.

—Quería saber si su habitación le resulta satisfactoria.

—S… sí… muy satisfactoria.

—¿Necesita algo más?

—No. T… todo está bien.

Nial comenzó a cansarse de presionar el oído contra la madera para escuchar sus respuestas. Apoyando el hombro en el marco de la puerta, añadió:

—Señorita Chambers, ¿sería posible que abra la puerta para que pueda dirigirme a usted cara a cara?

—¡No! —la palabra salió chillando a través del panel, y Nial retrocedió—. Acabo de terminar de bañarme —se apresuró a

explicar Mabel—, y estoy en ropa interior.

Nial soltó una risita al imaginar a aquella mojigata envolviéndose en cada trozo de tela que hallara. Descartó las cortinas, convencido de que sin duda podía ser vista desde el césped.

—Le ruego me disculpe, señorita Chambers. No sabía que estaba indispuesta. Cuando haya terminado sus preparativos, le rogaría que me acompañe a mi estudio.

—Por supuesto —respondió Mabel, aliviándose un poco.

—¿En una hora, entonces?

—¿Una hora? —jadeó, sin estar segura de poder transformarse en Harriet tan rápidamente. Echó un vistazo al reloj sobre la repisa de la chimenea. Las tres y veinticinco. Nunca lo lograría—. Yo... realmente necesito más tiempo.

Nial frunció el ceño. La mujer parecía estar preparándose para un baile.

—Tengo otras citas, señorita Chambers —afirmó, con exasperación en el tono—. Debo insistir.

A Mabel no le gustó el tono de su voz. Temiendo que se encargara de ayudarla a ponerse la ropa, respondió:

—Como usted quiera. Estaré allí a la hora.

—Excelente. Esperaré su llegada. —Dicho esto, Nial se dio la vuelta y se alejó por el pasillo, sacudiendo la cabeza en señal de cansancio—. Tiene que haber alguna forma de abrir las líneas de comunicación con esta mujer —pensó. Pero por más que lo intentaba, no podía decidir cómo. Paciencia, recalcó la palabra en su mente. Por desgracia, ese rasgo en particular era uno de sus puntos débiles.

En su habitación, Mabel rebuscó apresuradamente en uno de los baúles de Harriet y encontró un vestido marrón adecuado. Un gran chal de lana serviría perfectamente como prenda de abrigo, ya

que no tenía tiempo para hacerle ningún arreglo al corpiño del vestido.

Mientras rebuscaba en otro baúl, donde encontró varias enaguas, descubrió unos diarios encuadernados. Curiosa por su contenido, abrió la tapa de uno y examinó las páginas, escritas con una letra clara.

Mabel suspiró aliviada al descubrir que los libros contenían anotaciones diarias, que indicaban el progreso, o la falta de él, de cada uno de los niños de Harriet. Documentados meticulosamente, los diarios proporcionarían el conocimiento necesario para ayudar a Fanny.

—Gracias, Harriet —susurró—. Me has salvado la vida.

Recogiendo rápidamente los diarios, con la intención de estudiarlos más tarde, notó un sobre blanco cerca de su pie. Dentro, encontró una carta y 20 £. Al desplegar el papel, leyó: Mabel, querida: Esto es todo lo que tengo. Rezo para que te saque del peligro. Que Dios te proteja. Joanna.

¡Si tan solo hubiera encontrado el sobre antes! pensó, angustiada por el cruel giro del destino. ¿Por qué no se lo había contado Joanna? Pero Mabel sabía la respuesta. Su propio orgullo le habría hecho rechazar el regalo de Joanna, y su amiga también lo sabía.

Incluso si hubiera sabido lo del dinero, se dio cuenta de que no habría resuelto su dilema. Su única forma de escapar de Londres y Stilton había sido a través de Nial Donovan. Sin embargo, ahora poseía los medios para llevarla a Edimburgo y, tal vez, más allá.

Mientras reflexionaba sobre la idea de escapar, luchó por encontrar una respuesta. Entonces, extrañamente, una imagen de Fanny Donovan apareció ante ella.

Ojos tristes y verdes la miraban fijamente, y en sus profundidades, Mabel pudo ver la soledad y la lucha emocional que atormentaban el alma de la pobre niña. Cerrando los ojos, luchó

contra el dolor que crecía en su corazón. De repente, se vio abrumada por la necesidad urgente de ayudar a la niña de alguna manera, y luchó contra su conciencia, sabiendo que su propia supervivencia era primordial para cualquier cosa o persona. Entonces, una voz infantil susurró suplicante:

—Quédate, quédate.

Abrió los ojos de golpe y miró a su alrededor para ver si alguien había entrado. No encontró ni un alma viviente, y un extraño escalofrío le recorrió la columna vertebral. ¿Estaba perdiendo la cabeza?

Con los diarios pesando en una mano y el sobre en la otra, Mabel suspiró y metió la nota y el dinero en la tapa del diario superior. Por ahora, se quedaría.

Colocó los diarios en un estante del armario, lejos de la vista. A continuación, siguió con su traje y sus zapatillas de piel, ambos envueltos en una de las enaguas viejas de Harriet. En cuestión de minutos, había desempaquetado las maletas y guardado todo, incluidos sus propios vestidos, que escondió sabiamente detrás de los de Harriet.

Se preguntó qué debía hacer con el joyero de su madre, que tenía en la mano. El armario. Lo escondería con los diarios y su traje. Pero, antes de hacerlo, abrió la tapa y redescubrió las baratijas que había dentro. Un mar de recuerdos inundó su mente al imaginar a su madre vistiendo cada pieza. Luego tocó la pequeña caja de satén blanco, con el monograma en seda roja, descolorido por los años.

Se preguntó por enésima vez qué significaba la C, mientras su dedo trazaba ligeramente su curva bordada en relieve.

Al abrir la tapa, contempló con amor el broche de fl ores de oro. Su gran zafiro azul aciano brillaba hacia ella, rodeado de diamantes más pequeños que realzaban su impresionante brillo. Como siempre, cuando lo miraba, sentía que el espíritu de su madre

la llenaba. El recuerdo del amor de Verety la abrazó y un estado de ánimo sereno envolvió a Mabel.

Sin embargo, había algo más, algo que Mabel no podía entender. El broche parecía acercársele. El zafiro la llamaba, deseando compartir su conocimiento del pasado, sus promesas ocultas. Ahora, como siempre, una necesidad abrumadora la abarcaba.

Oyeron un golpe en la puerta, y Mabel cerró de golpe el joyero y lo escondió en el armario.

—Señorita —llamó Mary—, he traído la bandeja.

Mabel se relajó.

—Gracias, Mary. Por favor, ponla al lado de la puerta.

—Aquí tenéis un poco de té de hierbas. La cocinera lo ha preparado para ahuyentar la pesadez después del largo viaje. Es mejor tomarlo caliente.

—Dele las gracias a la cocinera. Agradezco su amabilidad. Y la suya también, Mary.

Mary miró fijamente la puerta cerrada y colocó la bandeja junto a ella.

—¿Puedo traerle algo más, señorita?

—No. Todo está bien.

Mary se dio la vuelta para irse, pero giró hacia la puerta de nuevo.

—Oh, señorita, lo olvidé. El señor dijo que tenía diez minutos para acudir a su cita.

¡Diez minutos! exclamó la mente de Mabel. Afortunadamente, mientras ella y Mary continuaban su conversación a través de la puerta, había terminado de vestirse.

—Dile a tu señor que estaré allí, como prometí.

—Sí, señorita —respondió Mary, y luego se dispuso a hacer lo que le habían ordenado.

Con el vestido abotonado, excepto media docena de botones en el centro de la espalda, a los que le resultaba imposible llegar, Mabel se alisó rápidamente el pelo en un apretado moño en la base del cuello. Sujetándolo al azar, cubrió su brillante coronilla con una red de gran tamaño y tejido grueso. No había tenido tiempo de empolvarla. Además, pensó, ¿por qué era necesario? Nial nunca la había visto sin su sombrero, y como existía la posibilidad de que exigiera su presencia, de día o de noche, sabía que tenía que idear un método adecuado, pero sencillo, para transformarse en Harriet en cualquier momento. No le gustaba la idea de dormir con su odiado disfraz. De hecho, ¡se negaba a hacerlo!

Con los botes de polvos especiales de Joanna en la mano, Mabel se sentó frente al espejo y oscureció los huecos de sus mejillas y debajo de sus ojos, difuminando suavemente las zonas con las yemas de los dedos. Rápidamente, espolvoreó todo su rostro con el polvo más claro y se quitó el exceso. Al verse, descubrió que había logrado capturar con eficacia la personalidad de Harriet Chambers. ¡Y en solo unos minutos!

En el análisis final, se dio cuenta de que su obra de arte no era tan elaborada ni tan experta como la de Joanna, pero esperaba que el disfraz fuera satisfactorio. Con suerte, su primera impresión de ella se quedaría con él y anularía cualquier cambio, si es que notaba alguno. *Tendrá que valer,* pensó mientras se bajaba la redecilla unos centímetros por la frente y se pellizcaba los labios de forma mojigata. ¡Excelente! Podía pasar por la gemela de Harriet... casi.

Decidida a superar el límite de tiempo de Nial, que le dejaba solo una fracción de más de cinco minutos, Mabel recogió el chal de lana alrededor de sus hombros, enderezó la espalda y, con la cabeza bien alta, se dirigió hacia la puerta. La lujosa suavidad de la alfombra le hacía cosquillas en los dedos de los pies y se contuvo para no reírse.

¡Zapatos! Corrió por la habitación y, sin la ventaja de las medias, se calzó los pies en el calzado de cuero. No hubo tiempo para abrochárselos.

Entonces, rezando y respirando con calma, Mabel abrió la puerta, metió la bandeja intacta en el interior y caminó por el pasillo, esperando que Nial no detectara el cambio en ella.

Capítulo 5

Después de recorrer los pasillos de Northcott, perdiéndose en varias ocasiones, Mabel volvió al pasillo principal, justo tras la gran escalera.

No tenía idea de dónde podría estar su jefe, pues tras cada puerta que había abierto hallaba habitaciones vacías, amuebladas con delicado diseño. Hasta entonces, solo había descubierto el comedor formal, el salón principal decorado con elegancia en dorado y blanco, una sala de música, una de juegos, además de varias puertas cerradas, pero en ninguna encontró a Nial Donovan.

Otra puerta se interpuso ante ella. Al asomarse, vio que era la biblioteca, con paneles profundos y ricos, y una vasta colección de libros con encuadernaciones caras y, por supuesto, bien cuidadas. Pero, nuevamente, Nial brillaba por su ausencia. Confundida, Mabel continuó su camino.

Finalmente, al final del pasillo, se detuvo frente a un par de cortinas de terciopelo rojo que colgaban del techo al suelo. Movida por la curiosidad, apartó un pesado panel y descubrió un juego de puertas. Al extender la mano hacia el pomo de latón, notó que estaban cerradas con llave. Frunció el ceño y alzó la vista.

El mármol blanco que enmarcaba la entrada estaba manchado de negro, y Mabel se dio cuenta de que era la entrada al ala este destruida. Un escalofrío la recorrió sin razón aparente y dejó caer la cortina en su sitio.

—Veo que por fin ha decidido acudir a nuestra cita —canturreó Nial, y Mabel se giró de golpe encontrándose cara a cara con él—. Y diría que cinco minutos tarde, además —continuó, frunciendo el

ceño hacia su cabello húmedo, un mechón grueso que caía sobre su ancha frente—. Tsk, tsk, señorita Chambers. Puntualidad. Mi tiempo es precioso y simplemente no puedo soportar retrasos.

Los ojos de Mabel se entrecerraron ligeramente cuando se dio cuenta de que había repetido las mismas palabras que ella había pronunciado cuando estaban en la entrada de Joanna, enfrascados en su batalla de voluntades.

—Le ruego me perdone, señor Donovan, pero no me di cuenta de que necesitaba un mapa para encontrarle. Dado que usted no me informó del paradero de su estudio, creo que usted es igualmente culpable de mi tardanza.

Nial luchó contra el tic que se centraba en sus labios. Por alguna razón inexplicable, estaba empezando a disfrutar de sus agudas bromas. Aunque su cuerpo era débil y su aspecto exterior poco atractivo, su mente era tan aguda como una hoja bien afilada. Parecía un cambio refrescante con respecto a las bellezas por las que normalmente se sentía atraído, ya que sus mentes le interesaban poco.

Una luz de humor se reflejó en sus ojos.

—Reconozco mi error, señorita Chambers. A partir de ahora, se le darán instrucciones precisas para facilitar sus movimientos dentro de mi casa. —Señaló la biblioteca—. ¿Vamos?

Mabel pasó junto a él, apretando los dientes a cada paso. ¡Qué grosero y arrogante! pensó furiosa. Si fuera un hombre, le... le...

Sabiendo que Nial tenía la capacidad de derrotar a prácticamente cualquier hombre dentro o fuera de Escocia, rápidamente decidió que no haría nada.

Respiró hondo y se calmó, recordando el sabio consejo de Joanna sobre su temperamento. Sin embargo, el consejo se estaba volviendo cada vez más difícil de seguir, sobre todo cuando el hombre parecía deleitarse provocándola. ¡El pomposo idiota! Algún día recibiría su merecido.

Eso es lo que se prometió a sí misma.

Nial se acercó sigilosamente a la institutriz de su hija, notando su porte impasible, y solo pudo imaginar las maldiciones que se le estaban acumulando. La formal señorita Chambers no era la mojigata que pretendía ser. De eso estaba seguro.

Aumentando su paso, Nial rodeó a Mabel, sus botas negras muy pulidas resonando contra el suelo de parqué de la biblioteca. Sin darse cuenta, ella inhaló su aroma limpio; sus sentidos se despertaron. Vestido con pantalones ajustados de piel de ante y una camisa blanca de muselina fluida, con varios botones desabrochados para revelar una colección de cabello oscuro y rizado, mostraba un desprecio casual hacia la corrección. Sintiendo un ligero rubor subir por su rostro, supo, sin lugar a dudas, que en su propia casa, él se vestiría, haría y diría lo que quisiera. Y ninguna regla de etiqueta lo detendría.

—Mi estudio está aquí. —Nial entró en la habitación más pequeña de la biblioteca y Mabel lo siguió—. Por favor, tome asiento. —Hizo un gesto hacia la silla de cuero rojo frente a su escritorio de caoba maciza.

Sentada en el borde de la silla, con las manos apretadas en el regazo, Mabel observó cómo Nial doblaba su largo y musculoso cuerpo en posición sentada. Su camisa se abrió aún más, dejando al descubierto más de su musculoso pecho, y su mirada se deslizó rápidamente hacia la ventana.

La niebla se había convertido en una lluvia constante. Deseando urgentemente estar bajo la ducha fría, Mabel se imaginó a sí misma en ella, esperando que apagara la repentina llama que abrasaba su cuerpo. Inconscientemente, se mordió las manos mientras se movía inquieto en su asiento.

Nial notó su inquietud y supuso, como siempre, que no le gustaba estar a solas con él.

—¿Puedo ofrecerle un poco de jerez? —preguntó mientras empezaba a levantarse de la silla, esperando que la bebida ayudara

a calmar su nerviosismo.

—Las bebidas espirituosas son los secuaces del diablo —replicó

Mabel se detuvo bruscamente y guardó silencio, preguntándose por qué había soltado aquellas palabras. La única explicación que hallaba era que había escuchado esa misma frase en labios de Harriet, cuando un huésped ebrio de Joanna le había propuesto compartir una ronda.

Con las manos apoyadas sobre el escritorio, Nial permanecía en una postura indefinida, a medio camino entre estar sentado y ponerse en pie, con la mirada fija en la mujer frente a él. Finalmente, con un empujón, se incorporó del todo.

—Ya que cree que estoy aliado con el bribón al que ha mencionado, no se opondrá a que me una a él.

Sin esperar su respuesta, se dirigió al armario, se sirvió una generosa copa de brandy y bebió la mitad de un trago antes de regresar a su escritorio.

Mabel lo observaba con cautela, tragando saliva. Él dejó la copa en medio de la mesa y, al mismo tiempo, se dejó caer en la silla. A ella no le gustaba aquella mirada, y, de pronto, sintió el impulso de extender la mano, agarrar la copa y vaciar de un trago lo que quedaba.

—Señorita Chambers, me doy cuenta de que lo que hago puede ofenderle un poco, pero debe recordar que estoy en mi propia casa y no cambiaré mis hábitos ni mi estilo de vida por nadie, le guste o no.

Él se reclinó en su silla y ella descubrió que no podía apartar su severa mirada, por mucho que lo intentara. ¿Por qué no había aceptado el dinero de Joanna y huido cuando tuvo la oportunidad?

—Además —continuó, con los ojos clavados en ella—, por desgracia, parece que tenemos serias dificultades para comunicarnos. Quizá sea una cuestión de personalidad. Pero, como bien sabe, solo hay una razón por la que está aquí, y una sola por la

que le permito quedarse: Fanny. No busco ser su amigo, y estoy seguro de que usted siente lo mismo por mí. Sin embargo, debemos encontrar un punto neutral, un terreno común desde el que trabajar. Si recuerda, le ofrecí la oportunidad de dar marcha atrás, pero insistió en acompañarme. Puesto que tomó esa decisión, y lo hizo por su propia voluntad, espero que cumpla con sus obligaciones, tal como prometió.

>Y no se irá de aquí hasta que me asegure de que ha hecho todo lo posible y Fanny esté en camino de recuperarse. Así que le sugiero que encuentre la manera de pasar por alto mis pecados, que sin duda considera numerosos, porque, señorita Chambers, podría quedarse aquí durante mucho tiempo.

Mabel abrió mucho los ojos, preguntándose si acababa de insinuar que pensaba retenerla allí contra su voluntad. Dios mío... ¿y si no lograba ayudar a su hija? Por un instante, se le ocurrió si Northcott no tendría alguna mazmorra oculta. Imaginó, sin poder evitarlo, su cuerpo desnudo de cintura para arriba, con las muñecas encadenadas, los pechos oprimidos contra una pared húmeda y mohosa en algún lugar de las profundidades de aquella fortaleza de piedra… y a Nial de pie tras ella, con un látigo de nueve colas en la mano, listo para el castigo.

—Ya que ha quedado claro lo que espero, ¿tiene alguna sugerencia sobre cómo evitar que acabemos matándonos durante el tiempo que dure esta situación?

Mabel escuchó sus palabras como si vinieran de muy lejos, con la mente aún atrapada en las visiones de Nial atormentándola. Incapaz de articular respuesta, negó con energía.

—Entonces, ¿puedo proponer una forma de vernos poco, pero aprovechar al máximo el tiempo que debamos compartir?

Mabel asintió, dispuesta a aceptar cualquier condición con tal de mantenerse a salvo y alejada del peligro.

—Bien. —Nial sacó un papel del cajón superior de su escritorio —. Para que su estancia aquí sea lo más breve posible, le sugiero

que pase con Fanny todo el tiempo que pueda. Por supuesto, los domingos serán libres. Si lo desea, puede desayunar con nosotros a las siete; la comida del mediodía también es opcional. Mi agenda de negocios no siempre me permite estar presente en esa segunda comida, así que tal vez prefiera cenar con Fanny los días que yo no pueda. Sin embargo, le pido que nos acompañe por la noche, a las ocho.

>La señora MacBean suele acostar a Fanny para la siesta poco después de la hora de juego. Mientras duerme, puede emplear ese tiempo como mejor le parezca. Espero que dedique al menos ocho horas diarias por completo a mi hija. Si necesita más, no habrá inconveniente. Una hora antes de la cena, nos reuniremos aquí para hablar de sus progresos. Después, cenaremos en el comedor menos formal, abajo.

>Cuando lo desee, puede explorar la casa para familiarizarse con ella. Los únicos lugares que están vedados son, naturalmente, el ala este, Fanny no debe ir allí bajo ninguna circunstancia y, por supuesto, mis dependencias, al final del pasillo del ala en la que se aloja usted.

Para entonces, Mabel ya se había recuperado de su absurda fantasía sobre una mazmorra escondida desde tiempos de Enrique VIII. Pero al escuchar que sus aposentos estaban fuera de los límites, no pudo evitar sentirse confundida. ¿De verdad creía ese hombre que ella andaba entrando y saliendo de la habitación de un caballero como si nada?

—¡Sus aposentos! Señor, usted... usted... —balbuceó, incapaz de pronunciar palabra.

—Cálmese, señorita Chambers. Solo lo mencioné, por si se perdía como acaba de hacer. En ocasiones, voy vestido aún más informalmente que así, y no quería que me encontrara en un estado de desnudez total. Hacerlo podría sorprenderla. Normalmente, la puerta está cerrada, pero si Fanny entra, a veces se olvida de cerrarla cuando sale. No se acerque más que a su habitación y estará a salvo.

Mabel entrecerró los ojos. ¡Desde luego que el hombre no se paseaba desnudo ante los ojos de su hija!

—Recordaré su advertencia, Sr. Donovan —dijo con firmeza.

Nial captó la mirada acusadora que ella le había dirigido.

—Mi hija no es ajena a verme sin camisa. Pero no soy un salvaje, señorita Chambers, aunque usted sin duda crea lo contrario.

Después de un largo momento, Mabel apartó la mirada, incapaz de sostener los ojos penetrantes de Nial, aunque los de él seguían fijos en su rostro. Le parecía distinta, menos demacrada… incluso un poco más joven. Exasperado consigo mismo, sacudió aquel pensamiento con brusquedad.

Hasta hacía poco había empezado a disfrutar de sus duelos verbales, pero ahora solo deseaba librarse de ella cuanto antes.

—¿Está de acuerdo con este horario? —preguntó.

Mabel volvió su atención hacia él.

—¿Horario?

—Sí, señorita Chambers. Si recuerda, estábamos hablando de Fanny.

—Lo recuerdo, señor Donovan. Y sí, el horario estará bien.

—Entonces, la cena es a las ocho.

—Si no le importa, preferiría tener algo de tiempo a solas esta noche. Del mismo modo, estoy segura de que usted y Fanny necesitan tiempo a solas.

—Como usted quiera, señorita Chambers. —Le pasó la agenda.

—He hecho algunas anotaciones, que puede estudiar a su gusto. Son sobre todo las preferencias de Fanny; la hora del baño, la hora de jugar, etc. A la señora MacBean le importa su aseo personal y cosas por el estilo. Mi ama de llaves sigue un horario muy estricto. Si algo de la lista entra en conflicto con sus necesidades, por favor, hable con ella.

Nial se levantó de su asiento y Mabel hizo lo mismo, dando por terminada la reunión.

Cogió su copa de brandy y se dirigió de nuevo al armario.

—Nos vemos mañana en el desayuno. —Era una afirmación, no una pregunta.

—Si me da unos días para que me acostumbre a Fanny, creo que las cosas irán mucho mejor para todos los implicados —afirmó Mabel, esperando que Nial estuviera de acuerdo. Necesitaba tiempo para leer los diarios de Harriet.

El brandy se deslizó en su copa y él se volvió hacia ella, levantándola en señal de saludo.

—Probablemente tenga razón. —Luego se tragó una gran porción del líquido ámbar—. Si necesita algo, hágamelo saber. Que tenga un buen día, señorita Chambers.

Aliviada de que le hubieran concedido un aplazamiento, Mabel se dio la vuelta apresuradamente. Por desgracia, se había olvidado de que tenía los zapatos desatados. En su primer paso, se salió completamente de uno.

Al darse cuenta de su apuro, Nial se dirigió en su dirección, pero afortunadamente, Mabel agarró la cosa traidora y se metió el pie en ella antes de que él llegara a su lado. Enderezándose, casi chocó con su jefe. Y, por un momento, los ojos azules se encontraron con los verdes.

La mano de Nial, que la sujetaba, se soltó de su brazo.

—Mañana, el Sr. Spencer la llevará a Selkirk —dijo mientras regresaba al gabinete y a su brandy. Después de otro trago profundo del ardiente líquido, que pareció enfriar el inexplicable ardor que recorría sus venas, continuó—: Debe comprar zapatos nuevos, un par que se ajuste a sus pies.

Avergonzada, Mabel se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación, y Nial se quedó mirando la puerta vacía, con el vaso en la mano, con el ceño fruncido y perplejo.

Capítulo 6

Mabel estaba sentada a un lado de la sala de juegos, con el pequeño volumen de Sonetos de Shakespeare de Harriet en la mano y una carta escondida entre sus páginas.

Al otro lado de la habitación, Fanny jugaba tranquilamente.

Habían transcurrido casi dos semanas desde su llegada a Northcott. Dos semanas miserables, sin lugar a duda. Si no estaba inmersa en un áspero intercambio verbal con Nial, se veía obligada a esquivarlo; y, cuando no, debía lidiar con Marcia MacBean, cuya presencia resultaba tan irritante como la del primero.

Agradecida por la libertad que Nial le había concedido para marcar su propio ritmo con Fanny, Mabel había aprovechado ese tiempo para estudiar los diarios de Harriet. Según la difunta señorita Chambers, la primera semana —o quizá dos, dependiendo del niño— debía dedicarse únicamente a alcanzar la «aceptación». No era conveniente intentar trabajar sobre la discapacidad hasta haber construido un mínimo de confianza y camaradería. Harriet creía firmemente que cualquier menor podía mostrarse reacio si un extraño intentaba intervenir de forma prematura. La cautela, la amabilidad y el cumplimiento estricto de cada promesa eran, al parecer, las claves con las que había ganado la aceptación de todos sus pequeños. Y ese era precisamente el plan que Mabel había decidido seguir con Fanny.

Una vez asimilada toda la información valiosa contenida en los diarios, estaba convencida de que sería capaz de ocupar el lugar de Harriet con eficacia. Así pues, organizó su propio horario y se acercó a la señora MacBean, tal como le había sugerido Nial. Por desgracia,

el intento resultó infructuoso. Para su sorpresa, la ama de llaves mostró una escasa disposición a colaborar, como si no le interesara en absoluto que Fanny volviera a hablar. De hecho, rechazó una por una todas sus peticiones, por insignificantes que fueran.

—La niña necesita una larga siesta. —Espetó el ama de llaves cuando Mabel pidió inocentemente un cambio en la rutina diaria—. La acuesto exactamente a las dos y no se levanta hasta las tres y media.

Mabel se había preguntado por qué una niña de seis años necesitaba un descanso tan largo, si es que lo necesitaba. Y cuando preguntó al respecto, pensó que el techo se le había derrumbado encima.

—Si no descansa, no puede mantenerse despierta durante la cena —le había informado Marcia con brusquedad.

—¿Entonces no se puede adelantar la cena? Estoy segura de que el Sr. Donovan no pondría objeciones.

—La cena siempre se ha servido a las ocho. Era el deseo de su esposa.

—Pero su esposa ya no está viva.

Eso había sido algo que Mabel no debía haber dicho. Marcia MacBean le había lanzado una intensa mirada de desaprobación y luego había salido de la habitación. Esa noche la cena fue a las ocho.

Varios otros asuntos habían precipitado las palabras entre las dos mujeres, pero Mabel había ganado solo en uno de ellos: supervisar el tiempo de juego de Fanny.

Esa concesión se produjo cuando Nial se había acercado a la pareja por su cuenta. Pero, cuando ella preguntó sobre el juego al aire libre, se vio frustrada de nuevo. Fanny no tenía ropa adecuada para tal actividad, y Marcia no estaba dispuesta a vestir a la niña como a una niña de la calle.

—Una jovencita del nivel de Fanny debe emular a las de su mismo estatus, y no menos —replicó Marcia. Y, una vez más, Mabel retrocedió.

Al recordar aquellas pequeñas escaramuzas, Mabel volvió a plantearse acudir a Nial con la esperanza de que interviniera como mediador. Sin embargo, temía otro enfrentamiento con él. Pero, en realidad, había una sola razón por la que prefería guardar silencio: Northcott era su refugio, y dentro de sus muros se sentía a salvo de ser descubierta.

Sacudiendo la cabeza en señal de derrota, Mabel decidió que lo mejor era seguir siendo una cobarde. Al menos por ahora. Sin embargo, para poder continuar con su farsa, comprendió que tendría que controlar su temperamento, sobre todo porque estaba a punto de perder los estribos. Durante la última semana había empezado a desconfiar seriamente de la ama de llaves. Cualquier avance —una muestra de confianza, una chispa de amistad— que lograba con Fanny durante el día, desaparecía misteriosamente por la noche. Y Mabel estaba convencida de que Marcia MacBean era la ladrona.

¡Basta!, pensó, y volvió a enfocar la mirada para observar cómo Fanny jugaba con tres muñecas: un padre, una madre y una niña pequeña. Las movía por las habitaciones de una gran casa de muñecas, más alta que ella misma y de una estructura sorprendentemente similar a Northcott. Fanny centraba su atención sobre todo en el muñeco padre que, bajo su manejo, mostraba mucho afecto hacia la muñeca más pequeña. A Mabel le parecía inquietante que la figura materna, también dirigida por Fanny, ignorara casi por completo a su hija, apartándola cada vez que se le acercaba.

Inquieta por aquel patrón que se repetía casi a diario, Mabel se puso en pie.

—Ven, Fanny. Vayamos a los jardines a tomar el aire. El sol nos sentará bien.

Fanny miró a Mabel y luego volvió a mirar a las muñecas. Finalmente, las acostó en sus respectivas camas, cada una en una habitación separada, pero no sin antes que el muñeco padre le diera un beso de buenas noches a la niña.

Con la esperanza de que el cambio de escenario les alegrara el ánimo a ambas, Mabel sacó a Fanny de la sala de juegos, que estaba justo enfrente del dormitorio de Mabel. Mientras se dirigían hacia las escaleras, otra puerta se abrió de golpe. Marcia MacBean salió de su interior.

—Fanny, es hora de tu siesta —declaró la ama de llaves y tomó la mano de Fanny—. Necesitarás un lavado rápido.

—Su tiempo de juego no ha terminado —contestó Mabel, cansada de la interferencia de la mujer—. Nos dirigimos a los jardines y a tomar un poco de aire fresco.

Una luz de ira atravesó a Mabel.

—No con ese vestido —siseó la mujer—. Lo ensuciará.

Mabel abrazó inconscientemente a Fanny contra los pliegues de su falda.

—Tendremos mucho cuidado de que no lo haga.

—¡No saldrás de esta casa! —dijo Marcia, alzando la voz mientras volvía a coger la mano de Fanny—. Y esa es mi última palabra.

Mabel, perdiendo el control como una ramita seca, bloqueó la mano de Marcia y luego le agarró la muñeca.

—Su última... Le ruego que me perdone. Ella sigue bajo mi supervisión y nos quedan veinte minutos de recreo. ¡Y jugaremos al recreo, con vestido o sin él!

De repente, la mano libre de Marcia se preparó, lista para golpear; Mabel se preparó para el golpe. Si la mujer quería una pelea de gatos, pensó, con los ojos desafiando a la ama de llaves a seguir adelante, ¡la tendría!

—¡Basta!

El estruendoso arrebato de Nial resonó por el pasillo, y la mano de Marcia cayó instantáneamente a su costado. Mabel respiró hondo para tranquilizarse, pero sus ojos nunca se apartaron de los de Marcia. No hasta que oyó los pasos pesados de Nial.

Desde el lugar donde estaba, justo fuera de la puerta de su habitación, se abalanzó sobre las dos mujeres; un periódico enrollado golpeó su muslo, sus ojos arrojaban fuego verde. A Mabel le pareció que estaba listo para reprender a un par de cachorros descarriados. Si tuviera algo de sentido común, ¡metería la cola y correría! Cuando liberó a Fanny de los pliegues protectores de su falda, sintió que sus rodillas comenzaban a temblar, pero reunió todo el valor que pudo y se mantuvo firme.

—Señoras —las saludó Nial con tono más tranquilo cuando llegó hasta ellas—, si me permiten llamarlas así. —Su mirada pasó de una mujer a la otra, dejando claro su descontento. Mientras se agachaba, notó inmediatamente que Fanny estaba visiblemente conmocionada por la repentina muestra de hostilidad—. Cariño —dijo con suavidad—, hay un regalo para ti en mi habitación. Si te das prisa, apuesto a que podrás encontrarlo. Pero espera a que vuelva para abrirlo, ¿de acuerdo?—Fanny asintió con entusiasmo—. Entonces solo será un momento.

Fanny abrazó a su padre por el cuello y luego se apresuró por el pasillo, ansiosa por encontrar su regalo. Cuando ya no la vio, Nial se estiró hasta alcanzar su altura máxima.

—Ahora —dijo en un tono que podría congelar el flujo de un volcán—, explícate.

Mabel se dio cuenta de que no había plural y se preguntó si su furia iba dirigida solo a ella. Incapaz de sostener su mirada abrasadora, la suya bajó hasta su pecho y la profunda V creada por la abertura de su camisa, que llegaba casi hasta su cintura. Con la mirada perdida, se quedó mirando el pecho expuesto mientras su mente corría, buscando frenéticamente una respuesta.

Nial se dio cuenta del rumbo que habían tomado sus ojos. Le importaba poco si estaba ofendida. Su única preocupación era el estado emocional de Fanny, y no la sensibilidad de esta mujer tonta.

—Señorita Chambers —ordenó en un susurro áspero—, ¡contésteme!

Mabel se sobresaltó. Sorprendentemente, encontró su voz.

—La Sra. MacBean y yo hemos tenido una diferencia de opinión sobre cómo Fanny debería pasar su tiempo. —Se quedó en silencio.

—¿Y?

—Eso es todo.

Con los ojos entrecerrados, Nial la estudió y luego desvió la mirada.

—¿Y usted, Sra. MacBean? ¿Cuál es su versión?

Con las manos entrelazadas en su habitual posición de superioridad en la cintura, miró a su empleadora a los ojos.

—Era la hora de la siesta de Fanny. Simplemente se lo recordé a la señorita Chambers.

—¿Este despliegue fue precipitado por una siesta?

Antes de que Mabel pudiera responder, Marcia se defendió.

—Esta mujer ha interrumpido continuamente el horario de Fanny. No puedo soportar su intromisión ni un momento más.

La presa estalló.

—¡Mi interferencia! —Mabel estalló en voz baja y controlada, para que Fanny no la oyera—. ¡Usted es la que interfiere constantemente! No tiene ni idea de lo que necesita la niña...

—¡Yo! —interrumpió Marcia—. Vieja solterona engreída, cómo...

—¿Solterona? ¡Engreída! —respondió Mabel, olvidándose de a quién se refería—. Vaya, vieja terca...

—¡Silencio! —ordenó Nial entre dientes—. No dispongo de tiempo para despropósitos. Ya llego tarde a una cita en Selkirk. —Dirigió una mirada severa a ambas mujeres—. Y, lo admito, mi temperamento no se encuentra en condiciones de lidiar con ninguna de las dos en este momento. Por tanto, para evitar una disputa innecesaria entre nosotros, propongo que pospongamos esta conversación hasta mi regreso. ¿Les parece razonable?

Mabel bajó la vista hacia la alfombra y asintió en silencio. Marcia, en cambio, permaneció inmóvil.

—No está ayudando a Fanny —objetó la ama de llaves—. La niña no ha mejorado desde su llegada. Me atrevo a dudar...

—Señora MacBean —la interrumpió Nial con frialdad, fijando en ella una mirada implacable—. ¿Mi propuesta le resulta aceptable?

Los labios de Marcia se fruncieron en una línea tensa; la irritación centelleó en sus ojos oscuros, pero al fin asintió con la cabeza. Mabel se sorprendió de que no hubiese sido despedida en el acto por su impertinencia. El hecho de que Nial no lo hiciera no hizo sino reforzar su temor: él tomaría partido por su ama de llaves antes que por ella.

—Bien —expresó Nial con firmeza—. Y para evitar nuevos altercados, Mary se encargará de Fanny el resto del día. A las siete, las quiero a ambas en mi estudio. Entonces resolveremos este desacuerdo. Por ahora, les recomiendo mantenerse en extremos opuestos de la casa.

Marcia dirigió una mirada helada a Mabel antes de volverse de nuevo hacia Nial.

—Como desee. Informaré a Mary para que atienda a la niña. —Y, sin más, se dio la vuelta y desapareció por la esquina del pasillo.

—Confío, señorita Chambers —continuó Nial cuando por fin quedaron a solas—, en que en el futuro no vuelva a intentar resolver sus diferencias con ninguno de mis empleados por iniciativa propia, y menos aún en presencia de mi hija. Si hubiese acudido a mí desde

un principio, se habría evitado tanto la preocupación de este altercado como el disgusto que ha supuesto para Fanny.

—Le pido disculpas, Sr. Donovan —murmuró Mabel, con la esperanza de calmar los ánimos, preguntándose si debía explicar lo ocurrido. Si lo hacía mal, él podría perfectamente echarla a patadas. Mientras lo meditaba, el aroma especiado de su colonia llenó sus sentidos; sus ojos se fijaron, casi sin querer, en su pecho desnudo. *Es más perfecto que el David de Miguel Ángel*, pensó, contemplando el músculo finamente delineado, cubierto por una piel bronceada y tersa, salpicada con generosidad de vello oscuro. Avergonzada por sus pensamientos errantes, notó el rubor en sus mejillas.

—No volverá a suceder —aseguró, aunque a sus propios oídos su voz sonó extrañamente ronca. ¿Se refería a su enfrentamiento con la señora MacBean o al hecho de estar deleitándose con la visión de su masculinidad? Luego, con premura, añadió en un suspiro—: Lo prometo.

Nial advirtió cómo su mirada saltaba de su pecho al techo y luego a la pared. Sonrió para sus adentros. No le había complacido su anterior desplante, tanto como a ella no parecía agradarle su actual estado de semidesnudez. Maliciosamente tentado, se preguntó qué haría si él se abalanzaba sobre ella y la empujaba contra la misma pared que ahora contemplaba. Sin duda, concluyó, con una chispa traviesa en los ojos mientras recorría su silueta, ¡se desmayaría!

Mabel permaneció alerta. Había visto el destello en su mirada. ¡No se lo había imaginado! ¡Era la misma expresión astuta que Steven Rodway le había dirigido antes de atacarla!

—No soy una colegiala, señor Donovan, ni tampoco una imbécil. A partir de ahora, debería aprender a disimular mejor sus pensamientos.

Sin reconocer sus intenciones, que, en verdad, no eran más que una broma, replicó con fingida seriedad:

—Mis disculpas, señorita Chambers, pero me temo que ha malinterpretado mis pensamientos. En este momento, están centrados únicamente en el incidente que acabo de presenciar. Hasta que se esclarezca cuál de ustedes tiene la razón, debo asumir que tanto usted como la señora MacBean comparten la culpa. A las siete escucharé sus argumentos.

E inclinando la cabeza, la despidió con un gesto escueto.

Mabel se dio la vuelta con un revoloteo de falda y corrió hacia su puerta, a varios metros de distancia. ¿Lo había malinterpretado? se preguntó, mientras le temblaba la mano con un violento tic al accionar el pestillo. Por más que lo intentaba, no se abría.

Nial se rió entre dientes. La pobre mujer estaba, sin duda, a punto de desmayarse, pensó, y entonces se fijó en el pequeño libro que tenía a sus pies. Lo cogió y volvió a meter entre las páginas el papel doblado que se había escapado. Con pasos silenciosos, se acercó a ella por detrás.

—Permítame —dijo mientras se acercaba a ella, su brazo rozando el hombro de Mabel, y ella sintió que estaba a punto de dar un grito histérico. Con un rápido movimiento de muñeca, giró la manilla y abrió la puerta de par en par. Le entregó el libro de sonetos—. Creo que esto es suyo.

Sus dedos nerviosos lo alcanzaron, pero cuando su mano tocó accidentalmente la suya, el volumen cayó a sus pies, y la carta se derramó entre las hojas del libro. Su estómago se revolvió de miedo cuando Nial se agachó para recuperar el par por segunda vez, y ella rezó en silencio: Por favor, que no vea el contenido.

—Veo que lleva sus zapatos nuevos —comentó Nial cuando se levantó de cerca de su dobladillo. Le entregó el libro con la carta encima.

Un alivio la invadió cuando los tomó, agarrándolos con fuerza como si su vida dependiera de ello.

—Parecen, eh... bastante, eh... —¿debería decir la verdad sobre los zapatos?— Cómodos —añadió.

—¿Son de su agrado?

—Chirrían—. Mabel cerró la puerta en la cara de Nial, solo para escuchar su risa profunda filtrarse a través de la madera.

—Una pareja adecuada, querida señora —replicó en voz baja al panel cerrado—. Ambos son tan rígidos como el desafortunado animal que suministró el cuero.

Con una reverencia fingida en la puerta, Nial se dio la vuelta y se dirigió a paso firme hacia sus habitaciones. Aunque llegaba tarde a su cita, tenía la intención de hablar con Fanny. Mediante una serie de señas con las manos, que los dos habían ideado para que Fanny pudiera comunicarse, esperaba comprender por qué las dos mujeres habían estado chocando. No podía permitirse despedir a ninguna de las dos mujeres de su empleo, pero tampoco permitiría que se volviera a producir tal muestra de temperamento.

Cuando Nial entró en sus aposentos, decorados en dorado, blanco y negro, dejó el periódico que aún tenía en la mano sobre una mesa auxiliar. De nuevo, el titular le llamó la atención: Se ofrece recompensa sustancial por capturar a la actriz de Covent Garden. Aunque estaba ansioso por leerlo, sabía que el breve artículo tendría que esperar. Tenía cosas más importantes que hacer en ese momento. Con una sonrisa en el rostro, salió de la pequeña sala de estar y se dirigió a su dormitorio.

—Ah, cariño, veo que has encontrado el regalo. Echemos un vistazo a lo que hay dentro, ¿de acuerdo?

Dos puertas más abajo, Mabel se dejó caer débilmente en el sofá, con la carta que temía que Nial viera en la mano. Al desplegarla,

leyó de nuevo la primera línea escrita por la experta mano de Joanna: ¡Steven Rodway está vivo!

Al leerlo por primera vez, Mabel sintió que la euforia se apoderaba de ella. En una rápida sucesión de pensamientos, hizo las maletas, se despidió de todos en Northcott y emprendió el camino de regreso a Londres, donde estaban los que más quería. Pero, con la siguiente frase, sus esperanzas se hundieron en las profundidades de la desesperación.

...Me temo que no puede regresar, querida Mabel, porque ha sido acusada de intento de asesinato y robo. Su padre, el conde de Halfield, ha ofrecido una cuantiosa recompensa por su cabeza.

Según los informes, ese sinvergüenza luce una fea cicatriz en la sien y anda difundiendo la historia de que usted lo atrajo a su camerino con la promesa de ciertos favores. Una vez a solas, le golpeó en la cabeza y le robó la bolsa, que, según parece, contenía una suma considerable de dinero.

Todavía merodea por Covent Garden, posiblemente a la espera de otra joven actriz. Uno pensaría que eso bastaría para delatarle como lo que es, sobre todo teniendo en cuenta que hoy en día la ópera es frecuentada por las clases altas. Como bien sabe, el Garden no es precisamente el lugar más recomendable, con esa multitud de carteristas y rameras que se reúnen dentro y fuera. Solo podemos rezar para que Rodway se equivoque con la próxima mujer a la que intente acercarse. Entonces quedará desenmascarado como lo que verdaderamente es.

Que Dios la mantenga a salvo, querida. Escriba.

Mabel dobló la carta con cuidado y la ocultó entre las páginas del libro. Una oleada de desaliento la envolvió al recordar las palabras de Joanna. Tenía que haber alguna forma de librarse de aquella desgracia. Lo que necesitaba era un paladín, un Lancelot, un caballero de antaño, pensó, para desechar de inmediato la idea. No

conocía a nadie con semejante poder, con semejante estatus. En realidad, ¿quién estaría dispuesto a portar su cinta y enfrentarse al dragón que la mantenía cautiva con sus feroces mentiras?

Nial Donovan.

Mabel puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza para aclararse. Debía de estar sufriendo delirios. El hombre nunca la ayudaría, sobre todo una vez que ella le hubiera confesado todos sus engaños. Una vez descubriera la verdad, no cabía duda de que la encadenaría y la arrojaría a la guarida del dragón como sacrificio. Era inútil resistirse.

Se le ocurrió una idea. Si ayudaba a Fanny a recuperar su voz, seguramente Nial la ayudaría a limpiar su nombre a cambio. Aunque estaba dispuesta a ayudar a la chica sin pensar en una recompensa monetaria, no se opondría a un intercambio de favores. A través de un sentimiento de gratitud, él podría sentirse obligado a devolverle el favor. Pero estaba segura de que, una vez que liquidara su deuda, se lavaría las manos. Él no era un hombre que tolerara las mentiras, especialmente de una mujer.

Ahora, más que nunca, Mabel sabía lo importante que era quedarse en Northcott, y deseaba haber controlado su temperamento antes. Aunque odiaba admitirlo, Nial Donovan parecía ser su única esperanza. Y para recibir su ayuda, ella, a su vez, tenía que ayudar a Fanny.

Se preocupaba por ello, pero sabía que no servía de mucho. Sin embargo, de alguna manera, tenía que convencer a Nial de que pusiera a Fanny bajo su cuidado, y pasó el resto de la tarde construyendo un argumento que lo convenciera de ello.

A las siete menos cinco, Mabel se dirigió al estudio de Nial y a su reunión concertada. Deteniéndose frente a las puertas de la biblioteca, se frotó rápidamente las palmas sudorosas contra la falda desgastada del vestido gris de Harriet. Un mal caso de nervios, decidió, y luego deseó estar en cualquier otro lugar que no fuera este. Las voces se oían desde la pequeña habitación interior, y se dio

cuenta de repente de que la Sra. MacBean ya había llegado. Quizás la mujer esperaba tomar la delantera manteniendo una conversación privada con Nial, pensó Mabel, temiendo lo peor. Pero más concretamente, Nial podría haber tomado una decisión antes de que ella tuviera la oportunidad de hablar. Enderezando los hombros, se dirigió hacia la puerta, rezando por un indulto.

—Señorita Chambers —Nial se dirigió a ella mientras se levantaba de su asiento—. Por favor, únase a nosotros. —Hizo un gesto hacia la silla junto a Marcia.

A pesar de su aparente seguridad en sí misma, Mabel sintió que su valor flaqueaba. ¡No te desmorones ahora! Se advirtió a sí misma, y luego se dejó caer en su asiento mientras sus temblorosas piernas cedían.

Al darse cuenta de su repentino descenso, Nial arqueó una ceja con curiosidad, pero se mordió la lengua. Mientras su mirada recorría su cuerpo, frunció el ceño ante la ridícula redecilla, que llevaba siempre hasta la mitad de la frente. ¡Un centímetro más y también se enredaría las cejas! ¿No se da cuenta la mujer de que esa no es la forma en que se lleva la cosa? se preguntó, y luego apartó rápidamente ese molesto pensamiento y tomó asiento.

—Le estaba diciendo a la señora MacBean que he recibido una carta de mi primo, Robert Hamilton. Llegará a Northcott dentro de dos días. Como es mi agente comercial y hay mucho que discutir, pasaré la mayor parte del tiempo con él durante su estancia. Por lo tanto, es importante que resolvamos este asunto, aquí y ahora.

Mabel se relajó. Al parecer, apenas se había hablado, si es que se había hecho, de los acontecimientos de esa tarde. Una breve mirada a Marcia confirmó sus pensamientos. La expresión de la ama de llaves mostraba un sorprendente rastro de ansiedad. Pero, mientras Mabel observaba, su habitual máscara severa volvió a colocarse rápidamente en su sitio. Todavía hay esperanza, decidió Mabel.

Nial se acomodó en su silla de cuero.

—Ahora, señoras, ¿quién quiere empezar?

Mabel optó por dejar que Marcia empezara. La ama de llaves, queriendo tener la última palabra, había decidido lo mismo con Mabel. Ninguna de las dos habló.

—Vamos. —Nial miró a una y a otra—. Las dos han hablado bastante esta tarde. ¿Ha ocurrido algo que yo no sepa? ¿Se han hecho amigas rápidamente, tal vez?

Marcia soltó un fuerte chasquido. Al oírlo, Mabel miró fijamente a la ama de llaves y luego a Nial.

—La señora MacBean y yo no somos amigas íntimas, lo cual es una pena, sobre todo porque creo que todas tenemos un objetivo común en mente: que Fanny recupere la voz. ¿No es así?

Con el codo apoyado en el brazo de la silla, Nial apoyó la barbilla en el pulgar y se acarició el labio inferior con el índice.

—Obviamente, sí —respondió, preguntándose por qué había abordado el tema. Como un abogado ansioso, parecía dispuesta a defender un caso cuyo resultado parecía muy oscuro—. Por eso le contraté, señorita Chambers.

Hipnotizada, Mabel observó cómo el dedo de Nial jugaba con su labio inferior, acariciando su suavidad angular, y una vez más, su imaginación se disparó. ¡Basta!, exigió a sus sentidos, pero descubrió que no podía concentrarse en nada más que en su hermosa boca. Parpadeó cuando vio que sus labios se movían y finalmente escuchó sus palabras.

—¿Le gustaría continuar?

—S-sí, claro —tartamudeó—. Como usted sugirió, Sr. Donovan, le pedí a la Sra. MacBean varios cambios en la rutina diaria de Fanny, uno de ellos era su hora de la siesta. —Su voz se hizo más fuerte—. La Sra. MacBean ha denegado todas mis peticiones, incluido acortar su periodo de descanso.

—Se lo dije —defendió Marcia con brusquedad—, Fanny debe descansar para permanecer despierta durante la hora de la cena.

Mabel se enfrentó a Marcia.

—Sí. Eso es lo que ha dicho. Sin embargo, cuando he ido a verla en silencio, he descubierto que no está durmiendo la siesta, sino sentada junto a la ventana, mirando a través del cristal como un pájaro enjaulado que desea su libertad. Aunque puede que no sea intencionado, usted ha convertido Northcott en su prisión.

—No sabe nada de la niña —espetó Marcia—. Miente.

Mabel volvió la mirada hacia Nial.

—No miento.

Con la mirada fija en la suya, inclinó la cabeza una pulgada.

—Continúe.

—Entonces, señora MacBean, ¿por qué está siempre en esta casa?

—Ya se lo he explicado.

—Ha dicho que no tiene ropa adecuada para jugar. —Marcia levantó la barbilla.

—Eso es precisamente lo que dije.

—También dijo que ensuciaría los vestidos que tiene.

—Sí.

—Entonces sugiero que es hora de que se dé cuenta de que no es una adulta, ni es un modelo de moda. No hay necesidad de que la envuelvan en volantes y luego la hagan sentarse en un rincón porque tiene miedo de que se manche la ropa. —La mirada de Mabel se encontró de nuevo con la de Nial—. Es una niña pequeña que necesita su libertad para poder explorar su entorno y descubrir todo lo que hay que saber. Y eso incluye jugar al aire libre. Dígame qué hay de malo en que Fanny se ensucie las manos con la tierra rica mientras prepara tartas y pasteles para servirlos en una fiesta de té de mentira con sus muñecas. —imploró Mabel—. ¿Por qué no se le permite retozar entre las flores silvestres que crecen en la ladera o revolcarse en la hierba y oler su dulzura?

—¡No es la hija de un granjero! —espetó Marcia, con el ceño fruncido de ira y los ojos encendidos—. Es la hija del amo...

—Basta. —El tono bajo y amenazador de Nial detuvo en seco a su ama de llaves.

Ella es la hija del... ¿qué? se preguntó Mabel mientras miraba de uno a otro, notando la breve mirada de advertencia de Nial y el repentino comportamiento apagado de Marcia. ¿El señor de Northcott, tal vez? Los tres sabían que lo era. Las persistentes sospechas de Mabel comenzaron a surgir de nuevo.

Nial volvió a centrar su atención en Mabel.

—¿Decía usted, señorita Chambers?

Como Nial parecía dispuesto a escucharla, Mabel no se opuso a aprovechar la oportunidad y dejó de lado cualquier pensamiento sobre las palabras inconclusas de Marcia.

—Me doy cuenta, señor Donovan, de que tanto usted como la señora MacBean se preocupan profundamente por Fanny y que el bienestar de la niña les inquieta sinceramente. Sin embargo, temo que, en ese afán, han llegado a ser excesivamente protectores. Y eso no le hace ningún bien, pues están privándola de su infancia.

—¿Está segura de eso? —preguntó él, con la mirada verde clavada en la suya.

—Como persona ajena a esta situación, creo poder ser más objetiva que quienes la rodean.

—¡Mire! —exclamó Marcia—. Ella misma admite que es una extraña. No puede saber por lo que ha pasado Fanny.

—Es cierto que no estuve aquí para compartir el dolor inicial de Fanny tras la pérdida de su madre. Solo puedo imaginar el terrible impacto que eso supuso para ella... para todos ustedes. Pero no soy ajena al sufrimiento. La muerte de mi propia madre fue profundamente traumática.

Mabel tuvo que hacer una pausa y aclararse la garganta, pues, como siempre que pensaba en Verety, las lágrimas le escocían en los ojos. Al recuperar la compostura, prosiguió:

—Comprendo los miedos y las incertidumbres que atenazan a Fanny. Si ha de sanar, deberá enfrentarse a aquello que causó su silencio. No se le ayuda ocultándola. Tenerla constantemente entre los muros de Northcott no hace sino recordarle su pérdida. Entréguenme su cuidado por completo, y haré cuanto esté en mi mano por liberar su mente de aquello que la atormenta.

Marcia no estaba nada convencida por las palabras de Mabel y suplicó a Nial:

—Ciertamente, usted no cree...

—Sí, señora MacBean, creo sinceramente que la señorita Chambers tiene razón. Aunque todos hemos actuado con buenas intenciones, es probable que hayamos contribuido a que Fanny se encierre aún más en sí misma. Y como probablemente yo sea el principal responsable, asumo toda la culpa. Sin embargo, debo rectificar mi proceder. Y usted también, señora MacBean. Es una empleada leal y de confianza, y valoro sinceramente todo cuanto ha hecho hasta ahora. Pero, a partir de hoy, la señorita Chambers se hará cargo de Fanny.

Nial advirtió la expresión de alarma en el rostro de su ama de llaves.

—Cuando Fanny se recupere, volverá a estar bajo su cuidado. Por el momento, deberá limitarse a cumplir con sus funciones habituales como ama de llaves. Confío plenamente en que lo hará con la eficacia de siempre. Espero contar con su aprobación.

Incapaz de sostener la mirada de su patrón, Marcia fijó los ojos en el revestimiento de madera tras él.

—Como usted ordene, señor.

—Entonces, si nos disculpa, me gustaría hablar en privado con la señorita Chambers.

—Por supuesto.

Marcia se levantó y salió de la estancia en silencio.

Mabel sintió inmediatamente su propio estremecimiento de culpa. Había usurpado la autoridad de la señora MacBean sobre Fanny. Incluso había visto un brillo de lágrimas en los ojos de Marcia. De alguna manera, la dulzura de la victoria le sabía muy amarga a Mabel. Muy amarga, de hecho.

Al contemplar a la mujer que tenía delante, Nial se sorprendió al descubrir un atisbo de remordimiento en los delicados rasgos de su pálido rostro. En todo caso, había esperado que se regodeara por haber salido victoriosa en la discusión. También había notado la sombra de dolor en sus ojos cuando habló de su madre. Por el temblor en su voz, cualquiera habría creído que acababa de perderla el año anterior, y no hacía quince, como había mencionado en su carta. Tal vez, después de todo, aquella mujer tenía un punto vulnerable, concluyó; y comentó:

—Parece bastante afectada. —Estuvo a punto de ofrecerle una copa de jerez, pero descartó la idea para evitar otro sermón sobre los males del licor—. ¿Desea que le pida a la cocinera que le suba una taza de té?

—No, gracias. Solo estoy triste por lo ocurrido. Me siento realmente mal por la señora MacBean...

—La señora MacBean lo superará. Las necesidades de Fanny son lo prioritario.

—Lo entiendo perfectamente.

—Entonces, puesto que ahora está a cargo del bienestar de mi hija, no debería haber más excusas sobre la falta de avances por culpa de la interferencia del personal.

¿Otro ultimátum?, pensó Mabel.

—Debe comprender que ganarse su confianza llevará tiempo —respondió con inquietud.

—Incluso entonces, no hay garantías.

—Si es tan buena como sus antiguos empleadores han dicho que es, no debería haber preocupaciones, ¿verdad?

—Señor Donovan, lo dice como si yo fuera una especie de dios.

—Difícilmente. Simplemente tengo una actitud positiva, que usted parece haber perdido. De hecho, por el reciente ablandamiento de su actitud imperiosa, me inclino a creer que ya no tiene confianza en sus propias habilidades.

—¿Imperiosa? —preguntó Mabel, con los ojos muy abiertos.

—Si me permite la osadía, señorita Chambers, cuando nos conocimos, usted era bastante... eh, autoritaria. Muy segura de sí misma. —Malhumorada sería el término más adecuado, pero prefirió no expresar su opinión—. Pero últimamente parece bastante deprimida. ¿Acaso echa de menos Londres?

Sí, pensó ella, pero respondió:

—No. No echo de menos nada de Londres.

—¿Entonces no está enferma?

—Por supuesto que no.

—Bien. —Él no lo había pensado. Desde su llegada a Northcott, su color había mejorado mucho, las ojeras casi desaparecían de debajo de sus ojos. Sin embargo, a su ojo, todavía tenía un aspecto un poco pálido.

—¿Por qué todas estas preguntas, Sr. Donovan?

—Porque hay algo que le preocupa.

—Me temo que está equivocado —negó Mabel, sin mirarlo a los ojos.

—No, señorita Chambers. Me está ocultando algo. De eso estoy seguro.

A Mabel se le aceleró el corazón y se preguntó si él había descubierto de alguna manera la verdad sobre ella.

—¡Yo... yo no estoy ocultando nada! —mintió.

—Demasiadas falsedades condenarán su alma, señorita Chambers —dijo Nial, y notó su mirada asustada. También creyó ver culpa en ella—. Ya no necesita proteger a la señora MacBean.

Mabel frunció el ceño.

—¿Proteger a la Sra. MacBean? No tengo ni la menor idea de lo que quiere decir.

—Entonces no sabe que la Sra. MacBean ha estado contaminando los pensamientos de Fanny y enfrentándola a usted.

Aliviada por el temor a ser descubierta, Mabel sintió un mareo de alivio. Entonces vio cómo Nial se levantaba de la silla y rodeaba el escritorio para apoyar una cadera en la esquina de su superficie muy pulida.

—¿Era usted consciente o no de ello? —preguntó, apoyando la mano izquierda en el muslo enfundado en ante mientras se inclinaba hacia ella—. La verdad, señorita Chambers.

—Yo... yo… —¿Por qué tenía que situarse tan cerca? se preguntó ella, mientras su mirada recorría su hermoso rostro. ¡Viril, poderoso, masculino y un diablo! calculó rápidamente su mente, y se reclinó hacia atrás tanto como le permitía su silla, desesperada por escapar de su fuerza magnética.

Nial sonrió para sus adentros. Parecía un conejo asustado, a punto de saltar para escapar de un depredador. ¿De verdad le tenía tanto miedo? La mayoría de las mujeres estaban demasiado ansiosas por estar en su presencia. De hecho, cada vez que hacía una gran entrada en un salón de baile, siempre había tenido la tentación de llevar un bastón, empuñándolo como una espada, para protegerse de las mujeres que prácticamente lo atacaban. Por esa misma razón, rara vez asistía a ese tipo de eventos.

Pero la mojigata de Harriet era la única de su género a la que no podía conquistar, ni con una sonrisa, ni con un cumplido, ni con su considerable encanto masculino. La única, es decir, excepto

Celeste, pensó cínicamente. Su hermosa y superficial esposa, Celeste. Enfadado por haberse permitido siquiera pensar en ella, borró su imagen de su mente. Controlando sus emociones, miró directamente a la pequeña y desaliñada mujer que tenía a menos de medio metro de él.

—Señorita Chambers —la persuadió con suavidad—, la verdad, por favor.

El sonido de su rica voz vibró a través de Mabel, y sintió que su cuerpo reaccionaba como un diapasón. Cada centímetro de su piel temblaba en respuesta.

Hipnotizada, se dio cuenta de que no podía responder, solo mirar fijamente sus ojos verdes de largas pestañas. Curiosamente, se sentía como si hubiera caído en trance, inducida por un poderoso truco de brujería.

Al notar la mirada vidriosa en sus ojos, se preguntó si la mujer también estaba sufriendo algún tipo de ataque. Chasqueó los dedos frente a su rostro.

Mabel parpadeó. ¡Respóndele! se exigió a sí misma.

—No tenía pruebas, pero sospechaba que la Sra. MacBean estaba influyendo de alguna manera en Fanny. ¿Puedo preguntar cómo lo descubrió?

Nial se reclinó ligeramente hacia atrás y Mabel respiró un poco más tranquila.

—Fanny. —Percibió su confusión—. Es capaz de comunicarse mediante señas con las manos.

—¡Puede! —exclamó Mabel, deslizándose hacia el borde de su asiento. En su afán por saber más, olvidó que interpretaba a una experta, una que no dejaría pasar algo tan importante—. ¿Por qué no me lo dijo?

Nial frunció el ceño.

—Supuse que se había dado cuenta.

Al pensar en ello, se dio cuenta de que había notado algún tipo de señas de Fanny. Sin embargo, al estar absorta en sus propios problemas, no le había dado mucha importancia. Luego se preguntó si su arrebato había despertado sus sospechas. Rápidamente hizo referencia a un pasaje de uno de los diarios de Harriet.

—No usa el método de señas del Abbé de l'Épée, ¿verdad?

—¿Quién demonios es el Abbé de l'Épée?

—Fundó la primera escuela para sordos en París entre 1755 y 1760. Utilizaba el lenguaje de signos y la ortografía dactilológica para enseñar a sus alumnos. Con bastante éxito, debo añadir. Pero no importa la forma que se utilice —afirmó con un aireado movimiento de la mano, con la esperanza de impresionarlo con su supuesto conocimiento—. El lenguaje de signos se ha utilizado desde que nuestros antepasados salieron gateando de sus cuevas. —Se dio cuenta de su mirada insulsa—. ¿Le estoy aburriendo con esta información?

—Enormemente.

—Le pido disculpas, Sr. Donovan. Y le pido disculpas por no haberme dado cuenta de que Fanny podía comunicarse. Mi única excusa es que me estaba acostumbrando a mi nuevo entorno, además de estar recuperándome de mi enfermedad. Por favor, perdone mi falta de perspicacia.

—Está perdonada, Srta. Chambers. No espero que sepa todo sobre mi hija en solo quince días.

—¿Me enseñaría los signos que ha aprendido? —Estaba ansiosa por aprender. Cualquier cosa sería útil. Una vez que su hija estuviera curada, podría negociar con Nial y limpiar su nombre—. Es importante que entienda lo que dice Fanny. Es muy frustrante para alguien no poder hacerse entender. Quiero ahorrarle ese estrés a Fanny.

—Ese ha sido uno de mis mayores temores, señorita Chambers — dijo Nial, con su propia frustración evidente—. Si necesitara mi

ayuda durante la noche, o si se hiciera daño mientras jugaba fuera, ¿cómo podría llamarme para que acudiera en su ayuda? Eso es por lo que, como usted tan acertadamente ha dicho, ha sido hecha prisionera en Northcott. No hay noche que pase en la que no la revise varias veces antes de que se levante a la mañana siguiente.

—Entiendo sus temores. Si lo desea, de ahora en adelante, la revisaré mientras duerme. Y prometo estar a su lado cuando estemos lejos de la casa. Me dará permiso para sacarla al exterior, ¿verdad? —preguntó ella, con los ojos fijos en los de él.

—Lo haré, señorita Chambers.

Aunque había accedido a su petición, Mabel sabía por la mirada de Nial que, si algo le sucedía a Fanny, la responsabilidad recaería directamente sobre sus hombros. Solo Dios sabía lo que le haría.

—Gracias, señor Donovan. La cuidaré como si fuera mía.

—Le tomaré la palabra —afirmó Nial, con una mirada penetrante que le prometía que lo haría—. Su mano, por favor —Al ver la expresión avergonzada que instantáneamente cubrió su rostro, casi se rió en voz alta—. Quiere aprender a hacer señas, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Entonces deme su mano.

Sus dedos apretados se abrieron lentamente y las puntas se deslizaron sobre la palma callosa de Nial. Él era un jinete consumado, lo sabía, porque había observado en secreto desde sus ventanas cómo luchaba por controlar a su semental pura sangre, Thor. Tanto la bestia como el maestro tenían un temperamento a la altura, pero una vez que Nial había tomado la delantera, los dos cabalgaban por las colinas y los valles. Pensar en tal libertad la hizo desear aún más la suya propia.

—¿Empezamos? —preguntó Nial. Al ver que ella asintía, le apretó suavemente la mano para tranquilizarla, sabiendo que le resultaba difícil soportar el contacto de un hombre. Se maravilló de

su textura sedosa, seguro de que la mano no coincidía con la mujer que la poseía. La confusión marcó su frente mientras su pulgar acariciaba de nuevo su piel suave y satinada.

Un fuego recorrió el brazo de Mabel, y ella apartó la mano de un tirón. Desconcertada por las sensaciones que él había evocado, miró fijamente a Nial, medio asustada por el hombre, medio anhelando su suave tacto, de nuevo.

Su mirada subió lentamente hasta el rostro de Mabel, y Nial comenzó a evaluar cada rasgo, como si los viera por primera vez. Cintas rosas marcaban sus pómulos altos, y una nariz recta y delgada coronaba una boca bien formada. Su labio inferior, grueso, temblaba ligeramente al separarse de su compañero para dejar al descubierto unos pequeños dientes blancos. Con interés, Nial observó las suaves curvas, y sin pensarlo, sus propios labios se separaron en respuesta.

Entonces sus ojos se encontraron con los de ella. Unos iris claros y azules, enmarcados por unas pestañas oscuras que parecían sumergidas en peltre, le devolvieron la mirada. ¿Qué vio en su mirada bañada por el cielo? ¿Miedo? ¿Deseo? No... anhelo. Pero ¿por qué? se preguntó, alzando la vista hacia sus cejas aladas, arqueadas sobre unos ojos enormes, luego hacia su suave frente y hacia arriba, hacia... ¡esa horrible redecilla para el pelo!

Nial parpadeó; sus ojos se reenfocaron rápidamente. De piel pálida, con profundos huecos en las mejillas, manchas oscuras debajo de los ojos, volvió a convertirse en la misma mujer poco atractiva que había conocido por primera vez.

¡Qué demonios le ocurría! Su mente estalló en una vorágine de pensamientos mientras su frente se fruncía con arrugas profundas. Últimamente, parecía vivir en una constante pregunta sin respuesta. El asunto no dejaba de martillearle el cerebro, día y noche, sin tregua. Los sueños… no, las pesadillas que lo acosaban sin cesar…

¡Al diablo con todo! ¡No quería seguir pensando en ello! Maldijo por lo bajo, convencido de que estaba a punto de perder la razón.

¡Harriet Chambers era la causa de su locura!

Nial se puso de pie de golpe y se dirigió con paso decidido a la mesa auxiliar donde reposaba el brandy.

—Creo que será mejor que Fanny y yo le mostremos los signos que empleamos —anunció con tono crispado, mientras se servía una generosa medida—. Comenzaremos la primera lección durante la cena.

Mabel, desconcertada por su repentino arrebato, se quedó inmóvil, observando su espalda. Sin duda había provocado su mal humor, pero no acertaba a comprender qué había hecho mal.

Después de tragar su bebida, Nial dio otro gran trago al vaso y contempló el líquido ámbar. Si seguía con una dieta constante de alcohol, como parecía propenso a hacer últimamente, estaba seguro de que acabaría en la cuneta. De nuevo se encontró dispuesto a culpar a la señorita Chambers por su falta de control. Decidiendo que Fanny no necesitaba un borracho como padre, dejó el vaso a un lado y tapó la jarra, con la tapa de cristal haciendo un ruido sordo al colocarse en su sitio.

Nial se dio la vuelta y se sorprendió al ver que la institutriz de Fanny seguía en la habitación. Con su aspecto recatado y correcto, los ojos de la mujer seguían todos sus movimientos.

—Si pretende llegar al comedor a tiempo —anunció secamente, con la mirada puesta en el reloj—, le sugiero que busque a Fanny y baje las escaleras. Tiene exactamente cinco minutos.

—Como usted diga, señor —dijo Mabel, repitiendo las palabras de Marcia al despedirla, y se levantó—. Seremos muy puntuales.

Nial observó su elegante deslizamiento al salir de la habitación. Respirando hondo, cerró los ojos y expulsó el aire de sus pulmones, preguntándose por qué la había atacado con sus palabras. El problema no estaba en ella, sino en él. Los sueños... ¡si tan solo se detuvieran! Pero con su creciente frecuencia, dudaba que lo hicieran.

Una vez que Mabel llegó al pasillo, corrió por el corredor hacia su habitación.

Las paredes se balanceaban y se movían, la alfombra se elevaba y retrocedía.

—¿Qué le pasaba a su vista? —se preguntó, y luego se dio cuenta de que las distorsiones eran causadas por sus lágrimas.

Capítulo 7

Bañada por los rayos plateados de la luna, envuelta en una telaraña tan translúcida como el ala de un hada, la grácil figura de una mujer bailaba sola en un claro del bosque. Una brisa veraniega acariciaba sus largas trenzas caoba, liberándolas y elevándolas para que cayeran en cascada salvajemente alrededor de su esbelto cuerpo. Con los brazos levantados hacia la energía luminosa del cielo nocturno, se balanceaba sensualmente como si estuviera llamando a su amante.

Con la vista velada por la pasión, Nial observaba sus movimientos seductores desde lejos, con el fuego corriendo por sus venas. Incapaz de apartarse de ella ni un momento más, cruzó el claro sin hacer ruido. El viento nocturno agitaba su cabello, ondeaba su camisa, pero no podía enfriar la llama ardiente que ardía en sus entrañas.

Demasiadas veces se le había escapado y él siempre se quedaba con ganas, atormentado, con sus deseos urgentes insatisfechos. Esta vez, se prometió, descubriría su nombre; esta vez sería suya.

Ahora, detrás de ella, su brazo rodeaba su pequeña cintura y la apretaba con fuerza contra su pecho. Ella no se resistió, solo gimió como si su propia pasión anhelara satisfacción. Su cabeza se reclinó contra su hombro, y Nial inhaló el dulce aroma de la lavanda y la rosa silvestre mientras su sedoso cabello rozaba su mejilla. Sus sentidos estallaron con el olor de ella, su control se hizo añicos y sus labios recorrieron con urgencia los hilos de satén hasta su oreja. Desesperado por saborearla más, la giró entre sus brazos, y ella se arqueó, presionando su suave cuerpo contra el suyo. Ella echó la

cabeza hacia atrás y ofreció su cremosa garganta, y los labios de Nial trazaron su curva, subiendo hasta su mandíbula, su mejilla; luego, con un gemido de agonía, su boca exploradora capturó la suya.

Dulce y complaciente, ella respondió, abriendo los labios, su pequeña lengua buscando, provocando la suya. Un rayo le atravesó el corazón, y sus brazos se apretaron alrededor de ella. Necesitándola, deseándola, más de lo que jamás hubiera podido, la bajó a la espesa y fragante alfombra. Las largas hierbas los ocultaron mientras cubría su ágil cuerpo con el suyo, sus dedos se enredaban en su cabello para levantar su rostro hacia el suyo una vez más.

Las hebras fibrosas de repente se enrollaron alrededor de sus manos, atándolas, y como una polilla atrapada en una telaraña, descubrió que no podía liberarse.

—Los espíritus son los secuaces del diablo —resonó en sus oídos la voz maliciosa, y la cortina de gasa cayó de sus ojos para revelar a la institutriz pálida y de ojos hundidos, tendida debajo de él. Con las manos aún atrapadas, observó horrorizado cómo la piel pálida se desprendía de su rostro; unos agujeros negros lo miraban fijamente desde una máscara de muerte.

Al instante, se apartó de la bruja sin vida, pero sus manos seguían enredadas, atrapadas. Con fuerza, sus ojos se enfocaron para descubrir que la cosa repugnante era una redecilla para el cabello.

Entonces, como algo vivo y que respiraba, comenzó a crecer. Envolvió su rostro, su pecho, su cuerpo, apretando, constriñendo, aplastando la vida de él. ¡No podía respirar!

Con un tirón, Nial se despertó, luchando con los brazos para quitarse las sábanas que se habían envuelto alrededor de su cara y las arrojó al suelo. Respirando hasta que le ardieron los pulmones, exhaló lentamente y sacudió la cabeza para despejarla.

¡Otra pesadilla! Esas malditas cosas se estaban volviendo más frecuentes, más vívidas, hasta que estuvo seguro de que eran reales y no un monstruo que lo perseguía por la noche.

Aún aturdido, saltó de su cama empapada de sudor, con el cuerpo desnudo brillando a la luz de la luna que entraba por las ventanas. Se acercó al lavabo y se lavó la cara y los brazos, y luego bajó hasta los pies. Una vez seco, se puso la bata de satén acolchada y se ajustó el cinturón a la cintura estrecha.

Ahora respiraba con regularidad, con la cabeza despejada, y decidió que era hora de ver cómo estaba Fanny. Conociendo el camino de memoria, salió de sus aposentos y recorrió el oscuro pasillo. Cuando su mano se posó en el pomo de la puerta, esta se le escapó de las manos y el panel se abrió hacia adentro.

Sobresaltado, vislumbró la silueta oscura de una mujer, iluminada por la luz de la luna, y antes de que pudiera moverse, ella se abalanzó sobre él. La fuerza del impacto la hizo retroceder, y Nial rodeó inmediatamente su cintura con el brazo, sujetándole la boca con la mano para impedir que gritara.

—Ssh, soy solo yo —susurró, y sintió que se relajaba por un instante, y luego se aferró rápidamente a él.

El corazón de Mabel se aceleró salvajemente en su pecho. Con la longitud de su cuerpo apretado contra el de Nial, sintió una extraña sensación estallar en algún lugar profundo de su interior, y eso la asustó.

—Suélteme —insistió en un susurro áspero, empujando con sus manos contra su sólido pecho.

Nial cumplió su petición. Su brazo se deslizó de su cintura; los largos mechones de cabello satinado rozaron su mano. La sensación lo sorprendió, lo confundió.

—¿Por qué te escabulles en la oscuridad? —preguntó ella irritada, indignada por el susto que le había dado, avergonzada por la reacción que había provocado.

—Podría preguntarle lo mismo —respondió él, apoyando el hombro contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho.

—Estaba comprobando cómo estaba Fanny.

—Yo también. —Luego buscó desesperadamente en la oscuridad, sus ojos recorriendo su silueta bañada por la luna, pero ella seguía sin rasgos definidos, ya que la luminiscencia de la noche se reflejaba en su burda envoltura de algodón. Una abundante cabellera sedosa caía alrededor de sus hombros y por su espalda, con un halo plateado coronando su cabeza. Nial sintió que estaba reviviendo su sueño. El deseo puro se apoderó de él de repente. Aturdido por su fuerza, se alejó de ella—. Vete a tu habitación —ordenó con brusquedad.

Sorprendida por su tono áspero, Mabel miró a través de las sombras oscuras, incapaz de verlo. Entonces sintió su movimiento y, temiendo que se acercara a ella, huyó de la puerta de Fanny. Su hombro rozó su pecho y su mano le agarró el brazo. Ella trató de liberarse, pero sus dedos se apretaron, casi dolorosamente.

—A partir de ahora —susurró con voz extrañamente contenida —, quedaos en vuestras habitaciones por la noche.

Luego la soltó, y Mabel corrió hacia su puerta, hundiéndose en la mullida alfombra rojo sangre. Una vez dentro, se apoyó contra el panel cerrado, temblando de pies a cabeza.

Su respiración agitada fue cediendo poco a poco, y trató de comprender qué había desatado aquel repentino tono amenazante. Nunca había logrado entender del todo a ese hombre, al menos no de un momento a otro. Y ahora estaba convencida de que jamás lo haría. Pero una cosa le quedó clara: pensaba obedecer su advertencia. Él podría vigilar a Fanny durante la noche; ella permanecería en sus aposentos.

Después de asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada, Mabel se quitó el vestido de casa y se metió en la cama. Demasiado

exhausta para pensar, se acomodó entre las sábanas y cayó en un sueño profundo y silencioso, dejando atrás el inquietante episodio.



Nial seguía inmóvil en el pasillo, luchando por recobrar el dominio de sí mismo. Cuando el leve chasquido del picaporte rompió el silencio, una sonrisa desdeñosa curvó sus labios.

Si ella se hubiese demorado un instante más, podría haberse encontrado en el suelo, con él sobre su cuerpo, consumido por un deseo irrefrenable y oscuro. En ese momento, poco le habría importado quién era en realidad, porque en la penumbra podía transformarla en quien quisiera, en quien anhelaba. Y deseaba a la mujer de sus sueños, la que lo había hechizado, la que había sostenido en sus brazos doloridos antes de desvanecerse en una visión aborrecible. Mientras la institutriz de Fanny permanecía allí, sin rostro, envuelta en la luz de la luna, por un fugaz instante se había convertido en esa mujer: su Hermia.

Disgustado, Nial se pasó los largos dedos por el pelo. Estaba horrorizado por sus pensamientos, porque nunca se hubiera impuesto a una mujer. ¡Nunca! proclamó en silencio.

De repente se preguntó... ¿podría ser posible que estuviera surgiendo un lado oscuro en su interior, uno que hasta ahora desconocía? Atormentado por sus sueños, sus pesadillas, ¡sentía como si se estuviera volviendo loco!

Después de comprobar que su hija estaba profundamente dormida, Nial se dirigió a sus habitaciones. Arrojó las sábanas al colchón, se quitó la bata y se tumbó desnudo sobre las sábanas. Con el brazo apoyado bajo la cabeza, se quedó mirando el dosel. Ojalá pudiera descubrir el verdadero nombre de Hermia, pensó. Sin embargo, era inútil, porque cuando regresó de Selkirk, sus habitaciones habían sido limpiadas y el periódico desechado, junto

con la verdadera identidad de la actriz. Sin embargo, si podía averiguar su nombre, tal vez podría encontrarla y poner fin a su tormento nocturno. Se estremeció al pensarlo.

—Ya basta —gruñó, cansado de todo el asunto. Tenía que estar levantado y en marcha al amanecer. Sin embargo, aunque sabía que necesitaba dormir, luchó contra ello, seguro de que las agonizantes fantasías comenzarían de nuevo.

Capítulo 8

Mientras descendía lentamente por la gran escalera en busca de la muñeca favorita de Fanny, Mabel iba reflexionando sobre las palabras que acababa de oír. Procedían de dos criadas cotillas que preparaban la habitación de Robert Hamilton, y cuya charla indiscreta se colaba en el pasillo a través de la puerta entornada.

—Te lo aseguro: asesinó a su esposa —indicó una de ellas con tono categórico.

Mabel se detuvo en seco.

—Si eso fuera cierto, ¿por qué no está colgado de la horca? —objetó la otra.

—Porque no pueden probar que fue él. Quemó todas las pruebas.

—Ay, qué disparate.

—No lo es. Se dice que su mujer tenía un amante, y que cuando él se enteró, la mató por celos. La quemó. Así de simple.

Indignada por aquella sarta de calumnias, sobre todo porque bien podría haber sido Fanny quien las escuchara, Mabel no dudó en entrar en la habitación. Sus ojos, severos, recorrieron a las mujeres, y su voz, helada, cortó el aire como un látigo:

—Les sugiero que se ocupen de sus obligaciones y dejen los chismes para quienes viven fuera de esta casa. De lo contrario, me encargaré personalmente de que se unan a ellos.

Ninguna de las dos se atrevió a replicar. Con un gesto torpe, colocaron las almohadas en su sitio y salieron a toda prisa, con la

cabeza gacha.

Aunque sabía que aquellas palabras carecían por completo de fundamento, Mabel no podía evitar que una sombra de duda le rondara la mente. Una semilla plantada con malicia, pensó, y decidió desterrarla sin más.

Al llegar al rellano entre el segundo y el primer piso, Mabel descendió una docena más de peldaños y se detuvo al ver al señor Spencer enderezarse con premura, alisar los escasos cabellos de su coronilla y abrir de par en par la puerta principal. En el umbral apareció una mujer llamativa, con una sonrisa decidida en los labios.

—Nial —exclamó con entusiasmo—, cuánto me alegra volver a verte.

Se desprendió de su abrigo ligero y del sombrero adornado con plumas, dejando al descubierto una brillante melena rojo fuego. Sin esperar ayuda, arrojó ambas prendas a los brazos del mayordomo y, con el susurro de sus enaguas bajo el vestido de seda verde, cruzó el vestíbulo con paso resuelto hacia el apuesto hombre que la observaba desde el centro de la estancia.

—¿No te alegras de verme? —preguntó, adornando su voz con un coqueto puchero.

Desde la escalera, Mabel vio cómo la recién llegada alzaba la mejilla, esperando un beso, pero Nial esquivó el gesto y le tomó las manos con firmeza.

—Sorprendido sería más exacto, Patricia —replicó, manteniéndola a cierta distancia—. No sabía que Robert te traería consigo.

Ajena al rechazo, Patricia soltó sus manos, se puso de puntillas y presionó los labios sobre los de él con descaro.

—Nial, querido, te comportas como si fuéramos extraños —dijo en tono juguetón—. Solo han pasado unos meses desde nuestra última reunión. Cuando Robert me mencionó su visita, decidí acompañarlo en el último momento. Aunque, en realidad, he venido

a ver a Fanny. Sin embargo, cuñado, no puedo evitar sentirme... inoportuna.

—Siempre eres bienvenida, Patricia —repuso él con amabilidad fingida—. No obstante, un poco de aviso habría permitido a la señora MacBean prepararte una habitación.

—Tonterías, esa mujer siempre tiene cara de funeral —comentó, frunciendo apenas el ceño antes de esbozar una sonrisa burlona—. Basta con que envíen mi equipaje a mi habitación habitual, la que está frente a la sala de juegos de Fanny.

Y con ademán familiar, levantó la mano para arreglarle el cuello a Nial.

—La Sra. MacBean se ocupará de prepararlo más tarde.

Mabel se dio cuenta de que la pelirroja se refería a su propia habitación y se preguntó si eso supondría un problema. Al contemplar a la belleza, de repente se sintió extremadamente vulgar. Es cierto que la intención original de su disfraz era parecer algo desaliñada, pero una vez despojada de él, dudaba de que pudiera igualar la gracia física de Patricia.

Observó los coquetos avances de la pelirroja, dirigidos abiertamente a Nial. Mabel sintió una punzada de ira, tal vez incluso de celos. ¡Claro que no! se dijo a sí misma en una altiva negación. Pero, oh, volver a llevar vestidos finos, pensó, atribuyendo la persistente emoción a la mera envidia.

Nial apartó la mano de Patricia de su pecho, donde había vagado perezosamente y se había quedado. Ya empezaba a molestarle sus artimañas femeninas. Le recordaba demasiado a Celeste, no solo en su aspecto, sino también en sus acciones. Cuando era joven, le excitaban fácilmente esas muestras de seducción, y su sangre se agitaba, pero ahora le repugnaban

—Me temo que la habitación ya está ocupada. Tendrás que elegir otra...

—¿Ocupada? —contestó Patricia, un poco más que sorprendida —. ¿Por quién?

—Por la nueva institutriz de Fanny.

La mente de Patricia se aceleró. No había contado con esto.

—Nunca mencionaste que ibas a contratar a una institutriz —acusó—. ¿Por qué iba a necesitarla la niña? Pensé que su familia sería más comprensiva que una extraña. De hecho, Nial, por eso he venido. Quiero ayudar...

—Señorita Chambers —la interpeló Nial por encima del hombro, justo cuando Mabel se daba la vuelta para subir las escaleras. Ya había oído suficiente y no deseaba verse envuelta en una discusión familiar sobre lo que era o no conveniente para Fanny —. ¿Tendría la amabilidad de unirse a nosotros? —añadió.

Como él le daba la espalda, Mabel se preguntó cómo podía haber sabido que estaba allí. Descendió los pocos escalones que le faltaban, sintiendo la mirada inquisitiva de Patricia sobre ella. Esta, aparentemente satisfecha de que no representaba amenaza alguna, le dedicó una sonrisa condescendiente.

Justo cuando llegó al lado de Nial, varios lacayos irrumpieron por la puerta, seguidos del señor Spencer y dos criados más. Todos cargaban baúles, bolsas y cajas de diversas formas y tamaños. La conmoción resultante desvió la atención de todos.

—Fueron sus zapatos —musitó Nial a Mabel, sin apartar la vista del ajetreo que provocaba el equipaje de Patricia.

—¿De qué está hablando? —replicó Mabel.

—Por eso sabía que estaba en las escaleras. —Sus labios se crisparon y finalmente esbozó una sonrisa—. Tiene razón, chirrían. En el futuro, si planea escabullirse, le sugiero que los engrase.

Mabel le lanzó una mirada de piedra. Si hubiera tenido a mano un buen palo, preferiblemente el árbol entero, se lo habría estampado sin remordimientos. Nada se le escapaba a ese hombre.

De pronto, una caja de sombreros resbaló de la imponente pila que el señor Spencer llevaba en brazos, y Patricia soltó un grito de consternación.

—¡Mira lo que has hecho! —chilló, agachándose apresurada para recuperar los sombreros esparcidos a los pies del mayordomo.

El señor Spencer —a quien Mabel había identificado como mayordomo, criado y cochero de Nial, todo en uno— lanzó una mirada suplicante a su patrón. Luego dirigió al suelo una expresión de amargo desdén mientras se balanceaba de un pie al otro, intentando mantener el equilibrio de las cajas restantes que se agitaban peligrosamente en sus brazos, mientras las manos de Patricia le rondaban los talones.

—Si esta fue una decisión de último momento —comentó Mabel en voz alta, sin darse cuenta de que pensaba en voz alta—, me intriga saber qué habría empacado si su visita hubiese sido planeada con antelación.

—Yo también me lo he estado preguntando —repuso Nial con tono apagado, y se dirigió hacia el señor Spencer.

Cuando Nial le quitó las tres cajas superiores, el señor Spencer soltó un largo suspiro.

—Creí que no llegaba.

—Nial, realmente deberías contratar a alguien más competente —se quejó Patricia mientras se incorporaba con varios sombreros en la mano. Lo que alguna vez fueron piezas hermosas ahora parecían palomas desplumadas, con las plumas destrozadas y los ejes pelados.

—Te compraré media docena de nuevos como reemplazo —declaró Nial—, pero te ruego que recuerdes que has venido a Northcott por voluntad propia, sin invitación. Por tanto, te abstendrás de expresar tu descontento con mi personal.

Mabel estaba tan desconcertada por sus palabras secas como parecía estarlo Patricia.

—Lo siento, Nial —apaciguó rápidamente la pelirroja—. He olvidado lo mucho que el Sr. Spencer significa para ti. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando para ti?

—Una docena de años, señora —respondió el señor Spencer con cierta sequedad—. Y fueron años muy buenos.

—Basta, señor Spencer —intervino Nial, devolviéndole las cajas —. Ponga esto en la esquina y busque a la señora MacBean. Dígale que prepare una habitación para nuestro invitado inesperado.

Tomó los sombreros maltrechos de manos de Patricia, los metió en la caja superior y la cerró con firmeza.

Con un resoplido nada disimulado, el señor Spencer obedeció. Patricia lo siguió al instante, decidida a supervisar la colocación de su equipaje antes de que ocurriera otro desastre.

—¿Dónde diablos está Robert? —soltó Nial, visiblemente molesto por la escena.

—Aquí mismo, primo.

Mabel vio al hombre bien vestido entrar por la puerta, con una caja envuelta en papel de aluminio y atada con una cinta azul bajo el brazo. Era alto y apuesto, con el cabello un poco más claro que el de Nial, aunque, a su parecer, no se acercaba a su atractivo.

—¿Siempre recibes a tus invitados en medio de semejante caos? —preguntó Robert Donovan Hamilton al llegar junto a Nial—. ¿O solo sucede cuando se trata de Patricia?

Nial arqueó una ceja.

—Supongo que no lograste convencerla de quedarse en Edimburgo.

—No aceptó un no por respuesta.

—La próxima vez, evita anunciar tu visita. Nos ahorrarás molestias a todos.

—Ah, Robert —intervino Patricia, aliviada, acercándose a los dos hombres—. Veo que has traído el regalo de Fanny. Temí que se

hubiese perdido en la confusión.

Tomó la caja envuelta en papel metálico brillante y alisó el lazo azul.

—En fin, ¿dónde está mi querida sobrina?

Nial se volvió hacia Mabel.

—Señorita Chambers, por favor, busque a Fanny y acompáñela a la sala de estar.

Acto seguido, indicó con un gesto a Robert y Patricia que se dirigieran hacia allí.

—¿No estarás siendo descortés, primo? —comentó Robert, inclinando la cabeza ligeramente hacia Mabel, que aún no se había movido. Al notar la expresión ceñuda y perpleja de Nial, añadió—: Las presentaciones.

—Tienes razón. Señorita Patricia Southworth, señor Robert Hamilton, les presento a la señorita Harriet Chambers, institutriz de Fanny.

—Señorita Chambers —la saludó Robert con una ligera reverencia—. Nial ha elogiado su excelente reputación desde el primer momento en que supo de usted. Confío en que pueda ayudar a Fanny tanto como ha ayudado a otros niños a lo largo de los años.

Mabel se sintió ligeramente incómoda. Aquellos elogios pertenecían a otra persona, pero era ella quien los recibía. Las expectativas se acumulaban, y el peso de sus mentiras comenzaba a hacerse sentir de nuevo.

—Haré cuanto esté en mi mano —repuso, sin saber si eso bastaría.

—Señorita Chambers —la apremió Patricia, sin prestar apenas atención a las cortesías—, estoy deseando ver a mi sobrina. Tengo un regalo para ella, así que le ruego que la traiga enseguida.

Mabel se irritó de inmediato por el tono condescendiente de la mujer.

—Si yo fuera un sabueso y Fanny un hueso, entonces, efectivamente, iría a buscarla, señorita Southworth. Sin embargo, ninguna de las dos cumple esos requisitos. Le haré saber que ha llegado.

Dicho esto, se volvió con decisión y subió las escaleras, deseando, no por primera vez, haber aprendido a controlar su temperamento.

—Cierra la boca, Patricia —ordenó Nial, y su cuñada cerró la mandíbula de golpe.

—Comprobarás que la señorita Chambers es una mujer obstinada, con una notable inclinación a decir lo que piensa. Tiene la capacidad de poner a prueba la paciencia de un santo. Incluso yo tengo dificultades para comunicarme con ella.

—Tú no eres ningún santo, Nial —replicó Patricia con una sonrisa cargada de sorna.

—Ni remotamente —concedió él—. Pero tampoco soy la criatura del diablo que la institutriz de Fanny imagina.

—Entonces, ¿por qué la empleas? —inquirió Patricia, aprovechando la ocasión—. Estoy convencida de que, si me lo permitieras, lograría que Fanny hablara en un abrir y cerrar de ojos. ¿Cómo puede un extraño saber lo que ha sufrido esa niña? Yo…

Nial alzó la mano, interrumpiéndola sin ceremonias.

—Ese camino ya lo hemos recorrido —repuso con sequedad, sin molestarse en mencionar que la señora MacBean compartía sus mismas dudas—. Fanny necesita una profesora con experiencia, alguien que haya trabajado con niños como ella. Que yo sepa, la señorita Chambers es única en su clase.

Patricia estuvo a punto de contradecirlo, pero se contuvo. Sabía muy bien que discutir con un hombre nunca daba buenos resultados. Le bastaría con unos días para hacerle cambiar de opinión. Al fin y al cabo, había recorrido todo ese camino para demostrarle lo cariñosa y maternal que podía ser. Poco importaba no

haber visto a Fanny en casi un año. Una vez que se ganara a la niña, el padre vendría después. Estaba segura.

Qué necia había sido Celeste, pensó Patricia mientras observaba el atractivo perfil de Nial. Su hermana jamás comprendió del todo el buen partido que tenía entre manos. Pero Patricia conocía bien las virtudes de aquel hombre: su fortuna, su... No. Él le había advertido que no volviera a mencionar ese asunto, ni siquiera a pensarlo. Muy bien, no lo haría.

Aunque eso no cambiaba nada. Él era quien era, y no podía negarlo. Ya tenía la vista puesta. Solo necesitaba unas semanas. Con paciencia y sutileza, atraparía a su presa.



Arriba, Mabel entró en la sala de juegos, y la mirada expectante de Fanny se volvió hacia ella desde el otro lado de la habitación. Al darse cuenta de que la niña estaba preguntándose por su muñeca extraviada, Mabel sonrió y comentó:

—Me temo que aún no he encontrado a Mathilda. De hecho, he debido interrumpir la búsqueda porque acabamos de recibir visitas. Ha llegado tu primo Robert y ha traído consigo a tu tía Patricia.

Mabel advirtió que la chispa de emoción que había iluminado los ojos de Fanny al oír el nombre de Robert se desvaneció de inmediato al mencionar a Patricia. Entonces recordó la frialdad con la que Nial había recibido a la mujer y se preguntó si ambos Donovan compartían la misma opinión sobre ella.

—Tu padre nos ha pedido que bajemos a reunirnos con ellos en la sala de estar. Así que vamos a lavarnos la cara y las manos, y a peinarnos un poco. Queremos causar buena impresión.

Fanny se acercó despacio, con la mirada baja. Luego levantó los ojos hacia su institutriz, con expresión inquisitiva, como si

preguntara si realmente debía hacerlo. Para sorpresa de Mabel, le tendió la manita.

—Como tu padre lo ha pedido, creo que debemos cumplir su deseo —comentó Mabel, aunque enseguida advirtió que la niña estaba más inquieta de lo habitual—. ¿Te sientes nerviosa por ver a tu tía?

Fanny asintió en silencio.

—No tienes por qué estarlo. Tu padre estará contigo. Y yo también.

Fanny pareció reflexionar sobre las palabras de Mabel. Durante los dos últimos días, desde que se había hecho cargo por completo de la niña, no había logrado romper del todo la barrera que Fanny había levantado a su alrededor, pero sí había conseguido desgastar sus bordes, poco a poco, debilitando la argamasa que la mantenía firme. Entre ambas comenzaba a formarse un tímido vínculo de confianza. Sin embargo, Mabel era muy consciente de que el más leve contratiempo bastaría para que el muro volviera a cerrarse por completo.

—Te prometo que no tienes nada que temer —aseguró, sabiendo que Fanny entendía que, fuera cual fuese su promesa, ella siempre la cumplía—. De hecho, creo que tu tía trae una sorpresa maravillosa para ti.

Los ojos de la niña se iluminaron con un destello de anticipación. Finalmente, asintió con la cabeza y tomó la mano de Mabel. Pero mientras ambas salían de la sala de juegos para asearse rápidamente, Mabel se reprochó haber hablado con tanta ligereza. Su intuición le decía que las prioridades de Patricia Southworth se centraban en el padre, no en la hija. Y si aquella mujer pretenciosa pasaba por alto el frágil estado emocional de Fanny y la hería de algún modo, todo el progreso logrado hasta entonces se vendría abajo. La confianza naciente de la niña se esfumaría.

En la pequeña sala junto al vestíbulo de entrada, Robert y Patricia tomaron asiento. Entonces Nial preguntó:

—¿Puedo ofrecerte una copa de jerez, Patricia?

—Gracias, sí —respondió ella, mientras observaba el ambiente en tonos suaves de crema, azul y violeta, y decidía que cambiaría la decoración en cuanto se casara con Nial—. También podrías pedir algo de comer. Llevamos viajando desde el amanecer.

—Así es —secundó Robert—. Y ponme un brandy, primo.

Una vez avisado el cocinero y servidas las bebidas, Nial tomó asiento frente a sus invitados. Alzó la copa, brindó con ambos y luego apuró un sorbo breve de brandy. Había estado intentando reducir su consumo, pero tenía la sensación de que, con Patricia y Harriet bajo el mismo techo, le resultaría doblemente difícil abstenerse.

Entonces, mientras observaba a su antigua cuñada, que parloteaba sobre los últimos cotilleos de Edimburgo, volvió a notar cuánto se parecía a Celeste: el cabello rojo, los ojos gris verdosos, la inclinación de la cabeza, la voz ronca. Varios años más joven que Celeste —quien habría cumplido veintiséis si aún viviera—, Patricia siempre había sido la más estable de las dos, lo cual no decía mucho, si acaso algo. Ambas hermanas se habían preocupado más por las frivolidades de la vida que por sus verdaderas realidades. Por supuesto, Patricia seguía atrapada en ello.

No lograba comprender qué hacía allí. Se podría pensar que ella habría captado la indirecta, al igual que los demás, cuando él prácticamente cortó todo contacto con la familia de su difunta esposa poco después de su muerte. De vez en cuando intercambiaban notas o tarjetas por correo con las cortesías sociales de rigor y preguntas por la salud, pero más allá de eso no existía comunicación alguna, y desde luego nunca cara a cara. Sin embargo, Patricia mantenía un contacto más frecuente de lo que a Nial le complacía, y normalmente con visitas inesperadas, como aquella. Estas solían coincidir con sus estancias en Edimburgo por asuntos de negocios. De hecho, hacía siglos que ella no había puesto un pie en Northcott, lo que a su juicio resultaba una bendición para todos los involucrados.

—Patricia, ¿puedo preguntar por qué…?

—¡Fanny, cariño! —exclamó ella, cortando a Nial—. Ven a darle un abrazo a la tía Patricia, tesoro.

¿Tía? pensó Mabel, conteniendo a duras penas el impulso de poner los ojos en blanco. El término correspondía a una mujer tres veces mayor que la señorita Southworth. Al mirar a Nial, advirtió el leve movimiento de sus labios, el sutil arqueo del ceño y el casi imperceptible asentimiento de cabeza. Parecía coincidir con su opinión. Rápidamente, dirigió la atención hacia Fanny.

Al percibir la vacilación en la niña, se inclinó y le susurró:

—Tu tía ha venido desde muy lejos para verte. Sería bueno que la saludases.

Fanny miró a Mabel con ojos inocentes y muy abiertos. Parecían suplicar que no la obligara a hacerlo.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Mabel, sin ver motivo para forzar a la niña—. Si quieres, podemos saludarla juntas.

De pronto, sintió una presencia junto a ella y se enderezó para encontrar a Nial a su lado.

—Ven, cariño, vamos a saludar a tu tía Patricia —murmuró él, sonriendo—. Debes perdonar a mi excuñada —susurró a Mabel—. A veces es un poco teatral.

—¿Ha considerado el escenario? —replicó ella, notando una afinidad inesperada, quizás porque él parecía tan disgustado con Patricia Southworth como ella.

—Ha considerado muchas cosas, pero nunca ha pasado de la idea inicial.

—Qué pena. Podría tener gran potencial. A Londres le encantaría.

—¿Es usted experta en teatro? —inquirió Nial, curioso, deseando descubrir el verdadero nombre de su Hermia—. ¿El teatro de Londres?

Sorprendida por la libertad con que hablaba, Mabel contestó rápido:

—No, no poseo conocimiento real sobre el teatro londinense. Simplemente supuse que, por su belleza y gracia, todo Londres estaría rendido a sus pies.

¡Otra mentira! Se preguntó en qué número iría esa, pero perdió la cuenta.

Entonces, oyó a Patricia carraspear.

—Nial, si usted y la institutriz de Fanny han terminado su conversación, me gustaría hablar con mi sobrina —intervino ella.

—Como guste, tía —respondió Nial, recibiendo una mirada perturbada de la pelirroja.

—Mereces que se burlen de ti, Patricia —intervino Robert—. Nos has presentado la imagen mental de una viuda de cabello blanco y rostro arrugado. Creo que "tía" habría bastado.

—Oh, Robert, cállate —replicó ella.

—Debo estar de acuerdo con Robert —añadió Nial, defendiendo a su primo—. Fanny no te ve desde hace casi un año. No te recuerda bien.

Le lanzó una mirada de advertencia mientras soltaba la mano de Fanny: muévete despacio, parecía decir.

Pero Patricia ignoró el aviso y abrazó con fuerza a la niña; sus besos apasionados cubrieron el rostro de Fanny. Asustada, la niña se zafó y se refugió en los pliegues del vestido gris desaliñado de Mabel.

Automáticamente, Mabel la estrechó entre sus brazos. Su intensa mirada se clavó en Patricia, y ella le lanzó una condenatoria a la mujer.

Patricia, sin embargo, hizo caso omiso del mensaje y se volvió hacia Robert. Nunca se atrevió a mirar a Nial.

—Pásame la caja, por favor, Robert. —Él lo hizo, y Patricia sostuvo el regalo envuelto en papel de aluminio en su regazo—. Fanny, en mi afán por demostrarte mi afecto, conseguí asustarte. Lo siento muchísimo. ¿Me perdonas? —preguntó, esbozando una sonrisa en su rostro sin maquillar.

Con la curiosidad de una niña, Fanny miró con ojos muy abiertos la caja bellamente decorada y asintió lentamente.

—Maravilloso. —Patricia dio una palmadita en el cojín de seda a rayas violetas y crema del sofá—. Siéntate aquí y veamos qué hay dentro de esta caja, ¿de acuerdo?

Fanny miró a su padre y, al ver su asentimiento tranquilizador, se apartó del lado de Mabel. Se sentó en el borde de su asiento, luego se cubrió las rodillas pequeñas con su falda rosa, cruzó las manos y esperó.

—¿No quieres abrirlo? —preguntó Patricia.

Fanny miró a su tía un momento, luego aceptó el regalo y comenzó a desenvolver el papel con cuidado. Patricia, ansiosa por que todos vieran el magnífico regalo, se impacientó y rompió el envoltorio ella misma. Después de que la cinta y el papel cayeran al suelo, la tapa se abrió. Dentro había una muñeca, con el pelo rojo y un exquisito rostro de porcelana.

Mabel pensó que era la muñeca más hermosa que había visto en su vida, pero Fanny apartó de repente el regalo. Sorprendida por su acción, Mabel miró a Nial. Su mandíbula se cerró, un nervio se crispó en su borde. Una mirada asesina se encendió en sus ojos. Y estaba dirigida a Patricia.

La Sra. MacBean entró en la habitación con una bandeja muy cargada de frutas variadas, quesos y un plato de cruasanes recién horneados y pasteles.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó Mabel.

Con un desaire efectivo, Marcia apartó la mirada de Mabel.

—Me alegro de volver a verles, señorita Patricia, señor Robert —saludó, fijándose luego en la muñeca—. Oh, qué bonita. Se parece exactamente a la señorita Celeste, hasta en el pequeño lunar junto a la boca y el hoyuelo en la barbilla.

—Me temo que a Fanny no le gusta —refunfuñó Patricia.

—¿Que no le gusta? Fanny —intervino Marcia—, ¿cómo puede no gustarte? Es un hermoso recuerdo de tu madre.

La atención de Fanny se perdió en sus manos apretadas con fuerza. Confundida, Mabel no comprendía por qué rechazaba el regalo ni por qué Nial mostraba tal ira contenida. Sin embargo, él permaneció en silencio, impasible.

—Tenía tantas esperanzas de que le agradara —se quejó Patricia, frunciendo el ceño—. Lo mandé hacer especialmente en Francia.

—Ya que tu tía se tomó tantas molestias —replicó Marcia—, ¿por qué no le haces un lugar especial en tu habitación?

—Señorita Chambers —ordenó Nial, con la mirada dura fija en su cuñada—, lleve a Fanny arriba.

—Pero, Nial —objetó Patricia—, yo...

—No digas ni una palabra. Señorita Chambers, por favor...

—¿Debo llevarme también la muñeca? —preguntó Mabel, cautelosa.

—Sí —siseó Nial. Cuando ella y Fanny llegaron a la entrada, él ordenó por encima del hombro—: Cierren las puertas.

Ella cerró los paneles y rápidamente condujo a Fanny a través del vestíbulo y subió las escaleras. Solo podía imaginar lo que podría estar sucediendo en la sala de estar, pero por la mirada de los duros ojos verdes de Nial, sabía que no era una escena agradable. Nada agradable.

Una vez dentro de la habitación de Fanny, Mabel preguntó:

—¿Quieres que ponga la muñeca en la cuna con las demás?

Fanny negó con vehemencia.

—¿No? Entonces, ¿dónde la ponemos? Fanny cogió la caja y señaló.

—¿Quieres que la guarde? —preguntó, y vio que asintía con la cabeza. Hasta hoy, Mabel no había sabido qué aspecto tenía Celeste. Todos sus retratos habían sido retirados. De hecho, no había retratos en las paredes. Era como si el pasado hubiera sido despojado de la casa, incluidos todos los recuerdos ancestrales. De nuevo se preguntó qué secretos guardaba Northcott. También los de Fanny.

—Tu madre era muy hermosa —dijo, colocando cuidadosamente la muñeca en la caja—. Guardaremos esto, y tal vez algún día quieras exhibirlo.

Con un brusco empujón, Fanny casi arrebató la caja de las manos de Mabel. Con los ojos llenos de lágrimas, corrió hacia su cama y se lanzó al colchón, tumbándose de espaldas, de cara a la habitación.

Finalmente, apartando la mirada preocupada de la niña, Mabel guardó la muñeca en un cajón y se acercó a la cama. Sin poder discernir si Fanny realmente dormía o solo fingía, le subió la manta hasta los hombros y se acomodó en una silla en la esquina. Culpándose en parte por el estado de la niña, permaneció en silencio.

Sus pensamientos eran un torbellino inquietante, incapaz de comprender la tormentosa reacción de Fanny ante el regalo. De repente, recordó la casa de muñecas. Al repasar el extraño juego de la niña con las figuras, especialmente con la que representaba a su madre, comprendió que Fanny no había fingido en absoluto. No era de extrañar que rechazara la muñeca.

Le resultaba extraño que una niña pudiera albergar tanta ira, especialmente hacia su propia madre. Qué tristeza, pensó, con el corazón encogido, que los recuerdos de la niña sobre su madre estuvieran tan teñidos de oscuridad. Parecía que Fanny estaba

profundamente marcada por el rechazo de Celeste, si acaso eso era cierto, y Mabel no podía imaginarse sentir tan poca estima.

Por fortuna, a diferencia de Fanny, a ella se le había ahorrado la angustia de ser abiertamente rechazada por su padre. Mientras intentaba encontrar en su memoria algún indicio de haberlo conocido, un ardor súbito le nubló la vista, y con rapidez desterró todo pensamiento sobre aquel hombre sin rostro que la había engendrado.

De nuevo, volvió a pensar en Celeste y dudó que el egoísmo de la mujer fuera la única causa del silencio de Fanny. Tenía que haber algo más, aunque no lograba imaginar qué. Luego recordó los rumores entre las criadas. ¡Imposible! Nial Donovan no podía haber asesinado a su esposa.

Mabel se negaba a aceptar que pudiera haber cometido tal atrocidad. Sin embargo, él mismo había admitido tener un temperamento volátil. Una vez enfadado, especialmente si lo habían engañado, como insinuó una criada, ¡podría haber sido capaz de cualquier cosa!

Mientras Mabel vigilaba a la niña, que ya estaba dormida, luchaba contra sus crecientes dudas. Y, finalmente, ella también se quedó dormida, sin descubrir la verdad.

Capítulo 9

-Nial —murmuró Patricia cinco días después, cuando se reunieron en el comedor informal para la comida de la tarde—, de verdad debes permitirme llevar a Fanny a Selkirk. Como la muñeca no le convenía, tal vez encuentre algo en alguna tienda local que le guste más.

—Eso depende de Fanny —replicó mientras se llevaba a los labios la copa de vino recién rellenada. Al darse cuenta de que era la tercera en menos de un cuarto de hora, frunció el ceño y la dejó a un lado. Había estado bebiendo demasiado, tal como había predicho. Pero últimamente necesitaba algún agente tranquilizante; sus nervios estaban al límite y su temperamento, a punto de estallar. Como resultado, su provisión de licor estaba disminuyendo con rapidez—. Y, por supuesto —añadió—, debes consultarlo con la señorita Chambers.

Con el deseo de proteger a la niña, ya que Fanny se había vuelto a encerrar en sí misma, Mabel se disponía a responder que no tendría ningún inconveniente, siempre que le permitieran acompañarlos, pero Patricia cambió de tema sin previo aviso. Molesta, desvió la mirada de la mujer que no cesaba de hablar y la dirigió hacia el hombre reservado que estaba sentado junto a la pelirroja, justo enfrente de ella.

Robert, concluyó, había estado excepcionalmente callado desde su llegada. Aunque todos parecían encadenados al silencio, quizás como reacción al incesante parloteo de Patricia, Robert era probablemente el más taciturno de todos. Mabel notó que sus ojos estaban fijos en Nial, quien, a su vez, contemplaba a Patricia con una expresión algo aturdida.

Ahí estaba de nuevo pensó Mabel, al notar ese algo en los ojos de Robert. Había captado esa mirada en varias ocasiones, sobre todo cuando estaban reunidos en las comidas, pero no lograba captar su significado. La emoción había brillado tan brevemente que se preguntaba si realmente la había visto. Fuera lo que fuera, siempre estaba dirigida a Nial.

Quizá estaba intentando enviarle una señal silenciosa a su primo, con la esperanza de que Nial pusiera fin de alguna manera al continuo parloteo de Patricia. Con suerte, Nial descifraría el mensaje, si es que eso era lo que realmente significaba, y concedería a todos los que estuvieran al alcance del oído la bendición del silencio.

—¿Dónde está Fanny? —preguntó Patricia, dándose cuenta de repente de que su sobrina no estaba en la mesa—. No está enferma, ¿verdad?

Mabel notó la falsa máscara de preocupación maternal que se había deslizado por el rostro de la mujer, y de nuevo decidió que Patricia debería haber sido actriz.

La pelirroja dejó su servilleta a un lado y colocó su mano sobre la de Nial, que descansaba sobre el mantel.

—Quizás debería ir a verla.

Después de haber soportado demasiados episodios de la teatralidad de Patricia, porque sabía que no era la niña la que interesaba a la pelirroja, sino el padre, Mabel arrojó su propia servilleta sobre la mesa. Con la comida prácticamente intacta, se levantó de su asiento.

—Fanny está descansando, por el momento —anunció casi groseramente—. Ya ha comido y se ha ido a su habitación a descansar. Por desgracia, no todos tenemos tanta suerte.

Enfadada, Mabel se dirigió hacia la puerta. Justo cuando atravesaba los paneles, oyó la carcajada de Nial y la voz indignada de Patricia:

—No le veo la gracia al comentario de esa mujer impertinente.

—Tú no, Patricia —respondió Nial, y su risa se convirtió en una carcajada—. Pero yo, por mi parte, estoy completamente de acuerdo con ella. Por desgracia, fui demasiado cobarde para decirlo yo mismo. Ahora, si nos disculpas, Robert y yo tenemos que terminar unos asuntos.

Con la boca abierta, Patricia miró fijamente a los dos hombres mientras desaparecían por las puertas. Luego, olvidando que el señor Spencer seguía de pie en la esquina, cambiando el peso de un pie a otro y luchando por mantenerse despierto, golpeó la mesa con el puño. Sus ojos verde grisáceos brillaban de ira. El repentino estallido hizo que el mayordomo se pusiera en guardia.

—¡Es la última vez que dejo que esa mojigata me haga eso! —estalló Patricia, decidida a echar a la regordeta institutriz de Northcott al anochecer—. ¡Le daré su merecido, lo prometo!

Ya en movimiento, con la mirada entrecerrada y clavada en la espalda de la pelirroja, el señor Spencer tropezó.

—¡Ups! —fue la única advertencia que recibió Patricia antes de que el gran cuenco se deslizara de la ornamentada bandeja de plata.

—¡Ay!

Al oír el grito, Nial irrumpió en el comedor, con Robert pisándole los talones, justo a tiempo para ver cómo un pegote de natilla se deslizaba por el rostro de la pelirroja y se estrellaba contra el corpiño de su vestido.

De inmediato, ella se incorporó de un salto y se volvió furiosa contra su mayordomo.

—¡Estúpido! ¡Mírame! ¡Mi pelo! ¡Mi vestido! ¡Te cortaré la cabeza por esto!

Al llegar a su lado, Nial tuvo que morderse con fuerza el interior del labio para contener la risa.

—¿Qué ha pasado?

—¡Este idiota, al que tú llamas mayordomo, me ha tirado las natillas encima! —Patricia chilló de nuevo—. ¡Me ha estropeado el vestido!

Mientras seguía luchando por mantener el control de la situación, dado que Patricia parecía haber salido directamente de un cubo de basura, Nial miró con curiosidad al hombre que tenía al lado.

—¿Señor Spencer?

—Ha sido un accidente —alegó el señor Spencer con fingida inocencia—. Escuché que deseaba el postre… y me limité a cumplir sus deseos.

Nial había captado el matiz en aquella última palabra.

—Entiendo —murmuró.

Su hombre asintió con rapidez, sin atreverse a añadir nada más.

—Pensé que lo entendería. —Luego, con una última mirada a Patricia, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, con la nariz apuntando al techo.

Patricia miró con furia al mayordomo. Si no fuera porque él había escuchado cada palabra que había pronunciado, le pediría a Nial que lo castigara. Pero no podía hacer nada sin confesar su intento de venganza.

Nial arqueó una ceja, desconcertado.

—¿Te importaría explicarme qué es lo que ha pasado, Patricia?

—No... quiero decir... no hay nada que explicar —balbuceó con torpeza—. El señor Spencer lo entendió mal... Quiero decir, ya lo he perdonado. Disculpa, debo cambiarme.

Mientras la observaba salir a toda prisa del comedor, Nial tuvo la desagradable sensación de estar perdiendo el control de todo lo que sucedía en su propia casa. Con el papeleo casi concluido, sus tratos con Robert se acercaban rápidamente al final. Tal vez por su

propia voluntad, ya que estaba ansioso por ver a Patricia lejos de allí. Una vez que se marcharan, se quedaría a solas con Harriet Chambers. ¡Y eso, por sí solo, bastaba para volverlo loco!

Dando media vuelta, con su primo ya retirado, Nial regresó a su oficina en el primer piso, un estudio reservado para reuniones más formales. Si la suerte le sonreía —y él planeaba que así fuera—, concluiría sus asuntos a primera hora de la tarde siguiente. Hasta entonces, esperaba con fervor contener su temperamento ardiente.

Mabel corrió por el sendero del jardín, con el corazón latiendo al compás de sus pasos. ¿Dónde podría estar? se preguntó mientras rodeaba frenéticamente el exterior de la casa de verano, consciente de que era uno de los lugares favoritos de Fanny.

Al subir las escaleras, echó un vistazo para ver si la niña estaba allí, pero ya se había marchado. Un rápido registro de toda la planta no dio resultado, ni siquiera su atrevida entrada en el cuarto de Nial. Volvió a revisar la habitación de Fanny: el cajón donde había guardado la muñeca estaba abierto, y la caja vacía, tirada en el suelo. En ese instante, temió lo peor.

Ahora, de pie en los jardines y sin saber dónde buscar a continuación, se frotó los dedos contra la frente, intentando despejar sus pensamientos. ¡Piensa! se ordenó, pero sus dedos se enredaron en la odiada redecilla y, presa de la ira, como había hecho antes con el gorro, se la sacudió de la cabeza y la apretó en el puño. La brisa ligera atrapó algunos mechones sueltos y los acarició; pareció que, al liberarse la cabeza, también se despejaban sus pensamientos.

—¡El ala este! —exclamó, recogiendo la falda mientras se apresuraba hacia la casa.

—¿Tienes las cifras de los beneficios netos de los cargamentos del mes pasado procedentes de las Indias? —preguntó Nial después de volver a sentarse en su escritorio, dejando a un lado el episodio del comedor.

Robert se apartó de la ventana donde había visto a la repentinamente ágil señorita Chambers huir de los jardines.

—Aquí mismo, primo.

Nial dejó de hojear los papeles de su escritorio.

—¿Y bien?

—Tus cinco barcos han reportado un beneficio de más de 50 000 libras. —Le entregó el archivo a Nial y, en silencio, repasó la escena que acababa de presenciar. Sellando sus labios para no compartirla con Nial, Robert guardó la información para consultarla en el futuro.



Mabel se abrió camino por el exterior del desolado ala este, en busca de una entrada. A mitad de camino por la parte abandonada de Northcott, encontró unos estrechos escalones de piedra y los descendió. Una pequeña puerta estaba ligeramente entreabierta, lo suficientemente ancha como para que un niño se colara. Dando un buen empujón al panel desgastado, se introdujo poco a poco en el sótano de olor a humedad.

Sus ojos finalmente se adaptaron al lúgubre interior y, ayudada por los periódicos rayos de sol que brillaban débilmente a través de las pequeñas ventanas, siguió rápidamente el camino tenuemente iluminado, luchando contra las telarañas tejidas de pared a pared. Al final del húmedo pasillo, una nueva madera le bloqueó el paso, y decidió que, si las pesadas tablas estaban abajo, el camino la llevaría por debajo de la casa principal. Tal como estaba, no podía ir más lejos.

Entonces, cuando empezó a desandar sus pasos, con la intención de encontrar las escaleras que conducían a la parte destruida de la casa y, con suerte, a Fanny, notó un área empotrada. Levantó el pie y se posó en un escalón de piedra. Frunciendo el ceño, se preguntó si debía subir por el pasillo. A excepción de una sombra de luz turbia en la parte superior, estaba tan oscuro como una tumba.

—Fanny —llamó a la escalera y esperó, rezando para que la niña apareciera. Lo intentó de nuevo, pero la casa permaneció en silencio, sin movimiento en su interior.

De repente se le ocurrió que, si Fanny había dado un paso en falso en las ruinas, la niña podría estar tendida, indefensa, incapaz de responder a sus llamadas. La imagen mental de una viga caída, atrapando el pequeño cuerpo de Fanny, puso en acción a Mabel, y aunque se dio cuenta de que las escaleras podrían haberse derrumbado por el calor abrasador del fuego, subió corriendo. Más telas envolvieron su rostro, y esta vez estaba segura de que la vida se escabullía a través de los finos hilos. Corriendo con seguridad hacia la planta principal, respiró aliviada y se quitó los hilos de seda de la cara y los hombros, y luego golpeó a un viajero no invitado en su pecho; la araña se metió en una grieta.

Al no encontrar a Fanny en la primera planta, Mabel esperaba que el ala este estuviera construida como la oeste y buscó el hueco. Unas pequeñas ventanas arqueadas iluminaban los escalones que ascendían desde el sótano, y Mabel decidió que la niña había tomado este camino y no el conjunto de escaleras más estrechas que ella había seguido. Si hubiera pensado en girar a la izquierda en lugar de a la derecha cuando entró, se habría ahorrado un susto.

Sorprendentemente, mientras seguía el pasillo del segundo piso, pasando con cautela por encima de las vigas caídas, Mabel notó que aún quedaba olor a humo. Su acre picadura le envió un escalofrío por la espalda, y las palabras de las criadas chismosas le vinieron a la mente. De nuevo se preguntó si Nial realmente había

planeado asesinar a su esposa, habiendo incendiado su habitación mientras Celeste dormía, y luego huyendo con Fanny.

¡No! Nial Donovan era muchas cosas, pero Mabel se negaba a creer que fuera un asesino.

Se levantó la falda y superó otro obstáculo, con la mirada fija en el camino. Entonces, los vio. Pequeñas huellas marcaban un rastro en el hollín y el polvo que cubrían el suelo, y rápidamente los siguió hasta el final del pasillo, hacia lo que imaginaba que una vez fue una magnífica suite de habitaciones.

Mientras observaba su entorno, notó que el interior era más negro aquí, los revestimientos de las paredes se fundían con lo que quedaba de las paredes interiores. Una cama con dosel yacía abollada y rota, a excepción de una aguja, cuya superficie estaba carbonizada. Se erguía como un monumento infernal, un testimonio del pasado.

Mabel se preguntó si esta había sido su cama. Luego imaginó brevemente el cuerpo largo y duro de Nial cubriendo la suavidad del de su esposa, su pasión apoderándose de él. Rápidamente, sacudió el pensamiento de su mente y rodeó la cama para detenerse en la puerta, que conducía a otra habitación.

Cerca de la esquina, junto a las grandes ventanas sin cortinas, estaba sentada Fanny, la réplica de porcelana de su madre, abrazada con fuerza en sus brazos. De espaldas a Mabel, se balanceaba de un lado a otro; un extraño sonido de cántico se escapaba de su garganta. Para Mabel, los movimientos de Fanny parecían rituales.

De repente, Fanny cambió de posición para revelar una vela encendida. Antes de que Mabel pudiera reaccionar, empujó la muñeca hacia la llama. Sin dudarlo, Mabel se alejó de ella, golpeando con la mano la muñeca contra la esquina, y su cara de porcelana se hizo añicos al chocar contra la pared.

La niña miró sobresaltada a la cara de Mabel, luego se puso de pie de un salto y echó a correr.

—¡Fanny! —gritó Mabel tras ella, pero la niña siguió corriendo.

Rápidamente apagó la vela y sofocó el vestido de la muñeca, antes de que Northcott se quemara de nuevo, Mabel entró en el pasillo en cuestión de segundos, pero Fanny se había ido. Saltando los restos carbonizados que se interponían en su camino, con la muñeca aún en la mano, corrió hacia la alcoba y bajó las escaleras hasta el sótano. Sus pies volaban por el pasillo hacia la pequeña puerta mientras esquivaba de nuevo multitud de telarañas. Una vez fuera, se dirigió hacia los jardines, pero Fanny no estaba a la vista.

Con los hombros caídos en señal de derrota, Mabel se dio la vuelta justo a tiempo para ver una pequeña figura desaparecer en un espeso bosquecillo, dirigiéndose hacia los campos del norte. Dejando la muñeca a un lado, se agarró a las faldas y corrió tras ella. Mientras luchaba contra la espesura, se dio cuenta de que Fanny conocía esos bosques mucho mejor que ella. Aunque a la niña nunca se le había permitido deambular sola por los terrenos, Nial la había llevado de excursión siempre que su tiempo se lo había permitido.

¿Hasta dónde habrá llegado? se preguntó mientras hacía una pausa en su caminata cuesta arriba para recuperar el aliento, y luego miró por encima del hombro para ver apenas las chimeneas de Northcott.

Renovada por su breve descanso, Mabel subió a la loma y encontró un claro. En el centro había una pequeña cabaña, y en la hierba alta que la rodeaba brotaban manchas de flores silvestres. En silencio, se dirigió a la puerta y, al entrar, oyó los tonos de un zumbido gutural. Por desgarradora que fuera su melodía, Mabel se sintió aliviada al oírla y siguió su estribillo de desesperación.

Acurrucada en un rincón abarrotado de muebles rotos, Fanny miraba fijamente, con los ojos sin vida, mientras su cuerpo se balanceaba al ritmo de su entonación. Mabel la observó un momento y luego susurró suavemente:

—Fanny. —La niña detuvo su canto, pero mantuvo su movimiento de vaivén—. Fanny —dijo, el nombre de la niña casi arrancado de su alma mientras se agachaba junto a ella—. No pasa nada, cariño. No has hecho nada malo.

El balanceo se detuvo.

—Fanny —repitió Mabel con voz suave, pero la niña no la miró —. Lo que pasó con la muñeca fue culpa mía. Si no te hubiera prometido, cuando llegó tu tía, que no tenías nada que temer, tu confianza en mí no se habría roto. Si hubiera sabido que su regalo te molestaría, jamás le habría dejado dártelo. De hecho, ni siquiera la habría llevado a saludarte. Pero no lo sabía. Hice una promesa basada en una suposición. Y era verdad, porque nunca pensé que un adulto pudiera hacerle daño a un niño a propósito —añadió, sincera.

Si Nial le hubiera contado la verdad sobre Celeste, nada de esto habría sucedido. Estaba enfadada con él por su silencio, y también consigo misma por permitir que la situación continuara así. Solo contaba con sospechas, pero estaba segura de que gran parte del sufrimiento de Fanny provenía de haber sido privada del amor maternal.

—¿Podrás perdonarme alguna vez y volver a ser mi amiga?

La niña seguía sin responder y el corazón de Mabel parecía partirse en dos.

—Niña mía —susurró, levantando la mano para apartar de su frente el cabello revuelto de Fanny—, hay tanta tristeza en ti. Si estuviera en mi mano, tomaría todo tu dolor para mí, para que nunca más tuvieras que sufrirlo.

Fanny parpadeó; sus ojos buscaron los de Mabel durante un largo e interminable momento. Su propia mirada nunca vaciló mientras su corazón suplicaba a la niña que la creyera, que creyera que era su amiga. Entonces, mientras observaba, se formaron lágrimas en los enormes ojos verdes de Fanny; se desbordaron y se derramaron por las comisuras.

Mabel acercó a la niña sollozante a su pecho y la calmó con palabras suaves y tiernas. Su propio corazón le dolía de una pena abrumadora al empezar a absorber el dolor de la pequeña. Al cabo de un rato, Fanny se calmó, y Mabel encontró el pañuelo con ribetes de encaje, metido en su manga, y le secó los ojos.

Fanny tomó el pañuelo y le secó la cara a Mabel. Hasta entonces, Mabel no se había dado cuenta de que había compartido las lágrimas. Pero, cuando Fanny le quitó el pañuelo, frunció el ceño. Su pequeña mano se acercó a la cara de Mabel; su dedo se deslizó ligeramente por debajo del ojo de Mabel.

Una mancha grisácea manchó el pañuelo, que antes era blanco, y Mabel se dio cuenta de que se le había corrido el maquillaje. Al ver la mirada inquisitiva de la niña, dijo:

—Al igual que tú tienes secretos, yo también los tengo, Fanny. Algún día los compartiremos.

Fanny negó enérgicamente con la cabeza; el miedo se dibujó en su rostro.

—Los compartiremos cuando estemos preparadas —indicó Mabel en voz baja—, y no antes.

De nuevo, Fanny estudió los ojos de Mabel y luego asintió lentamente. En ese momento, tanto la mujer como la niña sintieron un vínculo instantáneo, y Mabel pensó que, si no hubiera sido por la muñeca, tal vez nunca hubiera podido ganarse la confianza de Fanny. Aunque tenue, al menos ahora existía. Quizás debería agradecerle a Patricia.

¡Nunca! juró en silencio, enfadada, sabiendo que si no hubiera encontrado a Fanny a tiempo, la niña podría haberse prendido fuego, sin que sus gritos silenciosos fueran escuchados. Y todo por culpa de la interferencia de la pelirroja, en particular la presentación de la muñeca. ¡Patricia era una tonta! ¡Una tonta cabeza hueca!

Al sentir el toque de la mano de Fanny en su brazo, rápidamente enmascaró su ira.

—Debemos regresar a Northcott antes de que nos echen de menos. —Fanny pareció dudar, luego Mabel notó que su concentración se desvanecía en el polvoriento suelo, y comprendió por qué—. Lo que sucedió en las ruinas será nuestro secreto. Tu padre y tu tía Patricia nunca sabrán lo de la muñeca. ¿De acuerdo?

Fanny miró a Mabel, con los ojos cargados de culpa.

—¿Tienes miedo de mentir si no admites lo que pasó? —Al ver que Fanny asintía, sonrió con dulzura—. Si alguien te hace una pregunta directa y respondes que no, sacudiendo la cabeza, cuando deberías haber dicho que sí con un asentimiento, eso es mentir —explicó, ya que últimamente se había convertido en una experta en el tema—. Pero si nadie pregunta, no has mentido, porque no hay respuesta hasta que lo hagan.

Fanny frunció el ceño y negó con la cabeza en señal de desacuerdo.

—Ya veo. Tu padre te ha enseñado que, si has hecho algo que no deberías, debes confesarlo antes de que te descubran, ¿verdad?

Fanny asintió.

—En realidad, tu padre tiene razón. Una persona honesta siempre admite cuando se equivoca. Pero en este caso, si le contáramos lo de la muñeca, creo que se sentiría muy herido. Y se enfadaría mucho con tu tía Patricia. Ella fue quien te la dio, y a tu padre no le gustó que la tuvieras. —Notó la mirada curiosa de Fanny —. Digamos que él sabía que esa muñeca te haría daño, no te traería alegría. Y cuando tú estás triste, él también lo está. Si alguna vez pregunta por la muñeca, se lo diremos. Pero ahora creo que es mejor esperar a que se vaya tu tía Patricia.

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Fanny, la primera que Mabel había visto. Entonces la niña se puso de pie de un salto y se dio una palmada en el trasero.

Confundida, Mabel la miró un momento y luego se rió a carcajadas.

—No, Fanny. Si se lo contáramos hoy, tu padre no le daría una paliza a tu tía Patricia. Aunque se merece una buena reprimenda, es una mujer adulta, y tu padre es demasiado caballero para hacer algo así.

Entonces Mabel dudó de sus palabras, porque si Nial supiera lo que había pasado, probablemente la estrangularía.

—Simplemente no sería apropiado —concluyó.

Fanny pareció entristecerse, y Mabel la tranquilizó:

—Algún día tu tía recibirá lo que se merece, pero no creo que realmente supiera que su regalo te haría infeliz. Solo quería dejarte un recuerdo de tu m... —De repente, Fanny perdió el brillo en sus ojos—.

—Tengo hambre —interrumpió Mabel, cambiando rápido de tema—. Vamos deprisa a Northcott y saqueemos la cocina.

Fanny asintió y ambas se pusieron de pie.

—Tendrás que guiarme —comentó Mabel cuando llegaron a la puerta—. Te confieso que estoy perdida.

Fanny tomó la mano de Mabel y las dos cruzaron el claro. De repente, la niña empezó a saltar y a reír a carcajadas. Con la voz musical elevándose en el aire, Mabel se unió al juego. ¡Era la primera vez desde que había salido de Londres que se sentía realmente feliz!

A poca distancia de la cabaña, en el límite norte de Northcott, un hombre alto y musculoso estaba sentado a horcajadas sobre su caballo, sus ojos azules observando a la mujer y a la niña pequeña jugando. Una cálida brisa agitaba su espeso cabello castaño rojizo, su camisa de muselina blanca se pegaba a su ancho pecho; un ceño fruncido se grabó en su frente. Cuando la pareja desapareció en la

espesura, dio la vuelta a su caballo y se dirigió lentamente hacia la ladera, reflexionando sobre la grácil agilidad con la que se movía la mujer.

—Es demasiado joven —murmuró en voz alta Ian Sinclair, y luego se preguntó si los chismes locales eran ciertos—. Sea quien sea, Woden —le comentó a su semental—, ella *no es* Harriet Chambers.

La bestia resopló en respuesta, sacudiendo su pesada cabeza contra el bocado, y Ian Sinclair le acarició el cuello mientras ambos avanzaban a paso rápido hacia casa, rumbo a Falcon's Gate.



Después de conseguir un aperitivo para Fanny y de retocarse el maquillaje, Mabel se dirigió por el pasillo hacia el hueco. En algún momento, había perdido la redecilla, pero estaba demasiado enfadada como para preocuparse. De todos modos, odiaba esa cosa.

Cuando Mabel puso el pie en el rellano del primer piso, el Sr. Spencer tuvo la repentina desgracia de encontrarse con ella cuando subía de las bodegas de vino.

—Le ruego me disculpe, señorita —dijo, después de detenerse en seco para evitar una colisión.

—¿Dónde está el Sr. Donovan? —preguntó Mabel secamente.

Sorprendido, parpadeó dos veces.

—Pues, eh, está en su oficina con el Sr. Robert. Solo les estaba llevando un poco de brandy.

Mabel le arrebató la botella del brazo al Sr. Spencer.

—No se moleste. Yo misma se la llevaré. —Luego se dio la vuelta y se dirigió a la oficina de Nial.

Con el ceño fruncido y perplejo, el Sr. Spencer la miró fijamente, con los cuellos de las dos botellas de vino apretados con fuerza en sus manos. Luego se dirigió rápidamente a la cocina.

—Estaré limpiando la plata —anunció, y la cocinera se quedó con la boca abierta de sorpresa.

—Nunca lo has hecho antes —anunció la mujer regordeta y de pelo blanco—, así que, ¿por qué lo haces ahora?

—No te preocupes —replicó él, mientras cogía un vaso del aparador de roble—. Y no me molestes. —Luego se deslizó en la pequeña habitación, cerró la puerta y echó el cerrojo.

Se oyó un golpe en la madera.

—Lo harías mejor si llevaras una lámpara para poder ver.

—Cállate —espetó el Sr. Spencer, tanteando el camino a lo largo de los armarios. Cuando llegó a la esquina, se metió en ella y colocó el vaso, con el borde primero, contra la pared, con la oreja pegada a su base.

Dos golpes resonaron en la puerta del despacho y Mabel entró en la habitación sin que Nial la invitara.

Sorprendido, se reclinó en su silla y se colocó el extremo superior de su bolígrafo de punta de acero entre los dientes. La observó mientras alzaba la botella de brandy con una mano e inmediatamente decidió que, si hablaba demasiado pronto, lo más probable era que se la lanzara a la cabeza.

Había acertado. Mientras Mabel lo miraba con furia, el deseo de lanzarle la botella a la cabeza se hizo más fuerte, y ella luchó valientemente contra la tentación con todas sus fuerzas. Enfadada porque él había permitido que su frívola cuñada interrumpiera la serenidad de Northcott, estaba aún más furiosa porque él no había hecho nada para detenerla. ¡Por eso Fanny había sido la que había sufrido!

—Robert, la señorita Chambers y yo tenemos que hablar de negocios —dijo Nial, con la mirada aún clavada en la mujer—. Si nos

disculpas, por favor.

—Por supuesto. —Robert volvió a colocar el archivo, que había estado suspendido en el aire desde que ella entró, sobre el escritorio de Nial—. Un poco de aire fresco me sentará bien. Estaré en los jardines.

Nial esperó a que Robert se retirara y luego comentó:

—Supongo que está molesta por algo.

—¿Molesta? —respondió ella con sarcasmo, la botella subiendo y bajando en su mano una vez más—. ¿Y por qué, Sr. Donovan, le he dado esa impresión?

—Ese brandy en particular vale más que un mes de salario para la mayoría. Tenga cuidado de no dejarlo caer. —Entonces, sorprendido, vio cómo ella golpeaba casi con furia la botella contra el escritorio—. Supongo que si le ofreciera un vaso, lo rechazaría.

—Correcto, como siempre —replicó con descortesía. Cuando él apartó su bolígrafo y tomó el brandy para servirse, ella espetó—: ¡Bebe demasiado!

Nial la miró. Aunque parecía su señorita Chambers, soltando sus palabras de abstinencia, ciertamente no actuaba como la misma mujer. Algo andaba mal, porque el fuego en sus ojos trascendía cualquier ira, ¡no, furia! que él hubiera visto.

—De acuerdo —afirmó, colocando la botella a un lado—. Ahora, si se calma, estaré encantado de escuchar lo que sea que la haya hecho irrumpir en mi oficina y perturbar mi negocio. —Nial señaló la silla que estaba frente a su escritorio—. Siéntese, por favor.

—Me quedaré de pie.

—¡He dicho que se siente*!*

Mabel perdió de repente su bravuconería; su ira se calmó, pues sabía que Nial era el más volátil de los dos.

Cuando se sentó, él le preguntó:

—¿En qué puedo ayudarla?

—Quiero un lugar, un lugar privado, donde pueda estar a solas con Fanny.

—¿Es esta casa demasiado pequeña para sus necesidades?

—El tamaño de esta casa no tiene nada que ver con mis necesidades —replicó ella—. Necesito intimidad.

—Todas las puertas tienen cerradura, señorita Chambers. Yo pensaría...

—Las cerraduras no son suficientes, señor Donovan —la interrumpió ella—. Quiero un lugar lejos de la casa principal y de toda la interferencia que hay dentro.

—Si se refiere a Patricia, ella y Robert se irán mañana.

—Me alegra oírlo —respondió Mabel—, pero eso sigue sin ser suficiente.

—¿Quiere que la eche hoy mismo? —preguntó Nial con sorna, arqueando la ceja.

—¿Lo haría usted?

Nial se rió entre dientes.

—La verdad es que he tenido la tentación de hacerlo en más de una ocasión estos últimos días. Sin embargo, la decencia no permite tal trato a los parientes, por muy objetable que pueda ser su presencia.

—Entiendo su postura, Sr. Donovan —dijo ella, decidiendo no informar a Nial del caos que la mujer había causado—. Sin embargo, cuando la Srta. Southworth se haya ido, el problema seguirá existiendo.

—¿Y cuál es exactamente el problema, señorita Chambers? —preguntó mientras se reclinaba en su silla, juntando los dedos.

—Señor Donovan, si a Fanny le ofrecieran un cambio de escenario durante el día, un lugar apartado donde solo ella y yo estuviéramos juntas, estoy segura de que su progreso sería mucho más rápido.

—¿Y si deniego su petición?

—Entonces exigiré lo contrario.

—¿O qué, señorita Chambers?

—O me iré. —Había dicho las palabras antes de darse cuenta de su importancia.

Con cautela, observó su reacción.

Sus ojos cerrados la miraron fijamente.

—Rara vez permito que se haga tal amenaza sin actuar en consecuencia. Y nunca permito que una mujer abuse de sus palabras con la esperanza de que yo pueda anular mi posición. Tales artimañas femeninas son inútiles en lo que a mí respecta. La experiencia me ha enseñado hace mucho tiempo a no jugar el juego. No lo jugaré ahora, señorita Chambers. Ahora que ha sido advertida, ¿sigue pensando lo mismo?

Al encontrarse con la mirada de Nial, Mabel se preguntó si Celeste había utilizado tales tácticas para salirse con la suya. Si era así, tal vez con el paso del tiempo, Nial se había vuelto sordo a ellas, no solo cerrando sus oídos, sino también su corazón. Si Celeste se parecía en algo a Patricia, podía entender su disgusto final.

—Señorita Chambers —interrumpió Nial, saliendo de sus pensamientos—, ¿debería tomarle la palabra?

Mabel reflexionó un instante.

—Señor Donovan, Fanny se ha vuelto muy querida para mí y no me gustaría abandonar Northcott, pero me temo que no podré ayudarla a menos que nos concedan un lugar donde estemos libres de interrupciones. No lo pido por mí, sino por Fanny.

—¿Y si no lo hago, se marchará?

—Así será —respondió ella, consciente de que quedarse carecía de sentido. Sin embargo, el temor a lo que le esperaba más allá de los muros de Northcott la atenazaba.

Nial la observó, y ella facilitó su resolución. De repente, sintió un extraño retorcimiento en lo más profundo de su ser. Había llegado a admirarla. Más aún, a gustarle. Probablemente porque no le exigía nada como hombre. Ninguna demanda, salvo en lo que concernía a Fanny.

Sí, le agradaba, su ingenio, su capacidad para estimular su mente. Y su cuerpo, admitió con ironía mientras su mirada recorría su rostro y ascendía hasta su cabello descubierto, sorprendiéndose de haberlo notado. ¿Sería un juego de luces? ¿O sus ojos, cansados de la minuciosa letra de los libros de contabilidad, le jugaban una mala pasada? En todo caso, ¿en ese instante le parecía atractiva?

Nial cerró los ojos y los abrió despacio. Atractiva... casi hermosa. De pronto, decidió que era hora de visitar a Sara Longworthy, una antigua amante, para retomar la relación.

—Señor Donovan —susurró Mabel, interrumpiendo su ensimismamiento—, ¿ha tomado ya una decisión?

—Sí —respondió Nial, y Mabel se adelantó inconscientemente en su asiento, conteniendo la respiración, porque no quería irse de Northcott—. Su petición ha sido concedida.

Mabel suspiró.

—Gracias.

—¿Dónde...?

—Hoy he estado explorando un poco, mientras la casa estaba tranquila —interrumpió ella—, y me encontré con una pequeña cabaña, al norte de aquí.

—Es la antigua cabaña del guardabosques. Él ya falleció.

—¿Puedo tener también un carruaje y un caballo?

—Si no desea recorrer más de un kilómetro y medio en cada sentido, entonces sí, puede. Haré que el Sr. Spencer y algunos de mis empleados limpien el lugar y hagan las reparaciones necesarias. Debería estar listo en una semana.

—Gracias, Sr. Donovan. —Se levantó y se dirigió a la puerta.

—Señorita Chambers —la llamó, y ella se volvió hacia él—. Ya que he accedido a su petición, tengo una propia. —Al ver que levantaba la ceja, terminó—: ¡No quiero volver a ver su cabeza cubierta con esa ridícula redecilla!

—Como usted quiera. —Ella desapareció en el pasillo.

Nial permaneció mirando la puerta. De pronto, algo más le asaltó la mente: si la mujer tenía un corazón tan frágil, ¿cómo demonios había encontrado la cabaña, y aún más, cómo había logrado regresar? Entrecruzando los dedos de nuevo, meditó sobre aquella duda y decidió vigilar a la señorita Chambers en secreto. Al fin y al cabo, las apariencias podían ser engañosas.

Capítulo 10

-Sin duda es un buen día para hacer un picnic —comentó el Sr. Spencer, enganchando el robusto poni al carro.

—Desde luego, señor Spencer —respondió Mabel con una sonrisa—. Es un día realmente glorioso.

De pie junto a los establos, bajo un sol dorado que caía sobre ella desde un cielo sin una sola nube, aguardaba a que Fanny se uniera con su almuerzo de picnic.

—¿Le gustaría acompañarnos? —preguntó al pasar—. Estoy segura de que habrá comida suficiente para uno más.

—Vaya, gracias por la invitación, señorita —respondió él con una sonrisa amplia y un leve gesto de su cabeza calva—, pero tengo trabajo que atender. Aunque podría aceptarla si me lo propone en otra ocasión.

Mientras enderezaba el arnés, añadió:

—Si me permite decirlo, que usted y la pequeña vayan a la cabaña me parece una idea muy acertada. Creo que manejó usted muy bien esa petición. Sí, muy bien.

¿Ah, sí? Mabel lo miró con genuina curiosidad. ¿Y cómo es que el señor Spencer puede tener semejante opinión? Juraría que Nial y yo estábamos solos cuando hablamos del asunto. ¿Acaso las paredes tienen oídos?

El señor Spencer frunció la nariz y luego murmuró:

—No he visto que les crezcan —parpadeó rápidamente—. Por supuesto, eso no quiere decir gran cosa; mis ojos se han ido

volviendo un poco borrosos con los años.

Se encogió de hombros mientras señalaba con la cabeza la estructura de piedra de la casa.

—Con una casa tan vieja como esta… todo es posible —concluyó, antes de seguir hablando con rapidez—. He notado un cambio en la pequeña. Sí, parece un poco más contenta. Supongo que es mérito suyo, señorita.

—Vaya, gracias, señor Spencer. Espero de corazón que Fanny esté empezando a liberarse de aquello que la atormenta.

—No tiene que agradecérmelo. Los que estamos aquí somos quienes deberíamos darle las gracias —dijo el señor Spencer, interrumpiendo su labor por un instante—. Sí, el señor Donovan se está deshaciendo de la señorita Patricia y le ha dejado empezar a arreglar la cabaña, todo en el mismo día.

—Un hombre inteligente, sin duda —asintió Mabel, recordando con nitidez cómo Nial había denegado deliberadamente la petición de Patricia de quedarse en Northcott tras concluir el trabajo de Robert. Ella había insistido, hizo pucheros, sonrió con afectación… todo fue en vano. Y cuando la señorita Southworth, con sus montones de equipaje, y Robert, con su modesta bolsa, finalmente se marcharon, toda la casa pareció exhalar al unísono un suspiro de alivio.

Una vez que los visitantes se fueron, tal como le había prometido, Nial seleccionó a media docena de criados y, bajo la dirección de Mabel, la cabaña fue renovada en menos de una semana. Durante las dos últimas, tanto ella como Fanny la habían usado a diario.

—Sí, eso es —comentó el señor Spencer—. A veces hay que darle un pequeño empujón, pero al final se da cuenta…

Una repentina conmoción en el interior de los establos atrajo su atención.

—Esa bestia testaruda… si fuera mía, lo castraba —gruñó, tirando de las riendas del carro—. Ahora vuelvo, señorita —anunció, antes de dirigirse con paso firme hacia la puerta del establo y desaparecer entre la larga hilera de boxes.

Mabel se sonrojó, sabiendo bien a qué se refería. La ira del mozo estaba dirigida a Thor, el semental de Nial. Una yegua acababa de entrar en celo, y el semental, encerrado en su box contra su voluntad, había comenzado a patear los tablones con furia.

Decidió que esa misión le llevaría un rato, así que se alejó de allí, adentrándose en la nave de carruajes situada a varios metros.

Al pasar de la luz cegadora del sol al interior en penumbra, esperó unos segundos a que sus ojos se ajustaran. Con un gesto automático, recogió un mechón suelto y lo aseguró en el moño bajo de la nuca. Mientras pasaba junto a la flota de carruajes y diligencias, inhaló el aroma penetrante de los aceites y ceras usados para preservar la madera lacada y evitar que se agrietara o pudriera.

Una vez más, se maravilló de la riqueza de su patrón. Sabía bien que adquirir y mantener un carruaje era caro, pero conservar tantos… era otra prueba del poder económico de Nial Donovan.

¿Cómo podía permitírselo?

Entonces, al final de la línea, vio un vehículo cubierto con lona, apartado de los demás. Curiosa, cruzó el patio y lo examinó. Segura de que era un carruaje, agarró el borde de la cubierta, cerca de lo que pensó que era la puerta, y empezó a levantarla.

De repente, una mano golpeó el carruaje; un grito de sorpresa escapó de sus labios cuando la lona se le rompió entre los dedos. Con los ojos muy abiertos, vio cómo Nial se acomodaba contra el vehículo. Con los brazos cruzados sobre el pecho, una sonrisa indolente se dibujó en su rostro.

—¿Ha empezado a husmear como pasatiempo? —preguntó, mientras sus perezosos ojos verdes la observaban.

Con la boca abierta, Mabel no supo muy bien cómo responder.

—N…no —tartamudeó finalmente.

—¿Entonces cómo lo llama? —preguntó Nial, todavía recostado contra el carruaje.

—Yo... solo estaba admirando su flota de carruajes. Este me llamó la atención, y por curiosidad, yo...

—Husmeando, como dije.

Los labios de Mabel se apretaron en una línea firme; lo miró con furia.

¡Presuntuoso y arrogante sinvergüenza! lo reprendió en silencio… sin importar que tuviera razón. Su prepotencia le parecía desmedida. De hecho, actuaba como si ocultara algo. ¿Por qué, si no, habría montado semejante escándalo por haber mirado bajo la lona?

Entonces recordó haber visto algo pintado en la puerta. Solo lo había vislumbrado, pero estaba segura de que se trataba de algún tipo de diseño. Teniendo en cuenta el extraño comportamiento de Nial, debía de ser importante, concluyó, sin apartar los ojos de él. Pensó en regresar a escondidas más tarde para descubrir qué representaba aquella insignia. Si él la consideraba una fisgona, entonces haría honor a la etiqueta.

—Esta zona es territorio prohibido —anunció Nial, como si hubiera leído cada uno de sus pensamientos—. A partir de ahora, se mantendrá alejada del edificio, salvo que yo le dé permiso. Y si es necesario, pondré a un hombre aquí para impedirle el paso.

—Qué afirmación tan ridícula —replicó ella, despreocupada—. ¿Por qué querría pasar mi tiempo en este lugar?

—Como usted ha dicho tan acertadamente, señorita Chambers, por curiosidad… Pero ya sabe lo que le ocurrió al gato, ¿verdad? —Los ojos de Mabel se abrieron de par en par, y Nial soltó una breve risa—. Fanny la espera —añadió, enderezándose y dejando caer los brazos a los costados, la camisa holgada abierta sobre el pecho—. Será un placer acompañarla hasta la salida.

Su oferta sonaba más a una orden, y Mabel no se atrevió a discutirla. Levantando las faldas, se dio la vuelta y salió de la nave de carruajes, con Nial pisándole los talones. Estúpidamente, se sintió como un ganso descarriado que era ahuyentado de vuelta al rebaño.

Una vez que llegaron al carrito, Nial subió a su hija y colocó la cesta de picnic, luego le ofreció la mano a Mabel. Ella lo miró durante un largo instante, recordando vívidamente las emociones dulces hasta la agonía que la habían embargado la última vez que había apoyado la mano en la suya, y decidió que no podía permitirse sentir aquello de nuevo. Ignorándolo, subió sola al vehículo.

—Admiro cierta independencia en una mujer —comentó él, entregándole las riendas—, pero en su caso, roza la obstinación.

—Llámelo como guste —replicó ella con altivez—, pero, hasta ahora, me ha permitido seguir adelante sin demasiada dificultad, y espero que así continúe. —Y, con un movimiento seco de las riendas, puso en marcha al caballo y al carro, cuya gran rueda estuvo a punto de volcarse sobre los pies de Nial.

Él, desenroscando los dedos dentro de las botas, la observó mientras guiaba al animal por el sendero hacia la cabaña. De no ser por la cría de la yegua, habría seguido el carrito para espiar a su hija y a su institutriz, como había hecho en varias ocasiones durante las últimas dos semanas.

De pronto, la risa musical de Mabel resonó en su mente. Su amplia sonrisa parecía brillar aún detrás de sus párpados, y casi podía ver el fulgor de alegría en sus ojos azules mientras giraba entre las flores silvestres, los pies trazando círculos rápidos, su hija marcando el ritmo. Con aquella escena vívida grabada en la memoria, volvió a preguntarse cómo la enfermiza señorita Chambers había logrado transformarse en esa criatura llena de vida. Era como si se hubiese convertido en una niña más, pensó... y frunció el ceño al recordar su cuerpo moviéndose con suave gracia bajo la luz de la luna... no, del sol. ¿La había visto realmente?

Una sensación extraña se agitó en lo más profundo de su ser, y comprendió que estaba mezclando sus sueños con la realidad. ¡Otra vez! Era un patrón tortuoso del que no conseguía liberarse: siempre anhelando, siempre deseando, sin hallar jamás satisfacción. ¡Y qué demonios tenía que ver Harriet Chambers en todo aquello, no lo sabía!

El crujido de la madera astillándose lo arrancó de su ensoñación.

—¡Aquí, estúpido! —vociferó el señor Spencer, seguido de una maldición tan sonora que pareció hacer vibrar las paredes del establo—. ¡Si fueras un hombre, te haría eunuco!

A juzgar por el tono, su ayudante necesitaba ayuda con urgencia, así que Nial se dirigió hacia los establos con grandes zancadas. Sabía que pronto terminaría el tormento de Thor. Una vez saciado, el semental correría por el pasto abierto con la cabeza en alto y la cola alzada como un estandarte. Por desgracia, Nial también sabía que sus propias agonías persistirían... indefinidamente.



—Hagamos nuestro picnic —sugirió Mabel, quitándose la marioneta de la mano.

Fanny imitó su gesto, se levantó y colocó ambas figuras en su estante, cada una en su lugar habitual.

Recordando lo mucho que Fanny había disfrutado con la casa de muñecas en Northcott, Mabel había recurrido a un juego de marionetas de mano con la esperanza de que la niña se abriera. Generalmente jugaban escenas alegres, pero en ocasiones Fanny la sorprendía con una propuesta diferente:

—Tú serás la niña y yo la madre.

Lo que sucedía a continuación siempre dejaba a Mabel con un nudo en el estómago, pues Fanny representaba una madre fría, desdeñosa, exactamente igual a como se comportaba la suya en la sala de juegos.

Cuando intentaba invertir los papeles, Mabel como madre, Fanny como hija, la niña negaba con la cabeza cada vez que Mabel mostraba afecto a través de la marioneta, como si dijera: «Así no actúa una madre». A continuación, le mostraba con paciencia cómo debía mover la figura para que el juego resultara más «realista».

Era perturbador, sin duda. Pero Mabel ya no se preguntaba si aquella historia nacía de la imaginación de la niña. Le resultaba evidente que todo estaba basado en vivencias reales.

—¿Lista? —preguntó, una vez que Fanny hubo recogido la cesta del picnic de la mesa.

La niña asintió, y ambas se dirigieron al pequeño arroyo, que se extendía a varios cientos de metros más allá de la cabaña. Mabel extendió una manta sobre la hierba, abrió la cesta de mimbre y descubrió frutas frescas, unos quesos aromáticos, una barra de pan crujiente y una apetitosa tarta de frambuesa. Solo faltaba el recipiente de leche que habían dejado enfriando en el arroyo al llegar.

—Ve a buscar la leche, ¿quieres? —pidió Mabel mientras sacaba las tazas de hojalata de la cesta—. Ya debería estar bien fría.

Fanny no se movió. Mabel alzó la vista y la vio con la mirada fija en un punto más allá del arroyo. Siguió la dirección de sus ojos y distinguió a un hombre montado a horcajadas sobre un gran semental negro, justo al otro lado del muro de piedra que marcaba el límite de Northcott.

Cuando él comenzó a desmontar, Mabel se puso en pie de un salto y atrajo a Fanny contra los pliegues de su vestido.

El desconocido, de hombros anchos y caderas estrechas, saltó el muro con agilidad y se acercó a través del arroyo, aparentemente

indiferente al agua que empapaba sus botas, con la vista fija en la mujer y la niña.

Curiosamente, Mabel no sintió miedo, pero adoptó una actitud protectora de inmediato. Si el hombre hacía un gesto hostil, pensaba gritar a Fanny que corriera mientras ella se interponía. No sabía bien qué lograría con ello, ya que el sujeto medía al menos un metro ochenta y debía de pesar cerca de setenta kilos. Era todo músculo, sin un atisbo de grasa, y seguramente podría lanzarla a un lado con un simple ademán. Aun así, confiaba en que Fanny, con sus pasos ligeros, tuviera ventaja si debía huir.

El hombre emergió de entre los árboles que flanqueaban el arroyo, esquivando ramas con movimientos hábiles, hasta detenerse en el claro bañado por la luz del sol, a menos de cinco metros de ellas. Sus ojos azules se posaron en Mabel durante un largo instante, serenos, inquisitivos, y luego descendieron hasta la niña que seguía a su lado.

—¿No te acuerdas de mí, Fanny?

Su voz profunda, suave como el viento, recorrió con facilidad la distancia que los separaba, y Mabel sintió cómo la cabeza de Fanny temblaba contra su costado. Al mirarla, notó un leve ceño interrogativo fruncido en su frente.

—Ya me lo parecía —comentó el desconocido, y se arrodilló sobre una rodilla, procurando no parecer tan imponente—. Si no me recuerdas, tal vez recuerdes a un cachorro juguetón llamado Merlín. Lo llamaba así porque solía desaparecer de casa y escaparse para visitar a una niña que vivía en las tierras vecinas. Se ausentaba durante días. Según recuerdo, la niña lo escondía en los establos y le llevaba comida a escondidas, creyendo que nadie la observaba. Pero, claro, la descubrieron, y el señor Spencer ataba al vagabundo y lo subía al carro junto con la niña, y los escoltaba a ambos hasta mi casa. Entonces, la pequeña me decía que si yo hubiese sido un buen amo desde el principio, Merlín no habría tenido que escaparse para buscar atención en otra parte.

Entonces el hombre silbó.

—¡Merlín, ven!

Un perro de pelaje hirsuto saltó por encima del muro de piedra y, con sus cortas patas, chapoteó a través del arroyo. Se internó por entre los árboles y corrió hasta detenerse junto a su amo. Al sacudirse desde la nariz negra hasta la cola rechoncha, lanzó al aire una lluvia de espuma y recibió una orden seca por su comportamiento. Sentado en cuclillas, con la lengua rosada colgando y los ojos ocultos bajo una mata desordenada de pelo gris y blanco, gimió, deseoso de volver a corretear.

—Han pasado dos buenos años… pero ¿te acuerdas de mí ahora? —preguntó el hombre.

Antes de que Mabel pudiera detenerla, Fanny se soltó de sus brazos y corrió al encuentro del hombre, lanzándose al cuello para abrazarlo. Merlín, que también reclamaba atención, ladró con entusiasmo, aunque no se atrevió a romper la orden de su amo. Ignorado durante largo rato, su ladrido fue perdiendo alegría hasta transformarse en un aullido desesperado que rasgó el aire.

Fanny se deslizó de los brazos del hombre y se agachó para acariciar al perrito. Luego lo abrazó con fuerza por el cuello. La lengua húmeda del animal le lamió la cara, y ella se apartó rápidamente para limpiarse los besos. Acto seguido, lanzó una mirada de advertencia al hombre.

—Puedes jugar —indicó—, pero no te alejes de nuestra vista. ¿Entendido?

Fanny asintió, y el hombre se incorporó, observando cómo la niña y el perro retozaban por la hierba.

—Lamento el susto que le he dado —dijo, dirigiéndose por fin a Mabel y acortando la distancia entre ambos—. Soy Ian Sinclair, el tío de Fanny.

Al notar el ceño fruncido de Mabel, añadió con corrección:

—Bueno, en realidad soy su padrino… pero ella me conoce como *tío Ian*.

Sus ojos la recorrieron una vez más, inquisitivos.

—¿Y usted quién es?

—Harriet Chambers —contestó Mabel, un tanto tímida.

—¿Ah, sí? —Los ojos del hombre brillaron como zafiros bajo la luz del sol—. ¿Y quién es exactamente Harriet Chambers?

Mabel examinó a Ian Sinclair. Su cabello castaño rojizo relucía bajo la luz del sol; las cejas, a juego, se arqueaban sobre unos ojos traviesos enmarcados por largas pestañas. Una nariz ligeramente aguileña coronaba unos labios bien formados, ahora curvados en una amplia sonrisa que dejaba ver unos dientes blancos y firmes. Su atuendo era tan informal como el de Nial: camisa blanca de muselina, pantalones de ante y botas de cuero negro impecablemente pulidas. Quizá todos los hombres en Escocia se vistieran así, pensó. Pero enseguida advirtió de nuevo el brillo burlón en su mirada. Enderezó los hombros y dijo:

—Soy la amiga de Fanny… eh, la amiga de Fanny —repitió, como para reafirmarlo.

La mirada de Ian descendió lentamente por su figura, provocando en Mabel una incomodidad repentina.

—En efecto —repuso él, ampliando la sonrisa—, puede que lo seas.

Sin añadir más, se volvió hacia Fanny y Merlín para unirse a su juego.

Mabel lo observó con fijeza. ¿Qué había querido decir con aquello?, se preguntó, consciente de que se había divertido a su costa. No entendía el motivo. Tal vez tenía una mancha en la nariz, pensó con cierta incomodidad. Si era así, tanto mejor; reforzaría su disfraz. Pero al reflexionar con más detenimiento, comprendió que su actitud no había sido provocadora, sino más bien una forma de burla complaciente.

Al verlo centrarse por completo en Fanny, su primera reserva se disipó. En realidad, no representaba una amenaza, concluyó al observar cómo estiraba el dedo hacia una brizna de hierba, permitiendo que una oruga lanuda se deslizara lentamente por su piel bronceada. Su profunda risa resonó cuando afirmó que las patas de la criatura le hacían cosquillas. Al principio, Fanny vaciló antes de tocar al extraño bicho, pero, animada por Ian, acabó sosteniéndolo con el dedo. Sus ojos se iluminaron y una amplia sonrisa floreció en su rostro. Luego se volvió y echó a correr, con Merlín siguiéndola de cerca, deseosa de compartir su hallazgo con Mabel.

Ian la siguió a paso más pausado, con la mirada fija en la mujer que acariciaba con delicadeza el lomo de la oruga, compartiendo la emoción de su ahijada. Aquella no era Harriet Chambers. Lo sabía bien, pues había conocido personalmente a la mujer y había sido él quien facilitó que Nial la conociera, transmitiéndole la información por medio de un amigo en común. Al principio pensó en desenmascarar a la impostora, pero los informes que llegaban desde Northcott, a través de Mary —prometida de su fiel lacayo, Ned—, eran excelentes. Fanny estaba mejorando. Por ahora, optaría por guardar silencio y observar cómo evolucionaban las cosas.

—¿Le gustaría unirse a nosotras y compartir nuestra comida? —preguntó Mabel, interrumpiendo el hilo de pensamiento de Ian—. Tenemos suficiente, y usted es más que bienvenido.

—Le ruego que me disculpe, pero debo seguir mi camino —respondió Ian con cortesía, aunque su mirada captó de inmediato la decepción en el rostro de Fanny—. Si no fuera porque tengo otro compromiso, me quedaría encantado. Sin embargo, si me lo pidiera mañana, mi respuesta sería un sí rotundo.

Fanny tiró suavemente de la falda de Mabel, con ojos grandes e inquisitivos, llenos de esperanza.

—No veo nada de malo en repetir un picnic mañana —le dijo Mabel a la niña—. Y sí, podemos invitar al señor Sinclair a que sea nuestro invitado —añadió, no sin cierta intención. Con suerte,

encuentros futuros con aquel hombre podrían proporcionarle las piezas que aún faltaban del rompecabezas, especialmente en lo que respectaba a la madre de Fanny. Nadie en Northcott parecía dispuesto a hablar de ella… tal vez Ian Sinclair sí lo hiciera.

—Le doy la bienvenida para mañana, señor Sinclair.

—Estaré aquí al mediodía —repuso él con cordialidad—. Y, por supuesto, Merlín también —añadió, al ver cómo Fanny fruncía el ceño ante la posibilidad de que no lo trajera.

—Hasta entonces, le deseo un buen día, señorita Chambers.

Se inclinó con elegancia, y sus ojos azules volvieron a chispear con ese destello travieso. Luego rodeó con un brazo a su ahijada.

—Ven, Merlín.

Ambos cruzaron el pequeño arroyo y saltaron el muro. Poco después, Ian montó a caballo, alzó la mano en un saludo y galopó ladera arriba, hasta desaparecer entre los árboles.

Con el almuerzo terminado y los restos del picnic recogidos, Mabel y Fanny regresaron a la cabaña. El resto de la tarde lo dedicaron a repasar las letras, practicar algo de aritmética sencilla y disfrutar de un emocionante cuento de hadas sobre un apuesto príncipe que debía rescatar a su amada de las garras de un temible hechicero.

También trabajaron en los ejercicios de pronunciación. Desde aquel primer encuentro en la cabaña, al oír la canción de lamento de Fanny, Mabel había intuido que sus cuerdas vocales no estaban dañadas. Así que, colocando la mano de la niña sobre su garganta y produciendo un suave zumbido, esperaba que Fanny pudiera sentir la vibración y, poco a poco, fortalecer una voz que permanecía en silencio. La mayoría de las veces, cuando Mabel le rozaba el cuello con los dedos, sonriendo para infundirle ánimo, no surgía ningún sonido. Y entonces, como hoy, las lágrimas de frustración nublaban los ojos de la niña.

Como no quería forzarla, Mabel propuso que hicieran una pantomima, un juego que ella misma había enseñado a Fanny y en el que había participado, para mostrarle a la niña que el silencio podía convertirse en una forma de arte.

Aquella noche, mientras redactaba su informe diario para el siempre imponente Nial, con los nervios a flor de piel como de costumbre, Mabel ocultó deliberadamente la información sobre Ian Sinclair. Más tarde se cuestionó si había hecho bien, pero aquella decisión la había tomado pensando únicamente en el bienestar de Fanny.



—Ian —murmuró Mabel mientras contemplaban a Fanny y a Merlín jugar tras uno de sus picnics, ya convertidos en rutina diaria—, si es usted padrino de Fanny, ¿por qué nunca visita Northcott?

Ian, hombre apuesto aunque no tan extraordinario a su juicio como Nial, giró la cabeza y clavó la mirada en la distancia, apoyando el brazo sobre la rodilla alzada. Parecía preocupado, y de pronto Mabel deseó no haber pronunciado aquella pregunta, que llevaba dos semanas rondándole desde que se conocieron.

—Es por mutuo acuerdo, entre Nial y yo, que me mantengo alejado —respondió al fin con un suspiro.

—No… no lo entiendo —replicó ella, con incertidumbre.

Ian se volvió hacia Mabel, serio.

—Nuestra amistad está bastante tensa en estos momentos —explicó, para luego volver a perderse en la lejanía, sumido en silencio.

—Pero seguro que, si fueran tan buenos amigos...

—Quizá, en el futuro, comparta nuestra historia con usted —contestó, volviendo sus ojos traviesos hacia ella—. Hablando de

historias, ¿hay alguna que quisiera compartir?

—¿Q… qué quiere decir? —preguntó Mabel, desconfiada y apresurada, temiendo que la tomara a broma, como solía hacer. Pero también temía haber despertado alguna sospecha—. ¿Por qué lo pregunta?

—Digamos que a veces las cosas no son lo que parecen, ¿verdad, señorita Chambers? —comentó Ian, sin esperar respuesta. Estirándose sobre la manta, entrelazó las manos tras la nuca y contempló la flotilla de nubes blancas que surcaban el cielo azul—. Es buena con Fanny —afirmó—. Ella necesita a alguien especial como usted.

—No estoy segura de poder romper sus lazos de silencio, Ian — afirmó Mabel con sinceridad mientras veía a la niña corriendo por el campo, con Merlín a su lado—. A veces, parece una tarea imposible.

—Llevará tiempo. No debe rendirse.

—No soy una persona que se rinde.

—No, no lo es.

La mirada de Mabel se dirigió al hombre.

—A veces, siento que hay algo más en su silencio que simplemente el incendio y la muerte de su madre. Ciertamente eso es parte de ello, pero tengo la sensación de que el quid de la cuestión es mucho, mucho más profundo.

—Puede que tenga razón.

—¿Sabe algo? —preguntó con voz ansiosa—. Por favor, Ian, si lo sabe, compártalo conmigo.

—El hombre que puede responder a sus preguntas es Nial.

Mabel volvió la mirada preocupada hacia el suelo.

—No quiere hablar de esa noche... ni de su mujer…

—Entonces es un tonto por ocultar la historia, sobre todo si es para ayudar a su hija.

—¿Qué debo hacer?

—Pregúnteselo.

Los ojos de Mabel se abrieron como platos. Al parecer, Ian hablaba en serio. Se veía enfrentándose a Nial, una vez más.

Perdone, pero debo conocer todos los detalles de su vida con su difunta esposa, en particular, la noche en que murió. Y, por cierto, ¿la asesinó usted, como dicen los cotillas?

—Señorita Chambers... Harriet.

El sonido de su nombre falso irrumpió en los pensamientos de Mabel, y notó que Ian se había acercado, apoyado en un codo frente a ella, con sus largas piernas extendidas más allá de la manta.

—Nial es el único que realmente conoce los acontecimientos de aquella noche… al menos, el único que puede contarle lo que ocurrió.

Se puso de pie, y Mabel lo siguió con la mirada.

—Encuentra el valor para preguntarle, y puede que descubra la clave para liberar el silencio de Fanny.

Ella apartó la vista.

—No tengo valor, Ian.

—Tiene mucho más del que cree —aseguró él, y silbó para llamar a Merlín—. Debemos ponernos en camino.

El peludo cachorro cruzó el claro a toda velocidad y saltó al regazo de Mabel. Con un chillido, ella luchó por mantener su lengua fuera de la cara y del cuello. Por fortuna, lo consiguió.

—¡Quieto! —ordenó Ian, y el cachorro, con la cola entre las patas, acudió dócilmente a su amo. Fanny se unió a los tres, e Ian se agachó junto a ella—. No te veré durante un tiempo —le explicó —. Tengo asuntos que atender en Edimburgo, y luego viajaré a

Londres y al sur de Inglaterra. Pasarán quince días antes de que regrese a Falcon's Gate. Pensaré en ti a diario.

Fanny le rodeó el cuello con los brazos, e Ian le dio un suave beso en la frente.

—Merlin y yo vendremos a verte en cuanto regrese —prometió mientras se incorporaba y observaba cómo Fanny abrazaba a su peludo amigo.

—Nos dará pena no verte —comentó Mabel al levantarse. En efecto, lo sentiría, pues él era el único amigo verdadero que había hecho en Escocia. Mientras lo miraba, se preguntó por qué comparaba a todos los hombres con Nial. No encontraba defectos en Ian, pero tampoco poseía esa cualidad especial que aceleraba su corazón de forma extraña y le robaba el aliento. Y se enfadó consigo misma por permitir que Nial tuviera tanto poder sobre ella.

—Te estaré buscando en la cabaña —se despidió Ian.

Ambas observaron cómo el hombre y el perro cruzaban el arroyo. Ian montó a caballo y se alejó por la colina, hasta desaparecer de su vista.

—Volverá pronto —murmuró Mabel para tranquilizar a Fanny. Solo entonces comprendió que esas palabras también eran para ella.

Capítulo *11*

Mientras se frotaba la nuca, Nial caminaba de un lado a otro por el suelo de su oficina, sus botas marcando la pulida superficie de roble. Se detuvo junto a la ventana y miró hacia la cabaña, aunque la densa pared de árboles que la rodeaba impedía cualquier visibilidad. Entonces, por tercera vez en menos de cinco minutos, consultó el reloj.

Su hija y la institutriz llevaban casi una hora de retraso. Es cierto que la tardanza podía deberse a la tormenta primaveral que había cruzado el valle más temprano, cuyos últimos ecos aún parpadeaban en el cielo lejano. Tal vez ya estuvieran en camino, admitió para sí, aunque eso no bastaba para calmarlo.

El carro seguía un camino de tierra; una rueda bien podía haberse hundido en el barro. O quizá una rama podrida se había desplomado, obstruyendo el paso. Un relámpago cruzó el horizonte, y otro escenario se formó en la mente hiperactiva de Nial, tan vívido como alarmante. Si la institutriz había intentado regresar a la casa principal antes de que estallara la tormenta, entonces... Otro resplandor cruzó el cielo, y él imaginó el fuego del rayo abatiéndose sobre un árbol, astillándolo y lanzando su copa directamente sobre el carro.

Sacudió la cabeza, apartando la imagen. No, no habría sido tan insensata como para dejar la seguridad de la cabaña. ¡Claro que lo habría sido! Porque era terca, obstinada... ¡testaruda, para ser exactos! Y si había decidido que podía hacer el trayecto de más de un kilómetro y medio a pie, sorteando la tormenta, seguro que se había puesto en marcha hacia la casa principal con Fanny de la mano.

Incapaz de soportar la incertidumbre un segundo más, Nial se dirigió a la puerta y la abrió de un tirón... justo cuando el asustado señor Spencer alzaba el puño para llamar.

—¿Han vuelto? —preguntó Nial, ansioso.

—Lo siento, no las he visto.

—Que ensillen a Thor…

—El bribón de cabeza de alquitrán está ahí fuera, esperándote —gruñó con el ceño fruncido, mientras se frotaba el antebrazo donde el semental le había propinado un mordisco desagradable. La marca se había curado durante las dos semanas y media transcurridas desde entonces, pero el temperamento del señor Spencer no mostraba señales de mejora—. ¡Deberían ponerle un bozal!

Nial esbozó una sonrisa y le dio una palmada en el hombro.

—Gracias, amigo —respondió, encaminándose hacia la entrada principal.

Le retiraron la arpillera del hocico al caballo. El semental sacudió la cabeza, y Nial montó de un ágil salto, espoleando al imponente animal para lanzarse al galope en dirección a la cabaña.

Siguiendo el sendero desierto, cruzaron el bosque y pronto alcanzaron la cima de la loma que daba al claro. El carro desenganchado se hallaba junto al pequeño cobertizo, con el caballo ya resguardado en su interior. Al ver la escena, Nial sintió cómo la tensión se desvanecía de su cuerpo. ¿Por qué había llegado siquiera a dudar de la sensatez de la institutriz? Cualquiera con dos dedos de frente habría supuesto que esperaría a que pasara la tormenta, donde estaría a salvo y seca. Sin duda —concluyó, sonriendo para sí —, ahora mismo estaría entreteniendo a Fanny con una lectura tediosa de uno de sus libros de estudio.

Mientras guiaba a Thor con calma por el borde del claro, siguiendo la línea de árboles, una ráfaga de viento sacudió las

ramas, que descargaron sobre ellos una lluvia repentina. El caballo se estremeció por la inesperada ducha.

—Tranquilo, chico —murmuró Nial, acariciando el musculoso cuello del semental. Luego desmontó y lo condujo hasta la cabaña. A unos treinta metros de distancia, ató las riendas a un pequeño arbusto, dejándole espacio para pastar a gusto, y lo dejó allí.

Con otros asuntos acaparando su atención, habían pasado casi tres semanas desde la última vez que había observado a su hija junto a la institutriz. Ahora que sabía que ambas estaban bien, encendió las lámparas dentro de la cabaña para alejar la melancolía del día, y decidió espiarlas por una rendija. En circunstancias normales, jamás habría recurrido a semejante argucia, pero no había nada remotamente ordinario en la desconcertante señorita Chambers.

En su presencia, ella se mostraba impasible; su mojigatería y su fría reserva le servían de escudo. Pero, cuando creía estar fuera de su alcance, se transformaba en una mujer completamente distinta: vivaz, llena de espíritu. Aquella metamorfosis lo desconcertaba por completo.

Avanzó en silencio, deslizándose hasta una ventana abierta, resguardada por la sombra de un lilar sin podar. De pronto, se detuvo. Una voz melodiosa, clara y segura, emergía del interior de la cabaña, y una extraña sensación de déjà vu le revolvió los sentidos.

Imposible, se dijo. Pero sus oídos afirmaban lo contrario.

Se asomó con cautela.

Fanny, completamente cautivada, estaba sentada en un taburete bajo, observando con atención a Mabel, que se recostaba sobre las viejas tablas del suelo. Fingiendo despertarse de un sueño, recitaba de memoria:

—¡Ayúdame, Lisandro, ayúdame! ¡Haz todo lo posible por arrancar esta serpiente que se arrastra de mi pecho! ¡Ay de mí, por piedad! ¡Qué sueño fue este! Lisandro, mira cómo tiemblo de miedo.

Me pareció que una serpiente me comía el corazón, y tú te sentabas sonriendo ante su cruel presa...

De inmediato, Nial retrocedió, tambaleante, con la mirada perdida.

Aquella lejana noche de abril, cuando vio por primera vez a su Hermia en Covent Garden, se superpuso de algún modo con esta tarde de mediados de junio, en la que la joven actriz y la institutriz de su hija se fundían en una sola figura. Cada movimiento elegante, cada palabra que escapaba de sus labios... era la misma. ¡La mismísima!

Confundido, dio media vuelta en silencio y se dirigió hacia Thor, mientras la escena de la cabaña se repetía sin cesar en su mente. Montó despacio al semental y emprendió el camino de regreso a un ritmo constante. De pronto, algo encajó en su pensamiento. Sus ojos verdes destellaron de ira y apretó con fuerza las rodillas contra los costados del animal, que salió disparado al galope.

Los cascos resonaron contra el camino de piedra y, al llegar a la entrada, Nial tiró bruscamente de las riendas, haciendo que Thor se detuviera con estrépito. La puerta principal se abrió de golpe y el señor Spencer bajó corriendo los escalones de piedra, visiblemente alarmado.

—¿Las ha encontrado? —inquirió con premura.

—Sí —escupió Nial entre dientes. El tono bastó para que el hombre diera un paso atrás, con la mirada llena de recelo—. Ocúpate de Thor —añadió, y se alejó sin más. Sus botas crujieron sobre la grava suelta y subieron los escalones con zancadas furiosas antes de que la puerta se cerrara de un portazo.

—¿Qué demonios le pasa ahora? —rezongó Spencer, frunciendo el ceño hacia la entrada cerrada. Un pellizco en la espalda lo sacó de su desconcierto—. ¡Vamos, caballo pesado! —le espetó a Thor—. ¡Compórtate o te llevo a la ciudad y acabas convertido en pegamento! —gruñó mientras conducía al semental

hacia los establos, refunfuñando sin cesar y rascándose la cabeza, intrigado por el inexplicable estallido de su señor.



Nial subió los doce últimos peldaños de tres en tres y recorrió el pasillo en dirección al ala oeste, hacia los aposentos de la señorita Chambers. Encontró la puerta abierta, lo cual le evitó la molestia de derribarla a patadas.

Entró, cerró de golpe y giró la llave en la cerradura.

Echó un vistazo a la estancia: todo estaba limpio y ordenado, como la propia mujer. Se dirigió directamente al tocador, convencido de que, si su sospecha era cierta, y estaba seguro de que lo era, sus pertenencias lo confirmarían.

En un cajón, encontró varias latas de maquillaje, pero no bastaban para sostener su hipótesis. Se volvió entonces hacia el armario. En la parte delantera colgaban sus vestidos austeros: dos muselinas marrones y una lana gris, acompañadas por enaguas gastadas, un camisón de cuello alto, una bata de algodón raída y su capa de lana. Frunció el labio al ver el conjunto, y apartó las prendas sin delicadeza, revelando lo que había detrás.

Allí, ocultos, colgaban una bata de terciopelo negro y dos vestidos a la moda. Pasó los dedos por la seda azul de uno de ellos y sonrió, sombríamente complacido por lo que acababa de descubrir. Volvió a acomodar todo con rapidez y dirigió la atención a los estantes. En el fondo, oculto a propósito, halló una vieja enagua enrollada. Al retirarla, apareció una pequeña pila de diarios.

Despejó el estante, se agachó y desató los extremos del envoltorio. En el interior encontró lo que buscaba: su prueba.

—Sea quien sea —gruñó con rabia, decidiendo en ese instante que su nombre era sinónimo de traición—, ¡me ha tomado por un

necio! ¡Por un maldito imbécil!

Su mirada, helada y furiosa, volvió a recorrer los objetos esparcidos por la estancia. Allí estaban sus cartas dirigidas a la verdadera señorita Chambers, un pequeño joyero, *Camino al escenario de Rede* —una página marcada explicaba cómo un actor podía simular síntomas de enfermedad—, un par de zapatillas de cabritilla, media docena de misivas firmadas por una tal Joanna Nerfolk y un vestido de gasa, estilo griego. Su traje. ¡Su maldito traje!

Lo apartó con asco, arrojándolo sobre la alfombra, y recogió las cartas de la señora Nerfolk. Al abrir una de ellas, cayó un recorte de periódico. Lo desplegó y lo leyó con rapidez: ¡Mabel Whitman! ¡Diecinueve años! ¡Actriz! ¡Covent Garden! ¡Intento de asesinato! ¡Steven Rodway, vizconde de Rothhamford!

¿Ese despreciable bastardo?, pensó Nial, reconociendo al instante el nombre. Conocía bien la fama del cobarde. Un viejo conocido suyo, Matthew Etherton, de Londres, había llegado a retarlo a duelo hacía unos cinco años. Si la memoria no le fallaba, Rothhamford había osado insinuarse a la hermana de Etherton. Pero nunca dio la cara. Emprendió un repentino —y conveniente— viaje al continente, y su adversario jamás tuvo el gusto de hacerlo sangrar. Hasta el día de hoy, aún se decía que Rothhamford evitaba cualquier lugar donde Etherton pudiera presentarse.

Nial examinó el vestido y descubrió que el corpiño estaba rasgado. Una oleada de furia lo invadió al instante. Pero ¿por qué? Por mucho que supiera que Rothhamford era un canalla, la que lo había engañado era Mabel Whitman. Había acogido bajo su techo a una impostora, una mujer desleal que bien podría haber herido los sentimientos de su hija. ¡Fanny quizá no se repondría jamás! Lo correcto sería convocar al sheriff de inmediato y asegurarse de que esa... esa actriz fuera expulsada de la propiedad encadenada como una criminal.

Y sin embargo... mientras continuaba leyendo la correspondencia de Joanna, algo empezó a removerse en su interior.

Una piedad inesperada por la joven actriz se abrió paso, y una empatía desconocida por su precaria situación le tocó una fibra que creía dormida.

Al llegar al final de las cartas, con las piezas aún incompletas, logró al fin reconstruir lo ocurrido. Comprendió cómo se había visto envuelto en aquella farsa.

El plan, que, al parecer, había sido ideado en su totalidad por Joanna Nerfolk, constituía una excelente intriga, elaborada con rapidez, favorecida en gran medida por el destino y, por supuesto, por la oportuna, o tal vez desafortunada, según se mire, desaparición de la verdadera señorita Chambers.

¡El destino, sin duda!, pensó Nial, reconociendo que, de hallarse en otro estado de ánimo, quizá habría aplaudido la audacia de la empresa. Él mismo no lo habría orquestado con tanta pericia.

Pero aquella Mabel Whitman, consumada actriz como era, no había encontrado el valor de confesar su engaño una vez fuera de Inglaterra. En lugar de ello, había perpetuado la farsa, plenamente consciente del peso de su representación y de las consecuencias que podría acarrear para su hija.

Fanny.

Evaluó en silencio el posible impacto de todo aquello sobre ella.

La imaginó sentada en su taburete bajo, con los ojos brillantes de emoción y asombro mientras contemplaba a la «señorita Chambers» dando vida a Hermia. No podía negar que, desde la llegada de aquella impostora, Fanny se mostraba más comunicativa, más vital. Donde antes se refugiaba en la apatía, ahora reía con naturalidad. Donde antaño se apartaba del contacto humano, sobre todo del femenino, ahora tendía la mano la primera, sin el temor reflejo al rechazo.

Si decidía delatar a la actriz y entregarla a las autoridades, estaba convencido de que aquello destrozaría a su hija. Esa confianza recién descubierta, ese vínculo frágil, se quebraría

irremediablemente. Y él sabía, con una certeza punzante, que Fanny quedaría marcada de por vida.

Por esa razón, y solo por esa razón, no permitiría que su ira se convirtiese en el origen de la ruina de su hija. Guardaría para sí su descubrimiento.

Una vez tomada la decisión, exhaló un largo suspiro.

Conocía bien la reputación del vizconde, y por ello sospechaba que Mabel Whitman había sido acusada injustamente, lo que explicaría su huida y el engaño. No obstante, eso no significaba que pensara dejarla marchar tan tranquilamente.

Podía comprender sus motivos, pero eso no aplacaba su deseo de obtener reparación.

No..., la señorita Whitman no iba a librarse tan fácilmente.

Mientras volvía a colocar las pruebas, el estuche de joyas captó su atención. Echó un vistazo al interior y encontró un puñado de piedras sin valor, en su mayoría imitaciones. Luego abrió la caja de satén blanco con la letra C grabada; sus ojos se abrieron de par en par.

—¿También es una ladrona? —se preguntó en voz alta mientras examinaba el broche de zafiro, consciente de que era auténtico.

Lo extrajo con cuidado de su lecho de satén y lo inspeccionó de cerca. No halló marcas visibles en el engaste de oro macizo, ninguna señal que indicara su procedencia. Tal vez un obsequio de un amante, pensó, y entonces una rabia extraña lo invadió.

Considerando la antigüedad de la caja, dedujo que debía de ser un regalo hecho mucho tiempo atrás, una reliquia transmitida de generación en generación, quizá de madre a hija. Sin embargo, no pudo evitar preguntarse qué representaba aquella C. ¿Y su valor? Ni siquiera alcanzaba a imaginarlo.

No tenía tiempo para encontrar respuesta a aquellas preguntas silenciosas, pues aún le quedaban otros asuntos por resolver. Ató los extremos de la enagua, la recolocó en el estante, con los diarios

debajo, asegurándose de que todo permaneciera en su sitio. Cerró el armario y comenzó a pasearse por la habitación, ideando un castigo apropiado para el pequeño impostor.

Después de varios intentos fallidos —uno demasiado severo, otro demasiado indulgente—, Nial caminaba con paso cada vez más rápido, el ceño fruncido, ensimismado en sus pensamientos. De pronto, una carcajada estalló en el aire.

—Oh, mi querida, remilgada y correcta señorita Chambers… —murmuró con tono petulante, sus ojos verdes brillando con travesura —. Le prometo que vivirá una noche que no olvidará jamás. ¡Jamás!

Y con esa promesa en mente, Nial salió de la habitación.



No más de quince minutos después, Mabel entró en su dormitorio y encontró una nota deslizada bajo la puerta. Al desplegar el fino papel de carta, leyó:

Señorita Chambers, le ruego que olvidemos nuestra cita habitual de las siete. Por desgracia, otros asuntos reclamarán mi atención a esa hora. Sin embargo, espero que me acompañe en el comedor a las ocho y media en punto.

Su más obediente sirviente,

J.

Los ojos de Mabel recorrieron la inicial garabateada con descaro; frunció el ceño y se preguntó por qué aquella nota venía firmada por él y no por el señor Donovan. La J le parecía extremadamente íntima, más propia de un marido o... un amante. Quizá esa firma informal era solo parte de su naturaleza rebelde, su rechazo a la rigidez. Con un suspiro, dejó la nota sobre el tocador. Al

menos tendría tiempo para un breve descanso antes de su encuentro en el comedor. Se quitó los zapatos y se acomodó en la cama.



A las ocho y media, Mabel se detuvo justo ante las puertas que conducían al comedor y alisó la falda del mejor vestido de Harriet, una muselina marrón color corteza. Cansada de la sencillez de su atuendo, había añadido un cuello de encaje al sencillo escote redondeado. No hacía mucho por el vestido, pero la hacía sentir un poco más femenina, justo lo que necesitaba esa noche, pues su ánimo estaba decaído.

Con el cabello recogido en un moño desaliñado, las mejillas hundidas y el delicado tejido bajo sus grandes ojos azules, oscurecidos por el maquillaje, con la piel y las pestañas empolvadas, estaba lista para su actuación nocturna. Otra ejecución forzada de una obra mal escrita, pensó, cansada de su propia imitación. Sin embargo, sabía que poco podía hacer más que continuar la farsa.

—Esta noche está usted muy guapa —murmuró Nial con voz baja y suave, sorprendiendo a Mabel. Había subido a propósito por detrás de ella en silencio y, al acercarse, rozó su hombro con el brazo mientras giraba la manilla de la puerta—. ¿Puedo tener el placer de acompañarla?

Mabel lo observó fijamente durante un largo instante, evaluando su vestimenta formal. La chaqueta de seda negra ceñía sus musculosos hombros, sin un gramo de relleno. La corbata de seda blanca, perfectamente anudada, estaba adornada con un rubí.

El chaleco plateado ajustaba su abdomen tenso; sabía que no llevaba corsé, como hacían muchos de su género. Unos pantalones negros envolvían sus largas y musculosas piernas y remataban unas botas pulidas, hechas del cuero más fino.

Sus ojos subieron hacia su rostro. El brillante cabello caía en gruesas ondas, acariciando la nuca; un mechón se enroscaba sobre su frente. Su mirada tenía un aire perezoso, y una sonrisa cálida curvaba sus labios. De pronto, aquella virilidad la dominó y, como mujer, Mabel se sintió una pequeña y desaliñada harapienta.

—Espero su mano, señorita Chambers —dijo Nial, con el brazo extendido. Mabel colocó nerviosa sus dedos a lo largo de su antebrazo.

Él la condujo a su asiento, justo a la derecha del suyo.

—He preparado un bufé, así tendremos más intimidad —añadió, acercando su rostro a su oído—. Espero que esté de acuerdo.

Mientras el aliento fresco de Nial acariciaba su rostro, una extraña sensación recorrió la columna vertebral de Mabel y el calor se extendió hasta sus extremidades.

—No tengo ninguna objeción —respondió apresuradamente.

—Excelente —musitó él con suavidad—. Cuando llegue el momento, será un placer atenderla.

—¿Dónde está Fanny? —preguntó Mabel, recordando a la niña. No la había encontrado en su habitación ni en el comedor. De repente, se sintió muy incómoda al quedarse a solas con Nial.

—Ya ha comido y está con Mary —explicó él, acercándose a su silla, mientras la mano rozaba el hombro de Mabel al deslizarse por el respaldo—. Primero, tomaremos un poco de vino.

Ella abrió la boca en señal de protesta, pero él le hizo un gesto con la mano para callarla.

—Señor Spencer, ¿quiere usted? —preguntó con cortesía.

El dubitativo mayordomo llevó la botella descorchada a la mesa...

—Gracias, señor Spencer —ordenó Nial—. Puede retirarse ahora... y cerrar las puertas, por favor...

—No la presionaré si cree que va contra su naturaleza —murmuró Nial en voz baja, con la mirada fija en la suya—, pero le prometo que un solo sorbo no tendrá efecto negativo alguno.

Oh, tonterías, pensó, sabiendo que tenía razón. Pero lo que realmente la había convencido había sido la calidad relajante de su voz, además de la suave luz en sus ojos. Habían actuado como un imán, atrayéndola, tentándola. Levantó la copa y la acercó a la suya.

Nial sonrió perezosamente.

—Por una mujer excepcional. Que recuerde esta noche para siempre. —Inclinándose hacia ella, chocó su copa con la de ella y bebió de la copa con estrías.

Después de dar un pequeño sorbo, Mabel no podía decidir si era el vino o si su silla siempre había estado tan cerca de la de Nial.

—Yo... yo —tartamudeó, y entonces sintió el roce de su pierna contra su falda—. Señor Donovan...

—Nial.

Mabel lo miró fijamente y luego parpadeó.

—Señor Donovan...

—Nial —insistió él, sonriendo—. ¿Qué pasa?

La mente de Mabel se aceleró. Sin saber qué le pasaba al hombre, le pareció que estaba... raro. De nuevo sintió la caricia de su pierna contra la de ella y dio un salto. Sin pensarlo, bebió un trago de su copa.

—Tsk, tsk —murmuró Nial en tono socarrón—. Un buen vino debe tratarse como a una mujer hermosa. Jamás hay que apresurarse con él. No, debe ser… seducido.

Al ver la expresión de asombro en el rostro de Mabel, contuvo la risa con dificultad.

—Hay que aspirar su aroma con cuidado... como se haría con el perfume de una dama. ¿Sabía que cada mujer posee su propio aroma natural? Uno que no proviene de frascos ni esencias.

Ella negó con la cabeza, boquiabierta, mientras la sonrisa de Nial se tornaba más osada.

—Usted tiene el suyo —susurró con una voz baja, casi ronca—. Es una mezcla de lavanda y rosa silvestre, pero por debajo… está el perfume verdadero: el de la mujer. Puro, dulce, intacto por los deseos mundanos o las pasiones masculinas.

Cautivada por el murmullo seductor de Nial, Mabel se descubrió inclinándose hacia él, sin darse cuenta.

Entonces lo vio alzar la mano y darle un leve golpecito en la base de la copa con el dedo.

—Ahora, huélalo.

Ella obedeció. Era embriagador, envolvente. No supo si era el vino o Nial lo que le provocaba aquel vértigo repentino.

—Tome un sorbo, pero no lo trague aún —indicó él.

Mabel asintió y lo mantuvo en la boca.

—Deje que fluya sobre su lengua —continuó. Ella lo hizo—. El vino debe saborearse con paciencia. No se bebe, se experimenta. El gusto es una sensación viva.

Se inclinó un poco más hacia ella, murmurando con voz aterciopelada:

—Créame, saborear la piel de un amante es como avivar un fuego. No hay emoción comparable… dulce… Harriet.

El nombre golpeó a Mabel como una bofetada. El vino descendió por su garganta de forma abrupta, haciéndola toser con violencia.

De inmediato, Nial se incorporó y le dio unos golpecitos en la espalda. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa mientras reía por lo bajo.

—¿Mejor ahora? —inquirió cuando el acceso de tos remitió.

—Mucho —respondió ella con un ronquido, y luego le dirigió una mirada entrecerrada y llorosa—. Señor, espero que el tono de su conversación tome un cariz diferente, o tendré que excusarme y usted tendrá que cenar solo.

Nial pareció sorprendido.

—Vaya, señorita Chambers, no me había dado cuenta de que la había ofendido. Simplemente estaba tratando de evocar los sentidos.

Enfadada consigo misma por haberle permitido evocar los suyos, Mabel estaba decidida a no dejar que volviera a suceder y se encerró en su altivez.

—He encontrado su tema bastante indecente —soltó con sarcasmo—. Desde luego, no es una conversación propia para una cena civilizada.

—Perdóneme —replicó él, con una sonrisa apenas contenida—. No pretendía ofenderla. Quizá algo de comida mitigue su enfado. ¿Me permitiría el honor de servirla?

Mabel lo observó mientras él se situaba junto a su silla.

—Acepto su amable ofrecimiento —respondió con un aire digno —. Dejaré en sus manos la elección.

—Será un placer.

Nial se volvió hacia el aparador. Levantó las tapas de los platos dispuestos y comenzó a servirse, los hombros levemente sacudidos por una risa muda que no se atrevía a liberar. Al cabo de un momento, regresó y colocó frente a ella un plato rebosante.

—Aquí tiene —anunció con aparente formalidad.

Mabel abrió mucho los ojos al verlo. Tomó el tenedor con rapidez para evitar que la salsa desbordara el borde de porcelana. ¡Aquel hombre debía pensar que era una glotona!

—Gracias —murmuró con el ceño fruncido, mientras se preguntaba cómo lograría llevarse un solo bocado a la boca sin provocar una catástrofe sobre el mantel.

Nial regresó con su propio plato y percibió su expresión desconcertada.

—Me temo que me he excedido —admitió con humor, señalando la montaña de comida—. Permítame.

Sin más, tomó su tenedor y extrajo un trozo de salmón del revoltijo dispuesto frente a ella.

—Abra la boca, por favor.

Mabel contempló con desdén la carne rosada, suspendida a un centímetro de sus labios. ¡La trataba como a una criatura incapaz! Iba a protestar, pero apenas abrió la boca, el tenedor ya se había deslizado dentro.

—La cocinera prepara un pescado excelente, ¿verdad? —preguntó, mientras despegaba con delicadeza una hoja de la alcachofa, la mojaba en una salsa de mantequilla y se la acercaba.

—De verdad, Sr. Donovan...

—Nial, ¿se acuerda?

Mabel respiró hondo.

—Nial... Creo que ya soy lo bastante mayor para comer sola.

—Solo un bocado más.

Ella lo fulminó con la mirada, pero él se negó a quitarle la hoja, así que ella abrió los labios y hundió los dientes en el extremo tierno, mientras Nial se lo deslizaba de la boca. Un poco de la salsa le goteó por la barbilla, y ella buscó la servilleta, pero su anfitrión se movió más rápido que ella.

—Todo limpio y ordenado —dijo, colocando la servilleta en su regazo—. ¿Más vino?

—¡No! —exclamó ella, y luego notó que Nial levantaba la ceja —. Ya he bebido suficiente... gracias. —¡Claro que sí! Pero no estaba pensando en el vino. Si él daba un paso en falso más, ¡ella cogería su plato y se sentaría al otro extremo de la mesa!

—Como usted quiera. —Nial, sabiamente, la dejó en paz. No tenía ganas de terminar la comida a solas—. Estaba pensando que tal vez le gustaría ir de compras —comentó, y llevó un bocado a sus labios

—¿Con Fanny?

—No, conmigo... para usted, por supuesto. Yo invito. —Se reclinó y la miró por encima de su copa de vino—. Estoy cansado de verla con los mismos vestidos aburridos. Creo que la seda le sentaría mejor, tal vez azul para que haga juego con sus ojos —Se refería al vestido que había visto en el armario—. Son de un precioso color azul... suave, atractivo —dijo en un susurro ronco, con su mirada ardiente penetrando en la de ella.

Mabel, estupefacta, lo miró fijamente, y su tenedor cayó al plato, salpicando su corpiño con salsa.

Nial se puso de pie de un salto.

—Permítame.

Como en un sueño, vio cómo su hábil mano pasaba lentamente la servilleta por sus pechos, y luego su mirada se deslizó hacia arriba. Con Nial inclinado hacia abajo, con su rostro a solo unos centímetros del de ella, una corriente magnética pasó de sus ojos a los de ella, y ella sintió su fuerte atracción. Una tentadora sonrisa cruzó sus labios; un hoyuelo apareció en su mejilla. Al no haberlo visto nunca antes, se sintió tentada a tocarlo, y levantó la mano.

—Ya está —indicó Nial, poniéndose de pie, rompiendo el trance de Mabel—. El daño parece mínimo.

La comprensión de lo que acababa de suceder le golpeó de lleno, y retorció la servilleta en su regazo con disgusto. ¡Increíblemente, había permitido que ese hombre la tocara de un modo íntimo! Avergonzada, mantuvo la vista fija en su plato.

—¿Le apetece postre?

El aliento cálido de Nial rozó su oído, y Mabel estuvo a punto de sobresaltarse.

—N… no, gracias.

Entonces sintió la presión suave de sus manos sobre los hombros.

—Quizá sea lo mejor —murmuró él con un suspiro—. Me aguardan algunos papeles antes de retirarme. Ha sido un verdadero placer tenerla como compañía. Espero que podamos repetirlo pronto… muy pronto.

Incapaz de encontrar la voz, Mabel lo miró, boquiabierta. Nial reprimió una sonrisa y, con gesto teatral, le apartó la mano del regazo antes de inclinarse junto a su silla.

—¡Buenas noches, buenas noches! La despedida es una pena tan dulce que diré buenas noches hasta que sea mañana. Shakespeare. —Sonrió, inclinando apenas la cabeza—. Aunque estoy seguro de que usted conoce sus obras mucho mejor que yo.

Le depositó un beso breve en la mano, se incorporó con soltura y abandonó la estancia.

Mabel se quedó mirando la puerta cerrada.

¡Estúpido! ¡Insufrible! ¡Insensato!

Los gritos se agolpaban en su cabeza mientras reprimía el rubor que le subía por el cuello. Esperó varios minutos, hasta estar segura de que los pasillos estaban desiertos, y entonces se dirigió a su habitación.

Tras cerrar la puerta con llave, soltó el aliento. Incapaz de comprender qué le había pasado al hombre, finalmente decidió que el vino debía de haber provocado su extraño comportamiento.

Aunque eran casi las nueve y media, Mabel no se molestó en encender la lámpara, porque la luz del día parecía durar una eternidad en Escocia. Se acercó a la ventana y contempló los parches de azul que aún iluminaban el cielo de finales de primavera.

Luego, con un suspiro, decidió retirarse a descansar.

Cogió el camisón de algodón del armario y lo arrojó sobre la cama, mientras trabajaba con los botones.

—Siempre he querido verte con algo más que ese saco desaliñado.

Jadeando, Mabel se giró hacia el sonido de la voz de Nial, casi chocando con él.

—¿Qué está haciendo aquí? —exclamó, arrodillándose sobre la cama, con una mano aferrada al poste para sostenerse.

—La seda y el satén te sentarían mejor —replicó él, ignorando por completo el protocolo entre ellos, con una voz baja y cargada de intención—. Desnúdate para mí.

Ella lo miró sin comprender. Por un instante pensó que se trataba de una continuación retorcida del juego que había iniciado en el comedor, una broma impertinente, quizás una provocación deliberada.
Pero, desde luego, jamás pensó que hablara en serio…
ni mucho menos que esperase que ella obedeciera.

—Salga de mi habitación, ahora mismo, señor Donovan, o yo...

—¿O qué? —preguntó él, acercándose más, atrapándola.

—¡G…gritaré! ¡No querrá que Fanny sepa qué clase de hombre es usted en realidad! —gritó ella desesperada.

—Grita todo lo que quieras —murmuró él con una risa cínica.

Ella abrió la boca, pero él le puso la mano sobre ella, atrayéndola contra su cuerpo, apretando su brazo con la fuerza de un tornillo de banco alrededor de su cintura.

Ella forcejeó, pero sus palabras la detuvieron.

—Querida —susurró con sarcasmo—, yo me lo pensaría dos veces si estuviera en tu lugar. Si gritas, no tendré más remedio que llamar a la policía.

Sintió cómo ella se apretaba contra él.

—Parece que entre nosotros se oculta una impostora, una fugitiva de la Corona, que ha pasado desapercibida hasta hoy. Por su cabeza hay una recompensa. Una suma más que generosa, según he oído. ¿No es así, Mabel Whitman?

De repente, sus rodillas cedieron y él la estrechó con mayor fuerza. Apartó la mano de su boca y la recostó sobre la cama. Encendió una vela y, con los hombros caídos en señal de rendición, se volvió hacia ella.

—Todo ha sido en vano —susurró débilmente—. Solo puedo suplicar su perdón.

Una extraña simpatía le nubló el juicio, pero Nial se armó de valor para reprimirla. Su venganza estaba lejos de terminar.

—Desnúdate —ordenó, colocándose sobre ella. La mirada de Mabel se clavó en la suya—. Quiero verte tal como es.

Ella negó con la cabeza, pero él la tomó de la mano y la levantó de la cama.

—Lávate la cara —mandó, conduciéndola hacia la pequeña alcoba y la palangana.

Mabel se deslizó tras la mampara, las lágrimas ardiéndole al fondo de los ojos mientras luchaba por contenerlas. No la había lastimado físicamente, pero el castigo era evidente. ¿Qué esperaba? ¿Un simple golpe en las muñecas? Y se preguntó cómo había descubierto su verdadera identidad.

Al reaparecer, sus ojos brillaban con su color natural y su piel parecía tan suave como la de un infante.

—Suéltate el cabello —ordenó, observando cómo ella retiraba los alfileres del apretado moño. Una cascada de cabellos luminosos cayó sobre sus hombros y espalda, y él sintió un extraño cosquilleo en los dedos, deseando acariciar aquellos hilos de seda.

—Ven aquí —le ordenó, con voz baja y suave—. Ponte esto.

Mabel cogió el trozo de tela arrugado que él le había lanzado. Era su disfraz.

—¿Ha registrado mis cosas?

—Me diste motivos.

—¿Qué motivos?

Nial se rió con dureza.

—Mi querida jovencita, actúas como si fuera yo quien ha cometido el crimen. Ahora ponte el vestido. —Cuando ella se dio la vuelta para escapar detrás de la pantalla, él la detuvo—. ¡Hazlo aquí!

Ella le lanzó una mirada desafiante.

—¡No!

Los ojos de Jade se volvieron fríos y duros.

—Harás lo que te digo... o lo haré por ti.

Con dedos temblorosos, el vestido cayó al suelo. Las lágrimas le picaron los ojos mientras se llevaba las manos nerviosas a la nuca, desabrochando los botones. Sus débiles extremidades temblaban inestables, hasta que realmente se estremeció, como si estuviera en medio de un violento escalofrío.

Al ver su cabeza baja, Nial percibió su reacción. Cerró los ojos mientras respiraba hondo. Aunque ya no representaba a la remilgada señorita Chambers, conservaba su propia modestia, y él no podía permitir que lo hiciera. Expulsando el aire de sus pulmones, la hizo girar, apartó sus manos y agarró el material. Los botones salieron disparados por todas partes, y Nial empujó el traje hacia las manos de Mabel.

—¡Ponte detrás de la pantalla y date prisa!

Corrió hacia la seguridad, con varias lágrimas cayendo por sus mejillas, pero con un movimiento de la mano se las secó. Se puso el vestido y salió a la vista, con la mano sujetando el corpiño roto en su sitio.

Como una mariposa saliendo de su capullo, desplegando sus alas enjoyadas para mostrar su exquisita belleza, ella también se había transformado en una visión de perfección, y Nial quedó asombrado por su transformación.

—Ven aquí —ordenó, y mientras ella caminaba lentamente hacia él, sintió un calor que le subía hasta el fondo de sus entrañas. Entonces ella se detuvo ante él, y su mano se alzó para enredarse en su sedoso cabello, mientras su mirada fascinada recorría su rostro.

Hermosa, pensó. Y *real.* Sus ojos sedientos absorbieron el aspecto de su suave y resplandeciente piel. Como la de un bebé, repitió en su mente, con ganas de tocarla. Unos enormes ojos color zafiro, coronados por unas cejas delicadamente arqueadas y enmarcados por largas pestañas oscuras, lo miraban fijamente, y él se sintió ahogándose en sus seductoras profundidades. Su mirada se deslizó por su nariz recta y delgada, hasta sus labios suaves, temblando de incertidumbre, y sintió la necesidad de acariciarlos suavemente con los suyos. Mientras la abarcaba por completo, la vio como la ninfa del bosque que lo había atormentado día y noche, dejándolo siempre con ganas, nunca satisfecho.

—Llevas escapándote de mí demasiado tiempo —susurró con voz ronca. Y, como si dudara de que ella fuera real, la atrajo hacia sí.

Un fuego ardiente recorría sus venas mientras sus labios quemaban los de ella, su lengua caliente exploraba con urgencia, pidiendo una respuesta. Su brazo musculoso se deslizó alrededor de su pequeña cintura, pegándola contra su cuerpo, y sus dedos largos se enredaron en la nuca, apretando su rostro contra el suyo.

Mabel, resistiendo esas extrañas emociones que agitaban su cuerpo tembloroso, luchó contra su fuerte agarre, aunque sus débiles forcejeos solo aumentaban su fuego interior. Se retorcía contra su pecho firme, mientras su mano subía por su espalda, obligándola a acercarse más.

Asustada por su fuerza masculina, sus labios temblaron y un gemido escapó de su garganta.

Al escucharlo, Nial se dio cuenta de que no era un sueño. La apartó con suavidad y le dio la espalda, esforzándose por controlar sus sentimientos.

—Eso formaba parte de tu castigo —dijo con voz ronca, sabiendo que él también se castigaba. Recuperó la compostura y se sentó en una silla—. Siéntate, señorita Whitman. Tenemos que hablar.

Con cautela, Mabel lo siguió, observando cada movimiento. Se sentó en el sofá y vio cómo Nial se acomodaba en la silla frente a ella.

Sus ojos, inexpresivos, la escrutaban.

—Explícame por qué te has estado haciendo pasar por la señorita Chambers.

Concentrada en sus manos apretadas, Mabel contó su historia: cómo Steven Rodway la abordó, cómo usó el disfraz para huir de Londres y hasta cómo leyó los diarios de la difunta señorita Chambers con la esperanza de ayudar a Fanny.

—¿Esperas que me crea que te importaban los intereses de mi hija?

—Puede que no esté tan cualificada como la señorita Chambers, pero no puede negar que Fanny está mucho mejor ahora que cuando llegué aquí.

—No, no puedo —admitió él—. Pero cuando se entere de tu engaño, puede que se retraiga. De hecho, debido a eso, puede que esté peor que antes.

—Hace tiempo que sabe que voy disfrazada. Del mismo modo, sabe que soy su amiga, sin importar el nombre que use. Fanny se ha convertido en alguien muy querido para mí. Nunca le haría daño... no intencionadamente. Una vez le dije que guardaba un secreto en mi interior y que, cuando estuviera lista, lo compartiría con ella. Ella

lo entendió y estoy segura de que no me lo echará en cara, una vez que conozca mis razones. —Miró a Nial. Él no parecía convencido—. ¿Cómo descubrió mi verdadera identidad?

—Aquella noche de abril, cuando fui a buscar a la señorita Chambers, yo también estaba en Covent Garden. —Vio cómo los ojos de Mabel se abrían con incredulidad—. Una joven actriz me llamó la atención, pero cuando comenzó el tercer acto, había desaparecido y la había sustituido otra. El hombre de Stilton me dio una pista de que estaba en serios problemas, sobre todo cuando la Corona tenía a todos los hombres de Inglaterra buscándola. Pero no fue hasta que fui a la cabaña hoy cuando me di cuenta de que había estado bajo mi protección todo el tiempo.

—¿Estuvo en la cabaña?

Sonrió, con complicidad.

—¡Ayúdame, Lisandro, ayúdame!

—¿Lo vio todo?

—Difícilmente. Me tomo en serio a Shakespeare, señorita Whitman, y su interpretación de *Hermia fue* excepcional. Lo recordaba bien. —No dio más detalles. Tampoco estaba dispuesto a explicar sus sueños—. Oí lo suficiente como para sospechar. Así que registré sus habitaciones.

Mabel empezó a sospechar por sí misma.

—Nos ha estado espiando.

—¿Espiando? Digamos que he estado observando.

Se preguntó si él las había visto con Ian y decidió que no. Porque, si la ruptura entre los dos hombres era tan grave como Ian había insinuado, entonces Nial se habría enfrentado a ella cuando lo descubrió.

—Señor Donovan. ¿Cree que sería posible que me quedara en Northcott?

—¿Qué?

—Estaba pensando en Fanny. He hecho algunos progresos con ella. Es capaz de emitir sonidos. Con tiempo, estoy segura de que hablará.

—Eso está muy bien, pero el engaño no me sienta bien —espetó Nial poniéndose en pie—. Eres una mujer buscada. Aunque afirmes ser inocente, no tengo forma de saber si lo que dices es cierto. Si sigo albergándote y finalmente te descubren, pagaré el mismo precio que tú, señorita Whitman.

—Lo entiendo —aseguró ella, con la mirada en sus manos.

Nial miró la parte superior de su cabeza inclinada durante un largo momento. De repente, se enfadó por toda la emoción que ella despertaba en él. ¡No había querido sentir nada por una mujer! De hecho, ¡había jurado hace mucho tiempo que no lo haría! ¡Maldita sea! ¿Cómo se había metido en todo esto?

—Te haré saber mi decisión final por la mañana. —Se dirigió a zancadas hacia la puerta—. Y te sugiero que no intentes escabullirte de esta casa al amparo de la noche. Si lo haces, te arrepentirás.

Mientras veía cómo se cerraba de golpe la puerta, Mabel sintió de repente que una chispa de esperanza se encendía en su interior. Como él no había dicho que no, todavía podía haber alguna pequeña posibilidad de que la ayudara. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que él le pidiera, con tal de que le concediera un indulto.

Capítulo *12*

A la mañana siguiente, se deslizó una nota debajo de la puerta de Mabel que decía:

Harriet, reúnete conmigo en mi estudio en quince minutos.

El uso de su nombre falso le hizo pensar que debía ir disfrazada. De nuevo estaba firmado por *J*.

Quizás Nial había tomado su decisión. Mabel entró en la biblioteca, con el estómago dando vueltas. Respirando hondo, cerró los ojos y rezó fervientemente para que todo saliera bien.

Mientras estaba de pie en la puerta del estudio, observó a Nial mientras este se reclinaba en su silla, con la cabeza apoyada en el cuero y el pulgar y el índice de su mano derecha masajeando sus párpados. Aún vestía la misma ropa de la noche anterior, sin chaqueta, chaleco ni corbata, y con los botones de la camisa desaparecidos hasta el esternón. Entonces bajó la mano y la miró.

—Cierra la puerta y toma asiento —ordenó, con el rostro inexpresivo, y las esperanzas de Mabel se desplomaron.

—Supongo que ya ha tomado una decisión —dijo ella, apoyándose en la puerta cerrada por si decía las palabras que más temía.

Sus ojos cansados recorrieron su rostro y su cuerpo. No había dormido anoche, había estado paseando por sus aposentos de forma intermitente, luego se había tumbado en su cama para mirar el dosel, y luego había comenzado el proceso de nuevo.

—Creo que es mejor que te sientes.

Las piernas de Mabel se tambalearon ligeramente, pero llegó a la silla donde lo miró de reojo.

Nial respiró hondo y carraspeó.

—He tomado una decisión, aunque dudo que estés de acuerdo. Ha sido una elección muy difícil. Sin embargo, no veía otra salida.

Ella bajó la mirada hacia sus manos juntas.

—Lo entiendo.

—No, no lo entiendes —aseguró Nial con una risa burlona—. Mabel — su nombre pasó por sus labios como una brisa de verano —, mírame. — Él observó cómo su mirada se posaba en su rostro—. Mi decisión se basa en las necesidades de Fanny. Por supuesto, hay condiciones. Después de que las hayas escuchado, aceptarás mis términos o no tendré más remedio que notificar a las autoridades correspondientes.

Su corazón latía con fuerza. ¡Sus oraciones habían sido escuchadas!

—Señor Donovan, ¿cómo podría agradecérselo? —exclamó con premura, mientras una sonrisa le iluminaba los ojos y luego el rostro —. Le prometo que…

—No me des las gracias —interrumpió él con frialdad—. Y no me prometas nada. No hasta que hayas escuchado mis condiciones.

Mabel se puso seria.

—Pido disculpas. Pensé que iba a permitirme quedarme en Northcott.

—Tú vas *a* quedarte en Northcott.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Las condiciones, Mabel.

—Bueno, ¿cuáles son las condiciones? —preguntó ella, inquieta.

De nuevo, Nial la miró durante un largo momento.

—Vamos a casarnos.

—¡Casarnos! —exclamó ella, levantándose de la silla—. ¡Debe de estar usted… loco!

Demasiado cansado por su larga noche de reflexión, primero diciéndose a sí mismo que se casaría con ella, por el bien de Fanny, por supuesto, y luego diciéndose a sí mismo que estaba loco por siquiera considerar el asunto, una amante era menos molesta, finalmente había decidido hacerla su esposa, y ahora, ¡ella tenía la audacia de mirarlo como si acabara de salir de debajo de una roca! Al instante, su temperamento estalló.

—¡De acuerdo, estoy loco! —gritó, con los ojos duros como piedra cubierta de musgo—, pero las condiciones no cambian. Es el sheriff o yo. ¡Ahora elige!

Atónita, Mabel cayó en su silla.

—Yo... yo no puedo casarme con usted.

—¿Por qué*?*

—Porque no le quiero.

Las palabras golpearon a Nial como una patada entre los ojos. Nunca se le había ocurrido que ella lo rechazaría. ¡No por falta de amor! Es cierto que él tampoco la amaba. ¡Pero eso era un asunto completamente diferente! Había tomado su decisión, seguro de que ella aprovecharía la oportunidad. Después de todo, él era un buen partido. ¡Quizás el mejor de toda Gran Bretaña! Y decidió decírselo.

—Puede que te sorprenda, señorita... Whitman —soltó con tono desdeñoso—, pero si chasqueara los dedos, al menos la mitad de las mujeres de Escocia, y buena parte de Inglaterra, vendrían corriendo a complacerme. Y si hoy colgara un cartel en Selkirk que dijera: "Nial Donovan busca esposa", mañana habría una fila ante mi puerta que se extendería hasta Edimburgo y de regreso, tres veces.

—Podría extenderse hasta Londres y de regreso, tres veces, señor Donovan —espetó Mabel, aún conmovida por la contundencia de su declaración—. El hecho es que no le amo.

—No he mencionado el amor —replicó él con dureza—. Quien necesita tu amor es Fanny, no yo. Todo esto se decidió por ella, y solo por ella. Ha llegado a confiar en ti... de hecho, te ve como una figura materna, lo cual ya es un milagro. Fanny se pasó la infancia intentando, sin éxito, ganarse el afecto de su madre. Celeste jamás le mostró ni un ápice de ternura. Para una niña pequeña, ese rechazo fue tan cruel como incomprensible. No fue hasta que tú llegaste que volvió a abrir el corazón de verdad. No puedes destruirla marchándote, y tampoco puedes quedarte fingiendo ser la señorita Chambers.

—Pero hay otras mujeres que pueden quererla tanto como yo... tal vez alguien a quien usted también pueda querer. ¿Patricia, tal vez?

Mabel había pronunciado la palabra con tal vehemencia que Nial se rió, pero no fue una risa amable.

—No solo Patricia ha intentado usar a Fanny para capturarme, sino que muchas otras han intentado la misma táctica. Ahí radica el problema: en quién confiar. Hace mucho tiempo aprendí que las mujeres juegan un juego, la farsa del amor, cuando en realidad lo único que quieren es lo que mi dinero y mi posición social pueden ofrecerles. En tu caso, sin embargo, sé que no te importa ni mi dinero ni yo, pero sí te importa profundamente Fanny.

Aunque no amaba a Nial, como él había dicho, había tenido esperanzas de utilizar su dinero y su posición para sus propios fines.

—Mis acciones no carecían totalmente de intenciones egoístas — dijo, esperando que su confesión le hiciera cambiar de opinión—. Yo también había querido utilizar su poder para ayudarme.

—¿Cómo es eso?

—Esperaba que, si de alguna manera curaba el mutismo de Fanny, podría pedirle ayuda para limpiar mi nombre.

—¿Iba a utilizar a Fanny como un peón?

—No —negó sinceramente—. Mi idea era que si le devolvía la voz a Fanny, solo *entonces le* pediría que me ayudara. Habría sido en lugar del pago monetario, lo que usted arregló con la señorita Chambers. Nunca habría puesto mis necesidades en primer lugar…

—Te creo —aseguró Nial, sabiendo en el fondo que, a pesar de su engaño, nunca haría daño a su hija a sabiendas—. Pero hay una diferencia. Mientras tú me pides un favor, los demás me piden uno tras otro, hasta dejarme sin nada. Mi decisión está tomada y no pienso cambiar de opinión. Nos casaremos.

Mabel negó con la cabeza.

—¡No puede hablar en serio! ¡No lo haré!

—Parece, Mabel, que olvidas quién tiene las de ganar —espetó, irritado por todo el asunto, especialmente por su rebeldía—. Como te dije antes, es el sheriff o yo.

—Pero...

—Si Fanny está de acuerdo, nos casaremos —continuó, ignorándola—. Ella es la que tiene la respuesta a tu destino. A cambio, si ella está de acuerdo, haré todo lo que esté en mi poder para limpiar tu nombre.

—P… pero ¿qué pasa con... —Mabel se sonrojó— Con...

Los labios de Nial se crisparon, y su ceño se frunció divertido.

—¿Mis derechos maritales?

Mabel asintió.

—No me opongo a tener más hijos —declaró, y observó cómo ella palidecía—. Pero no esperaré que asumas ese papel de inmediato si no lo deseas.

Lo había hecho sonar como un número de circo, pensó ella con rabia. Esa no era en absoluto su idea del matrimonio. Desde luego que deseaba tener hijos, pero también anhelaba un marido afectuoso. Nial la atraía, le despertaba sensaciones que ningún otro hombre le había provocado jamás. Claro que su experiencia con los hombres era casi inexistente. Pero el amor... Estaba segura de que eso no era lo que sentía por él.

—¿Estás prometida, Mabel? —preguntó él, interrumpiendo sus pensamientos.

—No

—¿Tienes un amante?

—¡No!

—¿Alguna vez lo has tenido?

—¡No!

Con su tajante negativa, Nial sintió una extraña sensación de alivio.

—Entonces no veo razón por la que no podamos casarnos —afirmó como si el asunto estuviera zanjado—. Por supuesto, primero debes convencer a Fanny. Le explicarás todo en mi presencia. Si ella está de acuerdo, nos casaremos tan pronto como se puedan arreglar las cosas —Luego se puso de pie, dispuesto a echarla de su vista—. Oh, sí. Durante el día, seguirás asumiendo tu disfraz de señorita Chambers. Lo harás hasta que tu nombre haya sido limpiado. Por las noches, sin embargo, te convertirás en ti misma. —Se levantó, dio la vuelta a su escritorio y le agarró suavemente la barbilla—. Es difícil de creer —dijo, girando su rostro de un lado a otro—, que unos cuantos toques de maquillaje, un vestido viejo y un peinado de solterona puedan ocultar tan bien tu belleza. Cuando estemos solos, no quiero que te ocultes de mis ojos... nunca. Ahora, ¿vamos a casarnos? —preguntó, desafiándola con la mirada a que se opusiera.

Aún aturdida por la propuesta de Nial y las condiciones que la acompañaban, Mabel lo miró fijamente y notó su mirada severa.

Todas las demás opciones se le habían cerrado. Era, como él había dicho, el sheriff o él.

—No me deja otra opción —susurró derrotada—. Nos casaremos.

—Bien. Has elegido sabiamente, Mabel.



Fanny, emocionada ante la perspectiva de tener una nueva madre, una que la amara de verdad, había dado su aprobación. Tres días después del ultimátum de Nial, Mabel, con su belleza completamente expuesta, estaba de pie junto a él en una iglesia de luz tenue, no lejos de Selkirk, escuchando a medias cómo el reverendo señor Jacobs recitaba los votos matrimoniales de memoria. Su tono nasal la hizo estremecer, y luego oyó el timbre profundo de la voz de Nial mientras repetía cada palabra con aplomo.

De pronto fue su turno. Con voz débil y temblorosa, Mabel pronunció su promesa, tropezando varias veces en el intento. La mano de Nial apretó la suya para tranquilizarla cuando olvidó un pasaje completo y el ministro tuvo que repetírselo. Después, vio cómo una banda de oro, engastada con zafiros, se deslizaba en su dedo. Con un casto beso en la frente, Nial dio por concluida la ceremonia.

Firmados los documentos necesarios, Nial se apartó con el reverendo señor Jacobs.

—¿Se ha ocupado de todo? —preguntó.

—No hay de qué preocuparse. Como Escocia está exenta de la Ley de Matrimonio, no fue necesario publicar edictos. Un simple intercambio de votos ante testigos ha sido suficiente para que todo sea legal. Su certificado de matrimonio, señor, —le entregó el papel a Nial—, como siempre, sus secretos están a salvo conmigo.

—Gracias, amigo, —murmuró Nial, apretando el hombro de Jacobs, y luego le entregó un bolso, para el fondo de sus huérfanos.

—Soy yo quien debería darle las gracias, —respondió el hombre tras echar un vistazo al interior, con los ojos todavía muy abiertos por la sorpresa.

Los hombres se dieron la mano y, a continuación, Nial se dirigió a la puerta de arco donde le esperaba su nueva esposa, mientras pasaba el tiempo con la señora Jacobs, que había sido la dama de honor.

—¿Vamos, señora Donovan? —preguntó, extendiendo el brazo, y Mabel puso nerviosamente la mano en su manga—. Señor Spencer, creo que estamos listos.

—Sí —respondió el padrino, tirando de su cuello de la camisa —. Yo también estoy deseando llegar a casa.

Mientras los recién casados viajaban de regreso a Northcott, Nial, sentado frente a Mabel en el carruaje, la observó con una lánguida mirada de valoración. Llevaba la seda azul que él había encontrado en el armario, el escote del vestido curvado hacia abajo, el broche de zafiro prendido entre sus jóvenes pechos. Las mangas con puños cubrían sus delgados hombros; perlas de semillas decoraban el corpiño con un intrincado diseño. La seda moldeaba su cintura y su talle, para ensancharse en una falda amplia que cubría sus pies enfundados en zapatillas de seda.

—Estás muy guapa, Mabel —comentó él, y ella apartó la mirada de la oscura calzada—. Un hombre no podría esperar una novia más hermosa.

La concentración de Mabel se desvaneció hacia el ramo que sostenía.

—¿De verdad estamos casados? —preguntó en un susurro.

Nial se rió entre dientes.

—Sí, señora Donovan. A los ojos de Dios y de los hombres, estamos casados —ella no dijo nada—. ¿Te estás arrepintiendo?

Su mirada se posó en su rostro.

—Siempre he dicho que no quería casarme con usted.

—Pero yo deseaba que lo hicieras —afirmó con superioridad—. Y, querida Mabel, siempre consigo lo que quiero.

—A través del chantaje.

—Esta vez, tal vez —admitió—. Pero no en el pasado. Verás que nuestra unión no será tan desagradable como podrías pensar. En un futuro próximo, tendrás un bebé que te entretendrá... tal vez dos o tres.

Sus ojos se agrandaron y finalmente encontró su voz.

—Prometió que no me presionaría por sus derechos —recordó apresuradamente—. Tengo una carrera...

—Tenías —afirmó él—. Tus días en el escenario han terminado. Si sientes la necesidad de actuar, será solo para mis ojos.

Mabel no pudo encontrar una respuesta adecuada. En su prisa por escapar del castigo de la Corona, le había dado a Nial Donovan el derecho a decir lo que podía y no podía hacer. Ya no era una persona que conservaba el derecho de elección para sí misma. No, era propiedad de otro, uno que no la amaba.

—¿Supongo que ahora desearías haber elegido al sheriff en lugar de a mí? —preguntó a través de las sombras—. Si es así, te equivocas en tu suposición. He investigado un poco desde que supe quién eres. El conde de Halfield, el padre de Rothhamford, tiene muchos amigos en las altas esferas. Si hubieras actuado por tu cuenta, no habrías tenido ninguna posibilidad. Con mi ayuda, tus riesgos de ser condenada por la agresión y robo de un tal Steven Rodway son mucho menos probables. Si tienes paciencia, te lo demostraré.

—¿Y qué ofreceré yo a cambio? —preguntó ella con sinceridad.

—A ti misma. —Nial vio que se quedaba callada—. Muchas parejas se casan por razones distintas al amor, Mabel. Y como

resultado, tienen media docena o más de hijos.

—También tienen amantes para compensar su soledad —soltó ella, acalorada, sabiendo de varios matrimonios de este tipo.

Nial entrecerró los ojos.

—En tu caso, no los hará.

—¿Y usted? —preguntó ella, detestando la idea del doble rasero por el que se le obligaría a vivir, pues estaba segura de que él tendría tantas amantes como días tiene la semana. Sin embargo, si ella tuviera la disposición de buscar un corazón tierno, entonces, sin duda, tendría que pagar por su transgresión—. Supongo que se le permitirá tanta libertad como desee.

—No me des motivos para buscar a otra —pidió él, pensando en su difunta esposa y su frialdad—, y solo buscaré tu cama.

Segura de que había hablado demasiado pronto, Mabel se quedó en silencio. Quizás si seguía rechazándolo, él encontraría a otra para sus necesidades masculinas. Sí, eso es lo que haría, decidió. Lo rechazaría.

—Este matrimonio se consumará, Mabel —aseguró él, leyéndole la mente—. Depende de ti cómo se haga.

—¿No usaría la fuerza, verdad? —gritó ella, con los ojos muy abiertos.

Nial se rió entre dientes con aire de complicidad.

—Dulce Mabel, eres tan ingenua. Nunca te obligaría. No tendría que hacerlo, amor. Mi experiencia es mucho mayor que la tuya. Soy un maestro de la seducción. Ninguna mujer me ha rechazado nunca. — Entonces pensó en Celeste, en la fría y egoísta Celeste. Impulsado por sus pensamientos, sintió que tenía que demostrar sus palabras. Su nueva esposa no sería como la primera—. Siéntate a mi lado —pidió, dando unas palmaditas en el espacio vacío junto a él.

—Estoy bastante cómoda aquí —dijo Mabel con altanería y sin pensar.

Una sonrisa astuta cruzó su rostro.

—Entonces iré yo a por ti. —Trasladó su cuerpo junto al de ella, atrapando su falda bajo su muslo, y luego su mano golpeó el costado del carruaje, deteniendo su vuelo hacia el asiento opuesto —. ¿Estás cómoda? —preguntó con una sonrisa mientras su brazo libre se deslizaba alrededor de sus hombros, tirando de ella contra él.

—Suéltame —exigió ella, empujando contra su sólido pecho—. Si me tocas, yo...

—¿Qué harás? —Su mano se desprendió de la pared del carruaje y se deslizó alrededor de su cintura, su sonrisa se hizo más amplia—. ¿Llamar a la policía?

Asustada, Mabel se resistió aún más. Visiones de Steven Rodway se le vinieron a la mente.

—Nial, por favor... no lo hagas.

Sus intentos por liberarse lo impulsaron a seguir adelante. Ella no sería otra Celeste. ¡Nunca! Cuando él la quisiera, ella accedería, acudiría a él de buena gana, con los brazos abiertos, su cuerpo ansioso por su entrada. Un claro iluminado por la luna llenó de repente el campo de su mente; una ninfa de espíritu libre llamaba a su amante, y Nial olvidó todo excepto el sueño en sus brazos.

—No me niegues, Mabel —susurró con voz ronca, luego giró su rostro y su boca cubrió la de ella.

Sus labios la exploraron suave y delicadamente; Mabel luchó contra su tierna persuasión, pero él no la soltó. Su lengua recorrió la plenitud de su labio inferior y, lenta y tiernamente, la derritió. De repente, una chispa se encendió en lo más profundo de su ser. Al principio la asustó, pero la ardiente emoción no dejó de crecer, hasta que el fuego saltó salvajemente por sus venas, consumiendo sus miedos. Ella se apoyó en él, abriendo sus labios bajo los suyos.

Su entrega instantánea lo conmovió. Todo pensamiento de seducción se desvaneció, y ya no pudo contener la llama que ardía

en su interior. El deseo, en carne viva, estalló; un infierno fuera de control. Sus labios sedientos se volvieron exigentes, enérgicos. Con abandono temerario, su mano dejó su cintura para deslizarse por su costado vestido de seda y acariciar su pecho. Su palma presionó la suavidad, y sus dedos, ansiosos por tocar su carne, se hundieron en el escote de su vestido.

De repente, ella se quedó quieta; sus puños cerrados golpearon su pecho y luego quedó inerte. Nial apartó su boca para escuchar su súplica gimoteada:

—¡Otra vez no... Dios mío, otra vez no!

Las lastimeras palabras lo golpearon como el spray del Mar del Norte en invierno; el asco reemplazó su deseo. Nunca había perdido el control, siempre había estado dueño de sí mismo, excepto con Mabel. Sintiendo el temblor temeroso de su cuerpo, enderezó su corpiño y la sostuvo con suavidad contra su hombro.

Las lágrimas de ella empaparon su abrigo y una sensación de hundimiento se instaló cerca de su corazón. Él alisó con ternura los mechones de su frente. Como un padre que consuela a un hijo herido, la meció en sus brazos y le canturreó suavemente:

—Ssh, cariño, no llores. No volverá a suceder... Te lo prometo. —A medida que pasaban los kilómetros, sus sollozos se convirtieron en pequeños suspiros y respiró hondo, temblorosa—. Mabel —dijo él, en voz baja, arrepentido—, me disculpo por mis acciones. Te ruego que me perdones.

Ella lo miró con ojos nublados.

—Sé que tienes derecho a hacer conmigo lo que quieras... es solo que me asustaste. Me recordó a... a...

—Rothhamford —afirmó Nial, y al ver que ella asentía, pensó que no era mejor que aquel bastardo lujurioso—. Admito que me he comportado como un canalla, un colegial ansioso que aún no sabe de buenos modales. Nunca más haré insinuaciones no deseadas hacia ti, sin importar cuáles sean mis derechos. Te lo prometo.

Sus palabras sonaban tan sinceras que Mabel no pudo evitar creerle.

—Sé que, con el tiempo, tendremos que...

—¿Hacer el amor? —interrumpió Nial, reprimiendo una sonrisa. Su inocencia le intrigó cuando ella bajó la mirada y asintió—. Te lo prometo, Mabel, vendrás a mí por voluntad propia. No te obligaré. También te aseguro que, cuando llegue el momento, no te repugne el acto. Es algo natural entre un hombre y una mujer. Cuando estés lista, te enseñaré sus éxtasis.

Ella pareció avergonzada, y quizá un poco escéptica, así que cambió de tema:

—El broche que llevas, ¿fue un regalo?

—Era de mi madre —respondió, acariciando el precioso recuerdo.

—¿Y tu padre?

—No lo sé. Nunca lo dijo.

—No lo entiendo.

—Nunca conocí a mi padre, Nial. Puede que nos haya abandonado, que haya muerto... o que ni siquiera sepa que existo —admitió con voz débil—. Como llevo el apellido de mi madre, solo puedo suponer que soy... ilegítima.

Rápidamente apartó la mirada para mirar por la ventana.

Nial apretó suavemente la mano de Mabel y, con un dedo gentil, giró su rostro hacia el suyo.

—No es ningún crimen ser ilegítima, Mabel. No eres responsable de las acciones de tus padres. No te consideres menos que aquellos nacidos de una unión bendecida por el estado y la iglesia. Eso no significa nada para mí.

—¿Habla en serio? —preguntó ella, sorprendida.

—Querida Mabel —respondió él, con una sonrisa tierna curvando sus labios—, mi primera esposa tenía un linaje tan largo como mi brazo y supuestamente tan puro como la nieve del primer invierno, pero, a pesar de su derecho de nacimiento y su legitimidad, carecía de cualidades redentoras. Era egoísta e indiferente. Lo único hermoso que salió de ella fue Fanny.

Era la primera vez que Mabel lo oía hablar libremente de Celeste, y su tono era despectivo. Obviamente, no sentía nada por la mujer. Pero en algún momento debió haber sentido algo. Por eso preguntó:

—¿Por qué nunca hablas de Celeste?

—Tengo mis razones —declaró abruptamente, sin añadir más. Luego volvió la mirada al asiento de enfrente, y Mabel sintió un vacío repentino cuando lo hizo—. Llegaremos a Northcott en breve. El señor Spencer se asegurará de que nadie nos vea.

—Además del señor Spencer, ¿alguien más sospecha de nuestra misión esta noche?

—¿Misión? —dijo él, con los labios tensos—. Hace que nuestro matrimonio parezca una sórdida intriga.

—Cuando uno se escapa de casa después de la medianoche para pronunciar sus votos en una iglesia escondida en el bosque, yo lo llamaría un ardid furtivo, ¿no crees?

—Supongo que tienes razón. Admito que fue necesaria cierta maniobra para que todo funcionara. Sin embargo, se hizo para protegerte. Las únicas personas que conocen tu verdadera identidad son Fanny, los Jacobs, el señor Spencer y yo, por supuesto. Todos son de confianza. Debemos mantener esta farsa hasta que cumpla mi parte del trato y limpie tu nombre.

—En ese momento se espera que yo cumpla la mía —terminó Mabel con un suspiro. A Nial le había parecido que se estaba preparando para ser registrada en los anales del martirio—. No

importa —continuó con el mismo tono apagado—. Un marido es un marido, se mire como se mire.

A Nial se le levantó una ceja.

—No sabría decirlt. Nunca he tenido uno.

Mabel sonrió ante su tono indiferente.

—Si lo hubiera tenido, Sr. Donovan, no estaría en la situación en la que me encuentro ahora.

—No, Sra. Donovan, no lo estaría. Pero tienes un marido y yo tengo una esposa. En lugar de lamentarnos por ello, creo que es mejor que juguemos la mano que el destino nos ha repartido. Al final, si tenemos cuidado, ambos podríamos ganar. Puedo darte las comodidades básicas de la vida, además de los servicios adicionales con los que la mayoría de las mujeres solo sueñan. A cambio, tú serás una madre cariñosa para Fanny, algo de lo que ella ha carecido toda su vida. Juntos, podríamos construir una relación amistosa, basada en el respeto.

—Pero no amor —afirmó, sintiendo una punzada de tristeza cerca de su corazón. Nunca había conocido el amor de un hombre, ni siquiera el de su padre, y Nial le había dicho que no lo esperara de él. Le dolía pensar que esa emoción siempre estaría perdida para ella.

Nial la miró durante un largo momento.

—Yo ya he recorrido el camino del amor, Mabel. Fue un viaje desastroso. Créeme cuando te digo que la emoción no vale la pena el dolor.

Aunque no sabía nada de su primer matrimonio ni de la razón que había detrás de la cínica declaración de Nial, ella seguía en desacuerdo, y habría expresado sus pensamientos, pero el carruaje se detuvo en la parte trasera de la casa, y el Sr. Spencer bajó de su asiento y abrió la puerta.

—Síganme —susurró—. Silbaré si alguien merodea por aquí.

Nial ayudó a Mabel a salir del coche y luego siguieron al Sr. Spencer hasta el interior de la casa a oscuras. Como un gato, el hombrecillo fibroso se abrió camino a través de las cocinas; los recién casados lo siguieron, con Mabel al frente. Ella tropezó, y su dedo del pie golpeó la pata de una mesa; Nial se tropezó con ella. Luego, él extendió sus manos alrededor de su cintura, presionando su pecho contra su espalda, y comenzó a guiarla entre los muebles. Debe ser una criatura de la noche, pensó ella, preguntándose cómo podía ver en la oscuridad, y luego él susurró:

—Las escaleras están a tu derecha.

Cambiando de posición, Nial tomó su mano y la condujo por los escalones y se detuvo dentro del nicho, donde esperó la advertencia del Sr. Spencer, con Mabel de nuevo frente a él.

En la oscuridad, los sentidos restantes de Mabel se despertaron de repente. El suave aliento de Nial abanicó la parte superior de su cabeza, y su colonia especiada llenó sus fosas nasales con su aroma tentador. Mientras sus manos presionaban suavemente su cintura, su pecho se amoldaba a su espalda y hombros. Las sensaciones que evocaba la abrumaban; un estremecimiento de excitación la sacudía.

Nial sintió el temblor y, pensando que estaba helada, cubrió sus brazos con los suyos, compartiendo su calor.

—¿Mejor? —susurró, el suave timbre de su voz le envió otro escalofrío, y sus brazos se apretaron, acercándola más.

Mabel no se opuso, porque en la oscuridad podía fingir que su nuevo esposo sentía un afecto genuino hacia ella, que le mostraba una auténtica muestra de amor, y se aferró a ese instante, consciente de que su ternura no duraría.

Con su cuerpo curvado contra el de él, Nial sintió renacer en lo más profundo de su ser un deseo intenso. Ella era suave, dócil... suya. Por derecho podía llevarla a su lecho, y nadie se opondría. Nadie, salvo Mabel, pensó con desaliento.

Su matrimonio había sido por el bien de Fanny... y también por el suyo propio, temía. Ella era una parte inseparable de su vida, día y noche. Era la mujer de sus sueños, la deseaba, la quería... pero el amor no tenía cabida en aquello. Sí, la quería ahora, pero también anhelaba que lo hiciera de forma voluntaria.

Recordó el viaje de regreso desde la iglesia y su respuesta apasionada a aquel beso vacilante. Si no hubiera estado tan impaciente, arrastrado por su ardiente pasión, no la habría atemorizado. Necesitaba conquistarla con calma, lenta y tiernamente, pero mientras el recuerdo del ataque de Rothhamford persistiera entre ellos, sabía que ella no querría su tacto ni sus besos.

Entonces, sabiendo que tenía que liberarla de algún modo de ese recuerdo y hacer que el sinvergüenza la soltara, Nial decidió que, al final de la semana, se enfrentaría a Rothhamford.

—Está despejado —susurró el Sr. Spencer entre las sombras, sobresaltando a la pareja, que estaba perdida en sus pensamientos.

—Gracias, Tom —dijo Nial, usando el nombre de pila del hombre, hallando su hombro y apretándolo con sinceridad—. Tu amistad no tiene precio.

—Fue un placer ayudar. Aunque fue toda una sorpresa —comentó, refiriéndose a la verdadera identidad de Mabel y al matrimonio posterior—, pero una sorpresa agradable. Está muy guapa esta noche, señora. Bueno —añadió con una leve risita—, será mejor que les deje solos.

—Una idea excelente —respondió Nial con tono afirmativo, y percibió cómo Mabel contenía la respiración. Antes de que ella pudiera hablar, él apretó su cintura con el brazo—. Buenas noches, Tom.

El señor Spencer bajó las escaleras para ocuparse del carruaje y los caballos, mientras Nial tomaba la mano de Mabel y la guiaba por el pasillo, deteniéndose ante su puerta.

—Si te sientes sola durante la noche, señora Donovan —dijo en tono burlón—, mis habitaciones están a solo dos puertas de distancia —y rozó sus labios con un suave beso.

Mabel contempló su silueta oscura mientras él caminaba en silencio hasta el final del pasillo. Su puerta se abrió, y entonces susurró:

—Buenas noches, —y el panel se cerró.

Dentro de su aposento, con la puerta bien asegurada por si su marido decidía buscarla en su habitación, Mabel observó su alianza de boda. El oro simbolizaba la pureza, el círculo, la eternidad... unidos para siempre, pensó, mientras la luz de la luna reflejaba los zafiros junto a la ventana. Según la leyenda, un nervio conectaba el dedo anular de la mano izquierda directamente con el corazón. ¿Sería verdad? se preguntó, aunque pronto decidió que solo era un mito. Sin embargo, al retirar el anillo de su dedo, sintió un punzante retorcimiento cerca del corazón.

Se dirigió al armario, sacó la enagua de la estantería y, tras echar un último vistazo, guardó su alianza de boda, junto con el broche, en la caja de satén descolorida. Allí permanecería hasta que su nombre fuera limpiado y su disfraz abandonado. Con los objetos escondidos de nuevo, su vestido de seda azul resguardado en el fondo del armario, se preparó para irse a la cama. Mientras yacía allí mirando la luna que se alzaba fuera de su ventana, de repente se dio cuenta de la importancia de los acontecimientos de la noche.

Casada, pensó. Una esposa, una madre... ¡La Sra. Nial Donovan! Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla al reconocer que Mabel Whitman, actriz de profesión, se había ido para siempre.

Capítulo *13*

-Parece preocupada —observó Ian, sorprendiendo a Mabel, que estaba sentada sobre la colcha, contemplando el claro donde Fanny retozaba en la hierba—. ¿Qué pensamientos trascendentales la han dejado sorda a mi llegada? —añadió con una sonrisa burlona —. ¿Acaso ha ocurrido algún desastre en la zona mientras yo no estaba?

Sí, gritó para sí misma, pero se contuvo.

—Me alegra volver a verlo —ocultando rápidamente sus pensamientos, le tendió las manos. Ian las tomó y las apretó con suavidad; ella se retiró—. Lo hemos echado de menos.

—No respondió a mi pregunta —replicó él al sentarse a su lado, con la vista fija en la emocionada Fanny y en Merlín que ladraba a sus pies—. ¿En qué anda pensando?

—En nada importante —mintió, pues sus pensamientos estaban anclados en su matrimonio y en la ausencia de Nial.

—Donovan, apostaría —comentó Ian, provocando un sobresalto en Mabel—. Me han dicho que poseo una extraña intuición para adivinar lo que los demás piensan.

—Desde luego —replicó ella, con el ceño fruncido—. Pero no sería difícil descubrir la fuente de mis pensamientos. Últimamente, ha sido el padre de Fanny.

—¿Ha estado comportándose como un ogro? Si es así, le diré que su temperamento es solo parte de su carácter, por preocupante que parezca. En realidad, es una farsa. Bajo ese gruñido feroz de león, hay un gatito manso que disfruta que lo acaricien.

Mabel se rió.

—¿Dice que es como un niño enfurruñado?

—Algo así. De todos modos, ¿dónde está Donovan?

—No tengo ni idea. Se fue hace cuatro días, por negocios —¿Era eso? se preguntó. ¿O era por placer?

—Bueno, aparecerá de nuevo... como una mala moneda.

—Ian —regañó Mabel—, su viaje le ha puesto bastante gruñón. ¿No ha ido bien?

—En realidad fue muy agradable. Londres, como siempre, fue emocionante, aunque me imagino que eso depende de la parte en la que uno tenga la suerte o la desgracia de vivir. Pude ver una obra de teatro en el Garden —afirmó con indiferencia, y luego observó su reacción. Ni un solo gesto, pensó, preguntándose si ella era quien él creía. Mientras estaba en Londres, había podido rastrear a la señorita Chambers hasta su última dirección conocida, una pensión perteneciente a una tal Joanna Nerfolk. También se había enterado de que una actriz, Mabel Whitman, también había residido en la misma dirección y que en ese momento la buscaba la Corona—. ¿Ha estado alguna vez en el Garden?

—Sí —admitió Mabel, arrancándose una pelusa de la falda.

—Está un poco deteriorado desde la última vez que estuve allí. El riffraff y todo eso —dijo él, sin dejar de mirarla—, pero las obras siguen siendo buenas. Pero basta de Londres. Tengo muchas más aventuras que contar.

Aliviada, Mabel escuchó mientras él la deleitaba con relatos de sus viajes por Escocia e Inglaterra; cuando Fanny se unió a ellos, sus historias se volvieron aún más coloridas. Mientras miraba a Ian, Mabel sintió un reconfortante calor.

El hombre era un amigo, un verdadero amigo. Con el tiempo, ella le confesaría su identidad. Pero, por el momento, debía obedecer las instrucciones directas de su esposo y mantener su secreto bien guardado.

De repente, la culpa se apoderó de ella, haciéndola sentir un poco extraña. Sabiendo de sus hostilidades hacia Ian, se preguntó si estaba desobedeciendo los deseos de Nial de otra manera. Aunque él nunca le había prohibido verbalmente que viera a Ian, simplemente porque ella nunca había mencionado su encuentro y su posterior amistad, temía estar creando una situación más volátil al permitir que sus reuniones secretas continuaran.

Mientras lo pensaba, sabía que los momentos que Ian compartía con Fanny no eran en absoluto perjudiciales. De hecho, él también había sido capaz de sacarla de su caparazón. Si llegaba el momento en que Nial descubriera sus encuentros, por inocentes que fueran, entonces ella lo afrontaría en consecuencia. Por ahora, disfrutaría de la compañía de Ian. Después de todo, necesitaba un amigo especial, uno que no hiciera exigencias.



Nial entró en la sala del club privado de caballeros como si fuera el dueño del lugar, se sirvió una copa de brandy y ocupó una silla vacía frente a Rothhamford. Le había llevado tiempo encontrar al muy bastardo, pero no fue tiempo perdido: había descubierto mucho sobre su carácter, y nada era bueno.

—Me alegra verle de nuevo, Rothhamford —comentó Nial, reclinándose en el sillón de cuero cordobés y alzando su copa a modo de saludo—. Tiene buen aspecto.

Al oír su título nobiliario, Steven Rodway interrumpió su disertación sobre un caballo particularmente fino con el que se había topado y giró la cabeza con desdén hacia el desconocido.

—¿Ha dicho algo? —inquirió con su habitual tono nasal.

Nial lo estudió con detenimiento. El hombre obeso tenía el cabello enmarañado, peinado con esmero para disimular la calvicie, coronando una cabeza en forma de huevo. Unas cejas tupidas y

puntiagudas sombreaban unos ojos de párpados pesados; la nariz bulbosa, vuelta hacia arriba, recordaba a la de un cerdo, y unas papadas flácidas colgaban sobre un cuello casi inexistente.

Su mirada descendió hasta la boca flácida de Rothhamford, observando cómo este se acomodaba en su sillón con fastidio afectado. Al imaginar aquellos labios recorriendo la suave piel de Mabel, Nial sintió una oleada de furia recorriéndole las venas, pero logró mantenerla bajo control.

—Dije que se ve bien, considerando la mala jugada que le jugó la suerte. —Frunció el ceño con un aire irónico—. Qué cicatriz tan fea tiene ahí. —Notó cómo el hombre se llevaba la mano a la sien—. Espero que no le cause demasiadas molestias.

—Eh... no creo que nos conozcamos.

—Donovan. Nial Donovan —se presentó, tendiéndole la mano y recibiendo un apretón débil—. Y sí nos conocimos, hace algunos años... en el Derby, ¿lo recuerda?

—Claro, claro —asintió Rothhamford, sin recordar en absoluto a aquel tal Donovan—. Me alegra volver a verle.

—Creí que me recordaría —replicó Nial, con voz neutra—. ¿Capturaron al sinvergüenza que lo atacó?

—Ella sigue en libertad.

—¿Ella? Pensé que había sido algún pilluelo.

—No exactamente. Por Dios, hombre, ¿acaso no lee los periódicos?

—Mi finca está en Escocia. Acabo de venir a Londres por negocios. Escuché algo sobre una trifulca, pero no llegué a enterarme de los detalles.

Rothhamford pareció animarse. Aquella era la oportunidad perfecta para relatar su historia una vez más, adornada con todos los detalles que tanto le complacía exagerar.

—En fin, estábamos por ir a la sala de juegos a echar una partida de whist. Parece que nos falta un jugador. ¿Le gustaría acompañarnos?

—Con mucho gusto. Aunque debo advertirle que hace tiempo que no juego, así que es posible que esté algo fuera de forma. Tendrá que tener paciencia conmigo… Ah, y supongo que habrá alguna apuesta. —Nial extrajo un abultado fajo de billetes del bolsillo interior de su abrigo, gesto que provocó que los ojos de Rothhamford se abrieran con codicia.

—¡Por supuesto! —exclamó Steven, dándole una sonora palmada en la espalda mientras ambos se levantaban—. Puede formar pareja con mi padre, Sidney Rodway, el conde de Halfield. Es un jugador excelente, aunque bastante mal perdedor… así que más vale que se ponga al día rápidamente. Por cierto, ¿qué título ostenta?

—Nada tan impresionante como el suyo, milord —repuso Nial con una media sonrisa, justo cuando Rothhamford se incorporaba.

Tras las presentaciones de rigor —el conde y Nial contra Steven y un tal Jonathan Grimes, Esq.—, los cuatro tomaron asiento en torno a la mesa.

—¿Le importaría darme un breve repaso de las reglas? —preguntó Nial, y la mirada del conde se posó en su rostro con aire escrutador.

—Pensaba que jugabas, Donovan —comentó el conde, y de inmediato el hombre bajo y delgado dirigió una mirada significativa a su hijo, aunque Steven fingió concentrarse en acomodar los pies bajo la mesa con mucho interés—. En el whist se reparten las cincuenta y dos cartas; el repartidor da la vuelta a la última, que se convierte en el triunfo, y la deja sobre la mesa. Cuando se hace la primera baza, en sentido contrario a las agujas del reloj, el repartidor recupera esa carta y puede jugarla o sumarla a su mano. Si se inicia un palo, hay que seguirlo. Si no se tiene, se debe jugar un triunfo, y si tampoco se cuenta con uno, entonces se puede

soltar cualquier otra carta. Cuando un equipo gana seis bazas, anota un punto. Si consiguen las trece en una sola mano, se llama *slam*.

—Ah, sí… ya lo recuerdo —murmuró Nial, frunciendo el ceño—. ¿Empezamos?

Jugó las dos primeras rondas con torpeza deliberada, asegurándose de que su compañero y él salieran perdiendo.

El conde parecía al borde de un ataque cuando Nial lanzó un triunfo alto —el as de picas, nada menos— en una jugada completamente inofensiva, en la que la carta más fuerte hasta entonces había sido un cinco de corazones.

—¿No tenía algo más bajo? —inquirió el conde con los dientes apretados.

—Tengo el dos.

—¡Maldita sea! ¿Y por qué demonios no lo jugó?

—Lle advertí que estaba un poco oxidado.

—¡¿Oxidado?! ¡Yo diría que está hecho una calamidad!

Rothhamford soltó una risa burlona.

—Ya era hora de que perdieras, padre. Normalmente siempre nos das una paliza.

A medida que la partida avanzaba, varios caballeros de la nobleza, atraídos por la escena, se acercaron a la mesa, más interesados en reírse de las tácticas absurdas de Nial que en el juego en sí. La frustración del conde no pasó desapercibida: las raíces de su cabello blanco adquirieron un tono rojizo y sus ojos azules, desorbitados, ofrecían un espectáculo que sus conocidos disfrutaban con maliciosa satisfacción.

Cuando las cosas empeoraron considerablemente y el conde y Nial fueron derrotados con contundencia, se propuso una nueva apuesta. Rothhamford, confiado, puso en juego la mesada de ese mes. El conde se resistió al principio, pero luego miró a Nial, y una chispa astuta se encendió en sus ojos.

—De acuerdo —concedió con una sonrisa—. Reparte las cartas, Donovan.

Las espadas volvieron a ser el triunfo. Nial levantó el dos y lo colocó sobre la mesa. Después, mientras esperaba su turno, se recostó en la silla y ordenó sus cartas por palos.

—Nunca me contó su experiencia, Rothhamford.

—Claro, claro —respondió el otro, soltando un cinco de diamantes—. Lo prometí, ¿no?

—¿Cuándo y dónde dijo que ocurrió?

—Abril... en Covent Garden.

Nial recogió el dos de la mesa y lo lanzó al truco, ganando la baza.

—Últimamente es una zona bastante peligrosa. Carteristas por doquier merodeando fuera. ¿Qué hacía allí? Hoy en día, la alta sociedad prefiere la ópera.

—Quería ver algo de Shakespeare —contestó Rothhamford.

—Excelente elección —asintió Nial, colocando el tres de picas sobre la mesa—. ¿Quién lo interpretaba?

—Una joven actriz, Mabel Whitman.

De nuevo, Nial se llevó la baza, y luego bajó el cuatro de picas.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo ocurrió?

—La pequeña ramera me atrajo a su camerino, me golpeó en la cabeza y me robó.

Nial se tensó al oír el insulto, pero conservó la calma y dejó el cinco de picas sobre la mesa.

—¿Después de la obra?

—Oiga, ¿no tiene otra cosa que no sea un triunfo? —protestó Rothhamford al perder otra carta.

Nial sonrió con tranquilidad.

—No sabría decirlo. Pero quizá podríamos hacer una apuesta… una entre nosotros dos, solo por diversión.

Steven lo meditó. Cuando se jugó la primera baza, solo había aparecido un triunfo, que Donovan había descartado. Eso solo podía significar una cosa: él tenía el resto. Viendo una ganancia fácil, sonrió.

—Por supuesto. Apostaré a que tiene todas las espadas.

Nial frunció el ceño.

—¿Está seguro?

—¿Me toma por tonto? —replicó el vizconde con una risita.

—Como quiera —aceptó Nial, colocando su apuesta sobre la mesa, entre él y su adversario. Entonces soltó el seis de picas—. ¿Fue después de la obra? —repitió—. ¿O entre actos, cuando lo atacaron?

—Después del segundo acto, creo —respondió el vizconde, más pendiente de la carta que acababa de perder. Su asignación se desmoronaba, pero la emoción del juego lo tenía atrapado. La pica de Nial había ganado la baza, y el siete apareció sobre la mesa.

—¿Por qué estaba entre bastidores?

—Estaba de visita en su camerino. Venga, hombre —apremió Rothhamford, deseando ver la siguiente jugada.

Nial arrojó el ocho de picas.

—Qué curioso. La señora Vestris no permite visitas entre bastidores durante la función.

—Pues yo sí entré. Esa mujer, Whitman, me atrajo hasta su camerino.

Nial se llevó la baza sin esfuerzo.

—¿Cómo fue exactamente? —preguntó, dejando caer el nueve de picas.

—Me vio y me ofreció que valdría la pena si la acompañaba.

Diez de picas.

—Madame Vestris me aseguró que Mabel estaba en escena en ese momento —comentó Nial, llevándose otra baza—. Y que había demasiados actores entre bastidores. Si alguien le hubiera visto, le habrían echado.

—Bueno, entonces... ya estaba en su camerino —se apresuró a decir Steven, justo cuando la sota de picas cayó sobre la mesa. Miraba las cartas con más desesperación que atención.

Nial recogió la baza y lanzó la reina de picas con gesto impasible.

—¿Por qué?

—Porque... —espetó el vizconde, sintiendo cómo se esfumaban sus placeres del mes. Sin fondos, ¿qué le quedaba? Al menos su apuesta secundaria lo mantendría a flote un tiempo más—. ¡Por Dios, hombre! —exclamó, viendo con horror cómo todo el triunfo desaparecía ante sus ojos—. ¡Tiene todas las cartas de triunfo!

La partida continuó. El rey de picas cayó con fuerza sobre la mesa.

—¿Por qué? —repitió Nial, sin apartar la vista.

Steven tiró una carta inútil con un gesto brusco.

—Enséñeme la última —exigió, ansioso por conocer el final.

—No hasta que me responda —replicó Nial, agitando la carta restante como si fuera un señuelo frente a un perro hambriento. Cuando Rothhamford intentó arrebatársela, Nial la llevó de golpe a su pecho—. Dígame por qué estaba en el camerino de Mabel Whitman.

—Porque no era más que una actriz de tercera... una pequeña provocadora —farfulló el vizconde, con la voz cargada de despecho —. Me había rechazado un par de veces. No quería verme. Así que la esperé. Cuando entró... intenté convencerla de que me dejara... de que me dejara...

Se interrumpió de golpe, tragándose las palabras al ver cómo Nial pasaba el dedo por el dorso de la carta final y, con gesto pausado, la giraba.

—¡Dos de corazones! —exclamó Steven, incrédulo.

Un murmullo se extendió entre los presentes.

Y entonces, como si la escena aún guardara un último giro, la mano del conde golpeó con fuerza la mesa, revelando el as de picas.

—¡Algo no cuadra aquí! —gritó Steven, incorporándose de un salto.

—¡Por Dios, tiene razón! —rugió su padre, y su voz llenó la estancia—. ¡Y huele peor que las llamas del infierno!

—P… pero usted jugó fuera de turno. ¡Tiene que seguir el juego!

—¡Y seguiré el juego, idiota llorón!

—No... no lo entiendo —balbuceó Rothhamford, con los ojos desorbitados—. ¿Por qué no jugó el as en la primera baza?

—Steven, escucha con atención —declaró su padre, marcando cada palabra como si se dirigiera a un completo imbécil. Y, en efecto, lo hacía, porque su hijo acababa de confesar, ante una sala llena de caballeros, que había lanzado acusaciones falsas contra otro—. Cuando comenzó la mano, pensé que sería entretenido jugar tan estúpidamente como lo había hecho Donovan. Si había perdido su dinero contra ti y Grimes, mejor aún, sobre todo si mi pérdida se quedaba en la familia. Pero cuanto más triunfos revelaba Donovan, más me interesaba su perorata. ¿Tienes idea de lo que decías mientras él barajaba tus mentiras?

—¿Decía? ¿Por qué? Solo me preguntó si aquella actriz me había abordado.

—¡Estúpido! —vociferó el conde, apuntando a su hijo con un dedo rígido como una lanza—. ¡El sinvergüenza de ese supuesto asalto fuiste tú! Fuiste tú quien atacó a la actriz, no al revés.

El vizconde palideció. Las palabras que había dejado escapar se le agolparon de golpe en la memoria. Al escuchar los gruñidos de desaprobación de sus compañeros, Rothhamford intentó defenderse:

—Sí... pero...

—¡Bastardo! ¿Por qué? —tronó Nial, con una voz tan cortante y helada como una hoja de acero—. ¿Por qué demonios quiso destruirla así? ¿Sabe lo que ha tenido que soportar por su traición?

—¿Qué tiene que ver ella contigo? —espetó el vizconde, encendido de rabia por haber sido obligado a confesar—. Es una simple plebeya... una actriz.

—¡Mabel Whitman es mi esposa!

Las palabras lo golpearon como una ola brutal. El color se le esfumó del rostro al instante. Al ver el fuego esmeralda que ardía en los ojos de Donovan, Rothhamford se volvió, desesperado, hacia su padre.

—No esperes mi ayuda —le cortó el conde, con tono gélido—. Ya te libré del último escándalo. Me lavo las manos. Si Donovan quiere alimentar a los lobos contigo, que lo haga.

Y, sabiendo que la reputación de su familia estaba arruinada para siempre, el conde de Halfield se dio media vuelta y abandonó la habitación sin mirar atrás.

—P… pero... —balbuceó Rothhamford, hasta que comprendió que no obtendría compasión de ninguno de los presentes. De un salto, se levantó de la silla con la clara intención de huir.

Nial lo interceptó en dos zancadas, lo tomó del cuello y lo detuvo en seco. El vizconde, tambaleándose sobre la punta de los pies, fue arrastrado de regreso hasta la mesa y dejado caer de espaldas en su asiento. Allí, vencido y tembloroso, se desplomó como un cobarde y jadeó con desesperación en busca de aire.

—Antes de marcharse, deberá firmar unos documentos —anunció Nial, extrayendo varios papeles del bolsillo interior de su levita—. Escriba.

—Y… yo... no tengo pluma.

—Aquí tiene una pluma —intervino uno de los espectadores, acercando tinta y tintero a la mesa.

—Gracias —asintió Nial, con una inclinación cortés de cabeza—. Ahora, ¿comenzamos?

—¿Comenzar? ¿Qué se supone que debo decir? —preguntó el vizconde, nervioso.

—Se me ocurren unas cuantas frases —gritó un caballero desde la esquina, provocando una carcajada general que se apagó casi de inmediato.

—Gracias, señores —intervino Nial—, pero creo que lo mejor será dictarle yo mismo. Aunque comparto sus pensamientos, mi esposa leerá estos documentos y no deseo que se sonroje por el lenguaje.

—¿Nos permitirá dar nuestra propia declaración? —preguntó otro hombre desde el fondo.

—Cuando termine con el vizconde, podrán hacer con él lo que les plazca.

—¡Eso es! —clamaron todos al unísono, y Rothhamford volvió a palidecer.

—¿Hay, por casualidad, un notario entre los presentes? —preguntó Nial, y al instante un «sí» surgió del grupo.

—Perfecto. Entonces, Rothhamford, creo que ya podemos empezar.

Mientras Nial comenzaba a dictar, Steven escribía con esmero cada palabra y firmaba uno a uno los documentos. Cuando concluyó, el notario le preguntó si lo había hecho por voluntad propia. El vizconde abrió la boca para protestar, pero una sola mirada a los ojos acerados de Nial bastó para acallarlo de inmediato. Tras estampar su firma final y sellar los papeles, Nial se guardó todos, salvo uno, en el bolsillo.

—Este va dirigido a quien tenga autoridad para retirar los cargos contra mi esposa —dijo, entregando el documento al notario —. Confío en que llegará a las manos correctas.

—Por supuesto que lo haré —respondió el hombre con seriedad —. De hecho, tal vez quiera informar a su esposa de que también podría presentar cargos contra el vizconde.

—Le haré saber cuáles son sus derechos. —Luego se inclinó hacia Rothhamford y le murmuró al oído—: Le estaré eternamente agradecido, Rothhamford. Si no fuese por lo vil que es, jamás habría conocido a Mabel. Pero si alguna vez me entero de que vuelve a acercarse a una mujer con malas intenciones, nos volveremos a ver... y le aseguro que no seré tan amable como esta noche.

Con eso, recogió sus ganancias, dio media vuelta y salió de la sala.

—¿Quién demonios era ese hombre? —preguntó Rothhamford, todavía aturdido mientras la figura de Nial desaparecía entre las sombras—. ¿Cómo entró aquí?

Uno de los presentes se inclinó y, con una sonrisa apenas disimulada, le susurró algo al oído. El vizconde se incorporó bruscamente.

—¡No puede ser! ¡Está bromeando!

Pero al ver el lento movimiento de cabeza que confirmaba lo impensable, balbuceó:

—Pero... pero...

Y antes de que nadie pudiera intervenir, sus ojos se pusieron en blanco y su cabeza cayó contra la mesa con un golpe seco.

—¡Por Júpiter, creo que se ha desmayado! —exclamó uno de los hombres.

Afuera, los pasos de Nial resonaban firmes sobre los adoquines, el bastón girando despreocupadamente entre sus dedos mientras se acercaba a su carruaje.

—¿Y bien? ¿Conseguió la confesión del tipo? —preguntó el señor Spencer desde su asiento.

Nial sonrió mientras se daba una palmada en el bolsillo de la levita.

—¿Acaso lo dudabas?

—¿Tuvo que darle una paliza? ¿O fue todo de forma pacífica?

—Digamos que un poco de ambas cosas.

—Habla con acertijos —refunfuñó el señor Spencer.

—Los bolsillos de Rothhamford están notablemente más ligeros... pero su rostro sigue intacto, aunque su dignidad no tanto.

—Bueno, tenéis un método extraño para hacer que el tipo pague por sus delitos.

—Ha pagado lo que debía —aseguró Nial, convencido de que Rothhamford sería repudiado por su padre, el conde de Halfield—. Ahora, pongámonos en marcha.

—¿Adónde, señor?

Nial abrió la puerta del carruaje y anunció:

—A casa de la señora Joanna Nerfolk. —Luego se acomodó en el interior con una sonrisa amplia que le iluminaba el rostro.

—Ian —murmuró Mabel varios días después, lanzando otra piedra al arroyo y observando cómo los círculos se expandían hasta desaparecer—. ¿Cree que la asesinó?

Ian alzó la vista y contempló a lo lejos a Fanny y Merlin jugando.

—Parece que los criados han vuelto a murmurar —comentó, enderezándose contra el tronco donde apoyaba la espalda y mordisqueando una brizna de hierba tierna—. ¿Verdad?

—Sí —admitió Mabel, con la mirada baja—. Hace algún tiempo sorprendí a dos criadas chismorreando. Me enfurecí. Bien podría haber sido Fanny quien pasara por el pasillo y las oyera atacar despiadadamente a su padre. Les ordené que se pusieran a trabajar. Pero...

—Pero lograron sembrar una semilla de duda en su mente —concluyó Ian.

—Supongo que sí —murmuró ella, volviéndose hacia él—. ¿Cree que él lo hizo?

—Ya le dije que solo Nial sabe qué ocurrió aquella noche. Solo él tiene la respuesta.

—Lo sé. Pero, ¿usted cree que fue él?

—Creo que cualquiera puede hacer cosas impensables cuando se encuentra al límite.

—Ian, contésteme —insistió Mabel.

—No, no creo que matara a Celeste.

—¿Me hablará de ella?

Ian soltó una risa breve y áspera.

—¿Qué hay que decir de ella? —añadió.

—No preguntaría si no fuera importante.

—Está bien —cedió, apartando el tallo verde con la punta de sus dedos—. Celeste era una mujer hermosa, y lo sabía. Se la podía describir como nerviosa e infeliz. Nial no lograba satisfacerla. Siempre pedía un vestido nuevo o alguna joya más. «Lo quiero» era su lema. Nial hacía todo lo posible por complacerla, pero nada bastaba. Era consentida, superficial, vanidosa, egocéntrica, egoísta... Podría seguir, pero ¿para qué?

—¿Cómo se conocieron? —preguntó, incrédula ante la idea de que Nial hubiera elegido a alguien así para esposa.

—En un baile hace unos ocho años. Su belleza fue lo que le llamó la atención. A los veinticuatro años, Nial no era tan sabio como ahora. La experiencia le ha abierto los ojos al verdadero significado de lo que debe ser el amor, o al menos eso espero.

—Lo dudo —murmuró ella, pero Ian captó sus palabras.

—¿No me diga que está colada por el señor oscuro de Northcott como una colegiala?

—No, claro que no —negó ella apresuradamente—. Qué absurda pregunta.

Ian se rió entre dientes.

—Querida amiga, Nial podría sacar los colmillos a una serpiente, si quisiera. No crea ni por un momento que es inmune a su influencia masculina. Si lo cree, se llevará una sorpresa impactante. No muchas mujeres pueden romper su hechizo una vez que han caído en él.

Es verdad, pensó, porque a medida que pasaban los días, la ausencia de Nial había empezado a preocuparla, y se había encontrado pensando en él cada vez más, hasta que él había consumido toda su mente, dejando poco espacio para otra cosa. Sus días estaban llenos de él, sus noches eran lo peor de todo, porque él se le aparecía en sueños, y Mabel había sentido agitaciones en lo más profundo de su ser que pensaba que eran impropias para una virgen.

Sin embargo, lo que más la confundía era que esos sentimientos se trasladaban a las horas diurnas y estallaban en los momentos más extraños. Todo lo que tenía que hacer era cerrar los ojos e imaginar el rostro de Nial, y un extraño anhelo surgía sin previo aviso. Un extraño calor se extendía hasta el fondo de su estómago, dejándola sin aliento mientras se irradiaba repentinamente por todo su cuerpo. Sí, decidió, estaba bajo su

hechizo, y estaba segura de que era demasiado tarde para romper sus lazos.

—Volverá pronto —susurró Ian cerca de su oído—. Entonces probablemente deseará que se haya ido de nuevo.

Mabel se dio la vuelta y sonrió.

—Probablemente tenga razón. —Pero, al instante, dudó de sus palabras. Porque cada día sin él parecía un espacio interminable en el tiempo, carente de valor, carente de sustancia, carente de significado. De hecho, estaba atrapada en una máscara de encantamiento, Nial su fascinación.

Capítulo 14

En la biblioteca, Mabel se puso de puntillas para alcanzar un volumen de poesía, pero su dedo apenas rozó la encuadernación. Como el estante estaba demasiado alto, se irritó y saltó, sin éxito. Un brazo se extendió por detrás de ella, sobresaltándola, y una mano masculina tomó el libro, liberándolo con facilidad. Mabel se giró de inmediato.

—Nial —susurró, feliz de verlo—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—¿Estabas ensayando algún tipo de ejercicio nuevo? —ironizó él, con una sonrisa burlona curvando sus hermosos labios. Su antebrazo derecho descansaba sobre el estante, con el libro colgando entre el pulgar y el índice—. ¿O buscaba esto?

—Gracias —respondió ella, aceptando el libro—. Quería algo para leer.

—¿Qué pasa? ¿Ya te has cansado de Shakespeare?

—No. Solo necesitaba un cambio.

—¿Me has echado de menos? —preguntó él, con sus ojos esmeralda brillando al encontrar los suyos.

—Sí... eh, quiero decir, Fanny sí.

—¿Y tú no?

—Eso, milord, seguirá siendo mi secreto —replicó con un altivo movimiento de cabeza.

La mano de Nial se alzó para atrapar su barbilla.

—Yo no tengo reparos en admitir mi soledad —confesó, y luego inclinó el rostro hacia el de ella—. Te he echado de menos, Mabel.

Al darse cuenta de sus intenciones, Mabel giró todo el cuerpo con la esperanza de escapar, pero Nial la atrapó, acorralándola entre sus brazos, que golpearon suavemente el borde de la estantería, a ambos lados de su cabeza.

—¿Qué quieres? —preguntó ella, con los ojos muy abiertos.

—Solo un pequeño beso de esposa para darme la bienvenida a casa.

—Si te doy uno, ¿me dejarás pasar? —La picardía bailaba en sus ojos.

—Por supuesto.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados, preguntándose si podía confiar en él. Probablemente no, pero sabía que, sin duda, la mantendría aquí hasta que ella cumpliera su petición. Nial era lo bastante terco como para esperar horas, días, tal vez semanas.

—Está bien, pero recuerda que es solo un beso, luego podré irme.

—De acuerdo.

Cerró los ojos, inclinó el rostro hacia el suyo y frunció los labios, esperando. Abrió los párpados al oír su risa.

—¿Por qué te ríes?

—Pareces... eh, no importa.

—¿Qué parezco?

—Me niego a decirlo, señora, no sea que te ofendas.

—Sé cómo me veo; pero recuerda esto, eres tú, no yo, quien desea que me quede con este disfraz, Sr. Donovan.

—Tengo mis razones, Mabel.

—Para protegerme, por supuesto.

No respondió. Mientras su mirada recorría su rostro, supo que no podía contarle la confesión de Rothhamford. Si lo hacía, estaba seguro de que ella presionaría para que se anulara el matrimonio. Sería libre de irse... dejar a Fanny... dejarlo a él. Y él no quería eso. Para retenerla, sabía que debía cortejarla, conquistarla, seducirla con ternura.

—¿Lo intentamos de nuevo? —preguntó, con una sonrisa perezosa en los labios—. Pero esta vez, relájate, cariño. Antes parecías demasiado mártir. Todo lo que quiero es un beso de mi esposa. —Luego deslizó la mano alrededor de la nuca de ella—. Ahora, bésame, Mabel.

La tierna caricia de su nombre la sumió aún más en su hechizo, y ella acercó su boca a la suya. El suave encuentro de sus labios la arrulló, la calmó, y antes de que estuviera preparada, él levantó la cabeza y ella se sintió inclinándose hacia él, buscando más de él.

—Gracias —murmuró él, con la mirada intensa y los párpados ligeramente entornados, buscando los ojos de ella—. «Una cosa bella es una alegría para siempre». —Rozó con el dedo el libro que Mabel sostenía—. Keats.

Mabel parpadeó. Mientras él estaba allí, sonriéndole, decidió que era el hombre más guapo que había visto en su vida. El corte elegante de su abrigo gris, la pulcritud de su corbata perfectamente anudada, la suave caída de su chaleco contra su estómago tenso, la larga línea de sus pantalones de rayas grises, rematados por sus pulidas botas de cuero, todo se combinaba para crear al caballero impecablemente elegante que toda mujer anhelaba tener a su lado. Pero mientras se veía a sí misma mentalmente, sabía que ningún hombre querría que lo vieran con ella.

—¿Cuándo podré ser yo misma? —preguntó, sin saber que lo hacía.

—Esta noche —susurró Nial, tomándola de la mano—, cuando estemos solos. —Luego chasqueó los talones, se inclinó y le dio un suave beso en los dedos—. Hasta entonces, amor.

Mientras lo observaba salir de la habitación con paso firme y un aire de seguridad en sí mismo, Mabel se apoyó en la estantería y, con una suave sonrisa en los labios, suspiró. Entonces, las palabras de Ian de repente le pasaron por la mente:

—¿No me digas que estás colada por el señor oscuro de Northcott? —y se espabiló de su ensoñación infantil. ¡Estaba actuando como una adolescente enamorada, que apenas se había cortado las coletas!

¡Esta noche! gritó su mente, y se puso erguida. *Cuando estemos solos.* ¿Qué pretendía? Seguro que no... ¡No! ¡Le había prometido que esperaría! ¿Estaba a punto de faltar a su palabra? Bueno, ¡ya vería ella!

Con paso decidido, Mabel salió de la biblioteca en busca de Nial. Deteniendo al Sr. Spencer en el pasillo, preguntó:

—¿Dónde está Donovan?

Ante su tono irritante, los ojos del Sr. Spencer se abrieron como platos.

—Pues, la última vez que lo vi, se dirigía a los establos, señorita.

—Gracias —dijo ella secamente, y se dirigió hacia el hueco, con pasos firmes y decididos.

—Se avecina tormenta —murmuró el Sr. Spencer para sí mismo, y luego sonrió, al darse cuenta de que su señor por fin había encontrado a su igual—. Se ha buscado un buen lío —Luego, con un alegre silbido, llevó el baúl a las dependencias de Nial.

Cuando Mabel llegó a los establos, le informaron que Nial había llevado a Fanny a dar un paseo a lomos de Thor. Acababa de perderlo. De hecho, pronto descubrió que aquella sería la frase recurrente del día.

Empezó a preguntarse si todos en Northcott conspiraban para protegerlo. ¡Ese pícaro taimado! Molesta con el asunto, acabó por rendirse y regresó a sus habitaciones.

Sentada en el sofá, con el volumen de Keats abierto entre las manos, captó un movimiento bajo la puerta. Una nota acababa de deslizarse por debajo, y Mabel se levantó de un salto. Abrió con rapidez, pero el pasillo estaba desierto.

La puerta se cerró de golpe tras ella. Se inclinó, recogió la nota del suelo y reconoció al instante el papel de correspondencia de Nial.

Dulce... Ya que no puedes recorrer los pasillos sin tu disfraz, le pedí al Sr. Spencer que preparara una cena ligera para nosotros en tu habitación. Deseo pasar tiempo a solas contigo, para que podamos conocernos mejor. Como prometí, no pido más, aparte de que lleves la seda azul como la noche de nuestra boda.

Hasta las ocho.

J.

Mabel releyó el pasaje:

—Como prometí, no pido más… —No había olvidado su promesa después de todo, decidió, dándose cuenta de que se había preocupado por nada. Sin embargo, la idea de que los dos estarían encerrados tras puertas cerradas, ¡y en su dormitorio, nada menos!, todavía la asustaba y se preguntaba si sucumbiría a sus encantos como había predicho Ian. Según su amiga, ninguna mujer era capaz de negarle nada a Nial... ¡nunca!

Sin embargo, ¿por qué debería hacerlo? Él era su marido; ella, su esposa. Al final, sabía que debía permitirle entrar en su cama. Por el tono de su nota, simplemente estaba tratando de establecer una relación entre ellos. No había urgencia por su parte, ni exigencias. Quizás quería cortejarla. Mabel sonrió al pensarlo. Primero el matrimonio, luego el noviazgo. Más bien como el carro delante del

caballo, decidió, pero se dio cuenta de que al menos él estaba dispuesto a enmendarlo, sabiendo que algunos hombres no lo harían. Podría ser agradable, concluyó, y sintió un escalofrío de calor que se extendió por todo su cuerpo. Quizás, a su manera, él acabaría aprendiendo a amarla y ella a él. ¿O estaba empezando a amarlo ya? No... sí... ¡oh, tonterías! Era una situación imposible, decidió, y se dirigió hacia el cordón de la campana, llamando a Mary y pidiendo agua caliente para un baño.



A las ocho, cuando el Sr. Spencer ya les había preparado la cena, sonó un ligero golpe en la puerta de Mabel. Alisándose la falda de su vestido de seda azul, caminó hacia el panel, con las rodillas vibrando al compás de su corazón.

—Preciosa —susurró Nial al entrar y cerrar la puerta. Su mirada acalorada la evaluó detenidamente; Mabel se sonrojó—. No te avergüences, amor, cuando tu marido diga que eres hermosa. Ni por la mirada en sus ojos, cuando diga que está complacido con lo que ve.

Mabel no sabía qué decir. Podía citar palabras apasionadas de amor mientras se deslizaba por un escenario, pero le parecía imposible recitar las suyas, y se preguntaba si él esperaba que ella correspondiera.

Nial se rió; su tono bajo y sensual llamó la atención de Mabel.

—Parece que te faltan las palabras, amor. —Su dedo le levantó la barbilla—. Déjame ayudar. Dime que soy... guapo.

—Tú... eres guapo.

—Viril.

—Viril —repitió ella, y se sonrojó de nuevo.

Nial sonrió.

—Y un engreído aburrido.

—Y un eng… —Ella se rió— En efecto, lo eres.

—Presuntuoso, sí... aburrido, nunca —Él le guiñó un ojo y luego sonrió, el hoyuelo en su mejilla apareció de nuevo, y de nuevo Mabel de repente quiso tocarlo—. ¿Vamos a nuestra mesa?

Su mirada se deslizó hacia arriba desde la hendidura.

—Sí. Estoy hambrienta. —Sintió sus manos posarse en su cintura.

—Yo también, Mabel —susurró él—. Yo también.

El tono ronco de su voz la sacudió hasta lo más profundo. *¿Por la comida?* se preguntó. *¿O tenía hambre de ella?*

Nial se movió a su alrededor y sacó su silla.

—Señora. —La hizo un gesto para que se sentara—. Dado que nuestra comida consta de un solo plato y postre, ¿puedo ofrecerte un poco de vino ahora? ¿O me dirás que es la bebida del diablo?

Mabel lo miró.

—Si todavía estuviera disfrazada, tendría que proclamar la necesidad de la templanza. Pero nunca lo haría como yo misma.

—¿Una borracha, entonces? —bromeó él, sirviéndole el vino antes de tomar asiento frente a ella—. No contaba con esto.

—Solo bebo en ocasiones… normalmente en ocasiones especiales.

—¿Y esta lo es? —preguntó, alzando su copa.

—Sí, lo es —respondió ella, imitando el gesto.

—Entonces, brindo por t, señora Donovan. Que nuestra vida juntos sea larga y feliz. —Nial chocó su copa con la de Mabel, y luego bebió; ella lo siguió—. ¿Alguna vez te dije que el vino no debe tragarse, sino seducirse?

Afortunadamente, el líquido ya había aclarado su garganta antes de que sus palabras llegaran a sus oídos.

—Sí, una vez —contestó secamente, y luego notó la sonrisa de Nial—. Tienes mucha suerte, Sr. Donovan. —Advirtió su mirada inquisitiva—. El vino se disfruta mejor al beberlo, no al desperdiciarlo.

—Estoy de acuerdo —rió entre dientes—. Ahora, veamos qué tenemos. —Destapó los platos y colocó las tapas en la bandeja, junto a la mesa—. Cordero asado con salsa de menta, espárragos hervidos, patatas asadas, chuletas de langosta y... mmm, fresas con nata de postre.

Disfrutaron de la comida en medio de una conversación animada, con Nial siempre atento a las necesidades de Mabel. Sus palabras fluctuaban entre lo burlón y lo tierno; su mirada no se apartaba de ella. Su risa profunda resonaba en el ambiente cada vez que ella decía algo particularmente ingenioso. Nunca discutía, ni siquiera cuando sus opiniones diferían en temas como política, religión o los derechos de la mujer.

—Me he casado con una descarada —proclamó con fingida gravedad cuando ella defendió que las mujeres no debían considerarse bienes muebles. Luego soltó una risa breve—. Por supuesto, estás acostumbrada a ser independiente. Tal vez, cuando descubras lo maravilloso que es tener un marido, acabes por suavizar esas ideas descaradas.

—No me considero una mujer masculina ni atrevida. Sin embargo, creo que las mujeres deberían tener más derechos de los que tienen en la actualidad. De esa manera no tendrían que depender tanto de sus maridos o familias.

—Perdón —dijo Nial, con una luz burlona en sus ojos esmeralda—. No era mi intención ofenderte. De hecho, como ofrenda de paz, te doy mi palabra de que serás mi igual.

—¿En todo?

Nial frunció el ceño.

—En todo —asintió finalmente.

—Entonces llevaré a Thor a galope mañana.

—¡Por encima de mi cadáver, señora!

—Entonces tu acuerdo no vale nada; no somos iguales.

—¡Igual no significa que vaya a permitir que te suicides! El semental no tolerará a nadie sobre él, excepto a mí. Incluso yo tengo problemas para controlarlo. Su temperamento es como...

—¿El tuyo? —terminó ella, sonriendo.

Nial se rió, y su profundo estruendo llenó la habitación.

—Exactamente. Thor y yo somos una pareja perfecta en ese sentido. No puedes montar a Thor —afirmó con seguridad—. Sin embargo, hay una yegua pequeña y dócil que se adaptaría perfectamente a ti y a tu temperamento. Se llama Dulce. Si quieres, podemos salir mañana.

—Me encantaría —respondió Mabel, con los ojos brillantes de emoción.

La visión de su hermoso rostro, cargado de inocente expectativa infantil, dejó a Nial momentáneamente sin aliento. Qué regalo tan sencillo, pensó. Y ella parecía encantada con él. Luego recordó a Celeste y los montones y montones de joyas que había exigido, nunca satisfecha con una, siempre queriendo más. De pronto pensó en su propio obsequio para Mabel.

—Mientras estaba fuera —anunció, sacando una caja de terciopelo del bolsillo de su abrigo—, te he comprado una cosita… un regalo de boda.

Mabel aceptó la caja con cierto nerviosismo.

—Yo… yo no tengo nada para ti —murmuró, avergonzada.

—Mabel, este es mi regalo para ti. Quiero que lo disfrutes sin pensar en correspondencias —repuso él, con una luz sincera en los

ojos—. Ahora ábrelo.

La tapa se levantó para revelar un par de pendientes. Los zafiros azules, rodeados de diamantes, le guiñaron un ojo y lágrimas de alegría llenaron sus ojos mientras jadeaba de placer.

—Hacen juego con mi broche —susurró, tocando ligeramente las piedras y contemplándolas con asombro—. Nunca esperé un regalo tan hermoso. ¿Cómo puedo agradecértelo?

Nial vació el vino dorado y dejó la copa.

—Un beso bastará —bromeó.

Mabel lo miró durante un largo momento; luego se levantó y caminó los pocos pasos hasta su silla. Él permaneció sentado, con el rostro inescrutable, y ella se inclinó para rozar ligeramente sus labios con los suyos. Luego sintió la presión de su mano en su cintura, instándola a acercarse a él de nuevo.

—Una vez más, Mabel —susurró, con voz ronca—, ¿por favor?

Mientras ella miraba profundamente en sus ojos verdes cubiertos por la capucha, vio que no había exigencias, solo ternura y... ¿expectación? Sin pensarlo, humedeció sus labios, deslizando la punta de su lengua a lo largo de su suavidad.

Al verlo, Nial contuvo la respiración; un rayo le recorrió los lomos. ¿Creía que era de piedra? se preguntó, y luego se dio cuenta de que la acción no había sido para incitarla, ya que su inocencia era demasiado pura para saber lo que le había hecho. Entonces, su rostro bajó por segunda vez, y sus labios entreabiertos recibieron los suyos, suaves y acariciadores. Él sintió la presión de sus pechos contra su hombro y pecho, y la tentación de tocar su plenitud, acariciar su perfección, surgió de nuevo en su interior. Luchando contra su impulso, manteniendo con fuerza sus deseos bajo control, sus yemas de los dedos se apretaron en su cintura, como las de un hombre que colgaba al borde de un acantilado, listo para deslizarse en un oleaje embravecido.

A medida que su beso se intensificaba, Mabel saboreó el vino en sus labios.

—*Embriagador* —pensó, pero no fue el vino lo que le trajo la palabra a la mente. Fue Nial. Sabiéndolo, abrió sus labios más completamente contra los suyos, buscando esa sensación embriagadora que solo él podía provocar. En su cintura, su mano se apretaba cada vez más, pero era dolorosamente dulce, y con ganas de probar más de él, su lengua tocó tentativamente su labio inferior, luego se deslizó dentro, saboreando el suyo.

Con un gemido de agonía, Nial la apartó de repente y la miró con ojos pesados. Ella pareció perdida por un momento, sin saber lo que había sucedido. Con un movimiento rápido, se movió en su silla, para ocultar su excitación, luego soltó una risa baja, pero a sus propios oídos le sonó un poco forzada.

—Gracias, cariño —dijo, con una voz extrañamente tensa—. Tu regalo fue mucho más impresionante que el mío.

A Mabel se le subió un rubor a la cara, pues acababa de darse cuenta de lo desenfrenada que había actuado. Intentando ocultar su vergüenza, se dio la vuelta y caminó hacia su sitio en la mesa.

Unas manos suaves le apretaron los hombros, un ligero beso se posó en la coronilla de su cabeza.

—Me marcho ya —susurró Nial, con ganas de quedarse, sabiendo que debía irse—. He disfrutado de nuestro tiempo juntos, Mabel. Mañana por la noche repetiremos. Hasta entonces, buenas noches. —Con una última y suave presión, sus manos dejaron caer los hombros de ella.

Sintiendo un vacío que la invadía, se volvió para verlo en la puerta.

—Nial. —Se volvió hacia ella.

—¿No me das un beso de buenas noches?

—Esta noche no, amor —murmuró, con la mano en el pomo—. Necesitas tiempo... y yo también. —Le sonrió—. Buenas noches,

cariño. Sueña conmigo. —Luego se retiró.

Sueña conmigo. Eso era todo lo que había hecho últimamente. Pero los sueños no le ofrecían satisfacción... solo el verdadero Nial podía hacerlo. Pero él no la amaba. ¿La amaría alguna vez? se preguntaba, tocando con reverencia los pendientes de zafiro con los dedos. Quizás algún día, escaparía de sus sueños, de su máscara de encanto, y Nial se convertiría en su realidad.



—Fanny parece bastante contenta —comentó Nial mientras observaba a su hija recoger un ramo de flores silvestres; luego se recostó sobre su codo y miró a su esposa—. Nunca me había dado cuenta de lo tranquilo que es este claro, hasta hoy. No me extraña que Fanny y tú hagáis tantos picnics aquí.

—S… sí, es tranquilo —asintió Mabel, colocando los últimos restos de su comida en la cesta de mimbre.

Él la estudió detenidamente.

—¿Por qué estás tan nerviosa, cariño?

Mabel siguió con su tarea, sin apartar la vista de sus manos.

—¿Nerviosa? No estoy nerviosa —replicó él.

—Tenemos un acompañante, si eso es lo que te preocupa. No me tomaré ninguna libertad con mi hija tan cerca.

—Nunca pensé que lo harías —replicó ella con naturalidad, quitando una miga de la falda del vestido marrón de Harriet.

—¿Ni siquiera una pequeña esperanza de que pudiera hacerlo? — preguntó con tono expectante.

Ella giró la cara y sonrió.

—No. Me temo que la anticipación de tal suceso ha sido toda tuya. Ni siquiera lo había considerado hasta que lo mencionaste.

Nial le dirigió una mirada juguetona y malhumorada.

—Es bastante desapasionado de tu parte decir que tu marido no despierta anhelos secretos en ti. Mi ego está destrozado.

—Tu ego, si decidiera ponerlo ante todo el ejército británico, se sentiría poco afectado, incluso después de una marcha de seis meses.

—¡Ja! —exclamó, tratando de reprimir una sonrisa—. ¿Crees que mi arrogancia es tan audaz? ¿O son los propios hombres de la reina a los que llamas débiles?

La luz de la travesura bailaba en sus ojos.

—Digo que tu arrogancia te sienta bien... la mayor parte del tiempo.

—¿Y cuándo no?

—Cuando tenemos un desacuerdo.

—¿Y hemos tenido algún desacuerdo desde que nos casamos?

—No, nada importante.

—Entonces, eso en sí mismo debería decirte que deseo que nuestro matrimonio funcione —dijo él, con tono serio—. Sabes que soy un hombre impaciente, la mayoría de las veces. Mi temperamento es peor que el de la mayoría...

—Es cierto —interrumpió ella, y él sonrió.

—Sin embargo, Mabel —prosiguió él con suavidad—, no te he presionado para que me concedas nada más que un beso en estas tres semanas de matrimonio. Tampoco he perdido los estribos. —Detectó su mirada dubitativa—. Bueno, casi nunca. Pero cuando cometes una tontería, como ponerte detrás de Thor, me veo obligado a explotar. Un golpe de su casco podría dejarte herida de por vida, ¡o incluso muerta!

Recordó aquella mañana en los establos, cuando ella pasó justo detrás de la nerviosa bestia, acariciándole suavemente la nalga. El corvejón de Thor se había levantado y, si él no hubiera visto el giro de sus ojos y escuchado el resoplido de enfado, lanzándose contra el costado del semental para desequilibrarlo, la pezuña le habría golpeado directamente en el pecho. Incluso ahora, al evocar la escena, se sentía agotado y una opresiva inquietud lo invadía.

—He aprendido la lección —murmuró Mabel, con la voz baja, mientras recordaba cómo su vida pasó fugaz ante sus ojos al darse cuenta del peligro. En ese instante, su único pesar fue no haber conocido aún el amor de Nial. Habría muerto con su nombre en los labios si él no se hubiera lanzado contra Thor. Al comprender que seguía viva, se lanzó hacia él con la intención de gritar cuánto lo necesitaba, pero él la sujetó de los brazos y la sacudió, desatando su rabia por todo Northcott. Finalizado su arranque, la alzó, la colocó en Dulce y luego montó a Thor, con Fanny delante. No pronunciaron palabra alguna hasta llegar al claro. Al evocar su temperamento, ella susurró:

—Sé que no volveré a ignorar tus advertencias.

—Mis advertencias tienen una razón, Mabel. En el caso de Thor, no quiero que te lastimen. Perdona si ofendí tus sentimientos al gritarte en los establos, pero creí que te perdía.

Sintió cómo el calor le subía por el rostro; su mirada se posó en sus manos. Un dedo suave alzó su barbilla.

—Mírame —pidió Nial, y ella obedeció—. Como te decía, mi paciencia se agota cada vez más. Te deseo —musitó con voz ronca —. Dime que esta noche puedo estar contigo

La mirada ardiente en sus ojos derritió cualquier resistencia que quedara. ¿Por qué no le concedía sus derechos? ¿No quería descubrir qué secretos compartían un hombre y una mujer? ¿No estarían así más unidos, hasta volverse uno solo? No solo en cuerpo, sino también en espíritu.

Cuando ella no respondió de inmediato, Nial la empujó hacia él, con la esperanza de persuadirla con un beso. Pero un repentino estruendo en el bosque más allá del arroyo la hizo retroceder; su cabeza giró hacia el ruido.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada... Yo...

—Era una liebre —dijo él, señalando al conejo que saltaba por la ladera.

El alivio recorrió sus venas cuando se dio cuenta de que no eran Ian y Merlin. Desde el momento en que Nial había insistido en hacer un picnic en el claro, había temido que se encontraran con su amigo distanciado. Y su intuición le decía que no habría sido una escena agradable, si lo hubieran hecho. Cada susurro del viento entre los árboles, cada escaso sonido de los habitantes del bosque había tensado sus nervios hasta el punto de romperse, porque algo le decía que si Nial descubría que conocía a Ian, pagaría un alto precio como resultado.

Unos ojos preocupados la examinaron. De repente se había puesto pálida.

—Mabel, ¿qué pasa, cariño?

—Solo estoy un poco nerviosa. Supongo que mi casi accidente me ha puesto un poco ansiosa —mintió, sin saber qué más decir—. Cada vez que pienso en ello, me siento débil. —Lo cual era cierto.

—Entonces, tal vez deberíamos volver a la casa. Un trago de brandy y un breve descanso te ayudarán a calmar los nervios. Esta noche, quiero que estés relajada.

—¿Qué me estás proponiendo?

—Propongo que nos convirtamos en marido y mujer como Dios quiere y como yo deseo.

Mabel abrió la boca para hacer un comentario, pero Fanny corrió en silencio, con tres coronas trenzadas en la mano. Colocó

coronas de flores silvestres en las cabezas de Nial y Mabel e hizo una reverencia. La última se la colocó en la suya y les indicó a Nial y Mabel que se levantaran.

—Creo que tenemos una princesa que desea ser honrada con una reverencia —anunció Nial, poniéndose de pie. Mabel lo imitó. Tras la debida muestra de cortesía, Fanny aplaudió emocionada.

—Si eres de sangre tan noble, ¿quiénes somos nosotros? —preguntó Mabel, observando cómo la niña colocaba ambas manos a los lados de su cabeza, con los dedos extendidos hacia el cielo.

—Ella dice que somos el rey y la reina, por supuesto. Y como buenos miembros de la realeza, es hora de buscar nuestro palacio. Seguro que nuestros súbditos se preguntan dónde estamos.

Al notar la decepción de Fanny por tener que abandonar el claro, Mabel añadió:

—Cuando volvamos a casa, podemos jugar a las adivinanzas en la sala de abajo, si tu padre está de acuerdo. Pero luego, será hora de la siesta —afirmó, viendo cómo su marido alzaba una ceja.

Con el consentimiento de todos, recogieron sus cosas y se dirigieron hacia Thor y Dulce, atados no muy lejos.

Desde la ladera, Ian observaba al grupo, apoyando el antebrazo en el pomo de su silla.

—Bueno, amigo —murmuró al caballo mientras contemplaba las atenciones que su amigo dedicaba a la joven conocida como Harriet —, parece que el amor ha llegado a Northcott, aunque creo que el rey Nial apenas lo percibe.

En silencio, giró el caballo y emprendió el camino hacia Falcon's Gate.



Mientras Nial, Mabel y Fanny se dirigían a la sala de estar desde la parte trasera de la casa, los tres de buen humor, Nial se acercó al oído de Mabel.

—Estoy bastante cansado de fingir que eres otra persona. ¿De verdad tienes que seguir haciéndolo?

—Sí, y como tú mismo has dicho, seguiremos así hasta que limpies mi nombre. Solo tú tienes la culpa. —Ella lo afirmó sin pensarlo, y un gemido de anticipación escapó de Nial.

—Pero esta noche, Mabel, serás tú misma —susurró con fervor, provocando que Mabel se sonrojara al entrar en la sala de estar.

—Esta noche.

—Bueno, cariño —intervino una voz femenina, dulce y serena, deteniendo a los tres Donovan en seco—. Me alegra que hayas encontrado el camino de regreso a casa.

Capítulo *15*

¡Patricia! —Su nombre brotó de los labios de Nial como si le hubiera atacado la peste—. ¿Qué diablos haces aquí?

—La palabra «no» no forma parte de su vocabulario —comentó Robert desde el rincón, con una copa de brandy en la mano—. Pero, en fin —musitó encogiéndose de hombros—, tal vez no la pronuncie correctamente.

La pelirroja lanzó una mirada de reproche hacia Robert y se acercó a Nial, su vestido de seda verde ondeando con el movimiento de sus caderas, mientras una sonrisa burlona iluminaba sus ojos.

—Robert es un pesado. Olvida que no tenía transporte y que no estaría aquí si no le hubiera prestado mi carruaje.

Se puso de puntillas y le robó un beso a Nial.

Mabel, atónita, presenció la descarada muestra de afecto. ¡No era un beso entre hermanos! Y aún más sorprendente: Nial no hizo nada por detenerla.

—Te he echado de menos —murmuró Patricia al separarse finalmente.

¿Echarle de menos? se preguntó Mabel. ¿Se refería al tiempo desde la última vez que partió de Northcott? ¿O acaso su soledad provenía de una separación más reciente? Dado que Nial no había mostrado ni una pizca de cariño hacia la pelirroja en su anterior visita, al menos no en presencia de Mabel, de pronto sospechó que aquel apresurado viaje «de negocios» poco después de la boda había sido en realidad una excusa: los brazos de la pelirroja eran su verdadero destino.

Nial miró a Mabel y notó su mirada desafiante. Parecía una fiera lista para saltar. Aún aturdido por el arduo beso de Patricia, tomó a la mujer del brazo y la llevó al sofá. Si no hubiera estado sufriendo por el impacto de verla, la habría empujado. Pero ella se le había acercado tan inesperadamente que no había podido reaccionar. No había habido respuesta a su beso por su parte, pero sabía que Mabel pensaba lo contrario.

—¿Te han ofrecido un refresco? —preguntó, recuperando por fin la voz mientras se sentaba junto a Patricia con la esperanza de mantener a las dos mujeres separadas. Una palabra fuera de lugar y se echarían al cuello, lo sabía.

—La señora MacBean va a traer té y pasteles. Pero, por supuesto, sé que tú prefieres el brandy. Robert —le dijo por encima del hombro—, prepárale una copa a Nial.

—¿Qué? ¿Ya me das órdenes? —preguntó Robert fingiendo asombro—. No nos precipitemos, Patricia. Aún no has atrapado a mi primo.

La cabeza de Patricia giró hacia el hombre con tal fuerza que todos pensaron que se le caería de los hombros. Los labios de Nial se crisparon, tratando de ocultar una sonrisa. Con los ojos brillantes de diversión, miró directamente a Mabel y le guiñó un ojo; ella no pudo evitar sonreírle a cambio. Quizás había asumido algo incorrecto. ¡Ama, en efecto! Pero... como una broma, tal vez pretendía enfrentarlos: esposa contra amante; el ganador se lo lleva todo.

—Señorita Chambers, por favor, tome asiento junto a nosotros —invitó Nial, señalando la silla más cercana al sofá y a él.

Patricia lanzó a Mabel una mirada cargada de sarcasmo; luego fijó en Nial una expresión de clara irritación.

—¿No podemos tener una visita familiar sin la institutriz de Fanny pisándonos los talones?

—¿Quieres que la despida?

—Sí.

—En ese caso, no me queda otra opción —respondió él, observando cómo Patricia erguía orgullosa los hombros, segura de su triunfo, mientras Mabel los bajaba, resignada—. Señorita Chambers, le ruego que se quede. Pero, claro está, la decisión es suya.

Mabel, sorprendida, captó la mirada amable de su esposo y comprendió que le había dado a elegir por un motivo: podía permanecer a su lado para estar cerca de él, o retirarse y así librarse de los airados portazos de Patricia. La gratitud brilló en sus ojos.

—Gracias, señor Donovan —replicó ella, casi con reverencia—, pero creo que me retiraré a mis habitaciones a descansar. Espero que lo entienda.

—Lo comprendo perfectamente, señorita Chambers —asintió él, con leve gesto de reconocimiento—. Oh, y señorita Chambers —añadió, pronunciando su nombre falso con énfasis para subrayar la importancia del disfraz—, cenaremos a las ocho. Por favor, traiga a Fanny consigo cuando venga. De hecho, creo que ya es hora de su siesta. Quizá pueda acompañarla arriba sin peligro alguno.

—Será un placer, señor. —Con una última mirada a su marido, Mabel tomó la mano de Fanny y salió de la habitación. *Pobre Nial*, pensó, sin saber si tendría fuerzas para soportar el galimatías de la mujer y mantener la cordura.

Se preguntó si él también sería lo suficientemente fuerte como para luchar contra los avances de Patricia. Un cuerpo cálido y dispuesto, aquí y ahora, podría ser mucho más atractivo que esperar a una esposa asustadiza, sin saber cuándo o si alguna vez se entregaría voluntariamente. ¿Pero elegiría a cualquier mujer para satisfacer sus necesidades? Aunque sospechaba que los apetitos carnales de Nial eran más poderosos que la mayoría, estaba segura de que era mucho más exigente en la selección de una pareja que la mayoría de los de su género. Patricia Southworth no cumplía con sus

requisitos. De eso estaba segura. Sin embargo, se preguntaba si ella misma cumplía con esos requisitos tan exigentes.



Esa noche, durante la cena, Nial se sentó a propósito con Mabel a su derecha; Patricia se sentó en la silla a su izquierda, y Robert se acomodó junto a la pelirroja.

—¿Dónde está Fanny? —inquirió Patricia a Nial, agitando la servilleta con un movimiento irritado de la muñeca, contrariada porque él había considerado oportuno sentar a la institutriz y no a ella—. Pensé que ella se uniría a nosotros.

—Fanny está enferma —respondió Mabel, cruzando la mirada con Nial, quien captó el mensaje de que no había nada grave, solo que la niña deseaba con fervor ser excusada—. Está en la cama, dormida.

—Si está enferma, ¿por qué no la acompaña? Tal vez necesite sus cuidados —replicó Patricia, apartando los ojos de Mabel para fijarlos en Nial—. Deberías buscar a alguien competente que se preocupe más por la niña.

—¿Y supongo que tienes a alguien en mente? —cuestionó Nial, apoyando el codo en el brazo de la silla y la mandíbula en el pulgar.

—No, pero me encantaría encontrar a alguien. La señorita Chambers evidentemente no cumple mis estándares. Y espero que tampoco los tuyos.

—Para mí es más que suficiente —aseveró Nial, clavando una mirada gélida en la pelirroja, ya agotado por sus reproches, su intromisión, su actitud altiva y, sobre todo, sus ataques a Mabel. Su paciencia se agotó—. Ya que no tienes voz ni voto sobre mi hija, ni, debo añadir, la tendrás jamás, tomaré las decisiones que considere mejores para ella. ¡Tus deseos no tienen ninguna importancia!

Sorprendida por su brusca declaración, Patricia abrió mucho los ojos. Luego, vio cómo la cálida mirada de Nial se posaba en la institutriz. La revelación la golpeó con la fuerza de un volcán en erupción. Seguro que no... ¡imposible! No estaba enamorado de esa vil criaturita, ¿verdad?

A través de sus párpados entrecerrados, estudió a la pareja. De sus ojos brotaron puñales de odio dirigidos directamente a Mabel. ¡Era una bruja! ¡Tenía que serlo! De lo contrario, ningún hombre podría encontrar a la fea mujer ni un poco atractiva. ¡Sí, eso es! Lo ha cegado con algún tipo de poción que ha rociado en su comida o ha puesto en su bebida. ¿Por qué otra razón Nial ignoraría su propia belleza para gravitar hacia una tan simple? Convencida de que este era el caso, Patricia decidió que encontraría el brebaje maligno, se lo daría a Nial y expondría a la cosa fea por lo que realmente era. Una vez liberado de su maldición, él volvería sus afectos hacia ella. Patricia estaba segura de ello.

Para alivio de Mabel, la comida transcurrió sin más interrupciones; Patricia permaneció en silencio durante toda la velada. Robert, callado como siempre, bebió más de lo habitual; y, como Mabel había notado en su primera visita, seguía dirigiendo miradas extrañas a Nial. Finalmente, cada uno se fue por su lado, y Nial le susurró que se encontraría con ella en el jardín, junto a la casa de verano, en una hora.



La luz de la luna brillaba a través de la celosía, enmarcando las columnas de la casa de verano y creando patrones de diamantes a lo largo del suelo. El aroma de las rosas llenaba el aire mientras viajaba en la ligera brisa de verano. Una noche para los amantes, pensó Mabel mientras esperaba a Nial, todavía atrapada en su disfraz. Mirando por la barandilla al jardín, su expectación crecía con cada momento que pasaba. Con sus pensamientos en su marido, había

tomado una decisión. Se convertirían realmente en marido y mujer, como él había prometido... y como ella quería... *esta noche.*

Un brazo suave se deslizó alrededor de su cintura, tirando de ella hacia un pecho cálido y firme, y Mabel se sintió de repente eufórica por su toque familiar.

—Nial —susurró con nostalgia.

—Te he echado de menos, cariño. —Su aliento le abanicó el cabello, luego la giró entre sus brazos.

—Bésame, Mabel. Bésame. —Y bajó la cabeza, su boca capturando la suya, y ella se disolvió contra él, sus labios se abrieron en completa entrega a sus demandas.

Su salvaje abandono sorprendió a Nial: un deseo ardiente se disparó en su interior y la atrajo más hacia su dura longitud. Voluntariamente, su cuerpo se fundió con él y sus delgados brazos rodearon su cuello. Una violenta necesidad surgió en él, sacudiendo su forma masculina hasta los cimientos de su alma.

En algún rincón de su mente, se preguntaba por qué ella se había entregado a él con tanta facilidad. Rezaba para ser el único motivo de su rendición. Sin embargo, sospechaba que Patricia la había incitado de algún modo, precipitándola antes de estar realmente preparada. Si así fuera, él no la querría. Sabía que los arrepentimientos llegarían al día siguiente. Debía entregarse a él con plena libertad. Pero con su cuerpo ágil tan cerca, invitándolo a acercarse, sus labios suaves y la lengua aterciopelada provocándolo, saboreando los suyos mientras se lanzaba de manera vacilante, ingenua, descubrió que no podía contenerse. ¡Al diablo con sus razones!

La posesión ardiente de sus labios, cruzando con fiereza los suyos, envió oleadas de emoción candente a través del cuerpo tembloroso de Mabel. Asustada pero hechizada, dudaba si huir o quedarse. Entonces, su mano extendida se deslizó desde la cintura de ella, bajó por la cadera, y presionó con urgencia en la base de su columna vertebral, moldeándola, ajustándola a su cuerpo

endurecido. Sus magistrales labios abandonaron los de ella, rozaron su mejilla y dejaron un rastro urgente de besos a su paso.

—Te deseo —le susurró al oído—, pero solo si te entregas libremente, Mabel.

Entonces, sus labios llameantes ardieron sobre los de ella una vez más.

Su súplica urgente se arremolinó en su mente y penetró en sus sentidos entumecidos, anclándose en lo más profundo de su cerebro. *Libremente, Mabel,* volvió a escuchar en su interior, y sus labios, que respondían, vacilaron. Nial percibió al instante su leve retroceso y, con una fuerza que desconocía poseer, apartó sus dolientes labios de los de ella y alisó con delicadeza los mechones que cubrían su rostro.

—No debes acudir a mí por miedo a que busque a otra. Serás mía porque también lo deseas para ti.

—P… pero... —¡Sí! Ella lo anhelaba: su amor, su cuerpo, un hijo. Sabía que él le daría un hijo, pero ¿le concedería alguna vez su amor? Entonces decidió, con ingenuidad, que el lazo de un hijo, fruto de su unión, lo haría amarla de verdad—. Nial, yo...

—Cállate, cariño —interrumpió él, reprimiendo con esfuerzo sus ardientes deseos, sin darle oportunidad de negar su necesidad—. Nuestro tiempo juntos debe esperar. Cuando se hayan ido los invitados y estemos a solas, te mostraré todos los placeres, hasta entonces, debemos ser pacientes. —Sus últimas palabras parecían dirigidas más a sí mismo que a ella. Respiró hondo para aplacar su ardor, la atrajo hacia sí y depositó un beso tierno en su frente.

A varios metros, unos ojos gris verdosos, cargados de rencor, contemplaban a la pareja abrazándose en la glorieta.

—Qué conmovedor —siseó Patricia en voz baja, y, dando media vuelta, regresó furiosa por el camino. Más que nunca, estaba decidida a descubrir la poción que había hechizado a Nial. Mañana la

encontraría. Si no era entonces, al día siguiente o al siguiente. ¡Pero la encontraría! ¡No importaba cuánto tiempo le llevara!

—¡Bruja! —gruñó Patricia entre dientes al volver a entrar en la casa—. ¡Te veré expulsada y humillada!



A la mañana siguiente, Nial y Robert partieron hacia Melrose para atender unos asuntos relacionados con una fábrica de lana de oveja en la que Nial había invertido recientemente. No regresarían hasta entrada la noche. Una vez que su esposo se hubo marchado, Mabel preparó con rapidez a Fanny y su almuerzo, y escapó hacia la cabaña, lejos de la presencia constante —y cada vez más irritante— de Patricia.

Por la tarde, ambas hicieron un picnic junto al arroyo, decepcionadas porque ni Ian ni Merlin aparecieron. Sin embargo, Mabel concluyó que quizá era lo mejor; de haber acudido, su conciencia la habría molestado aún más.

En su lugar, dedicaron el tiempo a practicar sonidos. La voz de Fanny parecía ganar fuerza, aunque seguía sin pronunciar palabra. Mabel sospechaba que los vocablos no estaban simplemente atrapados en su garganta, sino encerrados en una celda oscura, oculta en lo más profundo de su mente. Si al menos pudiera encontrar la llave que liberara esas palabras... Porque, con el paso de los días, había llegado a querer a su hijastra como si fuera suya. Pero temía que las cadenas que aprisionaban a la pequeña fuesen mucho más pesadas y resistentes de lo que cualquiera podía imaginar.

Finalmente, llegó la hora de regresar a la casa. Mientras caminaban por el sendero de vuelta, Mabel deseó que Nial estuviera allí para frenar la lengua afilada de Patricia. La señora MacBean se encontraba justo al otro lado de la puerta cuando ambas entraron en la cocina.

—La esperan en el vestíbulo —le anunció con frialdad, sin molestarse en ocultar su desdén—. Yo llevaré a Fanny arriba.

Extrañada por la brusquedad de la ama de llaves, Mabel frunció el ceño, y sus ojos se dirigieron hacia la cocinera, que parecía terriblemente inquieta.

—¿Quién es? —preguntó, sin imaginar quién podría desear verla. Nadie fuera de los muros de Northcott sabía de su presencia allí… salvo Ian. Pero él no... ¡no! Tal vez fuera la señora Jacobs. La mujer le había prometido, la noche en que ella y Nial se casaron, que le haría una visita en algún momento.

Al no obtener respuesta de parte de Marcia, Mabel se inclinó hacia Fanny.

—Sube y lávate. Iré en seguida. —Fanny asintió y siguió a la ama de llaves hasta las escaleras, y Mabel se dirigió hacia la entrada principal.

Tan pronto como la institutriz cruzó la puerta, la cocinera se dirigió hacia la otra. Con pasos acelerados, se dirigió a los establos tan rápido como sus robustas piernas podían llevarla.

—¡Detenerla! —gritó Patricia, con el dedo rígido apuntando directamente a Mabel en el momento en que apareció—. ¡La busca la Corona!

De repente, dos hombres corpulentos se abalanzaron sobre ella, agarrándola por los brazos, y Mabel sintió como si estuviera atrapada en medio de una pesadilla.

—¡Suélteme! —gritó mientras la arrastraban hasta el vestíbulo.

—¿Es usted Mabel Whitman? —preguntó un hombre corpulento con voz autoritaria y el ceño fruncido.

—¿Quién es usted? —preguntó Mabel, luchando contra las manos carnosas que le inmovilizaban los brazos—. ¡Suélteme! —exigió, pero las manos del hombre solo se apretaron, dolorosamente.

—¿Es usted Mabel Whitman? —repitió el hombre. Mirándolo con furia, ella se negó a responder.

—¡Claro, esa ramera del teatro! —exclamó Patricia—. ¡Mire el maquillaje, el traje! ¡Ya le he mostrado las pruebas! —Señaló con el dedo la colección de artículos personales de Mabel, esparcidos por el suelo, cerca de los pies de la pelirroja, tirados allí en un arrebato de ira—. ¡No solo intentó asesinar a un vizconde, sino que también es una ladrona!

Aturdida, Mabel vio cómo la mano de la mujer salía de detrás de su espalda para revelar el broche y los pendientes de zafiro, además de la alianza de boda de Mabel.

—¡Son míos! —gritó, luchando de nuevo contra los hombres, y de nuevo sintió la fuerza de sus agarres.

Al notar la mirada feroz en los ojos de Mabel, Patricia se encogió momentáneamente.

—¡Arréstenla! —gritó, temiendo que Mabel pudiera soltarse de sus ataduras—. ¡Saquen a esa impostora de esta casa!

—Señorita, le pregunto de nuevo, ¿es usted Mabel Whitman?

Miró a los ojos del hombre.

—¡No responderé hasta que me diga con qué autoridad ha invadido esta casa!

—Mi autoridad está dentro de la ley. Soy John Graham, el sheriff de esta zona. Ahora, responda a mi pregunta.

Los ojos de Mabel se abrieron como platos y una sensación de hundimiento se apoderó de ella al ver que el sheriff sacaba de su bolsillo las cartas de Joanna, con el recorte de periódico encima.

—¿Son suyas? —preguntó.

De repente, la sangre se le salió de la cabeza y sus piernas cedieron, pero las ataduras insistentes la mantuvieron erguida. Condenada, pensó. *Oh, Nial, ¿dónde estás?* gritó su corazón en silencio. *¿Por qué tuviste que dejarme?* Pero cualquier esperanza de

que él pudiera salvarla de alguna manera se desvaneció al instante. Incluso si estuviera aquí, sabía que sería incapaz de ayudarla. Era una mujer buscada. Era inútil negarlo.

—Sí —dijo sin tono, segura de que su destino estaba sellado—. Las cartas son mías. Soy Mabel Whitman.

—Lo siento, señorita —murmuró el sheriff con tono compasivo —, pero no tengo más remedio que arrestarla por el intento de asesinato de Steven Rodway, vizconde de Rothhamford, y por el robo de una suma de dinero perteneciente a su persona.

—¿Y qué pasa con esto? —repitió Patricia con aire de suficiencia, mientras le mostraba al sheriff las joyas de zafiro—. Si indaga un poco más, puede que encuentre a su verdadero dueño.

John Graham cogió las joyas y se las metió en el bolsillo.

—¿Se irá tranquilamente? —preguntó, y Mabel asintió.

—¿No la van a encadenar? —gritó Patricia con tono estridente. Patricia gritó con tono estridente—. ¡Son unos tontos si no lo hacen!

Los dos ayudantes parecieron tomarle la palabra y uno sacó rápidamente un par de esposas.

—Guárdalas —ordenó el sheriff. Luego se volvió—. Le sugiero, señorita Southworth, que de ahora en adelante se meta en sus propios asuntos. O la arrestaré por obstruir la ley.

Los ojos de Patricia se abrieron como platos.

—¡No puede decirlo en serio!

—Por supuesto que sí —mintió el sheriff, con los ojos clavados en la pelirroja. Luego, tomó el brazo de su prisionera con un suave agarre y comenzó a escoltarla hacia la puerta.

De repente, sus ojos se nublaron, el paso de Mabel vaciló y miró por última vez la belleza de Northcott. Memorizándolo, esperaba que la ayudara a sobrevivir mientras se marchitaba en una celda húmeda, en lo más profundo de una prisión lejana que apestaba a excrementos humanos y carne podrida. El pensó, y un

escalofrío nauseabundo la recorrió, y volvió a tropezar. Entonces una imagen de su marido se le vino a la mente; las lágrimas brotaron de sus ojos. *Adiós, mi amor*, se dijo en silencio, segura de que nunca volvería a ver su hermoso rostro.

—Tenemos que irnos, señorita —dijo el alguacil en tono suave, y Mabel asintió, dando sus últimos doce pasos hacia su destino final.

De pronto, con la violencia de una ráfaga desatada, la puerta se abrió de par en par y chocó contra la pared contigua. Una figura masculina imponente apareció en el umbral, enmarcada por la luz del sol resplandeciente, con los nudillos apretados contra los muslos.

—¿Qué demonios está pasando en mi casa? —tronó, adentrándose con la mirada encendida de ira—. Más vale que las explicaciones estén a la altura.

—Nial —susurró Mabel, liberándose del agarre del sheriff y corriendo hacia su marido.

Los dos corpulentos ayudantes del sheriff se pusieron en marcha tras ella, y mientras el brazo de Nial se posaba sobre los temblorosos hombros de Mabel, acercándola a su lado, ordenó:

—¡Alto! ¡O ambos lamentarán el día en que pusieron sus sucias manos sobre mi esposa!

Las palabras de su marido le recordaron a Mabel al hombre del carruaje en Stilton, cuando los policías atacaron a su esposa al confundirla con ella. ¿La amaba Nial tanto como aquel desconocido amaba a la suya?

—¡¿Esposa?! —exclamó Patricia, que apenas acababa de asimilar la palabra. Su boca se cerró de golpe cuando Nial volvió hacia ella una mirada tan fría como el hielo.

—Sí, Patricia —pronunció con voz gélida—. Mi esposa... Mabel Whitman Donovan.

—¿Tú… lo sabías? —balbuceó la pelirroja—. Pero, Nial, ella intentó asesinar a un vizconde. También es una ladrona. Mira —añadió, sacando del bolsillo del sheriff los zafiros y el anillo, y

mostrándoselos—. ¿De dónde podría haber sacado eso una pobre mendiga? ¡Te digo que los ha robado!

Nial tomó con calma lo que ella le ofrecía.

—Esto —manifestó, alzando el broche—, es un recuerdo de la madre de Mabel. Y esto —prosiguió, colocándole el anillo en el dedo —, es su alianza de boda. Y estos —levantó los pendientes con delicadeza— son mi regalo de bodas para ella. Los mandé hacer a juego con el broche, como puedes comprobar. Si no me crees, Patricia, con gusto te proporcionaré el nombre del joyero en Londres.

—¿Londres? —murmuró Mabel, desconcertada.

—Sí, querida… Londres. —Una sonrisa suave curvó sus labios —. Hay mucho que necesito contarte, pero antes quisiera saber por qué han invadido mi casa y maltratado a mi esposa.

El sheriff carraspeó.

—Recibí un mensaje, señor, advirtiendo que usted albergaba sin saberlo a una fugitiva: Mabel Whitman. La Corona lleva tiempo buscándola y debía confirmar o desmentir el informe. Espero que lo comprenda.

—Lo comprendo, señor —replicó Nial—. Sin embargo, me gustaría saber quién le envió esa información.

—Pues fue la señorita Southworth.

Nial la miró.

—¿Y exactamente cómo descubriste la verdadera identidad de Mabel?

Al darse cuenta de que sus posibilidades de capturar a Nial y su riqueza se habían esfumado, Patricia pensó vengativamente en vengarse de él. ¡Y de su mujer, esa zorra!

—Busqué entre sus cosas —admitió, con una mirada desafiante —. Pero eso no viene al caso. ¡El hecho es que se la busca! ¡Hay que

arrestarla! —De nuevo, su dedo rígido se dirigió hacia Mabel—. ¡Ahora, cogedla!

—Sugiero que todos mantengan la calma —declaró Nial al ver que los agentes volvían a moverse—. Las acusaciones incendiarias de la señorita Southworth son falsas, y no me gustaría que ustedes, caballeros, sufrieran por sus mentiras.

—¡Señor! —intervino el sheriff—. La señorita Southworth tiene razón. Tengo una orden de arresto contra su esposa.

—Desde que se emitió esa orden, ha salido a la luz otra información. Si me siguen, demostraré que se han retirado los cargos contra mi esposa. —La última palabra salió de sus labios, y Nial oyó el jadeo de Mabel—. Caballeros... ¿si hacen el favor? —tomó la mano de su esposa y la condujo por el pasillo hasta su despacho, con el sheriff y sus hombres pisándole los talones. Después de recuperar los documentos notariales de un cajón cerrado con llave, se los entregó al sheriff—. Estos documentos son prueba de mi declaración.

—Ya veo lo que quiere decir —admitió el sheriff tras leer las declaraciones firmadas del vizconde Rothhamford—. Mis disculpas para usted y la señora Donovan.

—No debe rendir cuentas, señor. Las malas noticias siempre viajan mucho más rápido que las buenas. Estoy seguro de que la información le habría llegado, con el tiempo.

—Sí, bueno, eh... —titubeó el hombre—. Si conoce la laxitud de nuestros funcionarios en estos asuntos, ¿por qué no acudió usted mismo a mí con esta información?

—Eso, señor, primero tendré que explicárselo a mi esposa —respondió Nial, mirando a Mabel y advirtiendo el ceño fruncido que ensombrecía su suave frente. ¿Había resentimiento también en esos ojos azules? se preguntó, y sabía que no podía culparla si así era—. Le acompaño a la salida.

Metiendo los papeles en el bolsillo del pecho de su abrigo, agarró el brazo de Mabel y la condujo de vuelta al vestíbulo. Sus

tacones parecían clavarse en el suelo mientras avanzaban. Estaba seguro de que habría un infierno que pagar una vez que la casa estuviera libre del grupo no deseado. Luego miró hacia arriba de la escalera para ver los pies de Patricia golpeando los escalones tan rápido como podían.

—¡Señorita Southworth, baje ahora mismo! —ordenó, y ella se quedó quieta—. Si no quiere que vaya tras usted, le sugiero que haga lo que le digo.

El sheriff se preguntó si debía quedarse para evitar un posible asesinato, pero sus hombres no estaban de acuerdo y ya estaban dirigiéndose hacia la puerta. Cuando los ayudantes llegaron al portal abierto, Robert y el Sr. Spencer aparecieron y se abrieron paso a codazos, mientras los dos fornidos hombres se escabullían entre ellos. Decidiendo que no le harían daño físico al pelirrojo, el sheriff asintió con la cabeza al pasar junto a los dos recién llegados y cerró la puerta tras de sí.

—Parece que hemos llegado justo a tiempo —dijo el Sr. Spencer mientras veía a Nial, con el ceño fruncido, pasar a su lado con la mano de su amo apretando el brazo del pelirrojo. Luego Nial acompañó a la mujer a la sala de estar; la puerta se cerró de golpe —. ¿Está usted bien, señora? —preguntó a Mabel por encima de los gritos, tanto masculinos como femeninos, que provenían de detrás de la puerta cerrada—. Temía que no llegara a tiempo.

—¿Cómo sabía que estaba en problemas? —preguntó Mabel, y luego dio un salto cuando un jarrón se estrelló contra la pared de la sala de estar.

—Cook envió a un mozo de los establos. Le dijo que fuera hasta Melrose, si era necesario. Nos alcanzó a unos 800 metros, gritando que el sheriff os estaba llevando.

—Pero creía que llegaríais tarde.

—Terminamos nuestro asunto temprano —dijo Robert, desde el otro lado de la enorme entrada donde estaba recostado en una silla, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Tan pronto como el chico

empezó a gritar, mi primo salió del carruaje. El pobre muchacho casi se cae del caballo. Qué desconsiderado de Nial. Luego se montó en el caballo y se dirigió a Northcott. La pregunta es: ¿por qué?

Le dirigió una mirada inquisitiva y Mabel sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral. Apartando la mirada, pensó en interrogar más al Sr. Spencer, pero otro jarrón se estrelló y Nial soltó una violenta maldición. Temiendo que estuviera a punto de estrangular a su ex cuñada, dijo:

—Sr. Spencer, tal vez debería intervenir.

—Creo que será mejor que no, señorita. Cuando se pone así de nervioso, es preferible que todos nos mantengamos fuera de su camino.

Su mirada ansiosa se posó en Robert, quien parecía satisfecho con quedarse donde estaba.

—Patricia puede valerse por sí misma —manifestó sin moverse.

—¡No es Patricia quien me preocupa! —replicó ella y se dirigió hacia la puerta. Pero justo cuando iba a tomar el pomo, el panel se abrió de golpe y la pelirroja salió furiosa, apartando a Mabel.

Nial la siguió, frotándose el hombro. Al notar la mirada inquisitiva de Mabel, murmuró con disgusto:

—No he podido esquivar uno de sus proyectiles. —Luego llamó a su mayordomo—. Informe a los lacayos de la señorita Southworth que preparen su carruaje. Saldrá en un cuarto de hora. Envíe a algunas criadas para que la ayuden con las maletas. No deben preocuparse por la pulcritud. Y asegúrese de que se marche sin causar más daños a mi casa.

—De acuerdo, gobernador —respondió el señor Spencer—. Espero que sea la última vez que la veamos. —Con un comentario desagradable, se puso en marcha.

—¿Podría ahora obtener una explicación? —preguntó Robert, levantándose de la silla para cruzar el suelo de mármol y detenerse

junto a la pareja—. Si me disculpa mi ignorancia, ¿por qué tanta prisa por salvar a la señorita Chambers?

Nial soltó una risa contenida.

—La verdadera señorita Chambers ya no está entre los vivos, Robert. La mujer que ves ante ti es una joven actriz que fue acusada falsamente de intento de asesinato y robo. Vino a nosotros disfrazada, tal como está ante ti ahora. Su verdadero nombre es Mabel Whitman...

—Donovan —terminó ella, al ver la mirada asustada de Robert —. ¿Estás *casado?* —preguntó sin comprender.

—Sí —afirmó Nial, rodeando con el brazo los hombros de Mabel —. Así que, si nos disculpan, tenemos algunos asuntos que discutir en privado. Dudo que volvamos a vernos hasta mañana. —Con un gesto hacia Robert, impulsó a Mabel hacia las escaleras, rodeando su cintura mientras ascendían.

Desde abajo, Robert observó a la pareja con los ojos entrecerrados. Casados, pensó, reflexionando sobre aquella inesperada revelación. Después de Celeste, nunca imaginó que su primo daría ese paso nuevamente.

—Disfrutad de vuestra vida juntos —murmuró apenas audible —. —Luego se dio la vuelta y se encaminó en busca de un brandy y un lugar tranquilo donde meditar sobre la sorprendente confesión de Nial.

Capítulo 16

Un desconcertante silencio había envuelto a Mabel casi desde la oportuna llegada de Nial, pero al subir la gran escalera, reflexionó sobre cuanto había sucedido, y la verdad se le reveló de forma abrupta. Su marido la había engañado, ¡y sin motivo! La animosidad estalló en su interior, y en cuanto sus pies tocaron el rellano del segundo piso, se zafó del brazo que la rodeaba, recogió las faldas y se marchó con paso airado por el pasillo hacia el ala oeste.

Nial la observó fijamente durante un instante, la confusión marcándole el entrecejo. Luego, con largos pasos, la alcanzó, tomó su brazo y detuvo su avance.

—¿Qué te ha molestado?

—Adivínalo —replicó ella.

Se liberó de su agarre y volvió a dirigirse hacia su habitación, pero Nial le bloqueó el paso.

—Apártate de mi camino.

—Mabel, si te calmaras y me permitieras explicarte...

—¿Explicarme qué? ¿Que retiraron los cargos en mi contra y yo ni lo sabía porque mi marido, por razones que solo él sabe, decidió esconderme todo? Mientras tanto, tuve que cargar con este ridículo disfraz que odio con toda mi alma. Y luego está esa… mujer tan espantosa que pretendía echarme de mi propia casa para satisfacer sus caprichos. Y esos hombres me han dañado…

—¿Tu orgullo? —murmuró Nial, conteniendo una sonrisa de admiración.

Ella le lanzó una mirada entrecerrada.

—¡Mi orgullo! —replicó con enfado—. Todo porque tú no tuviste la decencia de informarme que el vizconde había retirado sus falsedades. ¿Qué más queda por decir?

—¿Gracias, tal vez?

—¡Gracias! ¡Debes de estar loco!

—En realidad, me costó un buen esfuerzo convencerlo para que confesara. Mi plan, lo admito, parecía descabellado al principio, pero gracias a mi astucia e inteligencia superior, logré engañarlo bastante bien.

Mabel lo miró con dureza, frunciendo los labios en señal de desafío.

—No me refiero a tu inteligencia, sino a tu engaño. ¿Por qué no me informaste de mi exoneración en cuanto llegaste a casa?

—¿Qué? —replicó Patricia con voz sarcástica desde detrás de Nial y Mabel, mientras avanzaba sobre la alfombra hacia ellos—. ¿Ya ha comenzado la pelea de amantes? —Se ajustó los guantes—. Pobre Nial. Tu apresurada elección de pareja podría perseguirte hasta la tumba. Qué lástima.

Mabel perdió la paciencia y clavó sus furiosos ojos azules en la mujer.

—Señorita Southworth —le dirigió una sonrisa endulzada—, si aprecia cada hebra de seda de su cabeza, le sugiero que se apresure hasta la puerta principal. O quizás sienta una repentina urgencia por buscar un peluquero.

Nial rió entre dientes.

—Si yo fuera tú, Patricia, no me entretendría. Mi esposa posee un temperamento extremadamente voluble. Nadie puede predecir lo que hará cuando se le sube el genio.

—Espero que tengan una vida juntos sumamente larga y terriblemente aburrida —espetó la pelirroja con odio. Con un

movimiento de cabeza, se dio media vuelta; su media docena de baúles, llevados por varios lacayos, la siguieron escaleras abajo.

La puerta principal se cerró de golpe, y el sarcástico grito del señor Spencer resonó por toda la casa.

—¡Y que os lleve el diablo!

—Bien dicho —comentó Nial, esbozando una sonrisa mientras alzaba la barbilla de Mabel—. Espero que nuestra vida sea larga, como ella ha dicho, pero en cuanto a aburrida, dudo seriamente que lo sea.

Mabel se sintió derretir bajo su cálida mirada. Al instante recordó su discusión.

—No has respondido a mi pregunta —dijo, liberándose de su abrazo, tratando de recuperar su anterior enfado.

La sonrisa de su marido se volvió perezosa.

—Lo haré, amor... esta noche.

¡Esta noche! exclamó su mente, pensando en cómo había acariciado la palabra. Si pensaba que ahora sería una esposa complaciente, especialmente después de su deliberado subterfugio, ¡estaba muy equivocado!

Ya veremos, replicó en silencio, leyendo cada uno de sus pensamientos.

—Por ahora, amor, puedes ir a tu habitación y quitarte el disfraz.

Rebelde, pensó en llevar aquella prenda horrenda para siempre.

—Será mejor que no te vea otra vez con esa vestimenta —ordenó él, señalando con desdén el desaliñado vestido gris—. Si lo hago, te lo quitaré yo mismo. —Inclinó la cabeza con una media sonrisa—. Hasta esta noche, cariño.

Mabel lo fulminó con la mirada mientras se alejaba hacia su estudio, y acto seguido se precipitó a su habitación. Herida, confusa

y enfadada, se deshizo del espantoso disfraz y llamó para que le prepararan un baño. Mientras esperaba a Mary, se limpió el maquillaje con gesto brusco, frotándose el rostro hasta sentir la piel arder. Luego se soltó los pasadores del cabello y lo cepilló con tanta fuerza que el cuero cabelludo le hormigueó bajo la presión de las cerdas.

Inmersa en el agua caliente, con su larga cabellera cayendo en cascada sobre el borde de la bañera, Mabel apoyó la cabeza contra el cobre pulido. Su furia comenzó a disminuir a medida que el calor la relajaba, y un letargo somnoliento se apoderó de ella. Al cerrar los ojos, se deslizó en un estado onírico. Durante mucho tiempo permaneció tumbada en el agua, con la mente en el pasado, vagando hacia atrás en el tiempo.

Unas manos suaves acariciaban su cabello y pensó en su madre, peinando y domando la melena salvaje de Mabel, las dos hablando de sus esperanzas y sueños, como hacen las madres y las hijas. Pero Verety ya no podía compartir su sabiduría, adquirida a través de sus experiencias, que era exactamente lo que Mabel necesitaba. Incluso Joanna estaba demasiado lejos para ayudarla a decidir qué camino debía tomar ahora: ¿debería quedarse en Northcott... o debería regresar a Londres?

Con los dedos extendidos, él le masajeaba tiernamente el cuero cabelludo, y Mabel gemía de placer.

—Eres más hermosa de lo que jamás hubiera imaginado, amor —susurró una voz masculina ronca cerca de su oído, y ella abrió lentamente los ojos para ver el hermoso rostro de Nial a solo unos centímetros del suyo.

Sus manos volaron desde los lados de la bañera para cubrir su desnudez, pero él las atrapó en una de las suyas; su mirada acalorada la acariciaba.

—No, no te escondas de mis ojos. No deberías avergonzarte de permitir que tu esposo vea tu exquisito cuerpo.

Mientras la contemplaba, sus firmes pechos se alzaban más en el agua, sus cimas rosadas se tensaban en picos, y Nial sintió una llama encenderse en sus entrañas.

Su mirada recorrió su piel cremosa hasta su esbelta cintura y caderas, y luego se detuvo en el oscuro triángulo sobre sus elegantes muslos. Un deseo ardiente lo invadió al imaginar sus dedos enredados allí, descubriendo la magia escondida en sus delicados pliegues satinados, deslizándose más profundamente para tocar su sedosa humedad.

Su respiración se entrecortó mientras luchaba contra la necesidad de levantarla de la bañera, llevarla a la cama y acostarse con ella. Había venido a explicarle por qué le había ocultado la verdad, pero no había pensado que la encontraría así. Como en trance, ella yacía ante él, una ninfa marina, invitando a que la tocara. Debería haberse ido entonces, lo sabía, pero ella no había rechazado sus manos en su cabello, así que creyó que quería que se quedara. Demasiado tarde, se dio cuenta de que ella estaba entre la vigilia y el sueño. Ahora, excitado por sus pensamientos, sus fantasías, no podía irse, y su mano se apretó en sus largos cabellos; su rostro se inclinó hacia el de ella.

Asustada por su mirada lujuriosa, Mabel intentó liberarse, pero su mano se apretó con más fuerza, domando sus esfuerzos.

—Ábrete a mí, amor —la instó, hiriéndola sin saberlo, tirando de nuevo. Ella jadeó, y sus labios exploradores tomaron los de ella en un beso desgarrador, su lengua exploradora se deslizó por la suavidad de sus labios y luego se hundió profundamente en su boca. Una oleada salvaje de calor recorrió a Mabel, asentándose en su interior, latiendo y pulsando; un calor fluía desde su interior, dejándola sin aliento. No podía permitirlo... no hasta que sus diferencias se resolvieran. Y luchó por liberar sus labios para decírselo.

Con el sonido de su gemido, los labios de Nial rozaron su mejilla.

—No te resistas, amor. Eres mía. —La boca de Mabel se abrió en señal de protesta, pero sus labios saqueadores ahogaron sus gritos. Su mano la liberó de las muñecas y se sumergió en el agua, capturando un pecho seductor, su pulgar acariciando su pezón tachonado.

Un escalofrío vibrante recorrió su cuerpo, deteniéndose en la unión de sus suaves muslos, mientras los dedos de él se burlaban de su carne, ahuecándola con delicadeza, moldeándola, haciéndola suya. Ella gimió, rendida al placer.

—¿Estás bien? —preguntó él, apartando los labios de los suyos una vez más.

Al escuchar su voz ronca, el cerebro de Mabel comenzó a asimilar el significado de sus palabras, y entonces comprendió que debía poner fin a aquella locura. Su brazo se sumergió de golpe en la bañera; el agua salpicó con fuerza, como una ola inesperada.

Empapado, Nial se apartó de un tirón, mientras Mabel salía apresuradamente de la bañera. Envuelta en la gran toalla que le cubría desde los hombros hasta los tobillos, retrocedió hacia una esquina, temblando de pies a cabeza.

Nial sacudió la cabeza como un perro mojado, esparciendo gotas a su alrededor. Se puso en pie de inmediato y, dándole la espalda, dijo con voz baja y tensa:

—Tenemos que hablar.

Y salió a grandes zancadas del cuarto de baño.

Mabel lo siguió, con la toalla bien ajustada, y se detuvo junto a la mampara. Él la observó mientras se secaba la cara y el cabello con un paño que había tomado al salir.

—No hace falta que te vistas. Lo que tengo que decirte no nos llevará más que un momento. —Al ver su expresión recelosa, añadió —: No volveré a tocarte.

Ella siguió con la mirada sus pasos mientras él se dejaba caer en el sofá con evidente disgusto. Pero intuía que esa frustración no

era con ella, sino consigo mismo. Un largo suspiro escapó de sus labios mientras la observaba.

—Mabel, lo siento por lo que acaba de pasar. Tendría que haberme marchado en cuanto te vi.

—¿Por qué entraste sin llamar?

—Llamé. No respondiste. La puerta estaba abierta... Cuando te vi, yo... —Aún alterado por lo ocurrido, con el calor recorriéndole las venas, las palabras se le trabaron en la garganta. ¿Cómo explicarle lo que sentía, lo que necesitaba sin parecer un insensato?

—La razón por la que vine a tu habitación es que no podía esperar hasta esta noche para explicarte por qué oculté la confesión de Rothhamford. Ya estabas enfadada, y si te dejaba con ese enojo, sabía que por la noche no me escucharías.

Se acercó un poco y se sentó en un taburete bajo, cerca de su tocador.

—Probablemente tengas razón —murmuró ella—. ¿Por qué me ocultaste esa información?

—Los dos hemos mentido, Mabel. Cada uno por sus propios motivos. Tú lo hiciste para protegerte de una acusación injusta que podría haberte llevado a prisión de por vida. Yo, porque temía que, en cuanto supieras que tu nombre había quedado limpio, querrías anular el matrimonio.

La miró en silencio durante unos segundos, y Mabel se preguntó si realmente lo habría hecho. Él se puso de pie y empezó a caminar por la habitación, pasándose una mano por el cabello húmedo, visiblemente nervioso.

—Te obligué a casarte sin que lo quisieras. Lo sé. Pero tenía mis razones. Fanny se habría roto si la abandonaba, y pensé que si nos casábamos, eso la ayudaría. Sabes que no tengo problema en tener más hijos —añadió, viendo cómo ella se sonrojaba levemente —. Pero para que pudiéramos estar juntos de verdad, tenía que quitarte de encima el control que Rothhamford tenía sobre ti. Cada

vez que te tocaba, sabía que aún pensabas en él. Por eso fui a Londres. Pero cuando volví con los papeles que decían que eras libre... tuve miedo. Miedo de que te marcharas de Northcott. Aún no habíamos consumado el matrimonio y, dadas las circunstancias en las que nos casamos, ningún tribunal te negaría una anulación. Así que lo escondí, esperando poder convencerte de venir a mí por tu propia voluntad. Y cuando lo hiciste... ya no podías irte.

—¿Me habrías engañado para llevarme a tu cama solo para retenerme? —preguntó ella, apenas en un susurro.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque Fanny no soportaría perderte.

—¿Y tú?

—Yo también te echaría de menos.

Al no obtener respuesta, Nial se dirigió hacia la puerta.

—Eres libre de irte de Northcott, Mabel. No te lo impediré.

¿Irse? Su corazón se lo preguntó. ¿De verdad quería eso? ¡No! Ese era su hogar. Con Fanny... con Nial. No tenía nada fuera de allí. Él era su marido; ella, su esposa. Y, lo amara o no, él era amable, generoso, protector, cariñoso...

—Nial —lo llamó casi con desesperación cuando lo vio girar el pomo de la puerta—. No te vayas.

Al oírla, respiró hondo y soltó el aire lentamente.

—Si me quedo, sabes lo que eso significa —respondió, sin girarse aún.

—Sí —susurró ella, con los ojos brillando de lágrimas. Una parte de ella temblaba de miedo; la otra, de esperanza. Pero, por dentro, lo sabía: Nial era su destino—. Quiero ser tu esposa —añadió por fin.

Nial se volvió y se apoyó contra la puerta cerrada.

—Entonces ven aquí, amor —susurró, mientras en su interior rogaba que ella no se detuviera.

Mabel se acercó, paso a paso, hasta quedar a escasa distancia de él. Sus miradas se cruzaron; la de ella, inquisitiva y tímida; la de él, ardiente y expectante.

—Muéstrame tu belleza —le pidió con voz grave, casi reverente.

Ella bajó la mirada, y lentamente dejó que la toalla se deslizara por sus hombros, descendiera por sus pechos y resbalara a lo largo de su cuerpo, hasta caer a sus pies en un susurro de tela. Su desnudez le cortó la respiración. El deseo lo envolvió con fuerza renovada, y aun así, luchó por mantenerse sereno.

—Te ofrezco una última oportunidad para renunciar a mí —murmuró con esfuerzo, como si cada palabra fuera un hilo que contenía su voluntad.

—Soy tuya.

—Entonces... que así sea —jadeó, y en un impulso contenido por días de tensión, la alzó en brazos.

Con paso seguro, la llevó hasta la cama. Ella se recostó con suavidad, dejando que su cuerpo se fundiera con las sábanas frescas. Durante un instante, se sintió flotar.

Hambrienta de él, lo observó mientras se desnudaba, deseando contemplarlo pero desviando la vista, avergonzada, cuando su deseo se volvió evidente.

Nial soltó una risa suave al verla apartar los ojos, y se tendió a su lado, cubriéndose las caderas con la manta.

—Mira lo que me haces, cariño —bromeó en voz baja, deslizándole una mano por el vientre, cálida y abierta. Ella se sonrojó aún más.

—Mabel... —susurró con ternura—. Quiero hacerte el amor. No tengas miedo, cielo.

Su mano ascendió despacio por su piel satinada, hasta encontrar el pecho. Cuando sus dedos lo rodearon con cuidado, sintió que ella se estremecía.

¡Rothhamford, maldito seas!, pensó con una furia tan intensa que le nubló la mirada.

—¿Te he disgustado? —preguntó ella con una voz pequeña y temblorosa, preguntándose si él estaba enfadado por algo que ella había hecho. O, tal vez, era algo que ella no había hecho.

—No, amor mío —susurró con un dolor hondo, como si deseara arrancar a Rothhamford de su memoria para siempre—. Nunca podrías disgustarme.

Su boca tomó la de ella con ternura firme, guiándola con suavidad, pidiéndole una rendición dulce. Los labios de Mabel, suaves como pétalos en primavera, se abrieron bajo los de él como una flor al sol. Su lengua, ansiosa y juguetona, exploró los rincones más íntimos con un arte provocador. Ella, vacilante al principio, fue cediendo poco a poco, hasta atreverse a profundizar el beso, entrelazando su lengua con la de él. Nial soltó un gemido ahogado, presa de un placer que lo desbordaba. La desesperación lo sacudió, y por un instante perdió todo control: sus deseos, latentes y crudos, tomaron el mando.

Su mano comenzó a recorrer el cuerpo de Mabel, anhelando conocer cada rincón, cada secreto escondido en su piel de satén. El calor que irradiaba su contacto se extendía por su columna como un escalofrío dulce, hasta encender cada nervio con un temblor de deseo. Sus besos, cada vez más embriagadores, su lengua ávida y salvaje, la dejaron sin aliento. Ella se rendía, se derretía contra las sábanas frescas, sin comprender del todo lo que ansiaba... solo sabía que él tenía el poder de aplacar esa fiebre que se encendía en su interior.

Sus labios ardientes trazaron la curva de su cuello; su lengua, cálida, encontró su pulso y lo siguió hasta su pecho, donde capturó el pezón erguido en un beso húmedo y lento. Su mano descendió

con cuidado por su vientre, y sus dedos se aventuraron entre sus muslos. Mabel se estremeció, cerrándolos con un movimiento instintivo, avergonzada por la intimidad repentina.

—No te apartes de mí, amor —suplicó él, ronco, con los ojos entrecerrados de deseo y ternura—. Esto también forma parte de hacer el amor... Es la antesala del éxtasis que compartiremos.

Sus miradas se encontraron, y ella vio en sus ojos una verdad que no podía negarse. Poco a poco, su cuerpo se relajó bajo el suyo. Nial contuvo los propios impulsos, sin apartar la mirada de ella, mientras sus dedos rozaban con delicadeza los pliegues cálidos, desatando un calor húmedo que brotaba de lo más profundo. Cuando penetró suavemente, escuchó el jadeo que escapó de sus labios, y su pulgar acarició con esmero el centro mismo de su placer.

Ella lo sentía, lo sabía en lo más profundo de sí: estaba lista. Pero Nial la deseaba aún más, con una urgencia que no lograba contener. Sus labios buscaron los de ella una vez más, y su lengua, íntima y firme, acompañó el ritmo de sus dedos, que seguían acariciándola con una cadencia envolvente. Mabel se arqueaba bajo él, estremeciéndose, y sus suaves gemidos llenaban el silencio como una melodía secreta.

Él separó sus muslos con cuidado y se acomodó entre ellos.

—Abrázame, amor —le murmuró, guiándola—. Ahora mírame.

Ella rodeó su cuello con los brazos, y sus ojos buscaron los de él justo cuando Nial, despacio, comenzó a adentrarse en su cuerpo. El calor sedoso que lo envolvió lo desarmó por completo, y se detuvo un instante, luchando por conservar el control. Al llegar a la frágil barrera que aún los separaba, le susurró con dulzura:

—Dame tus labios, cariño.

Y su boca descendió sobre la de ella. Mabel se aferró a su beso justo cuando la presión aumentó. La mano de él se deslizó bajo sus caderas, y con un movimiento firme empujó hacia adelante,

acallando el grito que brotó de ella con un beso largo y profundo. Luego se detuvo, aguardando.

—Ya pasó lo peor, amor —le prometió con la voz entrecortada —. Ahora comienza el placer.

Ella lo sintió avanzar lentamente, llenándola por completo. El movimiento de sus caderas comenzó de nuevo, cadencioso, embriagador. Cada embestida despertaba una oleada nueva de deseo, y Mabel, aturdida por una necesidad incontrolable, empezó a moverse con él.

—Nial... por favor...

Él rió, una carcajada grave y masculina que vibró contra su piel.

—Muévete conmigo, cariño —la animó, y sus manos guiaron sus caderas con dulzura firme.

Ella lo hizo, encontrando el ritmo, entregándose al fuego que crecía entre ellos. Se arqueaba, se retorcía, hasta que él sintió cómo su propia contención se desmoronaba. Toda su energía latía en un solo punto, y su boca tomó la de ella con un beso desesperado y voraz. Las caderas de ambos se buscaron con frenesí, sus dedos se entrelazaron en su cabello, y sus lenguas danzaban como si no pudieran separarse. El gemido de Mabel, agudo y estremecido, llenó su mente justo cuando la sintió quebrarse bajo él, temblando de placer. Sus espasmos lo acariciaban, lo arrastraban, y con un grito ronco, su nombre en los labios, Nial alcanzó el clímax, hundiéndose hasta lo más profundo de ella.

Jadeante, con el corazón desbocado, Nial se obligó a recobrar el aliento. Temiendo que su peso la abrumara, rodó hacia un lado, llevándola con él, sus cuerpos aún entrelazados, las piernas unidas en una maraña íntima. Con ternura, apartó el cabello espeso de su rostro y la miró con asombro, como si no pudiera creer lo que acababan de compartir.

Ninguna mujer se le había entregado así. Mabel, dejando atrás su ingenuidad, se había transformado en sus brazos, floreciendo con cada caricia, pidiendo más, suplicando los placeres que solo él podía ofrecerle.

Cuando ella escondió el rostro tímidamente contra su pecho, Nial no pudo evitar pensar en su primera esposa. Celeste... siempre rígida, torpe, quejándose por todo: por un cabello fuera de lugar, por las marcas que sus labios dejaban en su piel nívea. Aquello no era pasión. Era como yacer junto a un cadáver. Y cuando, al fin, se volvió hacia otras mujeres, éstas accedieron sin resistencia... pero todo fue fingido. Una representación vacía. Nada real.

Nada como lo que acababa de vivir con Mabel.

Pero Mabel, dulce y entregada, le había ofrecido el don de sí misma. Él había sido el primero, el único, y le enseñaría a amarlo amándola. Imaginó las noches interminables de pasión que compartirían, su timidez virginal sustituida por el conocimiento de una mujer deseada, sus labios y manos rindiéndole culto a cada rincón de su cuerpo. Sí, le enseñaría todas las formas de amarle, entregándose a ella de todas las maneras posibles. Excepto con el corazón, admitió con amargura, sabiendo que tales emociones estaban reservadas para poetas y necios.

El susurro suave de su nombre lo apartó de sus pensamientos.

—¿Qué ocurre, cariño?

—¿No deberíamos vestirnos ya? —murmuró, sonrojada—. El sol aún no se ha puesto y…

Él soltó una breve risa.

—Nos quedaremos en la cama y veremos cómo su luz se desvanece tras la ventana.

Ella abrió los ojos con asombro, llevándose una mano al pecho.

—Pero los criados… Fanny… ¡y Robert!

—El señor Spencer tiene instrucciones precisas para mantener la casa en funcionamiento sin mí. Fanny está con Mary y mi primo sabrá arreglárselas solo.

—¿Pretendías seducirme desde el principio? —preguntó, entre divertida y escandalizada.

—Pensaba en seducirte incluso antes de saber quién eras en realidad. —Sonrió al ver su expresión de sorpresa—. Creía que estabas un poco trastornada, pero había algo en la señorita Harriet Chambers que me intrigaba. Desde luego, no era por tu aspecto —lo escondías bastante bien—, pero no dejabas de colarte en mis sueños. Igual que una joven actriz a la que vi en Covent Garden. A veces se mezclaban… llegaban a ser la misma mujer. Creo que mi subconsciente intentaba darme una pista, ¿no crees?

—No veo por qué —respondió ella con una sonrisa burlona.

—Ni yo, en aquel momento —admitió, soltando una risa suave —. No fue tu belleza lo que me atrajo; eso llegó después. Lo que me atrapó fue otra cosa. Pero descubrir lo hermosa que eres, sobre todo así, de esta manera… —Su mano se posó sobre uno de sus pechos y el pulgar acarició con suavidad el pezón. Mabel sintió cómo el calor le recorría el vientre y se encendía entre los muslos. Al ver el brillo que volvía a prenderse en su mirada, intentó zafarse de la cama.

—No vas a escaparte —murmuró él con una sonrisa cada vez más traviesa, sujetándola de la cintura con el brazo. Entonces ella notó la presión firme de su deseo contra la pierna y abrió mucho los ojos.

—¿No pretenderás que…?

—Sí, amor. Hasta que amanezca.

Con un movimiento rápido, se soltó de su abrazo y se cubrió hasta el cuello con las sábanas.

—Aún no has respondido a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —dijo él, alargando la mano hacia ella—. ¿Si vine con intención de seducirte?

—Creí que eso ya lo habías contestado.

—Apenas. Cuando llegaste aquí… antes de que todo esto ocurriera… esta noche…

Nial se rió entre dientes mientras se deslizaba por la sábana, acercándose a ella.

—Esperaba que acabáramos así, pero mi intención al venir era explicarte por qué oculté lo de Rothhamford. Después de que me escucharas, pensaba ofrecerte tu libertad. Y lo hice. Fuiste tú quien decidió quedarse, Mabel. Ahora soy yo quien elige volver a amarte. —La atrajo hacia su cuerpo con fuerza, dejándola sin aliento por el ímpetu de sus brazos—. Pero prométeme que no habrá nadie más. Después de lo de Celeste… no podría soportarlo.

—Lo prometo —susurró ella, sin aliento, y enseguida un gemido suave escapó de sus labios al sentir de nuevo ese calor profundo recorrerle el cuerpo.

La intensidad de su mirada la envolvía, y Mabel posó la mano sobre su pecho. Firme, cálido, inconfundiblemente masculino. Deslizó los dedos por el vello que cubría su piel, áspero al tacto, y se maravilló de lo distinto que era el cuerpo de un hombre al suyo. Entonces, con una osadía nacida del deseo, dejó que su mano descendiera. Escuchó cómo la respiración de Nial se volvía más pesada, y al ver sus ojos, supo que él deseaba que siguiera. Que lo buscara. Que lo tocara.

Y lo hizo. Lo encontró, palpitante entre sus dedos.

Él cerró los ojos, y por un momento su expresión pareció tensarse de dolor. Ella retiró la mano de inmediato.

—¿Te he hecho daño? —preguntó ella inocentemente, y oyó su risa entrecortada.

—No, cariño —gimió él—. Cuando llevemos más tiempo juntos, lo entenderás. Ahora abrázame, amor. —Su suave caricia casi lo deshizo de nuevo, pero él luchó por controlarse. Luego se movió en su mano, mostrándole lo que deseaba. Tímidamente, ella trató de

complacerlo, luego, con más comprensión, lo hizo, y con su propia mano atendiéndola activamente, sus labios capturaron los de ella en un beso dolorosamente interminable. Sus lenguas se entrelazaron, apareándose en un furioso deleite; luego, con los crecientes deseos de Nial a punto de estallar, las caderas de Mabel se retorcieron salvajemente, él separó su boca de la de ella y exigió roncamente—: Llévame a casa, Mabel... llévame a casa.

Y ella lo hizo.



En el desayuno, Mabel bajó el tenedor y levantó la vista para ver la cálida mirada de su marido sobre ella; una sonrisa perezosa curvó sus labios, y ella se sonrojó. Su propia mirada cayó sobre su plato.

Su noche de amor no había terminado hasta el amanecer, cuando al fin se vieron saciados. Pero ahora, al recordar el desenfreno vivido, Mabel no podía evitar sentirse avergonzada. Lo más difícil que había hecho en su vida fue salir de detrás de aquella puerta cerrada y enfrentarse de nuevo a todos los que vivían en Northcott. ¡Cada uno de ellos sabía perfectamente qué había mantenido ocupado al señor la tarde anterior… y durante toda la noche!

—Te acostumbrarás, cariño —susurró Nial al inclinarse hacia su oído, apretándole suavemente la mano que descansaba sobre la mesa—. Ninguno de nosotros estaría aquí si no fuera por esos momentos privados que comparten un hombre y una mujer. Solo mantén la cabeza en alto y míralos a los ojos. Los chismes pronto se apagarán.

—Lo dudo mucho.

Nial soltó una risa ahogada.

—¿Temes que hayan oído tus gritos de placer?

—¡Nial! —le reprendió ella, mirando con apuro a su alrededor.

—Estamos solos, amor. Y, francamente, podríamos estarlo un buen rato. Me da la impresión de que todos aquí dentro temen entrar a cualquier habitación si sospechan que hemos cerrado la puerta.

—¡En el comedor! No querrás decir que...

Nial rió ante su expresión horrorizada.

—La pasión, mi vida, no entiende de lugares ni le importa si hay un colchón de plumas. Solo necesita un hombre y una mujer dispuestos a dejarse llevar.

—Pero...

—¿Quieres que se lo muestre?

—¿Otra vez?

—Siempre. —Y él observó cómo ella se sonrojaba de nuevo cuando se dio cuenta de lo que quería decir.

De repente se abrió la puerta y Robert entró a zancadas, pero se detuvo en seco al ver a la magnífica belleza sentada a la mesa. Se recuperó y se sentó a la izquierda de Nial.

—Bueno, pensé que nunca te vería tan temprano —comentó, cogiendo un pañuelo del plato—. Aunque no te culparía si desaparecieras durante meses. —Se volvió hacia Mabel—. ¿Seguro que esta no es la señorita Chambers?

—No —dijo Mabel, mirándolo directamente a los ojos como le había sugerido Nial—. La señorita Chambers, por desgracia, falleció hace algún tiempo.

—¿Por desgracia? —preguntó él—. ¿O por suerte?

Sorprendida por la mirada dura de sus ojos, Mabel lo miró fijamente, luego oyó a Nial decir:

—Ambas cosas, Robert. Desafortunado para la querida mujer en sí, pero muy afortunado para mí. No habría conocido a Mabel si la

buena de Harriet no se hubiera tomado el tiempo oportuno para trascender estos límites terrenales. El cielo la tiene ahora… y yo tengo un ángel solo para mí.

—Creo que te ha convertido en poeta, primo —bromeó Robert mientras se encaminaba hacia la puerta—. En fin, me iré a dar un paseo por el campo… Así dejaré a los amantes en paz.
La puerta se cerró con un sonoro golpe tras él.

—Debería abofetearlo —gruñó Nial. Mabel sonrió, divertida.

—Te acostumbrarás, cariño.

—Señora, empiezo a pensar que es más fácil decirlo que hacerlo —comentó con una sonrisa—. Ahora, creo que estábamos hablando de comedores... ¿o era de pasión?

La puerta se abrió de nuevo y, al ver que era Fanny, Nial guardó silencio.

—Buenos días, cariño —saludó cuando ella llegó a su lado y le dio un beso paternal en la frente.

—Deberías haberte unido a nosotros antes, querida —dijo Mabel, sonriendo por encima de la cabeza de Fanny a su marido, y recibió una mirada desconcertada como respuesta—. Vamos a buscar un plato caliente, ¿de acuerdo?

Se levantó y guio a Fanny hasta el bufé. Mientras Nial observaba el balanceo de sus caderas, los recuerdos de la noche anterior lo invadieron, y tuvo que ajustarse la servilleta sobre el regazo. Tendría que establecer algunas reglas con su hija sobre entrar sin avisar en sus habitaciones, sin importar si era de día. Una sonrisa perezosa asomó en su rostro. La nueva ama de Northcott estaría muy ocupada, sí, pero no con asuntos domésticos. Deshacer la cama sería lo único que se le permitiría hacer en cuanto a trabajo; el resto lo haría él mismo. Muy felizmente, decidió.

Después de que el trío terminara el desayuno, Nial sugirió que subieran. Al llegar a la puerta de Mabel, esta se sorprendió al ver

que sus objetos personales estaban siendo trasladados dos habitaciones más allá.

—Cierra la boca —dijo él, empujándole la barbilla hacia arriba —. Mi habitación es la más alejada de los oídos de todos.

Asintió hacia Fanny, que acababa de firmar que quería llevar el vestido de seda azul de Mabel y ahora ayudaba a Mary con las ropas. Entonces notó la expresión atónita de su esposa.

—No temas, amor. Me tragué la mayoría de tus gritos de éxtasis con mis besos. Aunque no estoy seguro de los míos.

Ella se sonrojó aún más y él soltó una risa baja.

—No te avergüences, cariño. Deberías estar orgullosa de ser capaz de despertar tanta pasión en tu marido.

Fanny salió de la habitación de su padre, corrió hacia ellos y tomó la mano de Mabel, llevándola a su nuevo alojamiento. Una vez dentro, se dirigió al armario para continuar ayudando a Mary. Mabel se sintió un tanto incómoda al contemplar la decoración en dorado, blanco y negro. Solo había estado allí una vez, cuando buscó desesperadamente a Fanny y la encontró en el ala este. Nial aún no sabía lo de la muñeca rota. Y posiblemente nunca lo sabría.

Al echar un vistazo a la enorme cama, cubierta de satén dorado y negro, notó que era el doble de grande que la suya e imaginó el largo cuerpo de Nial tumbado en el centro, con ella acurrucada a su lado.

—Solo necesitaremos una pequeña parte, cariño —susurró él, su aliento cálido rozándole la oreja—. En cuanto se despeje la habitación, descubriremos qué zona ofrece más comodidad.

Sorprendida por su audacia, se volvió para replicar. ¿Qué podía decir? ¡Sobre todo con Mary y Fanny al alcance del oído! Al parecer, Nial se dio cuenta de su aprieto, porque sonrió perezosamente, desafiándola con la mirada para que respondiera. Ella le lanzó una mirada de superioridad, diciéndole con sus propios ojos que mejor

se comportara o le daría una bofetada. Pero Nial malinterpretó su significado.

—No se te ocurra nunca resolver nuestras diferencias en la cama, cariño —dijo, con una sutil amenaza en su tono—. No volveré a tener un cuerpo frío a mi lado.

Luego se dirigió a la silla que estaba junto al armario y se dejó caer en ella, esperando a que la habitación se vaciara.

La mirada confusa de Mabel lo siguió, pero su atención se dirigió a Fanny, que se había acercado a su lado, y luego echó un vistazo al vestido que Mary sostenía en alto.

—¡Mi ropa! —exclamó, al darse cuenta de que la que había dejado en Londres estaba ahora en Northcott—. ¿De dónde la has sacado?

—Cuando estaba en Londres, me detuve a visitar a la señora Nerfolk. Me la envió con su cariño.

—¿Sabe lo nuestro?

—Sí. De hecho, la pobre mujer casi se desmaya de alivio cuando se lo dije. —Se rió entre dientes, su temperamento se había calmado—. Estoy seguro de que pensó que había venido a acusarla... a exigir algún tipo de castigo. Pero una vez dicho y hecho todo, parecía bastante feliz de saber que ahora eras mi esposa. Por cierto, ella vendrá de visita a finales de mes. —Observó cómo una sorpresa de deleite se extendía por el rostro de su esposa y sonrió para sus adentros—. Mientras tanto, he planeado un viaje para nosotros.

—¿Adónde? —preguntó ella, colocando sus manos sobre los hombros de Fanny, y ambas lo miraron con expectación.

—Nos vamos los tres a Edimburgo mañana.

Fanny se soltó del suave abrazo de Mabel para correr y abrazar el cuello de su padre, encantada con la noticia. Él frunció el ceño.

—¿No me da un abrazo mi mujer también?

Mabel se acercó lentamente a él.

—Solo si prometes llevarnos al Royal teatre. Fanny tiene tantas ganas de ver una obra de teatro de verdad.

—Influenciada por una actriz, supongo.

—Posiblemente. —Se inclinó y le besó la mejilla—. Serán unas vacaciones maravillosas. Gracias.

—Con mis dos protagonistas femeninas a mi lado, ¿cómo no iba a serlo? —preguntó, sonriendo con picardía mientras su mano se deslizaba por su cadera, haciendo que Mabel se enderezara de un tirón—. Mary —llamó por encima del hombro, aún riéndose—, dile al Sr. Spencer que traiga mi sorpresa.

Varios minutos después, el Sr. Spencer, seguido de otros dos sirvientes, llevó a la habitación caja tras caja, marcadas por las mejores casas de moda de Londres. Al ver a su emocionada esposa e hija romper los envoltorios, esparciendo tapas y papel de seda por toda su habitación, Nial comenzó a preguntarse si el amor no sería algo tan malo después de todo.

Capítulo 17

Un murmullo de voces resonó en el Royal Theatre de Edimburgo cuando el público se acomodaba en sus asientos. En su palco privado, Mabel se abanicaba mientras la emoción crecía a su alrededor. Junto a ella, Fanny permanecía boquiabierta, fascinada. No todos los días un niño de seis años asistía a una obra, y Mabel sonrió al notar la mirada expectante de la niña.

Nial fijó la mirada en su ágil figura, envuelta en un vestido de satén blanco con el corpiño adornado por diminutas perlas; el intrincado peinado, entrelazado con capullos de rosa blanca; el chal de encaje de seda que cubría sus brazos enguantados; y el abanico de marfil que sostenía con delicadeza.

—Pareces una marquesa. Y Fanny parece una princesa.

Su hija le sonrió, luego se arregló la falda de satén de su vestido, que hacía juego con el de Mabel, excepto por el escote y la longitud, y volvió a mirar las actividades que tenían lugar abajo.

—Gracias de nuevo por nuestros hermosos vestidos —murmuró Mabel con una mirada cálida—. Encajan perfectamente.

—Así es. La Sra. Nerfolk me aseguró que el vestido que habíamos elegido en nuestra sesión de compras era de la talla exacta. Ya sabía la talla de Fanny. Pero cuidado, mi amor, si empiezas a engordar, te quedarás sin nada.

Mabel parpadeó. ¿Pensaba él que comía demasiado? Entonces, al notar que su mirada se posaba en su estómago, captó su significado y miró a su alrededor para ver si alguien notaba el rubor que se elevaba en sus mejillas.

—Tu charla es inapropiada.

—Es un hecho, amor. Si no ha sucedido ya, pronto lo hará. No se puede evitar, sobre todo cuando no estamos separados más de unas pocas horas seguidas. —Sus palabras la volvieron de un escarlata llameante, y ella abrió de golpe su abanico, ocultando su rostro tras él. Él se rió entre dientes, y su sonrisa se volvió perversa —. No lo querría de otra manera. Ni tú, me atrevería a añadir, amor. De hecho, recuerdo que hace aproximadamente dos horas nosotros... —El aliento de Nial salió de sus pulmones cuando un codo puntiagudo le dio un golpe en el costado—. Dejaremos esta charla para después. —resolló, mientras las luces de la sala se atenuaban lentamente.

Se levantó el telón y Mabel notó que Fanny se sentaba más erguida en su asiento. Mientras las líneas fluían de los labios de los actores, ella dirigió su atención al escenario. Diez minutos después, la actriz que interpretaba el papel principal marchó por el frente del escenario, recitando de memoria su verso de lamento. La mujer se volvió, con la cola de su vestido balanceándose ampliamente detrás de ella. Mabel jadeó; sus manos se aferraron a los brazos de la silla. ¡Dios mío! ¡Está demasiado cerca! gritó su mente, al darse cuenta de que el vestido fluido de la mujer estaba a punto de rozar una de las lámparas que iluminaban el escenario. A medio levantarse de su asiento, empezó a gritar, pero su garganta se negó a emitir su advertencia.

—¿Qué pasa? —preguntó Nial, inclinándose hacia ella y tocándole el brazo. Del público surgieron gritos de ansiedad, y él se volvió para ver las llamas lamiendo la parte trasera del vestido de la actriz. Un grito agudo cortó el aire, a solo unos centímetros de él, pero no pudo averiguar su origen. Luego miró a su hija.

Mabel se puso en cuclillas ante la niña, sacudiendo sus esbeltos hombros.

—¡Fanny! —gritó, pero los gritos de la niña seguían perforando el aire—. Está bien. ¡Mira!

En el escenario, el actor principal se había quitado la capa para sofocar el fuego; el público suspiró aliviado al ver que no había ninguna lesión real, pero

Nial no le prestó atención. De un solo golpe, levantó a su hija gritona en sus brazos y salió a grandes zancadas de su palco, con Mabel corriendo detrás de ellos.

Cuando llegaron a la entrada, al pasar junto a los que habían huido de la inquietante escena, Fanny se había calmado. Su mandíbula se apretó rígidamente, sus grandes ojos verdes miraban sin ver y su pequeño cuerpo temblaba como si le hubiera dado un escalofrío.

En la calle, Nial miró de arriba abajo la larga fila de carruajes, buscando frenéticamente el suyo, pero el Sr. Spencer ya los había visto. El tiro de caballos se detuvo de golpe y él saltó de su asiento.

—¿Qué le pasa?

—Llévanos al hotel y luego busquen un médico —ordenó, y se dirigió a su carruaje abierto, con Mabel siguiéndolo de cerca—. Ayúdame con esta manga —le ordenó cuando se sentaron dentro, el Sr. Spencer azotó a los caballos hasta que galoparon a toda velocidad, y ella le sacó el brazo de la chaqueta. Su hija se acurrucó cerca de él, él envolvió su abrigo alrededor de ella para calentar su cuerpo tembloroso —. Fanny, cariño, no pasa nada. Papá te tiene a ti, amor —canturreó, meciéndola en sus brazos—. No dejará que te pase nada. —Mabel oyó la respiración entrecortada y profunda de Nial, con el rostro vuelto hacia el cielo.

Con los ojos cerrados, sus rasgos se retorcieron de dolor emocional.

—¿Qué crees que es? —preguntó ella, colocando una mano suave sobre la suya. Su mirada angustiada se quedó un largo momento en la de ella. No hubo respuesta. Luego, su atención volvió a Fanny mientras le hablaba de nuevo en voz baja.

Confundida, Mabel lo observó. ¿La culpaba a ella por insistir en que fueran a ver una obra de teatro? Todo iba bien, hasta que... ¡Dios mío! ¡El incendio! ¿Tenía algo que ver Celeste con todo esto?

El carruaje se detuvo de repente frente al hotel, y Mabel siguió a Nial hasta su suite. Con Fanny envuelta en mantas, esperaron la llegada del médico.

—Sufre un shock extremo —explicó el hombre de pelo blanco, guardando el estetoscopio en su bolsa—. Su mente se ha cerrado. Lo siento, pero no puedo hacer nada. —Le apretó el hombro a Nial, en un gesto de consuelo—. Si vuelve a tener los terrores, dele unas gotas de esto. Debería calmarle los nervios. Pero solo unas gotas, es bastante peligroso para alguien tan joven. Mañana, si no mejora, le sugiero que vuelva a casa. Un entorno familiar podría ayudar, y su propio médico conoce sus necesidades mejor que yo.

—¿No hay nada que podamos hacer? —inquirió Mabel, ansiosa.

—Hable con ella. Dígale que la ama. Ella puede oírle. La audición nunca se apaga, no hasta que llegamos a nuestro final. Si me necesita, envíe a su hombre.

—Gracias, señor. Mi marido y yo agradecemos su preocupación y sus consejos —respondió ella con agradecimiento.

—Cuide también de él —recomendó, señalando a Nial, que estaba junto a la cama—. Está a punto de desmoronarse. ¿Está segura de que puede manejar esto sola?

—Sí —afirmó con seguridad.

—Entonces ya no hay nada más que pueda hacer. Buenas noches, señora Donovan. Espero que todo vaya bien con su hija —se despidió con un gesto amable.

Cuando el médico se fue, Mabel se volvió y vio a Nial desplomado en una silla, con la cabeza entre las manos. Se apresuró a acercarse a él.

—¿Nial? —preguntó, arrodillándose a su lado—. ¿Qué pasa, mi amor?

Se pasó los dedos por el pelo, jadeando entre dientes, y cuando finalmente se volvió hacia ella, Mabel casi se cae. Nunca había visto una ira tan volátil en los ojos de nadie.

—¿Me culpas? —preguntó vacilante.

Él la miró fijamente, luego se levantó de la silla y empezó a caminar por la habitación. Se pasó la mano por la nuca y sacudió la cabeza.

—No. Me culpo a mí mismo.

—¿Por qué? —preguntó ella, sin entender—. Porque es culpa mía que ella esté así.

Mabel observó sus movimientos agitados. Encontrando el valor, declaró:

—Tiene que ver con el incendio de Northcott.

—Sí —siseó él con vehemencia.

—Háblame de esa noche.

Los duros ojos verdes se volvieron hacia ella; él se rió con cinismo.

—Iba a ser una especie de luna de miel para nosotros, Mabel. No una discusión sobre la muerte de mi primera esposa.

—Las circunstancias han cambiado las cosas, Nial —indicó ella, con voz cada vez más firme mientras se ponía de pie—. Si vamos a ayudar a Fanny, debo saber sobre su madre. Desde el principio, cada vez que preguntaba por Celeste, tú te las arreglabas para esquivar mis preguntas. Aparte de suponer que se parecía mucho a Patricia, no sé nada de ella. ¡Excepto que tú permites que se interponga entre nosotros! Pero esta vez no dejaré que eludas el tema.

Asombrado por su justa ira, Nial la miró detenidamente.

—Eres muy perspicaz, Mabel. He dejado que se interponga entre nosotros y lo siento.

—El fuego, Nial. Háblame de esa noche.

Respiró hondo y luego se dirigió a su silla vacía y acercó la otra para sentarse frente a ella.

—Siéntate. —Se sentó pesadamente en su propia silla, apoyando los antebrazos en los muslos mientras se inclinaba hacia delante. Tenía las manos entrelazadas, con los pulgares apretados uno contra otro—. Mi primer matrimonio pasó de ser de amor, un sentimiento equivocado por mi parte, a ser de tolerancia —dijo, con los recuerdos oscuros inundándolo—. Cuando me casé, creía que amaba a Celeste, pero con el paso del tiempo me di cuenta de que simplemente me había encaprichado de su belleza física. Después del nacimiento de Fanny, Celeste se negó a dejarme entrar en su cama. Al menos, no sin un pago.

—¿Qué quieres decir?

Él se rió con cinismo.

—Estaba dispuesta a venderse a mí por un vestido nuevo, una joya o lo que le apeteciera en ese momento. Al principio, me apunté a su jueguecito comprándole favores. Pero sus frías respuestas pronto enfriaron mis deseos. Cualquier sentimiento que tuviera por ella finalmente murió. Le permití quedarse en Northcott solo porque era la madre de Fanny. Celeste se quedó solo por mi posición social y mi riqueza.

—Y la noche que murió... ¿qué pasó? —preguntó Mabel, tendiéndole la mano.

Nial miró la mano suave que cubría la suya y luego la tomó en la suya.

—La noche del incendio discutimos —contó en voz baja, intentando no dejarse llevar por lo que sentía—. Acababa de llegar a casa y la encontré en su habitación, dando vueltas como un gato enjaulado. No recuerdo qué le solté, pero la puso furiosa. Me echó en cara que estaba con mi amante...

—¿Y era cierto?

Nial miró a Mabel.

—Sí —admitió al fin, esperando que lo juzgara. Pero esas palabras nunca llegaron—. Ella sabía que andaba con otras, pero eso solo empezó durante el último año de nuestro matrimonio. Aunque me rechazaba, tampoco quería a nadie más en mi cama. Estaba desequilibrada... De eso no tengo duda.

—No se te puede culpar por buscar algo de cariño —comentó Mabel, comprensiva—. Al final, fue ella quien te empujó a buscarlo en otra parte.

—La mayoría no lo vería así, Mabel —musitó él con una sonrisa apagada—. Esa noche entendí por qué había sacado el tema. Fingiéndose ofendida, me soltó que no aguantaba más mis "aventuras" y que se marchaba. Yo ya estaba harto de sus amenazas, sus ataques, su frialdad… así que levanté mi copa de brandy y brindé por su decisión. Le deseé lo mejor. Se quedó helada al ver lo poco que me afectaba. Supongo que le dolió en el orgullo, porque empezó a soltarlo todo.

—¿Y qué fue?

—Me largó que había encontrado a otro… uno que la trataría mejor que yo. Mis más sinceras condolencias para el pobre infeliz, le solté, y ella respondió que no era ningún pobre. Me confesó que llevaban años liados, y que por fin se iba con él. Le dije que lo hiciera cuanto antes. Pero cuando empezó a recoger sus joyas, le dejé claro que no se llevaría más que lo puesto… y ahí perdió la cabeza. Empezó a lanzar cosas, gritándome que ojalá no me hubiera conocido nunca. Yo me reí y me largué de la habitación, decidido a olvidarme de todo el asunto. Pero entonces... tocó un punto que no estaba dispuesto a dejar pasar.

Su voz se apagó, y Mabel le apretó las manos con ternura. Sabía que solo una cosa podía haber usado aquella mujer odiosa para hacerle daño de verdad.

—¿Fanny?

—Sí, Fanny. Celeste maldijo a nuestra hija… dijo que la odiaba… que ojalá hubiera nacido muerta. No paraba. Seguía y

seguía… No se callaba. Algo se rompió dentro de mí. Recuerdo que lancé el vaso contra la pared y fui tras ella. Supongo que reconoció lo que vio en mis ojos. Podría haberla matado. A veces pienso que, si no hubiera sido por...

El recuerdo lo golpeó con tanta fuerza que un escalofrío le recorrió el cuerpo entero. Cerró los ojos, como si intentara apartar el dolor con el simple acto de no mirar.

—Nial —susurró Mabel—, cuéntamelo.

Pensó que, si lograba ponerlo en palabras, tal vez el fantasma de Celeste se disiparía de una vez por todas. Lo que ocurrió aquella noche seguía atormentándolo, y él cargaba con las cicatrices desde entonces.

—¿Excepto qué?

—En defensa… o por pura rabia, no sé... cogió un libro de la mesa para tirármelo. Pero en el intento, volcó la lámpara. El aceite se esparció por la tela, y después vinieron las llamas. Estaba demasiado cerca… el vestido se le enganchó. Intenté ayudarla, lo juro, pero se resistió… huyó de mí. Sus gritos eran insoportables. Ya era demasiado tarde… saltó por la ventana, gritando el nombre de su amante. Las cortinas prendieron con ella. Subieron como antorchas. No pude apagarlas. Corrí a buscar a Fanny y alerté a la casa. Salvamos todo… menos el ala este.

Una imagen cruzó la mente de Mabel: Celeste envuelta en llamas, las faldas consumiéndose, sin rostro. La visión se mezcló con la de la actriz. ¿Era posible…?

—Nial, esa noche, ¿dónde encontraste a Fanny?

—En el pasillo, justo fuera de nuestras habitaciones.

—¿Y dónde esperabas encontrarla?

—Cuatro puertas más abajo, dormida en su cama —contestó frunciendo el ceño—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Es posible…? Quiero decir, al ver a la actriz esta noche, ¿crees que…?

—¡Dios mío! —exclamó él, comprendiendo al fin lo que Mabel trataba de decir—. Nunca lo vi con claridad… Siempre pensé que había quedado paralizada por el shock del incendio, por haber perdido a su madre en él. Pero… ¡escuchó aquellas palabras horribles de Celeste! ¡Fue testigo de cómo su madre…! ¡Maldita sea! ¿Cómo no lo entendí antes?

—No importa, Nial. Ahora sabemos qué provocó su reacción esta noche. Y eso significa que podemos ayudarla.

Él la abrazó, apretándola con fuerza.

—¿Por qué una niña tan pequeña tiene que sufrir tanto?

No esperaba una respuesta, y Mabel no se la dio. En el silencio que siguió, mientras continuaban su vigilia junto a la cama, ella no dejaba de pensar en lo que su esposo había dicho.

Fría y despiadada, Celeste había estado a punto de destruir no una, sino dos vidas… igual que destruyó la suya. No era extraño que Nial viera el amor con tanto cinismo. La noche de su boda, le confesó que aquella emoción no merecía la pena. Ahora lo comprendía. Sin embargo, le dolía que él pensara que todas las mujeres eran como su primera esposa.

Especialmente ella.

Recordó entonces sus propias palabras, su advertencia firme: que no permitiría jamás que un cuerpo frío volviera a tocarlo. Recordó también cómo él la había obligado a prometerle, mientras la amaba, que solo él encontraría refugio en su pecho. Ningún otro. ¡Había sido engañado! Y, por lo visto, conocía el nombre del otro hombre.

Sin darse cuenta, lo dijo en voz alta:

—¿Ian?

Nial se volvió bruscamente.

—¿De qué conoces a Ian Sinclair?

Su rostro la delató. No hacía falta que respondiera.

—No me mientas, Mabel.

—Nos encontramos en la cabaña. Un día, mientras Fanny y yo hacíamos un picnic, se acercó.

—¿Ese cabrón invadió mi propiedad? —siseó—. No volverás a tener ningún contacto con ese hombre —ordenó en voz baja, con frialdad, sujetándola por la barbilla—. ¿Entendido?

Rebelándose contra la insinuación escrita en su mirada, Mabel se zafó.

—Ian Sinclair no te engañó antes y no lo va a hacer ahora. Yo creo que sigue siendo tu amigo. El problema es que estás demasiado enfuscado para darte cuenta.

Intentó levantarse, pero él la atrapó del brazo. Su agarre le clavó un pellizco que le dolió en la carne.

—Si alguna vez me entero de que desobedeces mis órdenes, te lo haré pagar caro. Así que toma nota: mantente lejos de Sinclair.

Nial la soltó de golpe y Mabel caminó firme hacia la cama de Fanny. Sus amenazas la habían dejado hecha trizas por dentro. Ojalá hubiera forma de hacerle entrar en razón… pero sabía que sus palabras caerían en saco roto.

Conteniendo la rabia, se centró en cuidar a Fanny, tal como había indicado el médico.



Durante toda la noche apenas se dirigieron la palabra. Entre ellos se levantaba el nombre de Ian Sinclair como un muro infranqueable. Al amanecer, Fanny seguía igual, así que decidieron regresar a Northcott.

Nial llevó a su hija en brazos hasta la casa, con su esposa silenciosa siguiéndolo. Al cruzar el umbral, alzó la vista y se encontró con una figura familiar, recortada en la puerta del salón. Por un instante palideció, pero no se detuvo.

¡*Maldita sea! ¿Se ha vuelto todo el mundo loco?* murmuró para sí. *¿O es que mi puerta se ha convertido en imán de necios y parientes entrometidos?*

Se volvió hacia el señor Spencer, le entregó a la niña con suavidad y murmuró:

—Llévala a su habitación, por favor.

Mientras Mabel se situaba a su lado, Nial la sujetó del brazo.

—Me retrasaré unos minutos. Cuida de Fanny, por favor.

—¿Qué le pasa a la niña? —preguntó Edward Donovan desde el vestíbulo—. ¿Y quién es esta mujer?

Mabel, sin saber quién era aquel hombre de aire autoritario, no pudo evitar sentirse ofendida por su tono.

—¿Y usted quién es, señor?

—Yo, jovencita, soy...

—Un intruso —le interrumpió Nial con voz cortante—. No recuerdo haberle enviado invitación alguna a mi casa. Sin embargo, ya que ha decidido presentarse por su cuenta, le sugiero que busque un lugar cómodo y permanezca allí. Tengo asuntos más urgentes que atender ahora mismo.

Cuando el recién llegado emergió finalmente de entre las sombras, Mabel contuvo el aliento. Salvo por el color de sus ojos y el cabello plateado, era una versión más envejecida de su esposo.

—¿Es su padre?

—Él me engendró —respondió Nial con frialdad, sin apartar la mirada del hombre.

—Será mejor que me retire —murmuró ella, intuyendo que era preferible dejarlos solos. Por la forma en que ambos se observaban, estaba segura de que, de tener pistolas al alcance, no dudarían en cruzar diez pasos en la entrada y disparar—. Si hay alguna novedad, enviaré a Mary a buscarle.

Sin pensarlo, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla a Nial.

Mientras se subía las faldas para subir las escaleras, escuchó al viejo señor Donovan decir:

—Así que ahora te has dedicado a mantener a tu amante en casa.

—La joven a la que acaba de insultar no es mi amante, sino la dama de Northcott. Mabel es mi esposa.

—¿Esposa? —exclamó su padre, pero Mabel no quiso escuchar más. No quería meterse en otra pelea familiar. Ya había tenido suficiente con Patricia. Solo imaginaba lo que podía salir de los labios de su suegro.

Durante los siguientes tres días, Mabel se quedó al lado de Fanny, y Nial venía cada hora. Cada vez estaba más de mal humor, y ella sabía que su padre tenía mucho que ver.

Solo una vez apareció el propio señor Donovan en la habitación.

Entró sin decir palabra y se sentó en una silla en una esquina. Se quedó allí, quieto, sin moverse durante más de media hora. Su presencia ponía nerviosa a Mabel, que sentía su mirada clavada en ella, como si la estuviera examinando. Cuando pensaba que iba a reprender a Nial, se levantó y se fue. No volvió a aparecer después.

Por suerte, Fanny comenzó a recuperar la lucidez. El ambiente familiar y las palabras de apoyo de Mabel y su padre parecían ser la medicina que necesitaba, más que cualquier otro remedio.

La tarde del cuarto día, mientras Fanny dormía con Mary a su lado, Mabel bajó a la cocina para tomar una taza de té. Apenas pisó

el suelo de mármol con dibujos de diamantes, se detuvo. De la oficina de Nial llegaban gritos que resonaban por el pasillo.

Se acercó despacio hacia la parte trasera de la casa, con el ceño fruncido. Los criados que antes pululaban por allí limpiando telarañas desaparecieron rápido.

Mabel se plantó frente a la puerta cerrada, cruzó los brazos y escuchó la acalorada discusión que tenían dentro.

—¡...una actriz cualquiera! ¿No tienes sentido del honor? —exclamó Edward Donovan—. ¡Debería desheredarte!

—Olvidas, padre —respondió Nial—, que cuando prácticamente me acusaste de asesinar a mi primera esposa, renuncié a todo derecho sobre tus propiedades, tu dinero y tus títulos. ¡Me importa un bledo!

—¡No puedes renunciar a un título así como así, estúpido! Por mucho que digas, sigues siendo el marqués de Ebonwyck. Y cuando yo muera, ¡tú serás el duque de Claremore!

Fuera de la habitación, Mabel alzó la barbilla desde la cercanía de su pecho y apretó la mandíbula con fuerza. ¿Marqués de Ebonwyck? ¿Duque de Claremore? ¿Era todo esto una broma absurda? Entonces, las palabras de Nial resonaron a través de la puerta.

—¡Puedo hacer lo que me dé la maldita gana! Todos los que residen en un radio de cincuenta millas de Northcott saben que es mejor que no se dirijan a mí de otra manera que no sea *señor.* Hace dos años que no me llaman por mi título y no volverán a hacerlo. En cuanto nazca mi hijo, renunciaré gustosamente a mi título, como han hecho otros en el pasado, con lo cual podrá serle conferido, convirtiéndolo en el heredero legítimo. ¡Y eso es lo que haré, Su Excelencia!

—¡Así que ya estás embarazada! —le soltó el duque con rabia —. Te dejaste atrapar por esa mujer. ¡Necio! ¿No pensaste en pagarla en vez de casarte con ella?

—Mabel era virgen cuando la llevé a la cama. Solo quería que fuera mi esposa.

—¿No me estarás queriendo decir que amas a esa plebeya, a esa... actriz?

—¡El amor no pinta nada aquí! —respondió Nial con sorna, y sus palabras cruzaron la madera directo al corazón de Mabel—. Ella me complace. ¡Al menos comparte mi cama por voluntad propia! Eso es todo lo que quiero. Pero ya que estás tan preocupado por tu maldito título, te diré esto: cuando la deje embarazada y me dé un hijo, tus preocupaciones se acabarán. Y si no me da un hijo, ya sabes tan bien como yo que Fanny, siendo noble de nacimiento, puede pasar el título a su propio hijo. ¡Alabado seas, que vienes de la antigua estirpe escocesa! Aunque el hijo de Fanny no llevará el apellido Donovan, al menos habrá otro duque de Claremore. Y además, tú... —De repente, la puerta se abrió y Nial tragó sus palabras al ver a Mabel de pie en el marco.

—¡Usted, señor, es un imbécil! —le siseó a su marido, con los ojos azules brillando de ira... y de dolor—. ¿Es el engaño una aflicción común entre toda la nobleza? —preguntó, sarcásticamente, y Nial se dio cuenta de que se refería a Rothhamford, así como a él mismo.

—¿Es tu costumbre escuchar a escondidas una conversación privada cuando quieres? —preguntó el duque con condescendencia.

—Su Excelencia. —Mabel inclinó la cabeza en señal de burla—. Escuchar a escondidas está reservado para aquellos que pegan sus oídos a las paredes y puertas. Como se ha avisado a toda la casa de que soy considerada, a sus ojos, una ramera, una plebeya de baja estirpe, que ha atrapado al marqués de Ebonwyck en matrimonio, ¡no lo llamo espionaje! —Sus ojos se desviaron del duque hacia Nial —. Del mismo modo, también saben que mi marido está satisfecho con mis actuaciones en la cama y que, para él, ¡no soy más que una yegua de cría! Por supuesto, se espera que dé a luz a un heredero varón para que su padre tenga un descendiente al que otorgarle su estimado título. — Notó que la mirada de Nial se apartaba de la

suya. ¡Culpable de los cargos! Pensó—. Dado que ustedes dos han sido tan francos al expresar sus sentimientos, yo seré igualmente honesta. En cuanto a cualquier deseo de ser llamada marquesa, ¡lo rechazo! En cuanto a producir un heredero para satisfacer los deseos infantiles de un viejo pomposo, ¡no lo haré! Y, por último, lord Ebonwyck —dijo, acercándose a su marido y metiéndole un dedo en el pecho—, descubrirá que los placeres que le di no son más que un recuerdo. No seré utilizada por ningún hombre, sea cual sea su propósito. Ya no es bienvenido en mi cama, milord.

Suficientemente intimidado, Nial vio a su esposa girar en un torbellino de falda.

—Mabel —la llamó, pero la puerta se cerró de golpe detrás de ella. Debería ir tras ella, lo sabía, pero estaba seguro de que ella le echaría sus explicaciones y disculpas en la cara. Sintiendo que le habían dado una patada en el estómago, se hundió en una silla.

—La chica tiene agallas —afirmó Edward Donovan con admiración —. No me ha vestido una mujer de esa manera en treinta y cinco años. También me lo merecía entonces.

—¿Qué pasó? —preguntó Nial sin interés.

—Pues me casé con la joven, claro.

—¿Te dio un tirón de orejas? —preguntó, recordando su naturaleza amable y de voz suave.

—Solo una vez. Fue antes de anunciar nuestro compromiso. Me había pillado en los jardines con una rubia bastante llamativa. La joven se había quejado de que se le había caído una pestaña en el ojo, y como yo aún era un poco ingenuo, me creí su historia. Tu madre nos sorprendió justo cuando la joven se arrojaba a mis brazos. Nunca olvidaré la furia de tu madre... Era hermosa y apasionada, sus ojos verdes brillaban de ira. Fue entonces cuando supe que la amaba. —El padre de Nial le dio una palmada en el hombro a su hijo—. Anímate, muchacho. Se calmará. Usa tu encanto Donovan y volverá a caer en tus brazos.

—Supongo que usó su «encanto Donovan» con mi madre.

—Naturalmente.

—¿Y cuánto tiempo te llevó convencerla de que la rubia no significaba nada para ti?

—Un año.

—¡Un año!

Edward se rió entre dientes.

—En tu caso, podrían ser dos. El temperamento de tu esposa es mucho más volátil que el de tu madre. Será mejor que te prepares para un largo asedio. Unos cuantos diamantes podrían ayudar a apaciguarla.

—Con Mabel no —refunfuñó Nial.

—Entonces te sugiero que descubras qué es lo que realmente quiere de ti.

—Si lo supiera, se lo ofrecería ahora mismo. —Se puso de pie de un tirón—. ¡Maldita sea! ¡Nada sale bien últimamente! —Queriendo estar solo para pensar, se dirigió a la puerta, donde miró con ojos cáusticos a su padre—. Tengo algunas cosas que hacer. Tendrás que entretenerte un rato.

El duque de Claremore vio cómo se cerraba la puerta tras su hijo y sacudió la cabeza, culpándose en parte de la ruptura entre su hijo y su nueva nuera. La opinión de Edward Donovan sobre Mabel Whitman Donovan había cambiado en el instante en que irrumpió en la habitación. Había visto el dolor en sus ojos, enmascarado por la ira, y sabía que había sido causado por las palabras de su hijo, más que por sus propios comentarios mordaces.

Aparentemente, ella no sabía nada de la relación de su hijo con la nobleza. El desprecio que sentía por su clase había quedado bastante claro. Había hablado del engaño como una lacra de toda la nobleza. De qué se trataba, tendría que descubrirlo. Pero él sabía que ella no se había casado con su hijo por su rango o título. Y

cuando él había sugerido apaciguarla con joyas, Nial había dejado claro que nada de naturaleza material podría comprarla. Eso dejaba solo una cosa, y Edward sabía su nombre.

—Tonto de mí —dijo el duque a su hijo ausente—. Si te quitaras la venda de los ojos, verías lo que ella necesita para volver a tus brazos. Podría decírtelo, pero no me creerías. Así que, hasta que te quites la venda, sufrirás.

Decidiendo que hablar con las paredes no le servía de mucho, pensó en visitar a su nieta, la única heredera que muy bien podría tener, gracias a su interferencia. Y con paso firme, el duque de Claremore salió de la habitación.

Capítulo *18.*

Dulce coronó la colina, con Mabel a lomos.

Pareces una marquesa, susurró Nial en su cabeza, enfureciéndola aún más. ¡El carruaje! ¡El diseño había sido un escudo!… *Ella era la hija del marqués*... *¿El señor de Northcott?* ¡No! Había estado a punto de decir el marqués de Ebonwyck. ¡Necia! se reprendió en silencio. ¡Todas las señales estaban ahí! ¿Cómo no las vio?

Al ver que un caballo y su jinete se acercaban a través del claro, Ian Sinclair se puso de pie de un salto y agarró las riendas de la yegua jadeante.

—¡Ajá! —exclamó—. ¡Veo que la mariposa ha salido de su capullo!

El fuego azul crepitaba en sus ojos.

—¡Lo sabía, ¿verdad?!

—Que no era Harriet Chambers, claro. Me aseguré de que Nial supiera de ella. Un amigo me ayudó...

—¡Eso no! —se deslizó de la silla, y Ian la sostuvo por la cintura—. ¿Sabía que era un marqués? ¿Por qué no me lo dijo?

Ian se rió.

—No me preguntó.

—¿Preguntar? ¿Era necesario?

—¿Por qué le molesta su título?

—Porque... —respondió ella con mal humor.

—¿No todo es felicidad conyugal, entonces?

—¿Sabe que estamos casados?

—Por supuesto. Hay poco que no sepa que sucede en Northcott.

—Ha colocado un espía entre nosotros —la acusó.

Ian volvió a reírse.

—Difícilmente. Un miembro del personal de Nial está prometido con un miembro del mío. No tuve nada que ver con la colocación de Mary en Northcott, pero a través de ella, me mantengo al tanto de los acontecimientos importantes.

—Dígame una cosa —pidió Mabel, mirándolo con atención—. ¿Por qué no le dijo a Nial que yo era un fraude cuando lo descubrió por primera vez?

—Porque sabía que sería buena para Fanny.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Y supongo que también tiene un título?

—En realidad, soy conde... el conde de Huntsford, a su servicio, lady Ebonwyck —dijo, haciendo una reverencia—. ¿Alguna otra pregunta, milady?

Mientras Ian ataba las riendas a la rama de un árbol, Mabel lo observó. Sí, había varias, pero el problema era cómo abordarlas. Suspirando, finalmente espetó:

—Nial cree que le puso los cuernos. ¿Es cierto... que Celeste era su amante?

—*No*, Mabel. No lo era —respondió él, con firmeza, y Mabel le creyó—. ¿Cuándo dijo esto Nial?

Mabel le contó sobre su desastroso viaje a Edimburgo, sobre el espantoso susto de Fanny y sobre sus sospechas posteriores de que la niña había presenciado la muerte de su madre. Pero no habló de la orden de Nial de que no volviera a ver a Ian. Ian Sinclair era el

único en quien podía confiar en ese momento y del que recibir buenos consejos a cambio.

—¿Está bien Fanny?

—Está mejorando día a día.

Ian estalló de repente.

—¡Maldita Celeste! Ha causado más problemas de los que valía.

—Murió con tu nombre en los labios —susurró Mabel, observando su reacción. Fue una sorpresa total.

—No tengo ni idea de por qué —dijo, sosteniendo su mirada—. Celeste hizo varios avances hacia mí los dos últimos años de su vida. Físicamente, era una mujer muy tentadora, pero juro que nunca la animé. Nial era mi mejor amigo. Nunca le pondría los cuernos — Entonces, mientras miraba a Mabel, Ian se preguntó si su afirmación era completamente cierta. Nunca con Celeste, lo sabía. ¿Pero con Mabel? Sí, admitió, porque ya no la veía solo como una amiga. Su corazón parecía hacer cosas extrañas últimamente, cada vez que ella estaba cerca. Sabía que había que tener mucho cuidado—. Parece que necesita un amigo. ¿Puedo ayudarla?

—No —negó ella, decidiendo que era mejor que Ian no se involucrara—. Debo afrontar mis problemas sola.

—Si cambia de opinión, la puerta de Falcon's Gate siempre está abierta.

—Gracias, Ian. Le agradezco su amabilidad. —Se puso de puntillas y le besó en la mejilla.

Escondido en el bosquecillo, al otro lado del claro, Robert Donovan Hamilton observaba la íntima escena.

—Bueno, Nial, viejo amigo —dijo riéndose entre dientes, y solo las orejas de su caballo lo oyeron—, parece que tienes una suerte endiablada con tus esposas.

Luego dio la vuelta al caballo y se dirigió en silencio de vuelta a Northcott, con la intención de hacer una visita amistosa a su tío.



Nial salió de la habitación de Fanny y recorrió el pasillo en busca de su esposa. Tras regresar a la casa, había subido directamente las escaleras. En la cena había avisado que cenaría con Fanny y atendería sus necesidades. No había insistido en verla, convencido de que cuanto más tiempo tuviera para sí misma, más dispuesta estaría a escuchar sus explicaciones. Pero entonces se preguntó si ese retraso no habría hecho más que avivar su temperamento iracundo.

Al entrar en sus aposentos, los encontró vacíos. Registró el baño. Seguía sin rastro de Mabel. ¿Dónde diablos estaría? Fue entonces cuando advirtió que faltaban sus cepillos sobre el tocador. Frunció el ceño y revisó con rapidez los cajones y el armario. ¡Desaparecido! ¡Todas sus pertenencias habían desaparecido!

Con paso firme, volvió al pasillo. Por Dios, más le valía que no... Se detuvo en seco. La luz fluía por debajo de la puerta de su antigua habitación. Nial soltó el aliento y esbozó una sonrisa. Como no había abandonado Northcott, tal vez su ira solo era superficial. Unas pocas palabras tiernas, un toque suave y un beso persuasivo podrían ser todo lo que hiciera falta para obtener su perdón.

Con la mano en el picaporte, comprobó que estaba cerrado. Regresó a su habitación, tomó el anillo de llaves del cajón de su escritorio y, en silencio, abrió la puerta. Vio a su esposa de pie junto al armario, vestida con un camisón transparente, colgando el último de sus vestidos.

—¿Has perdido el sentido de la orientación? —preguntó, cerrando la puerta tras de sí.

Mabel se giró hacia él.

—No —espetó—. Sé exactamente dónde estoy.

—¿Y dónde estás, cariño?

—En *mi* propia habitación. ¡Y no me llames así!

—¿Cariño? ¿Por qué no?

—Me molesta que uses esa palabra —respondió con frialdad mientras se ponía el abrigo, dejando el cinturón desabrochado—. Ahora, si no te importa, me gustaría retirarme a dormir.

—No importa en qué cama durmamos —replicó él, empezando a desabrocharse la camisa—. Esta es tan cómoda como la mía. —Rebotó sobre el colchón y luego se recostó, con las manos entrelazadas bajo la cabeza—. Ven conmigo, cariño.

La rebelión brilló en sus ojos.

—Si crees que va a dormir aquí, estás muy equivocado. ¡Ahora lárgate!

—Duermo donde duerme mi esposa —respondió él con suavidad, sonriendo—. Y ella duerme donde yo.

—Ya no me considero tu esposa —señaló ella con frialdad—. Así que vete.

Nial balanceó las piernas sobre el borde de la cama y Mabel respiró aliviada, segura de que él iba a cumplir su petición. Pero para su sorpresa, él se acercó a ella con una mirada astuta. Ella se dio la vuelta apresuradamente con la intención de huir detrás del biombo. Pero Nial le bloqueó el paso y la atrajo hacia él.

Su mirada acalorada recorrió su rostro y le susurró:

—Estás preciosa cuando te enfadas, amor —murmuró, y su boca comenzó a bajar hacia la de ella.

Mabel forcejeó y giró la cabeza a un lado.

—¡Te dije que no me llames así! —espetó entre dientes—. No tienes ni idea de lo que significa esa palabra.

—¿No? —susurró él, acercando los labios a su oreja—. Yo sé que es una emoción inútil. Lo que importa es lo que siente el cuerpo, Mabel. El mío adora el tuyo cada vez que estás cerca. —Su mano bajó por su espalda hasta sujetarle el trasero, atrayéndola contra él—. Y ahora te desea, amor. ¿Lo notas?

La delgada tela del vestido no logró ocultar su excitación, y ella sintió cómo su propio cuerpo empezaba a reaccionar, traicionándola ante el tacto experto de Nial.

—¡Ya basta! —protestó, intentando zafarse—. ¡No te importo! ¡Solo quieres que tenga tus hijos y saciarte conmigo! ¡Suéltame!

Pero los labios de Nial no se detuvieron; siguieron su recorrido por su mejilla hasta su oído, mientras su mano marcaba el ritmo, obligando sus caderas a moverse al compás de las suyas.

—No te resistas, amor. Puedo hacer que olvides todo lo que oíste. Solo fueron palabras dichas en un mal momento. Yo...

—Claro que las dijiste porque las crees. Me ves como una yegua de cría, algo caro con lo que acostarse. ¡No soy eso, maldita sea!

Su lengua le rozó la oreja y Mabel se estremeció. El calor le subió como una chispa y luchó por apagar el deseo que él sabía cómo provocar. Nial notó la reacción y sonrió por dentro. Un par de caricias más, unas frases bien dichas, y la tendría rendida, pidiéndole que no parara. Sabía cómo tocarla, cómo encenderla, y su instinto se lo repetía: *Dale el encanto Donovan*.

La abrazó y la llevó a la cama. En cuanto Mabel tocó el colchón, trató de girarse, pero él la retuvo con el brazo y la pierna encima.

—No huyas, amor. Solo quiero disculparme —murmuró, pegado a su oído, mientras su mano subía por su pecho cubierto de seda. Su boca bajó por su cuello y su lengua rozó su piel hasta llegar al pulso acelerado.

Ese beso bastó para que Mabel sintiera cómo se encendía por dentro. *Te conoce demasiado bien*, pensó, justo antes de que se le escapara un gemido. Nial rió. Ella intentó resistirse, recordarse que no debía ceder, pero la advertencia llegó sola: *Nial puede convencer hasta a una serpiente*. Y lo soltó sin pensar:

—Ian me lo advirtió…

Se mordió el labio, pero ya era tarde. Nial levantó la cabeza y la miró fijamente, helado.

—¿Ian? —susurró, con los ojos duros. Su mano bajó de su pecho hasta la garganta, pausó un segundo y luego le enmarcó el rostro con firmeza—. No quiero volver a oír ese nombre. Ni en mis brazos, ni en mi cama, ni en esta casa.

Y la besó de golpe, con rabia. Sus dedos se clavaron en la mandíbula de ella. Un gruñido se le escapó cuando la soltó, se puso de pie y cruzó la habitación hacia la puerta.

—Mañana te llevas tus cosas de vuelta a mi habitación. Y no vuelvas a cerrarme la puerta con llave —dijo, sacando las llaves de la cerradura—. Si te quiero, no habrá nada que me lo impida… y tú lo sabes. Por nuestros votos y por la ley, eres mía. Acéptalo, amor.

—¡No me llames así! —gritó ella, pero la puerta se cerró de golpe antes de que terminara de hablar.

Mirando fijamente la madera, sintió un opresivo nudo en el pecho, como una mano que le apretaba el corazón, apretándolo hasta que estallara. La mano de *Nial.* Él no la amaba; nunca lo haría. Ella *era propiedad de* él. No era más que un mueble, un bien mueble. Probablemente desechable, también. Pensando en eso, se giró hacia un lado, con la almohada ahogando sus lágrimas de dolor.

En el otro extremo de la casa, en su estudio, Nial se dejó caer en una silla con una copa de brandy en la mano y la jarra sobre el escritorio. Bebió el líquido ámbar de un trago, se sirvió otra copa… y luego otra más. Se sentía enfermo, pero no por el licor. Había creído que podría seducirla, cortejarla en la cama y lograr que lo perdonara, que olvidara. Qué arrogancia la suya, pensó, consciente de que ni siquiera una noche de pasión habría resuelto las diferencias entre ellos.

Mabel era excepcional. Brillante, aguda, directa… no era una mujer que pudiera ser engañada con facilidad. Bella, apasionada, generosa… la mujer que él deseaba. Cada vez que la llamaba «amor», sentía que algo dentro de él volvía a creer en ese sentimiento. Hasta que ella mencionó a Ian Sinclair.

¿Estaba ese bastardo intentando volver a engañarlo? Se lo preguntó mientras golpeaba el vaso vacío contra la superficie del escritorio y se servía otro más. Que Celeste hubiera tenido un amante no le importó tanto como descubrir quién era. La furia brotó en su interior al recordar aquel grito desgarrado, justo antes de que se estrellara contra la ventana, con el nombre de Sinclair escapando de sus labios como una condena. La imagen del libro abierto a sus pies se le impuso en la memoria. Las llamas devoraban la nota escondida entre sus páginas, retorciéndose alrededor de las palabras empalagosas, engullendo la firma escrita con arrogancia: *Ian*.

Verla arder había confirmado la última acusación de Celeste: su mejor amigo había traicionado de forma vil el vínculo de confianza que los unía. *No volvería a permitir que la contaminara*, decidió Nial, con una oleada de rabia.

Aturdido por el alcohol, su mente volvió a Mabel, sola en su cama. Si la mantenía allí, noche y día, no tendría ocasión de buscar a otro. Apuró lo que quedaba en su copa, abandonó el estudio y se encaminó al dormitorio de su esposa, desabrochándose los botones de la camisa con torpeza. Dentro, en la penumbra, se desvistió y se deslizó bajo las sábanas, esperando el grito de sorpresa de Mabel.

Antes de que ella pudiera reaccionar, su brazo la rodeó con fuerza por la cintura.

—Voy a hacer que lo olvides —susurró, buscando su boca.

El aliento cargado de brandy la hizo torcer el rostro y apartarse, empujándolo por los hombros con asco.

—¡Suéltame! —ordenó, hastiada por sus torpes intentos de seducirla—. ¡Estás borracho!

—Solo con tu belleza —susurró, arrastrando las palabras, su mano pesada aferrando su pecho; ella lo apartó—. Ah, cariño, solo quiero complacer tu cuerpo. No seas tan poco sociable.

—*¡Insociable!* —chilló ella, luchando contra el peso relajado de su cuerpo—. ¡Vaya, bufón arrogante! ¡Nada de lo que hagas podrá complacerme!

—¿Ni siquiera esto? —Su mano se deslizó entre sus muslos cubiertos de seda, su boca relajada recorrió la curva de su cuello. Sintió su repentino tirón cuando sus dedos comenzaron su torpe búsqueda. Malinterpretando su significado, susurró—: ¿Estás segura, amor?

¡Amor! La palabra la golpeó con la fuerza de una ola violenta. Enfadada por su suposición de que ella sucumbiría a sus —encantos —, estuviera borracho o sobrio, apartó su rostro de su garganta y luego se zafó de su agarre, deslizándose hasta el borde de la cama.

—Aléjese de mí, Lord Ebonwyck. Se lo advierto. Márchese o pague las consecuencias.

El brandy nublaba su juicio, Nial se rió entre dientes y se apoyó en un codo inestable.

—Ah, cariño —murmuró con una sonrisa torcida que brillaba a la luz de la luna filtrándose por la ventana—. No te resistas. Ven aquí —añadió, dando unas palmaditas en las sábanas, junto a su cintura —. Vamos, ven conmigo, cariño.

Cuando ella no respondió, él la agarró.

—Entonces que así sea, amor.

—¡No! —gritó ella, agitando los brazos mientras su poderosa mano la atraía hacia él. Sus dedos, que buscaban a tientas frenéticamente, alcanzaron el borde de la mesita de noche y ella se retorció, tratando de escapar de él. Desesperada, agarró el primer objeto que tocó, el candelabro de latón, y lo balanceó en un débil arco; el firme agarre de Nial de repente se aflojó. Inmediatamente una imagen del rostro salpicado de sangre de Steven Rodway pasó por su mente. Dejando caer su arma, se sentó erguida, sintiendo cómo el miedo la invadía. ¡Dios mío! ¿Estaba él...?

Su gemido llegó a sus oídos y Mabel suspiró aliviada. Luego, sus dedos buscaron suavemente entre su espeso cabello a lo largo de su cuero cabelludo para encontrar el bulto creciente. Él gimió de nuevo, pero esta vez sonó extrañamente como el ronroneo de un gato. Entonces se dio cuenta de que estaba roncando.

—¡Oh, borracho! —gritó mientras saltaba de la cama. Le quitó la manta de su cuerpo flácido, agarró su almohada y se dio la vuelta. Segura de que no la molestarían el resto de la noche, ya que Nial estaba dormido como una vela apagada, cruzó el pasillo y entró en la habitación de Fanny. Al ir a ver cómo estaba la niña, la encontró dormida y se acomodó en el diván—. A ver si ahora intentas algo —susurró enojada, sabiendo muy bien que Fanny sería el elemento disuasorio perfecto si él se despertaba antes del amanecer, con sus amorosos vuelos de fantasía aún dando vueltas por su confuso cerebro —. Dulces sueños, milord —dijo, golpeando la almohada y descargando su ira sobre ella. Con un último golpe airado, se cubrió con la manta y cerró los ojos.

La luz del sol se reflejó en el rostro de Nial, y él alzó una mano, intentando apartar el resplandor cegador. Pero el movimiento le

provocó un latido violento en la cabeza, y frunció el gesto en una mueca de dolor. Rodó hacia un lado, alejándose del sol de la mañana, y abrió primero un párpado; pocos segundos después, el otro se alzó con esfuerzo.

Al reconocer dónde se hallaba, se incorporó de golpe.

—¡Maldita sea! —exclamó, angustiado, llevándose ambas manos a la cabeza y apretando con fuerza, como si así pudiera contener el dolor punzante.

Al principio pensó que el brandy era el responsable de la jaqueca atroz. Pero ahora, mientras sus dedos palpaban con cuidado un misterioso bulto en el cuero cabelludo, empezó a dudar de que la bebida fuera la única culpable. Poco a poco, los acontecimientos de la noche anterior comenzaron a abrirse paso en su mente enturbiada, y con un gemido volvió a dejarse caer sobre el colchón. Mabel.

De pronto, la puerta se abrió de golpe, y Nial se apresuró a cubrirse con la sábana; el movimiento le arrancó una punzada aguda en la sien.

—Uy —soltó Mary, sonrojándose—. Yo... creí que la habitación estaba vacía, señor. No era mi intención interrumpirlo. Yo... yo...

—¿Qué quieres?

—La señora dijo que debía trasladar su ropa, como usted ordenó.

—¿No puedes esperar?

—No —intervino Mabel, entrando con paso firme—. Si hay que hacerlo, se debe hacer ahora.

Nial gimió y se volvió de lado.

—Entonces, adelante —rezongó, aunque se arrepintió de inmediato.

La puerta del armario chirrió en sus goznes como si quisiera taladrarle el cráneo. Un escalofrío le recorrió la espalda, el estómago

se le revolvió y tragó saliva, deseando que todo terminara pronto. Pero el chirrido continuó, insistente, mientras ella abría y cerraba la puerta a propósito, sacando los vestidos con una parsimonia que rozaba la crueldad. Estaba seguro de que, si seguía así, los nervios acabarían clavándosele en la piel.

—¡Deja de hacer ese ruido! —bramó.

—Pero fuiste tú quien lo ordenó —replicó Mabel, conteniendo una sonrisa mientras volvía a mover la puerta.

El estómago le dio otro vuelco.

—¡Olvídate de lo que he dicho!

La bisagra volvió a chirriar, más estridente aún.

—¿Estás seguro?

—Dios, sí —gimió—. Ahora déjame en paz.

—Como desees. —Con la mirada puesta en su marido, Mabel cerró la puerta del armario con un golpe seco; todo su cuerpo se estremeció. Despidiéndose de Mary, se dirigió al lado de la cama—. ¿Puedo traerte algo?

Sus ojos inyectados en sangre la miraron detenidamente, luego se levantó lentamente y se apoyó en el cabecero, con la almohada detrás de él.

—Unos polvos para la cabeza.

—Le pediré a la señora MacBean que te prepare unos —anunció, dándose la vuelta para marcharse.

—No sabrás cómo me hice este chichón en la cabeza, ¿verdad?

Ella se volvió hacia él con ojos inocentes.

—¿Chichón?

—Sí, señora... un chichón.

Se encogió de hombros.

—Quizá te caíste.

—Quizá... pero lo dudo.

—Bueno, si no recuerdas cómo te lo hiciste, supongo que seguirá siendo un misterio para todos nosotros.

Él entrecerró los ojos.

—Tengo mis sospechas, señora.

Vio como ella alzaba una ceja.

—Corríjame si me equivoco, pero creo que se trata de una herida de batalla.

—¿Acaso se me ha declarado la guerra?

—Es una posibilidad.

—¿Y se me avisará en caso de futuras agresiones? —preguntó él.

—Un buen general nunca le revela a su enemigo su plan de ataque. Sin embargo, podría considerar que su herida no fue producto de un ataque premeditado, sino de una necesidad repentina de defensa. Si uno se siente amenazado... debe actuar.

Aunque hablaban en clave, Nial entendió el significado de Mabel con demasiada claridad. A la luz del día, se arrepintió de sus palabras acaloradas, en las que le había dicho que nada le impediría poseerla, que ella *le pertenecía*. Sabía que su temperamento ardiente y sus palabras airadas solo habían servido para profundizar la brecha entre ellos. Nunca usaría la fuerza con ella. Era demasiado valiosa para él como para hacerle daño de esa manera. Sin embargo, ella tenía que entender que cualquier contacto con Ian Sinclair estaba estrictamente prohibido.

—Siendo yo el agresor de anoche, ofrezco mis disculpas y una tregua inmediata. Sin embargo, que quede claro que si descubro que un merodeador ha invadido mi territorio, especialmente cuando he advertido de tal intrusión, defenderé lo que es mío... hasta la muerte, si es necesario. ¿Está claro?

Mabel se dio cuenta inmediatamente de que el término— merodeador— se refería al conde de Huntsford.

—Sí, está claro. —Entonces, sabiendo que su mente estaba cerrada a toda discusión sobre su amigo distanciado, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta—. Haré que la señora MacBean te prepare una poción de polvos.

—Mabel —la llamó suavemente, y ella se volvió hacia él—. No rompas nuestra tregua desafiándome. La paz es mucho mejor que la guerra.

—La paz, milord, solo se consigue a través del entendimiento. Por desgracia, eso es algo de lo que aparentemente careces.

Mientras veía cómo se cerraba la puerta, Nial supo que se habían trazado las líneas de batalla. Sin duda, predijo, se produciría un largo asedio antes de que finalmente derribara sus defensas.



Una tensión incómoda se apoderó de Northcott durante los días siguientes, y todos notaron la manera en que la nueva señora trataba al señor con cortesía distante y fría.

—Han vuelto a habitaciones separadas —se informaban los sirvientes entre susurros, ocultos tras los plumeros y las pilas de ropa de cama que llevaban a los dormitorios apartados. Sin conocer los detalles, suponían que tenía que ver con el altercado verbal entre el duque de Claremore y su hijo, el marqués de Ebonwyck, por haberse casado con una plebeya.

Incluso entre el personal se había trazado una línea invisible: la mitad estaba a favor de la *actriz*, la otra mitad en contra.

—No debería haberse casado por encima de su posición —comentaban algunos con sorna.

—¡Ella no sabía nada de su título, así que no es culpa suya! —defendían otros.

Pero sus disputas se mantenían en voz baja, sin que lord y lady Ebonwyck se percataran del revuelo que habían provocado.

Al principio, Nial observó a su esposa con atención, buscando un punto vulnerable por el que escabullirse tras sus defensas. Las burlas sutiles no surtieron efecto, ni tampoco sus desenfadados intentos de seducción. La cortesía refinada tampoco abría ninguna puerta. Pasó de ser un caballero impecable a un pícaro diabólico, y viceversa, pero para su sorpresa, descubrió que ella era inmune a todas sus estratagemas. *¡Demasiado para el encanto de Donovan!*, pensó con fastidio, preguntándose qué demonios haría falta para convencerla de volver a su cama. Al borde de la exasperación, se dio cuenta de que empezaba a perder la calma.

—Dale tiempo —aconsejó su padre una tarde, mientras ambos se encontraban encerrados en el estudio de Nial.

—¡No voy a esperar un año! —estalló él.

—Yo calculé que dos —replicó el duque, riendo entre dientes.

—¡Maldita sea! ¿Por qué viniste aquí?

—Para ver a mi nieta, por supuesto... y para intentar arreglar las cosas entre nosotros. Han pasado más de dos años desde que murió Celeste y desde aquella pelea. Como tú decidiste no acercarte, vine yo —repuso con calma, clavándole la mirada—. Nunca me contaste lo que pasó esa noche. Sé que te acusé...

—De haber asesinado a mi esposa... Esperaba que me conocieras mejor.

—Lo sé. Lo dije porque te negaste a contar nada. Esquivaste el tema tantas veces que empezaste a levantar sospechas. Sabía que vuestro matrimonio se había deteriorado. ¿Qué se suponía que debía pensar? Estaba furioso y te culpé. Me equivoqué. Lo sé ahora. Y... te pido disculpas.

Nial estudió a su padre durante un largo momento.

—Aceptadas.

Después de que ambos se dieran la mano y se abrazaran, el duque preguntó:

—¿Me dirás lo que pasó esa noche?

—No preguntes, padre. Celeste se ha ido, y es mejor que los recuerdos de su muerte se queden enterrados junto a ella.

—No deberías guardártelo para ti, hijo. No es saludable. Deberías compartir lo sucedido con alguien para poder liberarte de la culpa que aún llevas.

—No siento culpa alguna —espetó Nial, enfadado, sabiendo que mentía. Si Fanny no los hubiera oído discutir, no estaría en su estado actual. Si no hubieran peleado, Celeste seguiría viva... y él seguiría atrapado en un matrimonio sin amor. Pero, al tener buenos contactos y los medios para hacerlo, podría haber solicitado el divorcio. Estúpidamente, no lo había hecho antes, creyendo que Fanny habría sufrido de alguna manera por ello. Al final, ella había soportado una carga mayor, más que si él hubiera expulsado a su despiadada madre, viva—. No voy a discutirlo, así que déjalo estar.

—Como quieras —respondió el duque, sin querer mover demasiado los frágiles cimientos de su nueva relación, confiando en que con el tiempo la verdad saldría a la luz—. Y sobre Mabel —cambió de tema—, te aconsejo que la mimes. Ten paciencia con ella. Trátala con respeto. Por nada del mundo, aunque te rechace mil veces, pierdas la calma, Donovan. Te lo digo por experiencia: te arrepentirás si dejas que se te escape de las manos.

—Seguro que mi madre te enseñó bien a contenerte en eso —comentó con una sonrisa cómplice.

—¡Ánimo! Para el invierno, con suerte, ella estará calentando tu cama, y no un ladrillo frío —añadió confiado.

Nial frunció el ceño.

—Muy alentador, aunque no compartiré mi cama con un ladrillo —comentó, sirviéndose un brandy ligero y levantando la copa—. Eso

te lo prometo, padre. —Alzó la copa y se lo bebió de un trago.



El viento arreciaba y un extraño crujido llegó hasta sus oídos. Con un brusco sobresalto, se levantó de un salto; la estatua griega que estaba justo detrás de él se desplomó sobre su centro. Se llevó la mano al corazón, que latía acelerado, mientras miraba incrédulo el asiento de piedra roto, la pesada escultura hecha añicos en tres grandes pedazos, extendida sobre él.

El pulso comenzó a calmarse y Mabel exhaló con alivio. Tres intentos de accidente en apenas unos días, pensó, frotándose la frente con la mano temblorosa. Primero, un trozo de moqueta suelto le había enganchado el pie en las escaleras, casi precipitando su caída. Por fortuna, se aferró a la barandilla, deteniendo la caída abrupta. Luego, mientras montaba a Dulce, la cincha de la silla se rompió y Mabel cayó al suelo. Solo sufrió un leve golpe, pero si hubieran seguido galopando como antes… se estremeció al imaginar lo que pudo ocurrir. Y ahora, la estatua. Antes creía que todo era pura casualidad, pero empezaba a dudar. ¿Acaso alguien intentaba matarla deliberadamente?

¿Nial?

Negó con la cabeza, ahuyentando el recuerdo de las palabras susurradas por las criadas chismosas. Se negó a creer que él fuera capaz de semejante acto. Él no mató a Celeste. Tampoco estaba intentando acabar con ella. Entonces, ¿quién? ¿Robert? ¿Edward? ¿La señora MacBean? Mabel se preguntó si acaso estaba interpretando mal lo ocurrido, pero acabó concluyendo que esos sucesos eran demasiado extraños para ser simples accidentes.

Observó las grietas erosionadas por el clima en el pedestal. Luego reparó en una nueva fisura en el borde de la base, aunque decidió que se habría producido cuando la estatua cayó. Ignorando

aquel incidente, volvió a la casa con la intención de informar al señor Spencer. No quería hablar con Nial.

Al cruzar las puertas de cristal hacia la sala de estar de la planta baja, una voz familiar llegó desde el vestíbulo. ¿Sería posible? se preguntó, acelerando el paso hacia el sonido.

—Querida hija, me alegro mucho de volver a verte.

—*¡Joanna!* —gritó, y corrió a los brazos de la mujer que la esperaba.

Después de dejar el equipaje de Joanna en su habitación, el Sr. Spencer se disculpó y dejó a las dos mujeres solas.

—Querida, ven a sentarte a mi lado —dijo Joanna, dirigiendo una mirada preocupada a Mabel, que estaba sentada en el espacio vacío del sofá—. Algo parece preocuparte.

—No sé de qué...

—Mabel, no puedes engañarme. ¿Qué pasa?

Bajó la mirada hacia sus manos y suspiró.

—Todo va mal, Joanna.

—Te refieres a Nial Donovan, ¿verdad?

—Sí. —Sus ojos se encontraron con los de Joanna—. Y no es simplemente Nial Donovan. Es el marqués de Ebonwyck... ¡su padre es duque!

—¿Marqués? —preguntó Joanna, sorprendida, y luego se rió—. Pensaba que tus problemas habían terminado. Un marqués... ¿qué más se puede pedir?

—Un hombre que me ame.

Joanna frunció el ceño.

—¿Estás segura de que no lo hace?

—¡Sí! Me ha dicho que es una emoción en vano.

—Pero estás enamorada de él.

—¡No! —desmintió Mabel apresuradamente. Entonces, al ver la mirada escéptica de Joanna, susurró—: Sí, lo amo. Pero me enfada admitirlo.

—¿Por qué?

—Porque… —Mabel se quedó en silencio.

—Te gustaría ver el zapato puesto en el pie del otro. Es decir, el del marqués de Ebonwyck... ¿verdad?

—Por una vez, me gustaría saber lo que significa ser amada por un hombre. Mi marido me considera una cosa. Me necesita solo para saciar sus deseos y tener descendencia. Por lo demás, soy una simple... una don nadie.

Joanna recordó la visita sin previo aviso del marqués en Londres. Una vez que se recuperó del impacto inicial de verlo, así como del descubrimiento de que los dos estaban casados, prestó mucha atención a Nial Donovan. Durante su excursión de compras, al contrario que la mayoría de los hombres, se había comportado como si hubiera disfrutado de la salida. Y había notado que no había escatimado en gastos, comprando los vestidos más finos y costosos, rechazando un diseño tras otro, hasta que encontró los que eran «distintivamente Mabel». Pero, lo más importante, cuando había hablado de su nueva esposa, una cierta luz había entrado en sus ojos. Habiéndolo visto muchas veces antes, principalmente en los ojos de su propio marido, Joanna estaba segura de que no se había equivocado en su significado real.

—Dime por qué piensas eso —dijo por fin, creyendo que la mujer más joven había malinterpretado de alguna manera los verdaderos sentimientos de su marido.

Durante la media hora siguiente, Mabel explicó los acontecimientos que condujeron a su matrimonio y lo que siguió. Incluso habló de su amistad con Ian Sinclair.

—Nial no me cree cuando le digo que Ian no le engañó. Si alguna vez tuvo la capacidad de amar a una mujer, Celeste logró

destruir esa parte de él. Fanny es la única a la que le entrega su corazón de buena gana. —Hizo una pausa—. Joanna... Me temo que estoy embarazada.

—¡Oh, querida, qué maravilla!

—No, no lo es —susurró ella, levantándose para caminar por la habitación—. Planeo dejar a Nial. Pero yo...

—¿Lo has pensado bien?

Mabel miró a su amiga

—Sí.

—¿Y te das cuenta de que, si lo abandonas, puede ser desastroso para ti? No tengo ninguna duda de que hará todo lo posible por encontrarte. Te quitará a tu hijo... es su derecho, ya lo sabes.

—Él no sabe de mi estado.

—Pues que siga así... al menos por ahora. —Joanna sonrió—. Por lo que me has contado, querida, creo que su marqués no es inmune al amor. Simplemente tiene miedo de admitirlo.

—¿Crees que me ama? —preguntó ella incrédula.

—Sí. El problema es... cómo lograr que te lo confiese, además de a sí mismo.

—Si planeas algún engaño de nuevo, no cuentes conmigo. Nial y yo ya nos hemos mentido demasiado. La confianza se rompió. Además, una vez me advirtió que participar en artimañas femeninas, como coquetear o intentar ponerlo celoso...

—Ya lo hiciste —interrumpió Joanna, notando enseguida la mirada inquisitiva de Mabel—. Con Ian Sinclair —comentó con seguridad—. Aunque puedas creer lo contrario, sobre todo cuando tu marido habla tan francamente, en el fondo sabe que le has sido fiel. Si pensara lo contrario, ya habría ido tras Sinclair. Te aconsejo cortar todo contacto con el conde, al menos hasta que el marqués entre en

razón. De lo contrario, uno u otro podría acabar tendido en un charco de sangre. No querrías cargar con eso en tu conciencia.

Mabel se estremeció al pensarlo.

—Jamás me lo perdonaría si algo les sucediera a cualquiera de los dos.

—Lo sé, querida. —Joanna se levantó, se acercó y posó las manos en los hombros de Mabel—. No te preocupes. Si no tienes contacto con el conde, no pasará nada. En cuanto a tu marido, creo que si simplemente fueras tú misma, descubrirías pronto que no puede resistirse a ti. Es como hacerle una seña a un burro: el bocado tentador, que se mantiene justo fuera de su alcance, termina llevando a la obstinada criatura a donde tú quieras.

Mabel esbozó una leve sonrisa.

—Joanna, realmente eres malvada.

—¿Yo? —replicó con una sonrisa traviesa, su risa uniéndose a la de Mabel—. ¿Y qué te hace pensar eso?



La cena de esa noche sería un evento formal para celebrar la llegada de Joanna y la recuperación de Fanny. Con la ayuda de la mujer mayor, Mabel redactó tres notas, solicitando que los caballeros se unieran a las damas en la sala de estar de la planta baja a las siete en punto. Sin embargo, las mujeres planeaban retrasar su entrada sin que los hombres lo notaran.

Con el cabello lujosamente peinado de forma intrincada, Mabel lucía su vestido de seda azul, el favorito de Nial, adornado solo con un broche de zafiro y pendientes a juego.

—¿Qué tal estoy? —susurró, cuando los tres hicieron una pausa en el vestíbulo a las siete y diez.

—Vas a quitarles las medias —replicó Joanna, mientras alisaba la falda dorada de su vestido, enderezaba los hombros y giraba la cabeza con majestuosidad—. Creo que mencionaste que hay un duque en el salón. Vamos a buscarlo y a que nos presente.

La risa musical de Mabel estalló.

—Estoy segura de que, al verte, no podrá contener las ganas de presentarse. En otras palabras, Joanna, lo dejarás boquiabierto.

—Jamás lo dudé —respondió ella con una sonrisa y un brillo cómplice en los ojos—. Fanny, querida, llegó la hora de nuestra gran entrada. ¿Dejamos que Mabel sea la primera?

Fanny asintió con rapidez, y Mabel alisó la falda antes de avanzar hacia la puerta. Cuando el panel se abrió de par en par, Nial interrumpió su frase y se puso firme, retirando el brazo de la repisa de la chimenea donde reposaba casualmente. El aliento se le quedó atrapado.

Hermosa, pensó, mientras su corazón daba vueltas extrañas como el de un colegial enamorado.

—Señoras —las saludó con un gesto de cabeza, sin apartar la mirada de su esposa—, es un placer que se unan a nosotros.

—Gracias, milord —respondió Mabel, con una sonrisa cautivadora que cruzó sus labios suaves.

Su mirada se clavó en ella, Nial contuvo la respiración; el fuego abrasaba sus venas, pero logró tragarse su gemido de deseo. Arrastrando la mirada de su esposa, miró a Joanna cuando atravesaba la puerta.

—Sra. Nerfolk, es un placer volver a verla.

Al notar la belleza escultural, el duque de Claremore se puso de pie de repente, y Nial se preguntó si se había reventado un muelle en el cojín donde estaba sentado el hombre. Entonces, al notar el brillo de interés en los ojos de su padre, Nial se tragó una risita.

—Padre, me gustaría presentarle a la señora Joanna Nerfolk de Londres. —Observó la decepción de su padre al oír el título convencional, que proclamaba que estaba casada. Compadeciéndose de él, Nial añadió—: La señora Nerfolk es viuda. —La sonrisa del duque se iluminó—. Y este es mi padre, Edward Donovan, duque de Claremore.

Joanna inclinó ligeramente la cabeza mientras hacía una pequeña reverencia.

—Su Excelencia.

—Señora Nerfolk, es un placer.

—Puede llamarme Joanna, Su Excelencia.

—Y yo soy Edward —dijo él, cortando rápidamente todas las formalidades que acompañaban a su título, lo que hizo que su hijo levantara una ceja sorprendido—. ¿Puedo ofrecerle un jerez o un poco de vino? —preguntó el duque, llevando a Joanna al sofá y sentándola junto a su antigua posición.

—Gracias, Edward. Me gustaría tomar un sorbo de algo, pero le dejaré elegir.

Mientras Mabel observaba a su amiga trabajar, se mordió el labio inferior para no reírse en voz alta. Se preguntó qué diría el duque cuando descubriera que Joanna también había sido actriz. Entonces sintió la mano de su marido en su brazo. Al levantar la vista, sonrió. De nuevo, Nial se quedó sin aliento.

—Preferiría una copa de vino, si no es mucha molestia.

—Con mucho gusto te daría lo que tu corazón desee —susurró mientras la conducía a una silla, con su mirada de aprecio puesta en ella.

Al sentir el calor de su mirada, Mabel casi tropezó; al observarlo a través de sus pestañas caídas, se preguntó si sus palabras serían verdaderas. Estaba dispuesto a entregarle todo… incluso su corazón.

Con Mabel sentada, Nial se acercó a Fanny y se puso en cuclillas.

—Me alegra ver a mi princesa tan radiante y recuperada. La abrazó y, luego, se levantó y la llevó a otra silla—. ¿Qué te apetece tomar, cariño?

Robert se puso de pie de un salto.

—Una limonada, seguro.

Mientras Robert se dirigía al aparador en busca de la limonada de Fanny, Mabel lo observaba con atención. Desde el momento en que había entrado en la habitación, había sentido su mirada sobre ella. Sin embargo, al mirarlo, no encontró nada en su comportamiento que indicara la mala voluntad que había sentido proveniente de él. Al darse cuenta de que todavía estaba nerviosa por el percance que había tenido antes en el jardín, decidió que tal vez se había equivocado y dejó de lado sus inquietudes.

—Me gustaría proponer un brindis —dijo Robert, cuando se repartieron todas las bebidas, fijando la mirada en Mabel—. Por una vida sana y próspera para todos nosotros.

No era un brindis inusual, reconoció ella, después de dar un sorbo a su vino. Pero, aun así, cuando él lo había hecho, había sentido un extraño escalofrío recorrer su columna vertebral. De nuevo, desestimó su ansiedad, atribuyéndola a un mal caso de nervios.

—¿Ese broche? —preguntó Edward con curiosidad, llamando la atención de Mabel—. ¿De dónde lo sacó?

—Era de mi madre, Su Excelencia. Lo heredé cuando ella murió.

Edward frunció el ceño.

—¿Y quién era su madre?

—Verety Whitman. Ella también era actriz.

No hizo más comentarios y volvió a centrar su atención en Joanna.

A medida que avanzaba la noche, Mabel se esforzó por ser encantadora, como le había sugerido su amiga. Cada vez que su risa resonaba, sonando como una campana de cristal para los oídos de Nial, un anhelo indómito recorría su hambriento cuerpo. Su atractiva sonrisa lo hipnotizaba. Su suave voz lo hechizaba. Sus elegantes movimientos lo seducían, hasta que se sintió seguro de que enloquecería de deseo.

Habiendo recurrido a la suma total de su propio encanto, no podía entender por qué no tenía ningún efecto en ella. Ella escuchaba atentamente su conversación, se reía de sus ocurrencias y le devolvía su devastadora sonrisa con una propia. Pero cada vez que él creía estar progresando, ella retrocedía un poco. Nadie más parecía haber notado su alejamiento. Nadie, excepto él.

Después de retirarse de nuevo a la sala de estar, Nial apoyó el codo en la repisa de la chimenea y sorbió su brandy de sobremesa, con la mirada fija en su esposa. Desesperado, se sintió tentado a dejar caer el vaso, cogerla en sus brazos y salir de la habitación. Sin embargo, la decencia no permitía tal acción, así que permaneció impasible y sufrió en silencio.

—Se está haciendo tarde —murmuró Mabel al fin—. Aunque la buena compañía es difícil de abandonar, creo que Fanny y yo deberíamos retirarnos.

—Os veré arriba —musitó Nial, como si sus palabras se le escaparan sin querer. Apoyó su brandy sin terminar sobre la repisa de la chimenea—. Señora Nerfolk... caballeros... nos veremos mañana.

Mabel cruzó una mirada con Joanna y captó su asentimiento sereno. Con la mano de Nial en su codo, él la condujo fuera del salón. Terminada la lectura del cuento y con Fanny ya dormida, salieron al pasillo y cerraron la puerta con suavidad.

—Estás preciosa esta noche, Mabel —dijo él, apoyando una mano en el marco de su puerta y desplegando de nuevo su encanto —. Más hermosa de lo que recordaba.

Ella esbozó una sonrisa.

—Gracias, milord. —Cuando él inclinó la cabeza hacia ella, ella se deslizó dentro de su habitación.

Nial echó la cabeza hacia atrás cuando el panel se cerró ante él. Frunció el ceño, fijando la mirada en la madera por un momento, luego empujó la jamba, dio media vuelta y se dirigió a su habitación. Desnudo, se tendió en la cama y repasó mentalmente lo ocurrido esa noche. ¿Qué le haría falta para traerla de nuevo a sus brazos? Sabía que ya había usado toda su influencia irresistible. Nada funcionaba.

Desesperado, se frotó la cara con la mano, golpeó la almohada y se hundió entre las sábanas para afrontar otra noche en soledad. ¿Qué demonios quería ella de él? masculló, girándose de lado. ¿Vestidos? ¿Joyas?

Pero ya había probado ese camino: un vestido de gala de satén, traído directamente de París; una capa de terciopelo con forro de visón; una pulsera de diamantes… todo en la última semana, y aún así ella seguía usando los vestidos que había comprado antes del matrimonio, además de sus propias joyas, salvo el regalo de bodas. Los cargos falsos en su contra habían sido retirados, por lo que no podía tentarla con esa promesa. Y él le había dado prestigio social al compartir su nombre y título. Obviamente, nada de eso la impresionaba. Entonces, ¿qué podía ofrecerle que no le hubiera dado ya?

Su amor, pensó Mabel mientras contemplaba el cielo estrellado a través de los oscuros cristales de la ventana. Eso era todo lo que

quería de él. Es cierto que parecía dispuesto a darle todo... excepto su corazón. Se preguntó si debería aceptar su protección, su nombre y su título, sus generosos regalos, y conformarse solo con eso. Pero no podía. No quería nada de eso sin su amor. Con un suspiro, se dio la vuelta y se deslizó en su solitaria cama, rezando para que Nial se desprendiera de las restricciones que ataban su corazón.



Nial estaba reclinado en su despacho. Después de más de una semana sin que Mabel estuviera a su alcance, sentía que la locura lo acechaba. Sin darse cuenta, ella se había burlado de él, jugado con él, hasta que su lado más primitivo amenazaba con estallar; deseaba arrastrarla a la fuerza, entre gritos y forcejeos, quizá arañado como un gato enfurecido, hasta su habitación, donde la arrojaría sobre la cama para hacer el amor con una pasión salvaje y desbordada.

«Amor». La palabra retumbó en su cabeza y lo puso de pie. De repente, todo a su alrededor se desmoronó. Eso era justo lo que ella siempre había querido. Pero, ¿estaba él preparado para compartir una emoción así? ¿Sabía siquiera qué significaba realmente?

Sus pensamientos cínicos habituales tomaron el control. En otra época se había creído enamorado, pero Celeste había destruido todos esos sentimientos y lo había dejado hastiado.

Al comparar a esas dos mujeres —su primera esposa y la segunda— no encontró ninguna semejanza.

Jamás ninguna mujer había despertado tantas emociones en él como Mabel. Ella tenía el poder de encender su temperamento, aunque él lo enfriaba con rapidez, temeroso de que su corazón tierno se rompiera si cedía a la pasión. Sus celos se habían desatado cuando ella mencionó, sin darse cuenta, el nombre de otro hombre, pero logró reprimirlos, convencido de que jamás traicionaría sus votos. Con su inocencia, la hacía reír de verdad; su sonrisa cautivadora derretía su alma, y su toque ingenuo inflamaba su

cuerpo, consumiendo sus deseos indómitos. En realidad, ella no se parecía a ninguna mujer que hubiera conocido. Si no fuera así, ¿por qué habría pasado días enteros en agonía, desesperado por encontrar la manera de traerla de vuelta a sus brazos?

La había obligado a casarse con él, usando el bienestar de Fanny como pretexto. La había engañado sobre la confesión de Rothhamford, temiendo que pidiera la anulación. Intentó persuadirla una y otra vez para que volviera, incluso después de que escuchara la acalorada discusión entre él y su padre, pero solo logró arruinarlo todo.

¿Por qué...?

¡Porque, idiota, la amas!

Nial sintió un nudo en el pecho; el gran peso que había llevado todos estos años se había aliviado. Un grito de risa resonó en la habitación, la alegría llenó su corazón y saltó de la silla. Realmente la amaba. *Mabel, corazón de mi corazón, te amo.*

Decidido a encontrarla y decírselo, se dirigió hacia la puerta con una maravillosa sonrisa iluminando su rostro.

Mabel rodeó el pie de la escalera, con una nota sellada en la mano, y se dirigió rápidamente a las cocinas en busca de Mary. Cuando llegó a la puerta del despacho de Nial, su corazón dio varios saltos, una reacción nerviosa. Rápidamente pasó a sus pies silenciosos, luego dobló la esquina y respiró un poco más tranquila.

Nial abrió de par en par la puerta para ver desaparecer la cola de la falda lavanda de su esposa hacia las cocinas. Con una amplia sonrisa en el rostro, la acechó, con la esperanza de atraparla en un rincón oscuro, donde le profesaría su amor eterno, la tomaría en sus brazos y la besaría hasta que se desmayara.

Cuando llegó al pasillo trasero, no encontró ni rastro de ella. Sin embargo, el elemento sorpresa era muy importante para él, así que, en silencio, corrió hacia la puerta de la cocina y se detuvo en

seco. Se escondió en las sombras cuando oyó la voz de su esposa; su alegre sonrisa se desvaneció al instante.

—Cuando llegues a Falcon's Gate, Mary, por favor, dale esto al conde de Huntsford. Nadie más debe verlo... ¿entendido?

—Sí, señorita. Solo se lo daré al conde.

—Muy bien. Ahora vete.

Metiendo la nota en el bolsillo de su delantal, Mary hizo una reverencia y se dirigió hacia la entrada trasera. Mabel esperó un momento, luego se dio la vuelta y corrió hacia la escalera trasera.

Los enojados pasos de Nial lo llevaron a través del suelo de baldosas solo un segundo después de que Mabel desapareciera. Agarrando la puerta que se cerraba con la mano, la arrancó de las manos de Mary.

—Tienes algo en el bolsillo que quiero. Entrégamelo.

Con los ojos muy abiertos, la temblorosa sirvienta miró al amo de Northcott.

—P… pero...

Su mirada dura la atravesó.

—Ahora, Mary. —Nerviosa, sacó la nota de su escondite y, con dedos temblorosos, la colocó en su palma extendida—. Ya puedes irte. Pero si dices una palabra de esto a alguien aquí o en Falcon's Gate, serás despedida inmediatamente y no volverás a encontrar trabajo en este distrito. ¿Entendido?

—S… sí, s… señor —tartamudeó ella, con las rodillas temblando al ritmo de sus palabras—. E… es mi día libre, s…señor...

—Entonces, ocúpate de tus asuntos. —La puerta se cerró de golpe tras la asustada chica, que salió corriendo por el camino.

Nial sopesó la nota en su mano, luego se abrió paso por la habitación, dirigiéndose a su despacho. Dentro, cerró la puerta de un portazo y rompió el sello. La ira lo invadió al leer las palabras.

Ian: te envío esto para decirte que no es prudente que nos encontremos como lo hemos hecho. Si Nial nos descubre, me temo las consecuencias. Me mantendré en contacto a través de Mary.

Siempre, Mabel.

Después de leerla dos veces, la nota se arrugó lentamente en su puño apretado.

—*¡Necio!* —se reprendió duramente, y su corazón recién abierto se cerró de golpe como una trampa—*. ¡Maldito necio!*

—Pareces molesto. —La voz de Robert llegó desde la esquina; la mirada de Nial se dirigió hacia él—. ¿Pasa algo? —preguntó su primo.

Con ira enmascarada, Nial se dirigió a su escritorio.

—¿Qué haces aquí?

—Teníamos una cita para revisar la carga de tus barcos a las nueve... ya son las diez y diez.

Nial se acomodó en su silla, apoyó el codo en el brazo y se frotó los dedos en la frente.

—Lo olvidé.

—¿Una disputa de amantes? —preguntó Robert después de mirar a Nial detenidamente—. Si necesita que te deje solo, tal vez...

—*¡Necio!* —Nial volvió a denunciarse a sí mismo, sin escuchar más que a medias las palabras de Robert.

Furioso, arrojó la nota sobre su escritorio. Esta resbaló por la superficie hasta caer en la alfombra, y Robert se agachó para recogerla. Al echar un vistazo al papel arrugado, dos palabras llamaron su atención. Ian. Mabel. Al verlas, colocó la nota en el centro del escritorio de Nial y dijo:

—Esperaba que no descubrieras la verdad sobre ellos.

Los fríos ojos de Nial se dirigieron lentamente hacia el rostro de Robert.

—¿Sabías que se estaban viendo y no me lo dijiste?

—Sí, los vi en el claro junto a la cabaña mientras cabalgaba, hace varias semanas —confesó, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Me sorprendió, y luego me avergoncé de lo que vi. Esperaba...

—¡Esperabas qué! —La mano de Nial golpeó el escritorio—. ¡Quiero la verdad, toda! ¡Ahora!

—Tu esposa y Sinclair... se besaron.

Nial se levantó, estirándose lentamente hasta alcanzar su altura máxima. La mirada vehemente en sus ojos hizo que Robert retrocediera un paso.

—¿Estás seguro de esto?

—No miento. Los vi, lo juro.

Con los ojos entrecerrados, Nial estudió a su primo y luego salió de la habitación.



Arriba, Mabel ordenó los últimos restos de papelería y los guardó en el cajón. Aliviada de haber encontrado a Mary antes de que se fuera a Falcon's Gate, esperaba que Ian entendiera su mensaje garabateado apresuradamente. Era mejor que no se vieran, como había sugerido Joanna. Sin embargo, temía que, si no aparecía en el claro, Ian podría ir a buscarla, de ahí la nota que le había dejado. Además, no tenía sentido que el hombre perdiera el tiempo yendo todos los días al arroyo cuando ella podía informarle fácilmente de que no fuera.

Sin previo aviso, la puerta se estrelló contra la pared; un grito repentino escapó de sus labios cuando se dio la vuelta hacia el ruido. Entonces, Nial se abalanzó sobre ella con cuatro largas zancadas. Unas manos ásperas le agarraron los brazos, tirando de ella contra él.

—Tengo una pregunta —dijo él, con voz fría y siniestra—. ¿Te has reunido con Sinclair desde que te lo prohibí?

Mabel parpadeó y empezó a forcejear contra él.

—Me estás haciendo daño. —Él la sacudió

—¡Contéstame!

Reconociendo la ira volátil en sus ojos, ella asintió y dijo apresuradamente:

—Solo una vez.

—¿Alguna vez, señora, ha sentido la presión de sus labios?

Sus ojos se agrandaron; palideció. Solo había sido un pequeño beso, pensó, preguntándose cómo podía él haberlo sabido.

—¡No! —gritó, con la esperanza de evitar una confrontación entre Nial e Ian.

—Nunca.

Él la empujó.

—Señora, tus ojos dicen lo contrario.

Mientras se dirigía hacia la puerta, Mabel corrió tras él.

—Nial —lo agarró del brazo—, ¿adónde vas?

—A buscar a tu amante y deshacerme de él de una vez por todas.

—Por favor... no lo hagas. Te juro que no pasó nada entre nosotros. —Parecía no oírla—. Nial —suplicó ella mientras se arrojaba contra él, sus dedos enredándose en su camisa—. Lo besé

en la mejilla... eso es todo. Es mi amigo. Le digo que no pasó nada... ¡Te amo!

Las últimas dos palabras lo conmovieron profundamente; su mirada despectiva recorrió su rostro y la empujó contra él, su boca se estrelló contra la de ella en un beso feroz y enojado.

Mabel intentó desesperadamente responder, pero su deliberada crueldad la asustó; un gemido tembló en su garganta. Al oírlo, Nial apartó la boca y la empujó.

—No funcionará, Mabel. Dices las palabras, esperando que te crea. Pero sé que solo estás tratando de protegerlo. Tu astucia me enferma.

Incrédula, vio cómo él sacaba la llave de la cerradura; la puerta giró sobre sus goznes y se cerró de golpe. Al oír el roce del metal en la cerradura, se arrojó contra la madera.

—¡Nial, por favor! —gritó, golpeando con furia sus puños—. ¡Te equivocas! ¡Por favor, no hagas esto! Por favor... por favor… —No hubo respuesta y ella se dejó caer al suelo, con la mejilla pegada a la puerta —. Es a ti a quien amo —sollozó entrecortadamente—. Es a ti.

Con la mente ya decidida, Nial atravesó el vestíbulo, ignorando sus angustiosos gritos, y se dirigió a los establos. Con el caballo ensillado, saltó a lomos del semental y lo espoleó hasta que echó a galope tendido, dirigiéndose a Falcon's Gate.

El asustado mayordomo de Ian Sinclair retrocedió cuando la puerta fue empujada hacia adentro, y Nial entró en la gran mansión sin preámbulos.

—Busque a su amo —exigió, con ojos duros como la piedra—. Dígale que Nial Donovan está aquí.

—C… ciertamente, milord. —Y el hombre salió corriendo.

—Nial. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó Ian, entrando en la enorme entrada, pero se detuvo en seco cuando su amigo distanciado se volvió hacia él.

—Maldito bastardo —siseó Nial, entrecerrando los ojos—. Me has engañado dos veces. Ahora pondré fin a tus artimañas.

—¿Qué diablos estás insinuando?

Nial se rió estruendosamente.

—Sinclair, de verdad crees que soy estúpido, ¿verdad? Ella ya ha confesado su pequeño encuentro en el claro. Has sobrepasado los límites por última vez.

—No ha pasado nada entre tu esposa y yo. Lo juro.

—¿Lo mismo que no pasó nada entre Celeste y tú?

—Sabes que no pasó nada.

—¿Sigue negándolo, Sinclair?

—Nunca toqué a Celeste. No la amaba.

—Pero amas a Mabel, ¿verdad? —preguntó Nial, con la locura llevándolo un paso más cerca de Ian. Con ira desilusionada, añadió —: Ya que no duerme en mi cama, entonces debe estar en la tuya. Convenientemente, se ha convertido en tu puta.

—Cállate —gruñó Ian, con voz amenazante y la mirada helada —. No la llames así.

—La llamaré como lo que es —replicó Nial con frialdad, provocándolo a propósito para asegurarse de obtener el resultado que buscaba—. Amante. Ramera. Puta. Menti...

La bofetada de Ian le cruzó el rostro con fuerza, obligando a Nial a girar la cabeza. Durante un segundo quedó inmóvil, luego volvió lentamente la cara hacia él, esbozando una sonrisa gélida.

—Acepto tu desafío. Ya que has tenido la cortesía de proponerlo, yo estableceré las condiciones. Prescindiremos de las

formalidades. No hacen falta padrinos. Prepara tus pistolas. Te espero en el claro dentro de media hora.

Se dio media vuelta y avanzó hacia la puerta.

—Diría que es un lugar justo para morir, ¿no te parece? Y recuerda esto: si no apareces, Mabel pagará el precio de tu cobardía.

Donovan... La puerta se cerró de golpe y Ian se tragó sus palabras. Respiró hondo y se dirigió a su estudio para sacar sus pistolas de duelo del armario cerrado con llave. El hombre estaba loco... completamente loco. ¿O no? se preguntó, al darse cuenta de que lo habían engañado para que aceptara el desafío. Sin embargo, no se atrevía a echarse atrás, pues estaba seguro de que Mabel sufriría la represalia de Nial.

Después de ensillar su caballo, Ian le dijo a un sirviente que llamara al médico de Selkirk y lo llevara al claro. Una sensación ominosa se apoderó de él. Se derramaría sangre.



—¿Dónde está la maldita llave? —gritó el duque, y luego le arrebató el anillo a la señora MacBean cuando esta se apresuró a acercarse a él.

—¡Date prisa, Edward! —imploró Joanna—. Está histérica.

El duque abrió rápidamente la puerta y giró el pomo; Mabel irrumpió en el pasillo.

—¡Debemos detenerlo!

—¿Detener a quién? —preguntó Edward Donovan, sin saber qué había causado el alboroto, solo que Joanna lo había llamado ansiosamente para encontrar a la Sra. MacBean y las llaves—. ¿Y por qué estaba encerrada en su habitación?

—No tengo tiempo para explicarlo. Joanna puede contárselo.

Mientras el grupo corría por el pasillo hacia el rincón, Joanna informó apresuradamente al duque de las intenciones de su hijo.

—Está empeñado en matar a Ian Sinclair —terminó cuando llegaron a las cocinas.

Eduard agarró el brazo de Mabel.

—¿Tiene motivos para hacerlo, jovencita?

Mabel le soltó la mano.

—No, Su Excelencia. Su imaginación se ha desbordado. No hay nada entre el conde de Huntsford y yo, excepto amistad. —Luego se dio la vuelta y se dirigió a toda prisa a los establos, seguida por el duque y Joanna.

—Joanna, ordena que preparen la habitación de mi hijo, por si acaso ocurre lo peor —pidió Edward, esperando impaciente a que el Sr. Spencer ensillara sus caballos—. Mucha ropa limpia y agua caliente. ¡Eh! tú —llamó a uno de los mozos de cuadra—. Ve a Selkirk y avisa al médico de que hay problemas en Falcon's Gate. ¡Deprisa, muchacho!

El chico deslizó rápidamente una brida de cuerda en el morro de un viejo caballo castrado, saltó a su lomo desnudo y partió a un ritmo pesado y constante hacia la ciudad.

—Échame una mano —ordenó Mabel en cuanto Dulce apareció a la vista; las manos ahuecadas del Sr. Spencer la ayudaron a montar a horcajadas sobre la yegua—. Atravesaremos el campo. Es más rápido.

Luego giró a Dulce y se dirigió hacia la cabaña.

—No dejes que sea demasiado tarde —rezó, llevando a la yegua a galope completo, con el duque de Claremore y el Sr. Spencer pisándole los talones—. Por favor, Nial, amor mío, ¡no hagas ninguna tontería!

En el claro, Nial e Ian estaban de espaldas, con las pistolas cargadas y amartilladas, los cañones apuntando hacia el cielo, apoyados en sus hombros.

—Empieza la cuenta, Sinclair —ordenó Nial.

—Si estás tan decidido a morir, entonces empieza tú la cuenta.

—Si yo muero, es seguro que tú también lo harás. Mi fiel esposa se quedará sin nada.

—Entonces será a muerte, Donovan. No la dejaré sufrir en tus manos.

Nial se rió con rudeza.

—Entonces nos veremos en el infierno, amigo. —Y comenzó la cuenta.

La dulce Honesty coronó la colina a tiempo para que Mabel viera a los hombres dar los últimos pasos. Una lentitud inquietante parecía orquestar sus movimientos, y su boca se abrió para emitir un grito, pero su voz se suspendió en silencio.

—Diez —gritó Nial y empezó a girar y a apuntar con su pistola, imitando los movimientos de Ian. Un disparo resonó en el claro, estallando como un cañonazo; Nial retrocedió tambaleándose, una sacudida de dolor recorrió su cuerpo. Incrédulo, miró la mancha roja que se extendía por su camisa blanca. ¿Sangre?

—¡Nial!

El grito aterrorizado de su nombre atrajo su atención, que se estaba desvaneciendo, y se giró con las piernas temblorosas. Con la vista borrosa, intentó enfocar los ojos. Un caballo y un jinete se abalanzaron sobre él.

—¿Mabel? —preguntó, convencido de que era su esposa—. ¿P… por qué... por qué?

Entonces, extrañamente, Nial se encontró mirando a un oscuro abismo. Con las rodillas temblando, se deslizó hacia el olvido.

Capítulo *20.*

-¡Nial? —gritó Mabel mientras se deslizaba de la silla de montar y caía de rodillas junto a su cuerpo caído. Sus dedos temblorosos tocaron la camisa salpicada de sangre que le cubría la parte superior del pecho izquierdo—. Oh, Nial... ¿por qué has hecho esto? —Una sombra cayó sobre ella y alzó la vista.

Ian leyó la pregunta asustada en sus ojos. Se inclinó sobre una rodilla, apoyó la pistola sobre la otra y palpó el cuello de Nial en busca del pulso.

—Está vivo —indicó, dejando el arma a un lado—. Tenemos que detener el flujo de sangre.

Mabel desabrochó un trozo de su enagua, lo dobló y lo colocó suavemente sobre la herida.

—¡Por Dios, hombre, has disparado demasiado pronto! —acusó el duque de Claremore, tras saltar de su caballo y agarrar a Ian por el hombro—. ¡Debería estrangularte! ¡Cobarde!

Ian se levantó.

—Mi arma sigue cargada. —Edward Donovan entrecerró los ojos—. ¡Pruébalo!

Ian cogió su pistola, se alejó varios metros, con el duque pisándole los talones, y apuntó al suelo. La repentina explosión asustó a Mabel, que gritó:

—¡Detengan esta locura! ¡No importa quién le disparó! ¡Debemos llevarlo de vuelta a Northcott!

Apenas salieron las palabras de su boca, un carruaje apareció por el camino y cruzó el claro, con dos muchachos a caballo detrás. El Sr. Spencer agarró las riendas, estabilizando al caballo enfurecido, mientras el anciano Dr. Drummond saltaba de su asiento. Sin preámbulos, se arrodilló y examinó la herida de Nial.

—Llevémoslo de vuelta a la casa.

Levantando con cuidado a Nial, el duque, Ian y el Sr. Spencer lo acomodaron suavemente dentro del carruaje, y luego montaron sus propios corceles. Con la cabeza apoyada en su hombro, Mabel continuó presionando su herida.

—Sujételo fuerte —ordenó el médico cuando el carruaje empezó a moverse de nuevo—. Si empieza a sangrar, avísame. — Luego chasqueó el látigo, haciendo que el caballo trotara rápidamente hacia Northcott.

Con su vestido de día color lavanda manchado con la sangre de Nial, Mabel estaba de pie junto al médico, con paños estériles listos para usar si se los pedía. Un gemido brotó de los labios de su esposo drogado mientras el hombre le palpaba la carne en busca de la bala, mientras Ian lo sujetaba. Sintiéndose de repente mareada, luchó por controlar la situación. Aunque normalmente tenía el estómago fuerte, decidió que era su estado lo que le provocaba las náuseas. Su miedo reprimido a perder a su marido surgió de repente en su interior y rezó con todas sus fuerzas para que Nial viviera para ver a su nuevo hijo o hija.

—Aquí... ya lo tengo. —El Dr. Drummond se dio la vuelta y dejó caer la bola de plomo en la palangana. A continuación apareció un trozo de tela ensangrentado, un resto de la camisa de Nial, que arrojó junto con los perdigones de plomo—. Ahora páseme el antiséptico.

Le pasaron el frasco y un paño limpio.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Mabel.

—Si su cuerpo puede protegerse de cualquier infección... debemos ser cautelosos, sin embargo. Si empieza a mostrar signos de fiebre, avíseme de inmediato. —Después de darle varios puntos de sutura, le vendó la herida y le enseñó a Mabel a cambiarle el apósito—. Manténgalo sedado con el láudano. Por lo poco que me han contado, supongo que su temperamento lo ha metido en esto. —Drummond miró a Ian con insistencia—. No quiero que intente levantarse de la cama para seguirla. —Se dirigió hacia la puerta—. Volveré mañana. Si me necesita antes, llámeme.

Desde el momento en que el hombre de cabello plateado salió de la habitación, Mabel permaneció en vigilia continua, con Fanny a su lado. Joanna, Edward, el Sr. Spencer e Ian se turnaban para quedarse con la pareja, y la Sra. MacBean llevaba té caliente y comida a la habitación periódicamente. Robert aparecía cuando quería.

—Si Sinclair no lo mató, ¿quién lo hizo? —preguntó Robert a su tío en una de esas visitas.

—No tenemos la menor idea, un cazador... un furtivo.

Después de uno o dos minutos de dar vueltas, Robert salió de la habitación.

A pesar de las insistentes peticiones de todos, Mabel se negó a separarse de Nial. Comió poco, si es que comió algo. Luego, ya entrada la noche, varias horas antes del amanecer, su mayor temor se hizo realidad. La frente de Nial se enrojeció con fiebre cuando un violento escalofrío se apoderó de él. Despertando al Sr. Spencer de la silla de la esquina, donde dormía, lo envió tras el médico, y luego cubrió a Nial con varias capas de tela.

—Probablemente queden algunos fragmentos de tela en la herida —declaró el Dr. Drummond, suspirando—. Esperaba haberlo extraído todo. —Colocó una venda nueva sobre la herida supurante,

cubriendo las marcas rojas y enrojecidas que se extendían hacia afuera—. No hay mucho que pueda hacer.

—No se va a morir, ¿verdad? —preguntó Mabel, desesperada. Ian se apartó rápidamente de detrás de ella y le puso las manos sobre los hombros. Ella lo miró y suplicó—: Debe de haber algo que podamos hacer.

—Lo siento —dijo el médico con suavidad—. Tendremos que esperar a que pase. —Su mirada se posó en la de Ian—. Utilice todos los recursos que tenga.

Tan pronto como Drummond se fue, Ian se volvió hacia el Sr. Spencer.

—Vaya a buscar a Nanna. Dígale que su amo tiene un envenenamiento en la sangre.

—De acuerdo, su señoría. —El Sr. Spencer se dirigió hacia la puerta—. La traeré aquí en un santiamén.

Mabel clavó sus inquisitivos ojos en Ian.

—¿Quién es Nanna?

—Es una anciana que vive en mi finca. Algunos dicen que es una bruja. Yo digo que es una curandera. Si alguien puede ayudarlo, esa es Nanna.

Mabel miró a su marido y sintió el escozor de las lágrimas detrás de sus ojos.

—¿Qué haría yo sin él?

—No es una pregunta que debas hacer —replicó Ian con suavidad, tratando de reconfortarla—. Sobrevivirá. Vivirá para ver y abrazar a su nuevo hijo.

Ella giró la cabeza con brusquedad.

—¿Quién te lo ha contado?

—Joanna nos lo ha contado. Está preocupada por ti. Especialmente porque no quieres comer. No es bueno, Mabel, que

pases tanto tiempo aquí encerrada. Alguno de nosotros puede cuidarlo por ti.

—No le dejaré solo —respondió con firmeza, mientras empapaba de nuevo un paño frío y lo colocaba con delicadeza en la frente ardiente de Nial—. No me dejes —le susurró al oído—. Por favor, no me dejes.

Media hora más tarde, la puerta se abrió y una anciana encorvada, apoyada en un bastón, irrumpió en la habitación cojeando. Su piel semejaba pergamino seco y agrietado, y de su cabeza brotaban cabellos grises, desordenados y rebeldes. Sus ojos, vivaces y penetrantes, recorrieron a los presentes con mirada inquisitiva antes de dirigirse directamente hacia la cama.

—Fuera de mi camino, muchacha —ordenó con voz ronca, empujando a Mabel con el bastón.

Ella alzó los ojos hacia Ian, quien le ofreció una mirada tranquilizadora. Con gesto renuente, Mabel retrocedió, observando cómo los dedos nudosos de la anciana retiraban la venda del pecho de su esposo.

—Eeh, esto está mal —murmuró Nanna, volviéndose hacia Mabel—. ¿El refunfuñón le puso algo en la herida?

—Antiséptico —respondió ella con voz queda.

—Tráigame un saco y una tetera —ordenó la anciana al señor Spencer, quien se apresuró a obedecer. Luego, los tres observaron en silencio cómo Nanna retiraba la tapa de una olla de hierro negro, extraía una sustancia mohosa del caldo que burbujeaba en su interior y la extendía con destreza sobre una venda de lino limpio.

Cuando se dio cuenta de que la mujer tenía la intención de colocarlo en la herida de Nial, Mabel abrió la boca en señal de protesta, pero Ian se inclinó hacia su oído.

—Deja que haga lo que mejor sabe hacer.

—Pero...

—Ella tiene el poder de curar. Sus curas van más allá de las de la mayoría de la medicina popular. Drummond lo sabe. Debido a su juramento, no dirá su nombre en voz alta, pero ella es el —recurso— del que habló.

—Si le pasa algo...

—Asumo toda la responsabilidad.

Un gemido de agonía se escapó de los labios de Nial cuando los dedos de la anciana tantearon su carne herida. Mabel apretó los puños y se mordió el labio para no ordenar a la mujer que saliera de la habitación.

—Agua caliente —exigió Nanna bruscamente—. Necesita sacar algo de este veneno de su cuerpo antes de que lo cure.

Ian quitó la tetera de las brasas de la chimenea, se la llevó y, incrédula, Mabel observó cómo la anciana sumergía un paño limpio en el líquido humeante hasta la muñeca. ¿Era humana? se preguntó, sin notar ni un solo movimiento de la mujer.

—Necesito que lo sujeten. Puede que esté drogado, pero seguro que lo sentirá.

Una vez que Nial estuvo inmovilizado, con Mabel sujetándole una muñeca, el Sr. Spencer la otra e Ian presionando su corpulencia sobre el medio del marqués de Ebonwyck, con las manos presionando sobre la parte superior de los brazos de Nial, Nanna dejó caer el paño caliente sobre la herida.

Nial se retorcía; un grito de tortura brotó de sus labios, y los tres lucharon para contenerlo. Aunque estaba prácticamente inconsciente por el láudano, Mabel estaba asombrada por su fuerza. Entonces recordó aquella noche en la que había pensado que tenía la intención de violarla. No es así, decidió, dándose cuenta de que si ese hubiera sido realmente su propósito, habría tenido éxito, fácilmente.

Se volvió a sumergir el paño.

—Tenemos que repetirlo tres veces.

—¿Estás preparada? —preguntó Ian, observando la palidez de Mabel.

—Sí —dijo con firmeza.

—Sujétalo —ordenó la bruja; el paño volvió a caer.

Cuando todo hubo terminado, Mabel sintió que un sollozo se le subía a la garganta, pero de alguna manera lo contuvo. Unos dedos suaves apartaron el cabello de la calurosa frente de Nial y ella se inclinó para besarle la mejilla.

—Lo peor ya ha pasado, mi amor. Pronto estarás bien.

Ian la ayudó a levantarse del borde de la cama y observaron cómo Nanna colocaba el vendaje preparado sobre la herida. Luego mezcló una mezcla de hierbas en agua y se la llevó a la boca a Nial con una cuchara, dejándola que se deslizara lentamente por su garganta.

—No debe tomar láudano. Es una sustancia vil. Estas hierbas le harán dormir y le ayudarán a curarse. Mezcle una pizca en esta cantidad de agua —dobló los dedos a una pulgada de distancia—, y no toque ese parche que lleva. Volveré al amanecer.

El Sr. Spencer se detuvo un paso mientras seguía a Nanna fuera de la habitación, con el saco y la tetera en la mano.

—Será mejor que duermas un poco —dijo Ian, después de que se cerrara la puerta—. Yo lo vigilaré.

—No, no lo dejaré.

—Mabel...

—Ian, soy la dueña de esta casa. No intentes decirme lo que puedo o no puedo hacer.

—Entonces vigilaremos juntos.

—Prefiero estar a solas con él un rato.

Él la miró fijamente durante un largo momento.

—Como desees. Si me necesitas, estaré fuera en el vestíbulo.

A solas con su marido por primera vez desde que la encerró en su habitación, Mabel se sentó en la cama, teniendo cuidado de no empujarlo. Su mano se deslizó sobre la suya mientras hablaba en voz baja:

—Es importante, mi amor, que luches contra esta infección. Tienes una voluntad fuerte y un cuerpo fuerte... no dejes que te venza. Fanny te necesita. Yo te necesito. Nuestro hijo te necesita. Por favor, no nos dejes.



Pasó otro día, y otra noche, con Mabel siempre al lado de su marido. A pesar de los esfuerzos de todos, se negó a dejarlo. Comía apenas lo justo y se dormía de vez en cuando en la silla junto a su cama, solo para despertar en cuanto escuchaba un gemido. Cuando la fiebre aumentaba, le refrescaba la frente y el cuerpo con paños húmedos, luchando contra sus brazos agitados y sus maldiciones delirantes.

—¿Mabel? ¿Cariño? Yo... yo... —Sus puños se cerraban—. ¡Mabel! ¡Bruja engañosa! Casi te creo... ¡Maldita seas!

El veneno en su voz la golpeó como un puñetazo. Conteniendo las lágrimas, siguió atendiéndolo. Sus manos suaves trabajaban con cuidado para aliviarlo, dándole la medicina que calmaba su dolor.

Luego, con la misma rapidez, el ardor febril lo abandonaba, y un violento escalofrío sacudía su cuerpo.

—Frío... tanto frío... —murmuraba entre dientes castañeteantes, y ella lo arropaba con esmero, acostándose a su lado para compartirle su propio calor.

En esos momentos, él se aferraba a ella... y ella a él. Las lágrimas se asomaban a sus ojos cuando temía perderlo, con

aquellas últimas palabras de él aún resonando, pronunciadas entre la fiebre y la ira. Pero rara vez se permitía llorar.

La vieja bruja regresó y, al examinar la herida, una sombra de duda cruzó sus ojos. Aun así, aplicó nuevamente su tratamiento. Esta vez, Edward, Ian y Robert sujetaron a Nial, mientras Joanna intentaba consolar a una Mabel visiblemente angustiada. Poco después, Robert salió de la habitación con el rostro lívido, el duque maldijo entre dientes e Ian se dejó caer en una silla, con las manos hundidas en el cabello.

—¿Por qué demonios no me creyó? —murmuró, sin dirigirse a nadie en particular.

Nanna preparó una nueva mezcla de hierbas para que Nial la ingiriera y, al concluir, se retiró acompañada del señor Spencer, que cargaba su abultado saco de medicinas. El proceso se repetiría al amanecer del día siguiente.

Solo una vez se atrevió Mabel a dejarlo solo. Había enviado a Joanna a buscar más agua y se había olvidado de pedir sábanas y toallas limpias. Cuando regresó, encontró a Robert revoloteando a su alrededor, con los puños apretados. Al instante, temió que algo le hubiera pasado a Nial y corrió hacia la cama.

—Robert, ¿está bien?

El sonido de su voz sobresaltó al hombre, y cuando se giró hacia ella, sus ojos duros se encontraron con los suyos.

—Sí... solo estaba comprobando cómo estaba. —Luego salió de la habitación.

Mabel no podía entender por qué el primo de Nial actuaba de una manera tan brusca. Pero, entonces, se dio cuenta de que todo el mundo reaccionaba de manera diferente ante una crisis. Quizás, simplemente está angustiado, pensó, ignorando el incidente.

Alrededor de la medianoche del tercer día, Mabel estaba sentada sola en su vigilia constante. Según su propia declaración,

esta hora del día era su momento privado con Nial. Extrañamente, sintió una presencia detrás de ella y se volvió para ver a Fanny.

Los ojos de la niña estaban llorosos y llenos de tristeza.

—Ven, cariño. —suplicó, abrazando a la niña y llevándola a su regazo—. Él estará bien. Créelo y así será.

A través de sus señas con las manos, Fanny hizo pregunta tras pregunta, y Mabel respondió lo mejor que pudo.

—Sí, Fanny, él sabe que estamos aquí. Hablo con él constantemente, igual que lo hacía contigo cuando estabas tan enferma. Tu padre también te hablaba. ¿Te acuerdas?

Fanny frunció el ceño, luego una luz brilló en sus ojos y asintió.

Mabel sonrió.

—El médico de Edimburgo me dijo que el oído de una persona nunca se cierra, sin importar lo que haga el cuerpo... —*Excepto en la muerte*, pensó, pero se contuvo—. Por eso te decíamos cuánto te queríamos... que estarías bien. Y lo estás. Yo hago lo mismo con tu padre. Aunque no responda, sé que me oye.

Nial gimió; su cabeza se agitó sobre la almohada.

—Le está subiendo la fiebre otra vez —advirtió ella, levantando a Fanny—. Tengo que bañarlo.

Al acercarse a la mesita de noche, descubrió que la jarra estaba casi vacía.

—Tendré que ir a por más agua. ¿Estarás bien sola con él?

Fanny apoyó su pequeña mano en la frente de su padre. Las lágrimas asomaron de nuevo en sus ojos, pero se las secó con rapidez y asintió.

Mabel la observó con atención. La pobre niña apenas se había repuesto de un shock emocional para verse inmersa en otro. Había estado dos veces en la habitación mientras Nial deliraba por la fiebre... y ambas había huido llorando. Ahora, Mabel se debatía.

¿Debía dejarla allí, por si Nial volvía a sacudirse con violencia? Pero si Fanny salía, eso podría alterarla aún más.

Así que, explicándole con suavidad lo que podría ver y oír, le susurró:

—No te asustes. Debes entender que es la fiebre la que le hace actuar de forma tan extraña.

Fanny asintió de nuevo. Esta vez, una chispa de confianza brilló en sus ojos.

—Entonces, ahora vuelvo.

Con pasos rápidos, Mabel se apresuró a bajar a las cocinas a por un poco de agua fría. Pero el viaje de vuelta le llevó más tiempo de lo esperado, un mareo se apoderó de ella mientras subía las escaleras. Sin embargo, luchó contra él y atravesó el pasillo hasta la habitación de su marido. Cuando entró en silencio, se detuvo inmediatamente y retrocedió hacia las sombras para ver cómo se desarrollaba la escena ante ella.

Fanny se acercó al oído de su padre, abriendo y cerrando la boca; como siempre, cuando habían practicado, un extraño galimatías se le escapó de la garganta. Las lágrimas de frustración se acumularon en sus grandes ojos verdes y rodaron por sus mejillas, pero esta vez se negó a rendirse. Su pequeña mano se levantó y acercó su ardiente rostro al de él. Y con un último esfuerzo, Fanny finalmente hizo salir los sonidos a través de sus labios:

—Pa… pá... p… por favor, n… no te mueras.

Lágrimas de alegría y tristeza llenaron los ojos y el corazón de Mabel; sabía que, si alguien podía incitarlo a luchar con más fuerza, esa era su hija. Sin embargo, si luchaba… y perdía, ¿habría vuelto a sentir el éxtasis de escuchar la dulce voz de Fanny? No. Conscientemente, no.

—Dile esas palabras otra vez —susurró, sorprendiendo a la niña.

Luego caminó con las piernas temblorosas hasta situarse a su lado, con la jarra tambaleándose en la mano.

—Díselo, cariño. Háblale. Te escuchará. Dile que le quieres.

—Papá... papá, te amo —repitió Fanny, esta vez con mayor seguridad—. No te mueras... por favor, no me dejes.

Animada por la dulce sonrisa y las tiernas palabras de Mabel, la niña continuó hablando, su voz ganando fuerza con cada frase. Y, a medida que avanzaba la noche, tanto la esposa como la hija susurraron sus ánimos, sus esperanzas, sus miedos… a veces con rabia, a veces llorando. Pero nunca cesaron.

Incapaz de dormir por la preocupación que sentía por su hijo, y también por su nuera, el duque entró en la habitación de Nial y se detuvo en seco.

—Papá —oyó pronunciar a su nieta—, ¿te acuerdas...?

Mientras Fanny seguía hablando, la mirada llorosa de Edward se cruzó con la de Mabel, y en los ojos de ella leyó las palabras que no podía pronunciar: *gracias*. Un milagro más, rezó. Solo uno más.

Entonces, cuando el rosa del amanecer se asomó en el horizonte, Nial empezó a sudar, empapando las sábanas.

—La fiebre ha remitido —anunció Nanna con orgullo, mientras sus dedos torcidos retiraban el vendaje—. La infección ha desaparecido. —Parecía sorprendida—. Debe de haber una medicina más fuerte que hizo el milagro además de la mía.

Le dio una palmadita en el hombro a Mabel.

—Le has devuelto la vida, muchacha.

Con el cuerpo lavado, sábanas secas debajo y otra bebida de hierbas ingerida, Nial yacía en un sueño reparador, con Mabel aún revoloteando a su lado.

—Ahora, querida —intervino Joanna con autoridad, captando por fin su atención—, te darás un baño caliente y te meterás bajo las sábanas de tu propia cama para dormir un poco.

—Por supuesto que sí —intervino el duque—. No voy a poner en peligro la salud de mi nuevo nieto porque su madre esté empeñada en quedarse con su marido. Ahora, hija —dijo, sorprendiéndola—. Vete a la cama.

—Pero...

—Nial está bien, pero tú necesitas descansar —interrumpió Ian, sonriendo.

De repente, Mabel se dio cuenta de que estaba realmente cansada y esbozó una sonrisa.

—Supongo que tenéis razón. Pero solo me iré con la promesa de que, en cuanto se despierte, uno de vosotros me despertará. ¿Me la concedéis?

—Sí —dijeron los tres al unísono.

Mabel apartó ligeramente un mechón de la frente de Nial con la mano, lo miró un momento y luego se inclinó hacia su oído.

—Bienvenido, amor mío. —Y le dio un ligero beso en los labios.

Joanna se acercó a ella.

—Ven, querida. Te ayudaré a acostarte.

—Te llamaremos en cuanto se despierte —prometió Ian de nuevo—. Pero según Nanna, estará inconsciente varias horas. Ahora, fuera de aquí.

Después de desayunar ligero y bañarse, ponerse un camisón de seda, Mabel se deslizó en su cama y cayó en un sueño agotado, pero inquieto.



En la habitación de Nial, mientras el duque e Ian vigilaban, Edward finalmente dijo después de un largo silencio:

—Por lo que he escuchado de las divagaciones de mi hijo, además de por lo poco que Joanna ha podido decirme, este supuesto duelo se precipitó porque él creía que tú le habías engañado, no una, sino dos veces. ¿Es eso cierto, Sinclair?

Ian miró al hombre.

—Usted me conoce desde que tenía pantalones cortos. ¿Cree que es cierto?

Edward apretó los labios.

—No te he acusado de hacerlo... ¡Te he preguntado si eso es lo que ha provocado este incidente indecoroso! Y quiero una respuesta, por favor.

—Por desgracia, Su Excelencia, así es. Nial, por alguna razón, no solo cree que me he impuesto físicamente a Mabel, sino que también me ha acusado de hacerlo con Celeste. Soy inocente en ambos casos.

Edward Donovan miró detenidamente al conde de Huntsford.

—Te creo.

Guardó silencio un instante antes de añadir:

—Nial nunca me ha hablado de Celeste. Te agradecería que me contaras lo que sabes de su matrimonio… y de su muerte, si te es posible.

Ian estuvo a punto de negarse. Pero tras pensarlo mejor, decidió que lo mejor era aclarar las cosas. Mientras hablaba en voz baja de la naturaleza superficial de Celeste, un rasgo que había ocultado bien al duque, y de su negativa a compartir la cama de Nial después del nacimiento de Fanny sin un soborno, Edward pareció sorprendido.

—Varias veces, se me lanzó encima —declaró Ian, con el ceño fruncido—, pero me negué. Nial era mi mejor amigo. No sé nada de la noche en que murió, excepto que Nial rompió toda relación conmigo inmediatamente después. Cuando intenté averiguar por

qué, me acusó de haberle sido desleal. Lo negué, por supuesto, porque no era cierto. Pero no quiso escucharme. De algún modo, dudo que le importara que Celeste tuviera amistad con otros hombres. Pero algo debió de convencerlo de que yo estaba involucrado con ella. Mabel me dijo que Nial le había contado que Celeste murió con mi nombre en los labios. No tengo ni idea de por qué. Nunca la animé. Apenas hablaba con ella. Todo sigue siendo un misterio para mí.

—¿Y Mabel? —preguntó el duque—. ¿Qué hay de ella?

Ian miró sus manos.

—Lo admito, mis sentimientos por Mabel son muy diferentes a los que sentía por Celeste. Pero como usted mismo ha visto, ella ama a su hijo, no a mí. Mabel y yo somos simplemente amigos. Además, sigo considerando a Nial mi mejor amigo. Nunca me entrometería. Nunca.

—Eres un hombre honorable, Sinclair. Mi hijo no podría tener un mejor amigo que tú. Es una pena que sea demasiado cabezota para darse cuenta.

—Dado que Nial está en vías de recuperación, ¿cree que deberíamos centrarnos en averiguar quién le disparó?

El duque frunció el ceño.

—¿Crees que fue a propósito? —observó que Ian se encogía de hombros—. Había pensado en cazadores furtivos... un disparo perdido desde lejos. Quizá...

La puerta se abrió y, al ver a Joanna, Edward guardó silencio.

—Está durmiendo —anunció la mujer, al notar sus miradas inquisitivas—. La pobre niña apenas ha apoyado la cabeza en la almohada y...

Un gemido surgió desde la cama; los tres se acercaron al instante.

—Está despertando —señaló Ian, dirigiéndose a Joanna—. Odio hacerlo, pero se lo prometimos.

—Yo iré a por ella.



La mano pesada de Nial se deslizó por su rostro e hizo una mueca al sentir un dolor punzante cuando cayó sobre su pecho. Un ojo se entreabrió apenas para volver a cerrarse. Intentó abrir el otro, pero parecía una hazaña imposible.

Nial no lograba entender cuál era su problema. Se sentía como si estuviera luchando por abrirse paso desde las profundidades de una caverna oscura. Intentó tomar aire, pero se tambaleó y dejó escapar un gemido. Le dolía el pecho como el demonio. ¿Por qué?

La niebla que nublaba su mente se disipó de pronto, y al abrir los ojos, se encontró con Ian Sinclair de pie junto a su lecho.

—¿Cómo te atreves a entrar en mi casa? —musitó Nial con voz ronca y tosió; el dolor retorció su rostro—. Como puedes ver, Sinclair, he sobrevivido.

—Nunca quise matarte, Nial —se acercó Ian—. De hecho, no fue mi disparo lo que te hirió.

Una risa corta y cínica escapó de Nial.

—¿Entonces de quién? ¿Le pagaste a alguno de tus sirvientes para lograr lo que sabías que tú no podías?

—Aún estás con fiebre —murmuró Ian, preocupado.

Su memoria se agudizaba con cada palabra que salía de Ian; en su mente, veía a Mabel cabalgar hacia él a través del claro.

—Quizá fue mi amada esposa. ¡Temía perder a su amante! No tenía ni idea de que fuera una buena tiradora. Otro punto a su favor, ¿eh, Sinclair?

Ian perdía la paciencia con rapidez y entrecerró los ojos.

—La fiebre claramente ha entumecido tu cerebro —replicó Ian,

—¿Entonces dónde está mi fiel y leal esposa?

Edward dio un paso al frente y declaró con sequedad:

—Ahora mismo está descansando. Ha estado a tu lado sin descanso durante los últimos cuatro días.

—Por fortuna tuvisteis el buen juicio de no dejarme a solas con ella.

El duque sintió hervir la sangre. Solo su férrea voluntad contuvo el estallido.

—¡Insensato! ¡No estarías aquí de no ser por ella! ¡Fue su ayuda la que te salvó la vida! —Nial resopló con incredulidad, pero Edward lo ignoró—. Cuando la fiebre remitió, Joanna insistió en que se recostara. Aceptó a regañadientes. Tenía que pensar en el niño que lleva en su vientre.

¡Un niño! Los ojos de Nial se abrieron con asombro, y luego se entrecerraron al posar la mirada sobre Ian.

—¿Tuyo o mío, Sinclair?

El golpe fue demasiado bajo para dejarlo pasar.

—¡Bastardo insensible! —Las palabras indignadas se escaparon entre los dientes de Ian mientras su puño se cerraba y se levantaba —. Debería golpearte hasta que la verdad...

—¡No lo hagas! —ordenó Mabel, que había oído la conversación desde la puerta. Un punzante dolor le había atravesado el corazón con cada palabra insensible que Nial había pronunciado. Especialmente la última. Entonces, cuando salió de las sombras, su mirada inexpresiva se encontró con la de su marido.

Su lujoso cabello caía en cascada alrededor de su pequeña figura, cayendo hasta su esbelta cintura, parecía tan frágil. Rayas moradas se deslizaban bajo sus cansados ojos, y Nial se dio cuenta

de que las marcas eran reales, no un truco de maquillaje. Incapaz de soportar más su mirada perdida, se dio la vuelta.

—Mientras siga negándose a abrir su corazón, la verdad siempre le será esquiva. No derroches tu ira en él, Ian. No merece la pena.

Sus palabras pincharon a Nial como un cuchillo afilado. Su mirada rebotó en su padre, para ver su disgusto, y rebotó de nuevo en su esposa. Fanny estaba a su lado, mirándola de reojo. Mabel asintió, y su hija se acercó a su lado.

Ojos enormes, muy parecidos a los suyos, lo miraron; luego abrió los labios.

—Papá, te quiero.

Sin asimilar lo que había oído, su mirada se demoró, inquisitiva. Frunció el ceño.

—¿Cariño?

—Te quiero, papá —repitió ella, sonriendo—. Has vuelto, tal como Mabel dijo que lo harías.

Su brazo bueno rodeó a su hija mientras lágrimas de alegría empañaban sus ojos y le oprimían la garganta. Sobre la sedosa cabeza de Fanny, vio a su esposa. *Mabel*, pensó con nostalgia. A través de su amor y comprensión, ella le había permitido recuperar a su hija. ¿Cómo podía recompensarla? Sus ojos en blanco lo retuvieron solo un momento; luego vio cómo ella se daba la vuelta y salía de la habitación.

De repente, un dolor insoportable le oprimió el pecho. Sabía que no tenía nada que ver con su herida.

Mabel gritó en silencio. Con su amarga desconfianza y sus palabras despiadadamente cínicas, la había ahuyentado. Y estaba seguro de que su amor se había perdido para él... para siempre.

Capítulo *21*

Nial sacó otra prenda del armario y la metió en su maleta.

—Señor, ¿aún necesita mi ayuda? —preguntó Mary con voz asustada—. Si no, la señora MacBean tiene trabajo para mí.

Él miró en su dirección, notando el nervioso retorcimiento de sus manos, e inmediatamente se compadeció de ella.

—Puedes irte en un momento, Mary. Primero, quiero disculparme por la forma en que me comporté el día que intercepté la nota de lady Ebonwyck. Fue extremadamente prepotente de mi parte.

Como un miembro de la nobleza nunca se disculpaba ante una simple sirvienta, Mary parpadeó sorprendida.

—Cuando regrese de Edimburgo, tendré un buen regalo para ti para compensar mi abominable comportamiento.

Ella volvió a parpadear.

—¡Oh, milord, no tiene que hacer eso!

—Es mi forma de decir que lo siento.

Ella sonrió.

—Gracias, señor... quiero decir, milord. —Se dio la vuelta para irse.

—Oh, Mary —la llamó, y ella se giró—. ¿A qué hora regresará su señora de Selkirk?

—Fanny y milady deberían estar en casa pronto. Si recuerda, el Sr. Spencer prometió que volvería antes del mediodía para llevarlo a

Edimburgo.

Nial suspiró.

—Sí... ahora lo recuerdo. Eso es todo. —Observó cómo se cerraba la puerta y, a continuación, sacó otra prenda de ropa del armario.

Cada minuto parecía una hora cuando Mabel no estaba. No sabía por qué le importaba tanto, si ni siquiera la había visto desde la noche en que despertó de la fiebre, hacía ya tres semanas. Y, sin embargo, ansiaba verla. Pero parecía que toda la casa conspiraba en su contra. Y con razón.

Desde el instante en que lanzó aquella absurda acusación, que el hijo que Mabel esperaba era de otro hombre, Northcott se había convertido en un hogar dividido, con su amo condenado al ostracismo. La simpática Joanna se había vuelto fría de inmediato. El señor Spencer, su fiel criado y amigo de toda la vida, no paraba de fruncir el ceño y lanzar quejas. Su padre lo había llamado «¡idiota incorregible!» y «¡maldito tonto!». Incluso la señora MacBean había dejado clara su opinión derramándole no una, sino dos veces caldo hirviendo mientras aún guardaba cama. Al vestirse esa mañana, había notado que la parte interna de sus muslos aún conservaba la marca roja del escaldón. Por fortuna, la mujer no había apuntado más alto.

Solo Robert seguía de su lado, pero ahora estaba en Edimburgo, donde lo había enviado para adelantar unos asuntos. Usando la misma táctica, y con la esperanza de hallar una forma de recuperar el corazón de Mabel mientras se ausentaba, Nial planeaba reunirse con su primo esa misma noche. Necesitaba tiempo para pensar.

Entonces pensó en Fanny. Por supuesto, ella, con su dulzura e inocencia, no tenía idea de las tensiones que cruzaban Northcott como ríos subterráneos.

—¿Por qué hiciste llorar a Mabel? —le había preguntado un día mientras lo visitaba cuando todavía estaba en cama. Avergonzado,

no había sido capaz de admitir la verdad, y ella rápidamente le había amonestado—: No eres muy amable, papá, al hacerle daño así.

Con un suspiro, Nial hizo un ovillo con otra camisa y la arrojó a la maleta. *Mabel*, susurró su mente con tristeza, deseando con desesperación su regreso, no solo a Northcott, sino también a sus brazos. Seguro que tenía que haber una forma de ganarse su amor de nuevo. Demasiado tarde, había reconocido que ella lo había amado de verdad, desinteresadamente, completamente. Porque, mientras yacía en la cama de mal humor, le habían ido llegando fragmentos de los acontecimientos ocurridos durante su estado febril. Unas manos suaves le habían refrescado la frente y el cuerpo. Unas palabras susurradas habían llenado sus oídos y su corazón. *Te quiero, Nial. Por favor, amor mío, vuelve conmigo. Fanny y yo te necesitamos. Nuestro hijo te necesita.*

Las palabras que recordaba se le clavaron más profundamente en el alma, y Nial se golpeó la mano contra el armario. ¡Maldito fuera! ¡Cómo pudo haber sido tan estúpido! Después de todo lo que ella le había dado, él se lo había pagado con un desdén despiadado. De hecho, como había dicho su padre, ¡era un *maldito tonto!*

Un grito repentino resonó en el pasillo y salió de su habitación a grandes zancadas; los pasos de Ian corrieron hacia él por la alfombra roja sangre.

—¡Han disparado al Sr. Spencer! El carruaje está volcado.

—¿Dónde está Mabel? ¿Y Fanny? —preguntó Nial con ansiedad mientras los hombres se dirigían hacia las escaleras traseras—. ¿Están...?

—No están por ningún lado.

Nial sintió un ominoso temor sacudir su pecho.

—¿Y Tom? ¿Está él...?

—Está vivo, pero aturdido. El disparo le rozó la sien. No para de murmurar algo sobre Mabel y Fanny llevadas por la fuerza por

tres hombres enmascarados. Aparte de eso, no pude entender nada de sus divagaciones.

Nial se detuvo apenas el tiempo necesario para recoger sus pistolas, la pólvora y las balas, y luego se dirigió a los establos. Con su caballo ya ensillado, él e Ian cabalgaron a campo traviesa en dirección a Falcon's Gate.

—Tom... ¿qué ha pasado? —preguntó Nial en cuanto vio a su amigo, al notar que llevaba la cabeza vendada con un trozo de lino —. ¿Dónde están Mabel y Fanny?

La cabeza de Spencer rodó sobre la almohada hacia su señor.

—Se han ido... se las llevaron. Tres hombres enmascarados. Intenté detenerlos, pero... —sus ojos se pusieron en blanco y parpadeó, luchando por mantener la conciencia—. Salieron del bosque junto al camino. Estaban encima de nosotros antes de que pudiera darme cuenta. Yo...

En ese momento, el doctor Drummond entró en la habitación.

—Apártense —ordenó a Nial e Ian. Le quitó la venda, examinó la herida, la limpió y la cosió, recibiendo toda una sarta de improperios por sus esfuerzos.

—Por suerte para usted, señor, tiene el cráneo de granito.

—Por suerte para usted, estos caballeros me sujetaban —gruñó el señor Spencer.

El doctor Drummond lo ignoró.

—Manténganlo en cama unos días. Ha sufrido una conmoción leve, pero se recuperará. Volveré mañana a revisarlo.

Nial asintió, y el doctor se marchó sin añadir palabra.

—¿Puedes decirnos en qué dirección se fueron los hombres? —preguntó, deseando con urgencia ponerse en camino.

—No... no puedo decirlo. Lo siento. —Los ojos de Spencer, de pronto humedecidos, evitaron los de Nial—. Todo fue tan rápido... Logré alcanzar mi pistola, pero enseguida todo se volvió negro.

Cuando desperté, el carruaje estaba volcado en la cuneta, los caballos habían desaparecido... y también la señora y la pequeña Fanny.

—Lo encontré tambaleándose por la carretera —añadió Ian—, y lo traje aquí.

—¿Estarás bien? —preguntó Nial, apretando el brazo de su hombre, y vio que el Sr. Spencer asentía—. Entonces quédate aquí. Ian y yo encontraremos a esos bandidos. Y no te preocupes por Drummond. Solo está tratando de ayudarte.

—Eh, ese hombre es un charlatán —Vio la mirada severa de Nial—. Bien, seré tan dócil como un bebé.

—Lo tomaré como un sí. —murmuró Nial mientras se incorporaba en la cama—. Debemos ponernos en camino.

—Cuando los atrape, dele una buena paliza por mí... antes de matarlos a todos.

—Lo haré —respondió con la rabia ardiéndole por dentro—. Lo prometo.



Al registrar la zona cercana al carruaje volcado, Nial e Ian no encontraron ni rastro de su esposa e hija ni de los hombres que se las habían llevado. El bolso de Mabel yacía junto a los restos, con varios billetes grandes en su interior, y Nial concluyó que el robo no era el motivo.

—¿Cuál era el propósito de todo esto? —murmuró, sin esperar respuesta, aunque ansiaba recibirla—. No hay ninguna nota pidiendo rescate. Nada.

—No tengo una respuesta —replicó Ian, apoyando una mano en su hombro—. Pero lo más sensato será avisar al sheriff y luego reunir algunas provisiones. Dudo que hayan seguido la carretera

principal. Tres hombres con una mujer y un niño atraerían demasiada atención. Si tenemos suerte, quizá hallemos un sendero entre los árboles.

Ambos acordaron volver al mismo punto en una hora y se separaron. Tras informar a su padre de lo sucedido, Nial recogió varias mantas y comida suficiente para una semana, por si la búsqueda lo llevaba más lejos y por más tiempo del que imaginaba. Deslizó dos bolsas de cuero con oro entre el resto, con la esperanza de que sirvieran como incentivo para liberar a su esposa e hija.

—¿Estás seguro de encontrarte en condiciones de recorrer el campo en su búsqueda? —inquirió Edward, visiblemente preocupado —. ¿Y si hay un enfrentamiento? Tu herida aún no ha sanado del todo. No deberías ir solo.

—Ian vendrá conmigo —repuso Nial, ajustando la última correa de cuero para asegurar las mantas—. No tengo alternativa, padre. Mi esposa y mi hija corren peligro. —*Y un nuevo bebé*, pensó, con la certeza en el pecho de que era suyo. Pasó junto al duque y se dirigió hacia la puerta—. Permanece cerca de la casa, por si llega algún mensaje con sus exigencias. Si piden dinero, dáselo. Págalo todo. Entrégales la maldita finca entera, si hace falta... pero que nos devuelvan a Mabel y a Fanny.

—Buena suerte, hijo. Que Dios te acompañe —alcanzó a exclamar Edward tras la silueta de Nial, justo antes de que la puerta se cerrara de golpe.

Soltando un largo suspiro, el duque se dirigió en busca de Joanna para informarle y ofrecerle su consuelo. Juntos aguardaron con inquietud cualquier noticia sobre la suerte de Mabel y Fanny.

Después de una hora de búsqueda en el bosque, Nial encontró por fin un trozo de seda enganchado en un cardo alto. Convencidos de que procedía del vestido de Mabel, ambos hombres se desplegaron en abanico hasta que hallaron huellas de pezuñas que se dirigían al noroeste. Sin detenerse, siguieron el rastro sobre la

tierra blanda hasta que la oscuridad les impidió continuar. Acamparon para pasar la noche y, al alba, retomaron la marcha.

Cuatro horas más tarde, se cruzaron con una anciana que empujaba un carrito de mano. Ella les indicó el camino hacia las tierras altas centrales. Nial le arrojó varios soberanos de oro, que la mujer mordió con sus pocos dientes antes de sonreír satisfecha y guardarlos en su bolso, junto a la moneda que, según contó, otro caballero le había entregado poco antes.

Sin embargo, su avance se vio pronto interrumpido por una tormenta repentina y violenta que los obligó a buscar refugio.

—¡Maldita sea esta demora! —estalló Nial en el interior del establo con goteras, mientras el agua caía a través del techo deteriorado. Se pasó la mano por el cabello empapado, frustrado—. Deberíamos estar ya tras ellos.

—Con esta lluvia no se ve ni a un metro. Y el viento podría derribarte de la grupa de Tor —replicó Ian justo cuando una ráfaga azotó las tablas podridas, haciendo chirriar los clavos oxidados—. ¡Tendremos suerte si salimos con vida de este sitio!

—¡Mientras tanto, sus huellas están desapareciendo!

—Me temo, amigo mío, que eso ocurrió hace ya rato.

Nial se dejó caer sobre un húmedo montón de paja, los antebrazos apoyados sobre las rodillas dobladas, mientras la lluvia golpeaba sin clemencia el techo del cobertizo.

—¿Qué propósito tenían al llevárselas?

Ian miró a Nial.

—¿Una conspiración, tal vez?

La cabeza de Nial se giró de golpe. Estalló en una risa áspera.

—¿Con qué fin?

—Tal vez sea una estratagema para sacarte del medio.

—¿A mí? ¡No tengo enemigos!

—Llevas una cicatriz que podría indicar lo contrario. Yo no te la hice. Ni tampoco Mabel.

Nial se volvió hacia él.

—Lo sé.

—Me alegra oírte admitirlo —respondió Ian con una risa breve, aunque enseguida se puso serio—. Ya que nosotros no fuimos, entonces está claro que alguien más quiere verte muerto.

—¿Quién, por el amor de Dios?

Ian lo miró fijamente durante unos segundos.

—¿Dónde está tu primo?

—¿Robert? En Edimburgo.

—¿Estás seguro?

—Lo envié yo mismo. De hecho, yo también me dirigía a la ciudad... hasta que Mabel y Fanny... —Nial entornó los ojos—. ¡Estás loco! Robert no tiene el valor ni para espantar a una gallina, mucho menos para apretar el gatillo contra un hombre. Además, ¿qué ganaría?

—Tú dímelo, Su Excelencia. Como heredero legítimo, algún día te llamarán así. Suena bien, ¿no crees?

Nial bufó, pero enseguida recobró la compostura.

—¿Qué te hace pensar que Robert está metido en esto?

—Su comportamiento mientras estabas al borde de la muerte.

—¿Qué hizo?

—Algo extraño... muy extraño —contestó Ian sin rodeos—. Parecía preocupado, pero no por la posibilidad de que murieras. Más bien lo contrario. Parecía irritado con la idea de que sobrevivieras. Tú conoces su historia. Su padre odiaba a los Donovan. Cuando quedó huérfano a los trece, ya era lo bastante mayor para arrastrar ese rencor cuando tu padre lo acogió. Tal vez haber sido siempre "el

primo pobre" lo ha ido carcomiendo. Con tu muerte, tendría una oportunidad real de convertirse en el duque de Claremore.

—Ridículo... somos de la antigua nobleza escocesa; Fanny lo hereda todo. Ella conservará los títulos para su propio hijo.

—Pero, Nial, ¿qué pasará si tú, Fanny y ese niño por nacer desaparecéis? ¿Quién se quedará con todo entonces?

La comprensión lo golpeó de repente. Las palabras de Ian chirriaron en su mente con una crueldad insoportable. Finalmente, lo admitió con un hilo de voz:

—El que se beneficiaría es...



—¡Robert! —exclamó Mabel, con la voz vibrante que resonaba en la oscura iglesia quemada donde habían estado retenidas estos últimos dos días. Su corazón cantaba victoria: ¡estaba salvada! Con la esperanza de ver a Nial cruzar el umbral junto al resto del grupo de rescate, se precipitó hacia adelante, con Fanny pisándole los talones.

—Atrás —ordenó él con frialdad, y ella frenó en seco.

Sus ojos avellana brillaban con un destello salvaje, mientras una sonrisa maliciosa curvaba el labio de Robert. De inmediato, el corazón de Mabel se hundió como un plomo.

—¡Tú! —le acusó, furiosa—. ¡Eres el líder de este vil grupo! —Protegiendo a Fanny, la atrajo hacia sí—. ¿Por qué, Robert? ¿Qué locura te ha llevado a hacer que nos traigan hasta aquí?

—No es locura, sino astucia. Vais a ser usadas como cebo.

Un escalofrío de terror la recorrió. Sus ojos se abrieron al ver cómo él deslizaba un cuchillo del cinturón; su pulgar acarició la punta afilada.

—¿Cebo? —musitó.

Detuvo el movimiento y lamió una gota de sangre que brotaba de su pulgar.

—No hay otra forma de atraer a Nial aquí, salvo a través de vosotras dos… bueno, tres. —Su mirada se posó en el vientre aún plano de Mabel—. No podemos olvidar al último bastardo de los Donovan, ¿verdad?

¡Está loco! pensó Mabel, luchando por mantener la calma.

—¿Qué pretendes, Robert?

—¿Qué pretendo? —respondió con desprecio—. Esperaré la llegada de tu devoto esposo. Deberías haberlo visto estas semanas, suspirando por su amor perdido, su dulce y querida Mabel. Repugnante, por decir algo. Lástima que mi plan original no haya funcionado. Fue muy brillante de mi parte orquestar el duelo entre mi primo enfermo de amor e Ian Sinclair. Unas cuantas semillas de celos sembradas…

—¡Maldito seas! ¡Le disparaste a Nial!

—Insultarme no va a ayudarte —respondió Robert con una sonrisa torcida—. Pero sí, tienes razón. Después de que interceptara tu nota para Sinclair, le dije que te había visto besar al conde. No mentí del todo, porque sí te vi besar su mejilla. Solo que lo exageré un poco, sabía que era celoso y esperaba que se pusiera tenso. Pero cuando se fue, pensé que quizás no pasaría de un roce. Así que seguí a Nial desde Northcott hasta Falcon’s Gate, luego hasta el claro, escondido entre los árboles. Lástima que mi caballo me dio un golpe en el brazo y fallé por poco. Si no, no tendría que haber montado este lío para atraerlo aquí.

De repente, la mente de Mabel empezó a dar vueltas. La alfombra que se deslizó por las escaleras, la cincha rota de la silla, la estatua del jardín… todo había sido planeado.

—¿También estuviste detrás de mis accidentes?

Robert se rió.

—Conociendo a mi primo y sus ganas, sobre todo con una esposa tan bonita como tú, sabía que iba a plantar su semilla rápido. Por eso esos accidentes. Pero parece que la suerte estuvo contigo las tres veces —apoyó una pierna en la mesa vieja y clavó el cuchillo en la madera—. Pero esta vez, yo controlo lo que pase.

El fuego brillaba en la hoja que sobresalía de la mesa, y los ojos de Mabel se abrieron de par en par.

—Si mi plan hubiera salido bien —siguió Robert—, tú y Fanny habríais sufrido un accidente de carruaje… digamos, un mes después del funeral de mi primo. Pero ahora, con Nial en camino, voy a matar tres… bueno, cuatro pájaros de un tiro —suspiró—. Una lástima. Claro que Nial será el último. Quiero que veas cómo muere.

—¿Quieres que lo escuchemos gritar mientras muere? —susurró Mabel, agarrándose para no perder el control.

—Exacto —confirmó él, con una sonrisa cruel que iluminó la habitación.

—¿Por qué haces esto? —gritó, rezando para que Nial las encontrara pronto. Al menos así estarían a salvo—. ¿Qué motivo tienes...?

—El dinero, las tierras… Northcott. Y, claro, planeo ser el próximo duque de Claremore. Pero para llegar a eso, primero tengo que deshacerme del marqués de Ebonwyck. Todos los herederos de mi tío han muerto trágicamente, asesinados por bandidos desconocidos. Planeo consolarlo por su pérdida; con el tiempo, decidirá que la línea debe continuar... es demasiado orgulloso para no hacerlo. Solo tendrá que pedirle permiso a la Reina y al Lord Lyon, y el título podrá pasar a mí sin problema. Luego, cuando llegue el momento justo, el pobre tío Edward sufrirá un accidente; quiero disfrutar la recompensa mientras aún soy joven.

—Estás loco, Robert —exclamó Mabel, finalmente dejando salir lo que pensaba—. No vas a salirte con la tuya.

—¿Ah, no? Casi lo logré una vez, con Celeste.

Mabel apretó a Fanny contra su pecho y le tapó la oreja.

—¿Celeste?

Entonces todo encajó.

—Hiciste creer a Nial que Ian lo había engañado.

—Solo bastaron unas cuantas cartas de amor, supuestamente firmadas por Ian, con promesas de joyas más finas, vestidos elegantes, viajes a París… cosas que Nial ya no estaba dispuesto a dar al final de su matrimonio. Esa mujer era una zorra superficial y frívola, como Patricia. Pero debería haber sabido que Nial no se dejaría provocar para desafiar a Sinclair. No la amaba lo suficiente. Tú, en cambio, eres otra cosa. Él sí te ama de verdad. Qué pena que un sentimiento tan vano lo lleve directo a la muerte.

Mabel abrazó a Fanny y le susurró para tranquilizarla:

—Todo saldrá bien. No dejes que el miedo te domine; Robert no sabe hasta dónde puede llegar tu padre. Será su perdición, te lo prometo.

Deseó que sus palabras fueran verdad y no solo un anhelo mientras se acurrucaba junto a Fanny. «Oh, Nial», rezó en silencio. «Mantente lejos, mi amor. Muy, muy lejos».

Al amparo de la oscuridad, el marqués de Ebonwyck se apretó contra las ásperas piedras y se acercó silenciosamente al hombre que montaba guardia al otro lado de la iglesia. Apenas a unos centímetros de él, la mano de Nial se deslizó y golpeó el hombro del hombre. Sobresaltado, el bandido se dio la vuelta; un puñetazo le golpeó en la mandíbula, haciéndole caer de rodillas. Siguió una bota bien dirigida, y cayó de bruces, inconsciente.

Dos menos, y queda uno, pensó Nial mientras le ataba rápidamente una correa de cuero a las manos y los pies del hombre

y le metía una mordaza en la boca, dejándolo como al primero. De nuevo, se deslizó por la piedra hasta la esquina. Un vistazo rápido y vio al hombre que vigilaba la entrada. ¡Maldita sea! ¿Dónde está Ian? se preguntó, ansioso por acabar con todo.

Tras encontrar al bandido con muy poco esfuerzo, los dos se escondieron en una ladera cercana, entre un grupo de árboles, y esperaron hasta que oscureció. Juntos, habían planeado acabar con el primero de los bandidos, y luego Nial se encargaría del segundo. Una vez hecho esto, esperaría la señal de Ian y crearía una distracción, mientras Ian atacaba al tercero por la retaguardia, dejando que Nial asaltara el interior y se enfrentara al último y más traicionero de todos.

Si había tenido alguna duda de que Robert estuviera involucrado, estas se desvanecieron en el instante en que vio a su primo cabalgar por el camino hacia la iglesia. Guiado por la ira, Nial casi se delata al ponerse de pie tambaleante. Afortunadamente, Ian tropezó con él y se sentó encima.

—Cálmate —ordenó en un susurro áspero—. ¡Antes de que lo alcances, Mabel y Fanny estarán muertas! —En el momento en que las palabras salieron de la boca de Ian, la ira ardiente de Nial se convirtió en astucia fría. ¡Robert se arrepentiría del día en que nació! Eso lo había prometido.

Otra mirada alrededor de las piedras, y Nial captó el destello de tela blanca desde la esquina opuesta del edificio, la señal de Ian de que estaba en posición. Con un golpe de su bota, Nial comenzó a patear piedras sueltas por el suelo. El sonido hizo girar la cabeza del tercer bandido, luego su cuerpo. Se movió hacia el ruido, con su pistola desenfundada, listo.

Con pasos silenciosos y una rama de árbol sólida en la mano, Ian se acercó por detrás del hombre. Una ramita seca se rompió bajo su pie y el hombre se giró en su dirección. La pólvora brilló cuando la pistola explotó. La madera se encontró con el cráneo en el mismo instante, y el hombre cayó como un roble gigante.

Ya en movimiento, con su propia pistola preparada, Nial maldijo la inesperada erupción. Su elemento sorpresa había desaparecido. Aun así, irrumpió por la puerta para detenerse en seco.

—Deja tu arma —ordenó Robert con frialdad, con el brazo firmemente envuelto alrededor del torso de Mabel, mientras los largos mechones de Fanny estaban atados alrededor de su mano, manteniéndola en su sitio—. O la garganta de tu esposa sufrirá las consecuencias.

Con el corazón latiéndole de forma errática, Nial vio la punta del cuchillo hundirse en la piel clara de su garganta. Entonces su mirada se encontró con la de Mabel. Sus grandes ojos, como besados por el cielo, lo miraron fijamente, pero no vio miedo. Un mensaje pasó entre ellos, y él gimió en silencio. *Yo también te quiero, dulce Mabel.* Luego bajó lentamente su pistola.

—¡No lo hagas, Nial! —gritó Mabel—. ¡Quiere matarnos a todos!

Ella hizo una mueca de dolor cuando la punta se hundió más en su piel.

Una ira fría se apoderó de Nial al ver cómo el goteo rojo corría por su piel de marfil.

—Será mejor que te rindas, Robert. No ganarás.

—Pero vosotros perderéis —replicó su primo—. Los tres.

Al oír a Ian acercarse por detrás, Nial dejó la pistola sobre la mesa.

—Déjalas libres y nosotros te dejaremos en paz.

—¿De verdad crees que soy tonto, primo? —sus ojos se clavaron en Ian—. ¡Prepara tres caballos, ahora!

—Haz lo que dice —ordenó Nial, notando la vacilación de Ian, cuyos ojos no se apartaban de Robert. Entonces percibió el movimiento de la mano de Mabel, observado por Fanny—. Puedes

quedarte con todo, Robert —añadió, intentando distraerlo—. Mis derechos al título de mi padre... todo. —Llamó la atención de Mabel y, al ver su asentimiento imperceptible, supo que entendía—. Solo déjalos ir.

—¿Cómo puedo tenerlo todo si sigues vivo? Es imposible, primo.

—No lo es, si te lo cedo.

—No funcionará. Quiero más que tierras y dinero. Deseo ser el próximo duque de Claremore.

—Nada es imposible, Robert —murmuró, observando los dedos de la condesa—. Si Mabel, Fanny y yo salimos de Escocia sin dejar rastro, podrían creer que estamos muertos. Mi última voluntad puede nombrarte benefactor. Solo la Corona podrá concederte el resto.

—¿Y qué garantía tengo de que cumplirás tu palabra?

—Eso es todo lo que puedo ofrecer... mi palabra. Ahora la tienes, Robert, si los dejas ir. Si no, lo perderás todo. No hay otra opción.

Mientras meditaba las palabras de Nial, Robert aflojó el agarre y Mabel lo sintió. De inmediato, su tercer dedo salió disparado. Al verlo, Fanny levantó el pie y lo estampó contra la espinilla de Robert; Mabel, inmóvil por un instante, se deslizó por su cuerpo y su codo impactó contra la ingle. Un dolor nauseabundo sacudió a Robert; sus brazos cayeron y Mabel y Fanny escaparon hacia la libertad. Antes de que pudiera reaccionar, Nial le golpeó con toda la fuerza de su cuerpo.

El cuchillo salió volando de la mano de Robert y rodó hacia la esquina mientras unos puños duros y furiosos golpeaban su rostro y torso. Dos veces logró contraatacar, impactando en la herida tierna de Nial. El dolor recorrió su cuerpo, pero Nial no se detuvo y volvió a golpear la mandíbula de Robert, otra vez, y otra vez.

La sangre se mezclaba con el sudor y su olor llenaba las fosas nasales de Mabel; el sonido de los nudillos aplastando huesos vibraba en sus oídos. De repente, sintió náuseas.

—¡Para, Nial! ¡Lo estás matando!

Su grito se filtró en su cerebro, y luego una mano lo hizo retroceder.

—Basta, amigo —intervino Ian—. Ya está inconsciente.

La bruma roja se disipó de los ojos de Nial y vio a su primo tendido en el suelo de piedra, con la cara rota y ensangrentada. Sacudiendo la cabeza, los últimos restos de su furia lo abandonaron y se volvió hacia su esposa. Sus miradas se sostuvieron durante un largo momento, y sus pensamientos parecieron trascender el espacio entre ellos.

Él abrió los brazos y, sin dudarlo, ella se lanzó a su amoroso abrazo. Entonces, sus labios se hundieron, encontrándose con los de ella en un beso dolorosamente conmovedor. Apartando la boca, susurró, con voz ronca:

—Mabel, amor, temí no volver a verte nunca.

Las palabras parecían arrancadas de lo más profundo de su alma, y ella se llenó de una alegría rotunda.

—Ni yo de ti, amor mío.

Luego ella se apartó un poco, y él se volvió para coger a su hija en brazos y abrazarla fuerte.

—Pronto estaremos de camino a casa —dijo, poniendo a Fanny de pie; luego se acercó para ayudar a Ian.

A casa, pensó Mabel, sonriendo suavemente. Nunca una palabra le había sonado tan maravillosa. *A casa*, repitió de nuevo, sabiendo, mientras miraba a su marido, que ya estaba allí.

Capítulo *22.*

Una vez que Robert y sus matones a sueldo fueron entregados a las autoridades locales, el cuarteto se dirigió a casa. Al detenerse en el camino que conducía a Falcon's Gate, la mano de Nial se estiró hacia la de Ian.

—Nunca podría haberlo hecho sin ti. Gracias Ian —sonrió, estrechando la mano de Nial.

—Para eso están los amigos. Recuérdalo.

Nial le devolvió la sonrisa.

—No lo olvidaré, Ian. Tontamente, me había permitido cegarme ante la verdad —admitió, recordando cómo, una vez que Robert recuperó el sentido, se le soltó la lengua y confesó voluntariamente sus actos traicioneros, incluida su participación en la redacción de las cartas de amor dirigidas a Celeste, firmadas con el nombre de Ian. Al comprender que su distanciamiento se debía tanto a la malicia de su primo como a su propia necedad, el marqués de Ebonwyck se reconcilió con el conde de Huntsford—. Nunca más. Eres un verdadero amigo. —Le soltó la mano con una sonrisa—. Recuerda que siempre serás bienvenido en Northcott... pero espera una semana o dos antes de hacer una visita. —Su cálida mirada se posó en Mabel—. Estaré ocupado.

Un rubor intenso iluminó al instante el rostro de ella; avergonzada, abrió los ojos de par en par.

—Milord —balbuceó—, creo que...

Ian soltó una carcajada y luego carraspeó, divertido.

—Os dejo a los tres antes de verme envuelto en una disputa familiar. Nos vemos en quince días —anunció mientras se daba la vuelta y se alejaba.

—Simplemente dije la verdad, señora —replicó Nial, con una sonrisa burlona iluminando sus ojos—. De hecho, ambos estaremos muy ocupados... con cierta urgencia.

Mabel le lanzó una mirada chispeante. Incapaz de contener la risa que le brotaba de la garganta, dejó que se le escapara. Su musicalidad hizo vibrar a Nial, que estiró la mano para alcanzarla, pero ella giró ágilmente el caballo y lo lanzó al galope en dirección a Northcott.

Con Fanny rebotando alegremente en otro caballo, Nial mantuvo a Thor a su paso. Una sonrisa traviesa se dibujó en su rostro.

—Cariño —murmuró, contemplando la silueta de su esposa alejándose—, lo sepas o no, vas exactamente hacia donde quiero que vayas.

—¿Qué, papá? —preguntó Fanny, con los ojos muy abiertos y curiosos. Él sonrió y le guiñó un ojo.

—Nada, amor mío.

Al oír la voz de su hijo en el pasillo, el duque de Claremore se levantó de un salto de la silla del salón y se dirigió a la puerta.

—¡Joanna! —resonó su voz por toda la casa—. ¡Han vuelto! — Una sonrisa de alegría iluminó su rostro y sus ojos mientras levantaba en alto a su nieta—. Bienvenidas a casa.

Al aparecer en lo alto de las escaleras, Joanna bajó rápidamente.

—Oh, queridas, gracias a Dios que están a salvo. —Abrazó a Mabel con fuerza—. Temía lo peor, pero debería haber sabido que el marqués las rescataría. —Dirigió una sonrisa a Nial—. Me dijeron que estaban dispuestas a dar todo lo que tenían, siempre y cuando ambas regresaran a salvo. ¿Supongo que todo está arreglado entre ustedes?

—En efecto, señora... salvo por algunos detalles menores —respondió, acercando a Mabel a su lado—. Cuando estemos en privado... —Jadeó cuando el codo de Mabel golpeó sus costillas—. Creo que mi esposa desea que guarde silencio sobre el tema. —Se frotó la sensible zona, con los labios crispados al ver su ceño fruncido de indignación—. Me someteré a su mejor criterio.

Mientras las dos mujeres y Fanny caminaban hacia la puerta de la sala de estar, seguidas por los hombres, Edward se rió entre dientes.

—Tu madre tenía una forma similar de silenciarme. Mi empeine todavía sufre por los golpes de su talón. Por seguridad, tal vez quieras invertir en una armadura.

—Como será demasiado incómodo desecharla cuando me apetezca, creo que me arriesgaré y soportaré sus moretones.

—Entiendo lo que quieres decir —aseguró el duque, dándole una palmada en la espalda a su hijo, y luego ambos soltaron una carcajada, lo que atrajo la mirada petulante de Mabel. Al ver la mirada, Edward resopló y susurró—: Creo que deberíamos frenar nuestra discusión, no sea que nos ataque a los dos.

—No me digas que te acobardas, padre.

—Nunca. Pero la ira de una mujer es suficiente.

Nial lo miró de reojo y esbozó una sonrisa.

—Supongo que Joanna no estaba contenta con su espera.

—Para nada —admitió Edward, devolviéndole la sonrisa—. Pero también hubo beneficios.

—Usó el encanto de los Donovan, ¿verdad?

—Naturalmente.

Cuando el grupo se acomodó en la sala de estar, Nial comenzó a relatar su aventura. Su padre no pudo ocultar la sorpresa al enterarse de que su sobrino había sido el líder del grupo.

—Supongo que le fallamos —murmuró Edward, sacudiendo la cabeza—. Quizá el odio de su padre hacia los Donovan había echado raíces demasiado profundas como para que pudiéramos arrancarlas.

—¿Qué hizo que ese hombre los odiara tanto? —preguntó Mabel, intrigada por los orígenes de Robert.

—Todo empezó hace más de treinta años, cuando la madre de Robert —mi hermana— fue prometida a un joven bien posicionado, hijo de un conde. El matrimonio había sido celebrado por ambas familias y debía realizarse en la primavera siguiente. Por desgracia, Sybil conoció a Miles Hamilton, un hijo menor de un barón —explicó Edward, notando la mirada acusadora de Mabel—. No tenía nada que ver con su rango, querida. Era un hombre grosero, arrogante y ambicioso. Al ver una oportunidad de escalar, sedujo a mi hermana, la dejó encinta y luego retó a su prometido a un duelo. Lo mató de inmediato.

Hamilton se casó con ella rápidamente, creyendo que había ganado. Pero mi padre, indignado por el escándalo y la deshonra, la desheredó y la expulsó del seno familiar. Luego se arrepintió amargamente, porque Sybil murió al dar a luz. Miles crió solo a su hijo, pero se abandonó a la bebida para ahogar su pena… aunque en realidad no lloraba la pérdida de mi hermana. Fue marginado por la sociedad y quedó sin un centavo. Y, por supuesto, culpó a los Donovan de su caída.

—¿Y Robert? —preguntó Mabel.

—Robert tenía trece años cuando su padre se cayó de su caballo borracho y se rompió el cuello. Inmediatamente acogí al niño, con la esperanza de darle un buen hogar. Era un muchacho

hosco y malhumorado, que al principio expresaba su odio hacia los Donovan, como su padre antes que él. Con el paso del tiempo, pensé que había superado su ira. Supongo que nunca lo hizo.

—No se culpe, padre —dijo Nial, dándole una palmada en el hombro—. Hizo todo lo que pudo para ayudarlo. Siguió siendo la semilla de su padre. —Miró a Mabel y notó al instante su mirada preocupada—. ¿Qué pasa, amor?

Sus ojos vidriosos lo miraron fijamente.

—Yo... yo estaba pensando que tal vez es mejor que no sepa nada de mi propio padre. Especialmente si se parecía en algo a Robert.

En ese momento, Marcia MacBean entró en la habitación, llevando una gran bandeja con refrigerios, seguida por el Sr. Spencer, con la cabeza cubierta por una venda.

Mabel se levantó de un salto de la silla.

—Oh, Tom, me alegra tanto ver que estás mejor. Nial me aseguró que no habías sufrido daños graves, pero no podía quedarme tranquila sin comprobarlo por mí misma.

—Ojalá hubiera podido hacer algo más por usted —respondió él, revolviendo el pie en la alfombra y encogiéndose de hombros con timidez.

—Hiciste lo que pudiste —le aseguró ella, intentando animarlo —. No podría desear un amigo y cochero más leal. —Entonces se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

Tom sonrió, visiblemente ruborizado.

—Muchas gracias.

—No se haga ilusiones, señor Spencer —intervino Nial desde su asiento, mirándolo con fingida severidad—. O podría acabar luciendo una cicatriz a juego con la otra.

—Podría decir lo mismo de usted —replicó Tom, arqueando una ceja con descaro—. De todos modos, ella es demasiado buena para

cualquiera de nosotros.

—Eso es cierto —admitió Nial con una sonrisa—. Pero espero convencerla de quedarse... conmigo, naturalmente.

Mabel se dio la vuelta al sentir la presencia de la señora MacBean a su lado.

—¿Sí?

—Sólo quería decirle lo contenta que estoy de que haya vuelto, lady Ebonwyck. Bienvenida a casa.

—Gracias Marcia.

—Cuando hayamos brindado —comentó Nial—, me gustaría pedir baños para mi esposa, Fanny, y para mí. Estamos bastante cansados por el viaje.

Después de que todos alzaron sus copas y bebieron el vino, el señor Spencer y la señora MacBean salieron de la habitación con Fanny a su lado. Tan pronto como la puerta se cerró tras ellos, Edward hizo un gesto a Mabel para que volviera a sentarse y esperó a que lo hiciera junto a Nial. Entonces, se aclaró la garganta.

—Retomando el tema que estábamos tratando antes de que nos interrumpieran... —comenzó, acomodándose junto a Joanna—. Tenemos una historia que podría ayudar a cerrar algunas viejas heridas.

Nial se recostó con más comodidad en el brazo del sillón donde Mabel estaba sentada y apoyó la mano en el respaldo, cerca de su cabeza.

—Parece que vosotros dos habéis destapado un buen misterio, padre.

—Así es. Aunque, viendo cómo reaccionó mi nueva hija al enterarse de que eres de la nobleza, no sé si este sea el mejor momento para hablar del tema.

—Deja de hablar con rodeos, Edward —lo interrumpió Joanna, frunciendo el ceño—. Ve al grano de una vez.

—Como quieras, querida —respondió él con una sonrisa ladeada—. Pero creo que la prueba la tienes tú.

Cuando Mabel miró a su marido, vio que se encogía de hombros. Entonces notó que Joanna metía la mano en el bolsillo para sacar algo. Su mano se abrió.

—¡Mi broche! —gritó Mabel, sin comprender—. ¿De qué va todo esto?

—Se trata de una joven que no tiene conocimiento de su padre, pero debería haberlo tenido hace mucho tiempo —explicó Joanna—, y me temo que es en parte culpa mía que no lo haya tenido.

—¿Sabes quién es mi padre?

—Era —dijo Edward con suavidad, y notó su rostro cabizbajo—. Se llamaba Geoffrey Chapman.

—¡Chapman! —exclamó Nial, poniéndose de pie. ¿Qué demonios más podría pasarles para causarles problemas?—. Si está a punto de decirme que ella es mi prima hermana...

—Siéntate —ordenó Edward, haciéndole una seña para que se sentara—. Había otros Chapman además de tu difunta madre.

—¿Prima? —preguntó Mabel, asimilando que la madre de Nial también era una Chapman—. Explícate, por favor.

—Claro, querida —respondió Joanna y miró al duque—. Edward, sigue tú, por favor.

—Sí, bueno, tú y Nial sois primos, pero muy lejanos.

Nial soltó un suspiro de alivio.

—¡Menos mal!

—Quizá debería contar primero la versión desde el punto de vista de la madre de Mabel —murmuró Joanna—. Verety Whitman, como sabéis, fue una actriz muy talentosa. Conoció a un joven llamado Geoffrey Chapman, que se enamoró de ella al instante. Por supuesto —señaló la expresión nerviosa de Mabel—, era el conde de

Benton, querida. Verety temía que casarse solo le trajera problemas, así que se resistió, pero Geoffrey no se rindió. Al final la convenció para casarse en secreto. Poco después, su familia se enteró y presionó para anular el matrimonio. Fue un gran lío: el padre de Geoffrey amenazó con desheredarlo por haberse casado con una actriz común.

Edward carraspeó.

—A veces, los nobles tenemos modales pésimos. Disculpad los míos.

—En fin —continuó Joanna—, un día tu padre simplemente desapareció sin decir adiós. Ella creyó que había cedido a la presión de su familia y asumió que la había abandonado. Para entonces, estaba embarazada e intentó varias veces encontrarlo. Pero los Chapman le negaron hasta la más simple de las cortesías. Ella fue rechazada en cada ocasión. Al no volver a saber de su padre, juró no volver a hablar de él, y nunca lo hizo. Su corazón estaba roto. —Suspiró Joanna—. Tu madre me hizo jurar que guardaría el secreto. Por eso guardé silencio, incluso después de su muerte. Lo siento, querida.

—Estás perdonada, Joanna —murmuró Mabel, y la ternura que sentía por ella se reflejó en sus ojos—. Una promesa es una promesa. Pero, ¿qué hay del broche? ¿Fue un regalo de mi padre?

—Así es —explicó Edward—. Cuando tu padre se casó con tu madre, le regaló este broche. ¿Recuerdas que te pregunté por él? —Al ver que Mabel asentía, continuó—. Pensé que lo había reconocido. No fue hasta que esperábamos tu regreso que Joanna y yo empezamos a reconstruir esta historia.

—¿Cómo es eso? —inquirió su nuera.

—Los Chapman tenían intereses en la Compañía de las Indias Orientales. El zafiro de este broche venía de Cachemira, en el norte de la India, y se colocó en esta montura. Se lo entregaron a Geoffrey cuando murió su madre. Él solo lo había visto unas pocas veces, pero lo recordaba bien.

—¿Qué le pasó a mi padre? —preguntó ella, mientras sentía la mano de Nial deslizarse sobre la suya, apretándola con ternura.

—Tu padre no abandonó a tu madre, todo lo contrario. Como sabía que iba a ser repudiado, y porque amaba demasiado a tu madre como para dejarla, decidió hacer su propia fortuna. Tras una acalorada discusión con su padre, que rompió todos los lazos entre ellos, descubrió que un barco partía hacia la India y reservó un pasaje de inmediato. Según los chismes familiares, le confió a un sirviente una nota para tu madre, explicándole lo que hacía y pidiéndole que lo esperara. Desgraciadamente, el destino jugó una mala pasada a los dos: primero, la nota fue interceptada y tu madre creyó que la había abandonado; luego, el barco quedó atrapado en una terrible tormenta frente a la costa de la India… y todas las almas se perdieron.

Mabel abrió mucho los ojos.

—¿Nunca se lo dijeron? —preguntó, con voz temblorosa.

—Finalmente supo de su pérdida —añadió Joanna—, pero nunca conoció las circunstancias de su partida… ni de su muerte.

De repente, Mabel sintió un dolor en el corazón por su madre... y su padre. ¿Cómo podía alguien ser tan cruel como para separar a dos personas que se amaban de verdad?

—No estoy segura de querer ser conocida como una Chapman —afirmó, con una repentina ira en la voz—. ¡Malditos sean todos por su subterfugio!

—El padre de Geoffrey pagó su propio precio por su engaño —afirmó Edward—. Además de perder a su hijo mayor, también perdió a sus dos hijos menores. Uno murió en un duelo tras ser descubierto haciendo trampas en las cartas; el otro se consumió entre las llamas. Milton Chapman también falleció, pero antes de su final quedó destrozado y solitario, consumido por la culpa de su traición.

—Hay algo que quiero que veas —comentó Joanna mientras se levantaba para acercarle el broche a Mabel—. Presiona esta piedra

—señaló un pequeño diamante. Mabel obedeció, y de repente el zafiro saltó del engaste, como si tuviera bisagras ocultas—. Este era tu padre.

Un hombre apuesto, con el cabello y los ojos del mismo color que los suyos, la observaba fijamente. Las lágrimas le nublaron la vista y parpadeó para contenerlas. Entonces sintió el dedo de Nial bajo su barbilla, que la empujaba suavemente.

—No pasa nada, cariño. No te dejó por voluntad propia. Ningún hombre lo haría.

Ella esbozó una sonrisa débil.

—Tienes razón… sobre mi padre.

—Y también la tengo sobre el otro —añadió él, refiriéndose a sí mismo.

—¿Es una promesa?

—Lo es.

Cuando las lágrimas desaparecieron, ambos leyeron la inscripción frente a la miniatura de su padre, una promesa oculta de amor: Siempre en mi corazón.

—Es una promesa que te hago a ti también —murmuró Nial cerca de su oído, y Mabel sintió cómo sus palabras calentaban su alma.

—Y yo a ti —respondió ella en un susurro.

En ese momento llamaron a la puerta y Mary se asomó.

—Disculpen, pero sus baños están listos.

Nial se puso de pie.

—Gracias, Mary. —Sacó a Mabel de la silla—. Señora, nos necesitan arriba. —Un grito se escapó de sus labios cuando él la alzó de repente en sus brazos—. Nos veremos mañana —anunció a su padre y a Joanna, y luego se dirigió hacia la puerta.

—Suéltame —exigió Mabel, dando patadas al aire al oír la risa cómplice del duque—. Nos están mirando.

Sus pies tocaron las escaleras.

—¿Qué tiene de malo que un marido quiera estar a solas con su esposa?

—¡Pero si todavía es de día!

—Mejor que mejor. Ahorraremos el gasto de las velas que se queden sin quemar.

Cuando llegaron a lo alto de las escaleras, los ojos de Mabel se encontraron con los del Sr. Spencer.

—Veo que se queda —dijo él, sonriendo—. Luego les traeré algo de cenar.

—Llamaré cuando necesitemos alimento. Hasta entonces, puedes vigilar el vestíbulo. No queremos que nos molesten.

—De acuerdo, milord.

—¡Insoportable bufón! —gritó en un susurro cuando doblaron la esquina—. ¿Cómo te atreves a insinuar a los sirvientes que nosotros... nosotros...

Él se rió.

—¿Nosotros qué? ¿Estamos a punto de hacer el amor? —La boca de Mabel se tensó y, al verlo, Nial dijo—: Simplemente di una orden. La suposición de Tom es suya... correcta, pero suya.

—¡Ooooh! Si yo fuera un hombre...

—Si fueras un hombre, esposa —gruñó él—, no te estaría llevando por este pasillo.

—¡Tu herida! —exclamó ella, inquieta—. Déjame bajar antes de que te lastimes.

Él señaló la puerta.

—Gira el pomo.

—¡Esta no es mi habitación!

—Gira el pomo. —Ella obedeció y, tras entrar, Nial cerró la puerta de un portazo—. Esta, Mabel, es nuestra habitación. —La condujo hacia la sala de baño—. Y este es nuestro propio baño.

Mabel se deslizó por su cuerpo hasta llegar a sus pies.

—Seguro que no esperas...

Él comenzó a desabrocharle la ropa.

—Sí que lo espero. —Frustrado, finalmente desgarró el vestido en dos, sorprendiendo a su esposa—. Te compraré otro… una docena, si quieres.

Se quitaron las prendas, y Nial alzó a Mabel en brazos, sumergiéndola en el agua caliente y acomodándola en la gran bañera sobre su regazo. Ella se movió contra él y él contuvo la respiración. Al escucharlo, ella se volvió hacia él, deslizando su cuerpo sobre el suyo.

—¿Sabes lo que haces? —susurró él con voz ronca, sintiendo el vaivén de su figura esbelta mientras flotaba sobre la suya, provocándolo sin piedad.

—Lo sé —respondió ella, con la mirada fija en la suya.

—¿Y sabes cuál será el resultado?

—Sí.

—¿Es lo que deseas?

—Sí —murmuró ella, con voz ronca.

Con un gemido urgente, él se apartó del borde de la bañera y la rodeó con los brazos. Sus labios ansiosos se encontraron con los de ella en un beso voraz y profundamente conmovedor. Su lengua exploró suavemente y, cuando ella se lo permitió, su mano recorrió la curva de su espalda para posarse en sus caderas, amasando la suavidad de su trasero.

De pronto, su boca se abrió con brusquedad.

—No puedo esperar, amor —gruñó mientras sus manos deslizaban sus muslos hacia sus caderas, abriéndola al deseo rígido que le urgía. Posicionándose, sujetó firmemente las lunas de sus caderas y la descendió.

Llena de él, Mabel sintió una ardiente necesidad de movimiento. Y se dejó llevar. Un estremecimiento violento sacudió todo el cuerpo de Nial; su respiración se volvió entrecortada y ella leyó en sus ojos vidriosos de pasión que la poseía sin reservas. Sabiendo el poder que tenía sobre él, la capacidad de volverlo casi loco, se movió con el mismo ritmo provocador. Entonces, de repente, sus ojos se abrieron de par en par cuando su mano poderosa la apretó con más fuerza, y sus caderas se sincronizaron con las de ella. Una risita resonó en su pecho sólido.

—Esto funciona en ambos sentidos, cariño —murmuró contra su garganta, despertando deliciosos escalofríos en ella.

Mientras los labios de Nial saboreaban y acariciaban su piel con sabor a miel, un deseo ardiente recorrió las venas de Mabel. Su lengua recorrió la curva sensible de su cuello, calmando con suavidad la pequeña herida causada por la hoja viciosa, y su cabeza se echó hacia atrás, entregando su boca con abandono. Un doloroso tormento brotó desde lo más profundo de su estómago, convirtiéndose en un fuego infernal, y un gemido de placer escapó de su garganta.

La vibración seductora llenó sus oídos, encendió sus labios. Entonces, todo su cuerpo se arqueó al incorporarse, montándolo; sus brazos alzaron su lujosa melena, y sus manos se aferraron tras su cabeza. Como una diosa pagana de sus sueños, danzó en una danza de pasión. Sus pechos, blancos como el marfil, lo tentaron; sus manos, que se creían vacías, se llenaron repentinamente con ellos, moldeándolos con delicadeza, ahuecándolos, llevándolos a sus labios ávidos. Mientras su lengua provocaba y torturaba los pezones receptivos, su gemido de placer brotó de nuevo, y sus manos firmes bajaron hasta su cintura, guiando su forma ondulante, meciéndola contra sus contornos endurecidos.

—Así es, cariño. ¡Sé persuasiva, acaríciame! ¡Comparte tu fuego! —rugió con voz ronca.

Inflamado por su ardiente pasión y la gracia de su ninfa, sintió cómo su cuerpo se lanzaba contra él, buscando el placer supremo que solo él podía darle. Su ferviente mirada se grabó en la de ella, que sucumbía a sus deseos, entregándose en dulce abandono. Sus espasmos pulsantes lo sedujeron y la pasión que ambos compartían ardía sin control. Con salvaje impulso, él empujó hacia arriba, y su propio deseo estalló, llenándola; su nombre escapó de sus labios en una melodía exquisitamente agonizante.

Exhausta, Mabel se dejó caer sobre él, y Nial la estrechó entre sus brazos.
—Te amo —murmuró con una intensidad dolorosa, sus labios recorriendo su mejilla; una lágrima se deslizó silenciosa hacia el agua de la bañera. Oh, cómo te amo. Y, por mi propia torpeza, casi te pierdo. Apretó su abrazo con firmeza.

Cuando el agua se enfrió y sus pasiones quedaron momentáneamente saciadas, se incorporó con ella en brazos, temeroso de soltarla, no fuera que desapareciera. Al ponerla de pie, la atendió con cuidado, secándola desde la cabeza hasta los pies. La toalla pasó rápidamente por su propio cuerpo; la alzó de nuevo y la condujo a la cama.

Con delicadeza apartó las sábanas y la depositó reverente sobre ellas, luego se tumbó a su lado.

—Te amo, Mabel —confesó, con la garganta cargada de alegría y miedo, mientras sus dedos suaves exploraban las llanuras de su vientre—. Perdóname, por favor, por todas las cosas desagradables que pronuncié. Estaba terriblemente celoso, temía que no me quisieras. Quise hacerte daño, tanto como yo sufría.

—Ssh —respondió ella en un susurro, cubriéndole los labios con un dedo y apartándole un mechón de cabello de la frente—. Sé por qué ocurrió todo eso, y perdono tus palabras, porque sé que no fueron dichas por el verdadero tú.

—He sido un tonto, Mabel. No estoy seguro de poder perdonarme a mí mismo. Mi hijo crece dentro de ti...

—Mi amor, ¿por qué te castigas tanto?

—Porque... —¿Cómo podría explicar lo que necesitaba oír de sus labios... las garantías que curarían su alma hastiada?— Yo... — Se quedó en silencio.

Mabel leyó el despliegue de emociones en sus ojos esmeralda y en su hermoso rostro, y se dio cuenta de lo que él quería, de lo que más necesitaba.

—Nial... Te amo. Te amo desde lo más profundo de mi alma. Te amo con cada centímetro de mi corazón. Y siempre lo haré.

—Mabel —susurró él, con los ojos brillantes por lágrimas de alegría y el corazón rebosante. Sus dedos entrelazados se perdieron en su cabello. Luego, su boca descendió sobre la de ella, envolviendo sus labios en un beso tierno, dulce y deliciosamente doloroso—. Mi amor precioso, juré nunca más entregar mi corazón a otra mujer. Pero me equivoqué, cariño. Nunca supe lo que era el amor hasta que te encontré. Eres mi amor, mi vida, mi alma...

Mientras Mabel abrazaba a su esposo, su pecho se llenó del mayor gozo imaginable. Por fin conocía el amor de un hombre en toda su plenitud. Justo antes de que los labios de Nial rozaran los suyos, ella pronunció en un susurro la promesa oculta:

—Siempre en mi corazón.

Él la sostuvo con una ternura infinita, como si en sus manos reposara el tesoro más preciado del mundo. Sus ojos, llenos de un brillo cálido y eterno, se posaron en ella con una devoción silenciosa que hablaba más que mil palabras. En aquel instante, el tiempo pareció detenerse, y sólo existían sus corazones latiendo al unísono, en una melodía perfecta de amor y entrega.

Mabel se entregó por completo, sintiendo cómo su alma se fundía con la de él, envuelta en un remanso de paz y felicidad absoluta. Apoyó la cabeza sobre su pecho, dejando que el suave

latido de su corazón le recordara que ya no estaba sola, que juntos enfrentarían todo lo que el destino les tuviera reservado.

En ese abrazo sin palabras, se selló un pacto silencioso, una promesa eterna de amor inquebrantable y complicidad sin fin. Bajo la luz suave que acariciaba sus pieles, el mundo se volvió un lugar hermoso y dulce, donde sólo existía el calor de sus cuerpos y la certeza de que, por fin, habían encontrado el hogar en el otro.

Notas

---

[1] *Furlong*: medida de longitud utilizada en Inglaterra equivalente a aproximadamente 201 metros o 220 yardas, común en el siglo XIX para medir distancias en caminos y terrenos rurales.